

GABRIEL CARRASCO

COSAS DE CARRASCO

RECUERDOS, CUENTOS, IMPRESIONES

BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser
San Martín, esquina Cangallo.

1893 .

EX - LIBRIS



En la selva de la vida, qué contados
son los leñadores que triunfan!

EUGENIO C. NOÉ

UNA EXPLICACIÓN

Se dice que Cervantes, compuso su espléndido capítulo sobre las bodas de Camacho, un día en que era tanta su miseria, que no tenía qué comer.

El hambre, exaltaba su fantasía, haciéndole soñar con festines pantagruélicos, y así, no pudiendo llenar su estómago de manjares suculentos, su fecunda imaginación los inventaba, para hartarse con ellos.

Hoy es 27 de Setiembre de 1893.

Hace tres días, que, una revolución política, me tiene escondido, para no estar preso; la incertidumbre, respecto á la suerte de mis amigos, me devora: mientras ellos se batien y quizá mueren, yo, condenado á la inacción, reviso mis viejos papeles, organizo mis antiguos artículos, y escribo para ellos, este prólogo. Sueño en idilios, en medio de la tragedia.

¿Por qué llamo á este libro «Cosas de Carrasco»?

¿Por qué lo publico?

Le llamo así, porque esta colección de trabajos literarios de diverso género, es, realmente, un conjunto de recuerdos de mi propia vida, una especie de fotografía moral, en que está retratada mi manera de ser.

En esos artículos, en esos versos; hay algo de fantasía, pero mucho más de realidad.

¿Para qué inventar, si dentro de cada cráneo bulle un mundo, y si las realidades de la vida, son, casi siempre, más dramáticas, más interesantes, que cualquiera ficción?

Ahi van, pues, esos cuentos, esos recuerdos, esas impresiones, tales como salieron de mi mente: las publico porque creo que algunos de los hechos que hago conocer, deben salvarse del olvido, y, más que eso, por contribuir, yo también, aunque sólo sea con una tosca piedra, al edificio de nuestra naciente literatura nacional.

¡Literatura, mientras la patria se desangra y la anarquía pasea por todo el territorio su pavorosa tea!

¡No importa!

Ella saldrá purificada, del medio del incendio y continuará su marcha majestuosa, á través de los siglos, á la conquista de su porvenir.

Gabriel Carrasco.

Rosario de Santa Fé, Setiembre 27 de 1893, 10 a. m.

I

DE COMO HICE MI PRIMERA RABONA *

RECUERDOS DE LA INFANCIA

Á MIS HIJOS

HACE pocos meses, me encontraba una mañana en mi escritorio, reflexionando profundamente, mientras escribía uno de esos largos y concienzudos documentos con que he adornado la historia de nuestro gobierno comunal del Rosario.

Me encontraba, digo, escribiendo uno de los siete vetos que firmé, como Intendente, y me hallaba sumido en las más intensas reflexiones, que tenían mi espíritu alejado de la tierra y cerniéndose allá, en las alturas de las ciencias económicas, cuando de súbito, unos gritos, bastante semejantes á los maullidos de un gato, vinieron á impresionarme desagradablemente, volviéndome á las realidades de la prosaica vida.

*—La palabra *rabona*, aplicada al hecho de faltar á la escuela y empleando el tiempo en jugar, fuera de su casa, y sin conocimiento de sus padres, no se encuentra en los diccionarios de la lengua: puede considerarse como un americanismo.

La paciencia, esa gran virtud de los santos, que hace ganar el cielo, brilla en el caudal de mis dotes morales con tan mortecina luz, como un pico de gas del alumbrado público de nuestra ciudad, es decir, menos que una candileja del siglo XV, mientras que, por el contrario, la nerviosidad circula por mi organismo, con la encontrada violencia de las corrientes alternativas en una bobina de inducción de Rhumkorff.

Quiero decir con esto, que los destemplados maullidos mi hicieron dar un salto sobre mi silla, tirar la pluma y dirigirme como un aerolito hacia la puerta de calle, donde, con la más grande indignación, contemplo á un tipete de cinco años, morrudo, coloradote, pelo color de choclo maduro, cortado al ras, que con una pizarra y otras herramientas escolares debajo del brazo, lloraba á maullido pleno, mientras que un sirviente forcejeaba por hacerlo salir. . .

¡Era mi señor hijo, Horacio, que no quería ir á la escuela!

¡Oh previsor y sabia naturaleza!

En vano es que se esfuerce el hombre por descubrir todos tus secretos: nunca llegará al fin!

El sólo organismo humano, tiene tantos misterios, que todas las legiones de sabios habidos no ha bastado á saber para qué sirven todas las vísceras, nervios y adminículos que él encierra.

Así, siendo yo muchacho, recuerdo que solía divertirme en contemplar en la imprenta del recién fundado diario LA CAPITAL, (del Rosario) al joven Baldomero García Delgado, que era uno de los cronistas, el cual, mientras más embebido se encontraba en la redacción de sus revistas, agitaba toda

la piel de su cabeza, por medio de un continuo fruncimiento de las cejas, que daba á su cabello el raro aspecto de un constante vaivén.

Años después descubrió Darwin, que ciertos músculos que existen en estado rudimentario y sin uso en el cuerpo humano, no le sirven para nada, si no que son mudos y atrofiados testigos de nuestro origen animal y sirvieron (y sirven todavía) á nuestros antecesores los orangutanes, caballos, etc., (entendámonos: es Darwin, quien habla y no yo) para sacudirse la piel del lomo y espantar los mosquitos, etc.

En igual condición están ciertos músculos rudimentarios de la oreja humana, que, más desarrollados en nuestros antecesores (ojo al paréntesis del párrafo anterior) les sirven para mover las orejas, por ejemplo al burro... aunque por cierto transformismo, de que no se dió cuenta el naturalista inglés, (descubrimiento hechó después de él) esté bien averiguado, que hay burros, muy burros, que tampoco mueven las orejas.....

Así, en el momento mismo en que el colegial se resistía á la tracción que lo llevaba á la escuela, hice un descubrimiento fisiológico, por cuya revelación no haré lo que el ilustre médico Ferran, que pedía un millón por su receta para curar el cólera, sino que lo revelaré de balde.

Descubrí, pues, que ciertas prominencias carnosas que se encuentran á las espaldas del cuerpo humano, más abajo de la cintura (si se cuenta empezando por la cabeza y en dirección hacia el centro de la tierra) y más arriba de las piernas (si la cuenta se hace empezando por los pies y con dirección á la cabeza) sirven, á más que para muchas

otras cosas, ya antes conocidas (por ejemplo, para sentarse) sirven también, digo, para punto de apoyo de las fuerzas propulsoras, cuando se trata de hacer avanzar en el espacio un cuerpo que á beneficio de la inercia, tiende á quedarse donde se encuentra.

Del dicho al hecho, nõ hay gran trecho.

Efectuado el descubrimiento, la aplicación vino en seguida.

Peritísimo en la esgrima, me coloqué en la posición conveniente para un ¡á fondo! y con la regularidad del herrero que descarga su martillo contra el yunque, dejé caer mi mano, abierta, varias veces, sobre el punto del descubrimiento.

¡Efecto admirable!

Los maullidos se apagaron, como las notas de una guitarra, cuyas cuerdas corta en lo mejor del baile, el facón de un gaucho malo: las lágrimas se secaron, como las gotas de rocío á los rayos de un sol canicular; y el cuerpo inerte echó á correr como el Diabolo, de cierto cuento, cuando le dijeron: ¡ahí viene tu suegra!

Horas después recibí nota oficial, por la que se me comunicaba, en toda forma de derecho, que el individuo objeto de la ante relatada manifestación, se había portado admirablemente en el colegio, pues no más que dos veces había sido sorprendido atando papelitos á la cola de las moscas y una, tan sólo, colocando burritos del teniente, sobre la cabeza de la monitora; moderación increíble, que le valió, á su vuelta, las caricias de la madre; manifestadas legalmente por la entrega de una rebanada de torta, previamente sumergida en una fuente de dulce de leche.

Como se comprende, el descubrimiento y episodio de la mañana, fué el tema de conversación de todo el día entre la gente menuda de la casa, que, gracias á Dios, abunda como los chingolos entre los trigales,

Llegó, entre dos luces, la hora solemne de la comida, en que hicieron alegres comentarios del suceso, mientras que yo, con grave tono, echaba una peluca sobre la cabeza de choclo, reprochando la maña de la rabona, que se averiguó, positivamente, había hecho antes y había tratado de perpetrar aquella mañana.

De súbito, una de esas preguntas de niño terrible, me dejó clavado en mi silla.

El mayor de mis hijos—ciudadano de doce años, inseparable compañero de mis viajes—me espeta la siguiente pregunta:

Papá, papá; ¿y tú no has hecho la rabona nunca?

Por un momento, aquella indiscreción me dejó confuso.

¡Sí! Aunque de ello no me remuerda la conciencia (¡pecador impenitente y relapso!) es la verdad que una vez hice la rabona, aunque en circunstancias tan extraordinarias, que merecen los honores de la historia.

Pero, después del episodio de la mañana ¿cómo salir honrosamente, del compromiso en que me ponía la pregunta?

¿Mentir?

¡Jamás!

¿Callarme?

Siendo tan fácil contestar—¡no!—el silencio equivalía á una confesión del delito, sin las circuns-

tancias atenuantes que le daban lo extraordinario del suceso.

Contestar lisa y llanamente que sí, era abdicar de toda la autoridad paterna y quedar ante mis propios hijos, al nivel del monicaco que había dado origen al descubrimiento fisiológico de la mañana.

En tan grave situación, opté, por lo que he optado siempre: por las situaciones claras y definidas; como Cortés, quemé mis naves; como Pizarro, en su última día, arrojé la coraza; eché el pecho al agua, y contesté resueltamente:

Sí, hijos míos: he hecho la rabona, una vez: una vez tan sólo, en mi vida de escolar, pero, en circunstancias tan extraordinarias que voy á relatarlas, para que conserven el hecho en la memoria.

Los chicos me rodean, colocándose cómodamente en sus sillas para escuchar: los grandes, prestan atención, y yo empecé de esta manera:

Esta ciudad del Rosario, que ustedes ven ahora, tan grande y tan bonita, era en 1862, según mis recuerdos, una pobre aldea, con sus calles desempedradas y polvorientas, numerosos huecos y grandes tapias. Sólo había un mercado, que es el que conocemos por mercado Sud, el cual no contenía los numerosos puestos que tiene hoy en su centro, si no que se componía simplemente de un cuadrado en que estaban los puestos, casi todos de carne y muy pocos de legumbres, porque en aquellos tiempos todavía no se había descubierto que la tierra de Santa Fé fuese buena para otra cosa que para criar vacas.

Yo estaba, entonces, en la escuela de D. Juan Torres, á la que iba todos los días con mis libros y cuadernos debajo del brazo, y como me querían

mucho, y me trataban muy bien, pues había grande relación con la familia, y doña Celestina, la madre de mi maestro, me convidaba frecuentemente con tortas y confites. . . (los muchachos al llegar á este importante episodio, muestran una atención y abren tales ojos, que ya les parece que se están comiendo las tortas y confites) iba, siempre, con el mayor gusto, y nunca se me había, siquiera, ocurrido hacer la rabona.

En aquel tiempo, y no obstante de que el mercado era todavía de reciente construcción, se empezó á notar que, á más de los puesteros y demás inquilinos legales, lo habitaban otros que no pagaban arrendamiento.

Las lauchas.

¡Grande alboroto entre todos los oyentes!

Todas las miradas se vuelven hacia el lado en que está mi hija Elena, que, por ser muy flaquita y vivaracha, es distinguida con el apodo de *lauchas*: ella se sonríe, de mala gana, y muestra una boca desportillada, porque está mudando los dientes.

Yo interrumpo mi relato, para calmar el alboroto y continúo:

Las lauchas habían invadido el mercado.

Primero, de ocultis, y tratando de disimular su presencia en los rinconcitos y las pequeñas cuevas que cavaban junto á las paredes, pero, después, gracias á la buena alimentación de que se servían con los desperdicios de las carnicerías, habían empezado á crecer en tamaño y en osadía.

Las lauchas, empezaron á convertirse en ratones, y saliendo de las pequeñas cuevas de los rincones, se cávaron cómodas moradas, por todo el patio del mercado.

Aumentando de volumen, y acrecentadas en número, no tardaron en encontrar mezquinas las pitanzas de los desperdicios basuriles con que se contentaban sus antecesoras y viendo que los carniceros no se daban por entendidos de su presencia, resolvieron; no el peticionar á las autoridades, pidiendo el ejercicio del derecho de comer, garantido (indudablemente) por todas las constituciones, como hacen actualmente los pueblos mansos y respetuosos de la ley, sino que, como esas hordas bárbaras que en tiempos de revolución se toman sus derechos sin que nadie se los dé, así los ratones, noche á noche, al principio, con cautela, y después con la más descarada insolencia, empezaron á precipitarse sobre los puestos de carne, de facturas de chancho, y otros alimentos, á los que daban cargas tales, que, sus dueños, horrorizados, se encontraban al día siguiente, con que no quedaban ni los rastros de sus mercaderías.

Sometidos á semejante régimen, los pobres ratones, se encontraban algunas veces, con que no podían entrar en sus cuevas!

Sucedió, así una vez, (y esto es rigurosamente histórico, porque me lo contó entonces, otro niño del colegio, hijo de un abastecedor, que me dijo que él mismo lo había visto) sucedió, pues, digo, que algunos ratones, que salían de sus cuevas flacos, porque por haber estado indispuestos no habían podido salir en dos ó tres noches, se daban tales atracones y se llenaban la panza de tal modo, que se quedaban sin poder entrar en sus cuevas, porque ya no cabían por las bocas de ellas !!

Estos infelices ratones, eran casi siempre, cruen-

tamente inmolados al día siguiente, porque no tenían cueva en que refugiarse.

Pero este mal estado de los pobres ratones, no duró mucho tiempo: apercebidos del mal, le pusieron remedio, y este consistía, naturalmentè, en agrandar las bocas de sus cuevas, de manera que por ellas podía entrar, no ya un ratón, sino hasta un pato.

¡Nuevo alboroto, y grandes risotadas!

Angela, se enoja y frunce las narices: toma la palabra por una indirecta, porque los hermanos le dicen *nariz de cola de pato*, pero, explicado que no había tal intención, el narrador continúa:

Los ratones, pues, agrandaron las bocas de sus cuevas, y como ya no necesitaban tomar precaución alguna para comer, seguros de que cada uno podía tragarse un costillar de vaca, entero, sin temor de quedarse atragantados en las bocas de sus cuevas, comieron con tal exceso, que, ya no de noche, y á escondidas, sino de día, y desafiando á los puesteros, se precipitaban contra las reses, y se las comian á las barbas de sus dueños!

Sucedía, á veces, que mientras el carnicero, cuchillo en mano, estaba cortando un pedazo de carne del pecho de una media res, un insolente ratón se engullía, tranquilamente, el pedazo de la parte que tocaba al suelo!

Pronto, con semejante régimen, los ratones engordaron tanto, que se transformaron en ratas, y éstas se multiplicaron de tal modo, que necesitaron agrandar, no ya las bocas de las cuevas, sino las cuevas mismas: minaron todo el patio, cuyo piso, que lo era de ladrillo, vino á quedar hecho una criba en que de repente se hundía el pie de los pa-

santes, llegando el caso de que algunos se lastimaran, y á otros había que sacarlos á la cincha, como de un pozo.

(Los muchachos palidecen y cambian, entre sí, miradas de terror.)

Hasta se cuenta, (aunque esto no lo puedo garantizar) que, habiéndose quedado una noche dormido un borracho en el patio del mercado, cuando amaneció el día siguiente, los puesteros lo encontraron enterrado como á una vara debajo del piso, porque, durante la noche, los ratones, habiendo socabado el terreno sobre el cual reposaba, para agrandar sus cuevas, el piso había cedido, con el peso del hombre, que ni siquiera despertó.!

El caso es que, la existencia de los ratones se había hecho completamente incompatible con la del mercado: ya la carne que llevaban á él, no alcanzaba para el pueblo; apenas si alcanzaba para las ratas!

Había llegado la hora de poner al mal un remedio completamente radical.

Se comprende que no se había llegado á esta situación extraordinaria, sin tentar, antes, cuantos medios aconsejaban las circunstancias.

Uno de los primeros, fué, naturalmente, echar gatos.

¡Va! Los gatos!

Aquel animal de Carlos IX, después de haber hecho la San Bartolomé, y cuando contemplaba el cadáver del mariscal de Ancre, colgado, y ya corrompido, oyó que uno de sus acompañantes, tapandose las narices, trató de retirarse, diciendo ¡como hiede! y replicó; siempre huele bien el cuerpo de un enemigo muerto!

Sin haber estudiado historia, las ratas del mercado, eran de la mismísima opinión del rey de Francia: solo que no esperaban el mal olor; cuanto gato caía á sus cuevas ¡se lo comían!

Corrió la voz del suceso, entre la gente gatuna, y despues de que perecieron ocho ó diez de ellos, resultó que los gatos, huían de los ratones!

Los carniceros, que no querían convencerse de este hecho, resolvieron hechar gatos, y cerrar las puertas, para que no pudieran escapar.

Al día siguiente no había gatos. . . ¿qué se habían hecho?

Algo, muy raro, pero verdadero.

¡Había surgido el acuerdo!

Los gatos, convencidos de que no podían luchar con los ratones, porque eran muchos, habían convenido en un *modus vivendi*.

Habiendo carne para todos, no necesitaban, hacerse la guerra entre sí: vivían, pues, en buena armonía, á costa de los carniceros!

Estos, con echar gatos, solo habían conseguido aumentar el número de sus enemigos.

Emplear veneno, era imprudente en un mercado, donde el más insignificante descuido, podía producir resultados fatales.

A más, el piso todo del mercado, se encontraba minado, y era necesario proceder á su reparación completa.

Los municipales, entre los cuales estaba, entonces, mi señor padre (Q. D. G.) resolvieron, en vista de ello, proceder al desalojo del mercado, á la reconstrucción completa del piso y á la matanza total de los ratones.

Se dió, pues, orden, á los puesteros, de desalojar el mercado en pocos días.

Los puesteros, ¡oh ingratitude é imbecilidad humanas! se negaron al desalojo, so pretexto de que tenían que gastar mucho en la mudanza y nueva instalación, cuando ella sólo iba á serles útil por pocos días!

Aquellos bárbaros, preferían que los ratones siguieran comiéndoles cada día la mitad de sus reses!

Siempre han sido así las turbas!

No comprenden su propio bien, y á veces hay que hacérselo á palos.

De ello buen testigo soy yo mismo, que para hacer al Rosario el beneficio de dotarlo de palacio municipal, arreglar sus plazas, adoquinar sus calles, y abrir y embellecer sus boulevares y caminos, he tenido que andar á vetos, precisamente con aquellos que me debían haber servido para allanar el camino!

En fin: cuando los puesteros vieron que se iba á usar la fuerza pública para hacerlos desalojar, recién consintieron en mudarse buenamente.

Llegó el gran día!

El mercado quedó vacío, y desde temprano empezaron á acumularse elementos de guerra.

Entraron numerosos peones, armados de picos, palas y barretas para deshacer el piso; centenares de muchachos armados de garrotes; perros de todo tamaño y pelaje; gatos (que no eran de los del acuerdo con los ratones) y empezó la más descomunal batalla que hayan presenciado nuestros anales.

A los pocos instantes se habían muerto tan-

tos ratones, que su bulto causaba espanto. . . . !

Se sacó un carro cargado, sin que se notára que hubieran disminuido los ratones.

Empezó á correr la voz por el Rosario.

El mercado, se vió desde luego sitiado por una grande concurrencia de curiosos que contemplaban el combate, siguiendo sus episodios con la mayor algazara.

Se dió orden de permitir la entrada á todos los muchachos que quisieran ayudar á la matanza, y hasta se les pagaba su trabajo con una ó dos naranjas.

Hombres, muchachos, perros, gatos, se precipitaban sobre los ratones, los mataban á dentelladas, á palos, á patadas; aquí un muchacho se caía en un agujero, y quedaba enterrado mientras toda la turba pasaba por encima; allá salía uno de los gatos arratonados y se dirigían contra él cien macanas enarboladas y lo despedazaban; por el otro lado una rata, en el paroxismo de la ira, se prendía del talón de algún muchacho, que pegaba un grito desaforado, mientras los otros reían á carcajada tendida. . . .

A todo esto, eran como las ocho de la mañana, y yo, después de pedir la bendición á mi padre, salía tranquilamente de mi casa, con dirección á la escuela, y con mis libros debajo del brazo.

En el camino encontré á un condiscípulo que, todo azorado, me hizo la relación de los grandes sucesos que en aquel instante se desarrollaban en el mercado, de los que tenía conocimiento por noticias transmitidas por la cocinera de su casa.

— ¡Están matando ratones!

¡Hay ratones como gatos!

Dicen que á todos los muchachos que van á

ayudar, les dán dos reales y una bolsa de naranjas! En la escuela no hay nadie: todos han hecho la rabona, y están en el mercado ¿vamos?

—¡Pero!

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Yo me voy!

—Pero ¿Y sí lo sabe papá?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Tu papá está ocupado en la librería, y no puede saber nada!

¡Sí, hijos míos!

Los malos consejos de aquel pillete, me decidieron: hice un bollo con mis libros, los dejé en una esquina, y me largué al mercado, donde entré á tomar parte en la matanza.

Agarré un palo, corrí tras los ratones, grité, sudé, me caí, me rompí los pantalones, me pelé la rodilla, me desgarré los puños de la camisa y en lo mejor de mi furia.

¡Me quedé helado!

Acompañado de otros señores municipales, entró mi padre, y me pilló infraganti delito de rabona.

Un intervalo de silencio: los muchachos cambian miradas de asombro; después se rien, y uno de ellos salta:

¡Papá! ¡Papá!

¿Y qué te hizo tu papá, cuando te vió así? ¿Te castigó?

No, hijos míos; no me castigó: comprendió, sin duda, que la tentación había sido demasiado fuerte para que pudiera resistirla un niño: me llamó, me pegó un reto, y despues, me perdonó.

Esta es la historia, hijos míos, de la primera rabona que hice, y que fué, también, la última.

Aquel día, se sacaron siete carros llenos de ra-

tones muertos, y entre estos seis ó siete gatos, que, como ya les dije, vivían en paz con los ratones.

Después se rellenó de nuevo el patio y se enladrilló el mercado que quedó libre de sus incómodos huéspedes.

Cuando el mercado estuvo limpio y habitable, se comunicó á los puesteros que podían volver!

¡No querían!

Hubo que amenazarlos con la fuerza pública para que volvieran á entrar!

Conque, ya lo saben: yo hice la rabona una vez sólo, y por la causa dicha: cuando se presente otro caso igual, no necesitarán ustedes hacer la rabona, porque yo mismo les daré permiso para que vayan á ver; pero, entre tanto ¡cuidado con que yo sepa que han faltado una vez á la escuela!

No papá! No faltaré más, dice Horacio.

Ni yo.

Ni yo.

Ni yo tampoco.

Son las nueve de la noche, y estoy cansado: la velada concluye: los muchachos se retiran haciendo comentarios: poco después reina profundo silencio.

Hoy me siento, y escribo estos recuerdos de mi niñez, para que los conserven mis hijos, y para solaz de los de otros que quieran leerlos.

Buenas noches.

Rosario, Enero 6 de 1892.

II

LA MEDALLA DE ORO

(RECUERDOS DE ESTUDIANTE)

¡**O**H amiguitos que empezais en la escuela la árdua carrera de la vida!

A vosotros me dirijo: os amo á todos, abrigo en mi corazón el más profundo cariño por los que, sentados en los bancos de la escuela, con un libro ó una pizarra en las manos, procurais penetrar esas misteriosas incógnitas que conducen al desciframiento del gran problema: ¡la existencia!

Aunque ahora soy ya un señor alto y flaco, que usa grandes lentes montados sobre las narices; de pobladas patillas, en que empiezan á mostrarse, con toda desvergüenza, unos cuantos pelos blancos, que yo llamo lunares, y que mis hijos dicen que son canas, hubo un tiempo en que también fui niño, en que iba á la escuela, con mi carterita en bandolera, conteniendo los libros y cuadernos, y también, por equivocación, algún pedazo de pan, de salchichón ó de queso, que me comía á escondidas del maestro, en cuanto éste daba una sola media vuelta.

Y no solamente he sido niño, sino que me acuer-

do perfectamente de muchos de los acontecimientos de aquella vida de entonces; desde la primera rabona que hice, por ver una matanza de ratones que tuvo lugar en el mercado del Rosario, hasta la última pelea á trompadas que emprendí con un muchacho más travieso y más malo que yo, al que llamábamos *el Mono*, y que me revolcó vergonzosamente en la esquina de mi casa.

Conservo, pues, muchos de aquellos recuerdos, y ahora, ya que se me presenta una buena oportunidad de hablar con vosotros, la aprovecho, para olvidarme, durante algunos momentos, de las amarguras de la vida pública, y figurarme que me encuentro en aquellos hermosos tiempos en que me besaba mi madre, en que mi padre me enseñaba y en que me sentaba, cada día, en la cabecera del primer banco de mi escuela, ansioso siempre de ganarme la aprobación del maestro, al que nunca le hacía picardías, pues yo despreciaba á esos muchachos pícaros y haraganes que atan papelitos en la cola de las moscas y que tiran con bolitas de pan á las narices de su profesor.

Les voy á contar, pues, como perdí la primera medalla de oro del colegio del señor Parody, que me había propuesto ganar á toda costa y que se llevó otro muchacho menos adelantado: solamente porque era el de mejor carácter!

De esto hace ya muchos años.

Yo tendría como doce; era un muchacho flaquito, no muy crecido para mi edad; vivaracho, y un poquito orgulloso y vanidoso, vicios que, por desgracia, no me he podido quitar de encima todavía.

Estaba en el Rosario, en el colegio de D. José

Luis Parody, muy buen profesor, que aun sigue en la carrera y que es hoy mi amigo.

Se acercaban los exámenes, y era á fines de Noviembre.

Mi padre, que entonces era librero, y tenía imprenta, tuvo que hacer un viaje á Buenos Aires, y como acostumbraba hacerme viajar desde chiquito, me ofreció llevarme consigo.

¡Un paseo á Buenos Aires!

¡Ay, que gusto!

Ir á ver aquella ciudad, jugar con mis primos, recibir los regalitos de mis tíos y las golosinas de mi abuelo; andar en vapor, ver las islas del Tigre y ¡hasta un ferro-carril! (porque han de saber ustedes que en aquellos tiempos era más raro hacer un viaje en ferro-carril que hoy en globo); todo esto tenía para mí los más grandes atractivos, y la noticia me llenó de gozo.

Pero

¿Y la medalla de oro?

Entre los premios, el maestro había puesto treinta medallas de plata y una de oro.

¡Aquella medalla de oro, me quitaba el sueño!

Yo creía que, si me quedaba estudiando, me la iba á ganar.

¡Ganarme la medalla de oro!

¡La única de oro!

¡Ponérmela en el pecho, delante de todos, recibir las felicitaciones de la mesa examinadora, y sobre todo, los cariños de mi mamá y mi papá!

Pero ¿y el paseo á Buenos Aires?

Pensé mucho, y triunfó la vanidad.

Con tal de hacer rabiar á los demás muchachos ganándome la medalla de oro, preferí perder el viaje.

Se lo dije á mi papá, y éste aceptó mi idea.

Se fué, pues, solo, á Buenos Aires, y yo me quedé ensimismado con los libros, estudiando hasta ponerme los ojos como huevos duros.

Mis padres y mi maestro, que me conocían como á la punta de sus dedos, comprendieron, desde luego, que tanto afán por ganarme la medalla de oro, no era por el noble fin de saber, sino por la miserable y egoísta pasión del orgullo, de la vanidad.

No era que yo quisiera aprender por la satisfacción legítima de cultivar mi espíritu y ser útil á mi familia ó á mi patria, ¡no! Lo que yo quería era hacer rabiar á todos los otros muchachos y que se muriesen de envidia al verme condecorado con la única medalla de oro que se daba en aquellos premios.

Está demás decir que yo era uno de los muchachos más bochincheros de la clase; que me había peleado á trompadas, no solamente con *el Mono*, sino también con Guesalaga, con Martín y con varios otros, y que me llevaba, con casi todos, como el perro con los gatos, ó como el gato con los perros.

Había dos ó tres niños más de mi mismo curso, que aspiraban también á la misma medalla de oro; eran para mí rivales no muy temibles, porque me consideraba de mayores fuerzas, aunque, si me descuidaba, me podrían pasar.

Me dediqué, pues, al estudio con todas mis fuerzas intelectuales, hasta que llegó el anhelado y al mismo tiempo temido día de los exámenes.

Mi padre estaba ya de vuelta de su viaje.

El colegio había sido muy bien arreglado y adornado.

Todas las familias de los alumnos ocupaban los puestos de preferencia.

Empezaron los exámenes.

Mi clase se portó bien; hubo dos ó tres que descollaron, entre ellos un niño llamado Echeveste; pero pude constatar, con íntima satisfacción, que yo mismo había respondido con más seguridad y despejo que mi rival, y que las simpatías del público estaban completamente á mi favor.

¡Me la gano! ¡Me la gano! me repetía á mí mismo y se me iban los ojos tras la medalla de oro; que, como un sol en medio del cielo, resplandecía en una bandeja, rodeada de las otras medallas de plata.

Sin embargo, no sé qué miradas raras noté que se cambiaban entre mi padre y el profesor, que eran muy amigos.

Me pareció observarles ciertas sonrisas de inteligencia, que no me causaban muy buen efecto; pero pronto me olvidé de ello, empezando á sentir la embriaguez de la vanidad satisfecha: los aplausos del público y mi propia conciencia, que me decía que había vencido á mi rival, me convencieron de que no tardaría en ostentar en mi pecho la dorada medalla.

Llegó el momento de las clasificaciones.

Echeveste y yo estamos en primera línea, pero yo un poquito más adelante; no había duda: ¡me la había ganado!

Pero en ese momento, el profesor declaró que, á más del saber, probado en los exámenes, había otra cosa que recompenar, y era la *buena conducta en la clase*, y la virtudes de la modestia y de la bondad,

Por suerte, no había espejo allí cerca, que si lo hay, me desmayo del susto de verme mi propia cara.

Me contaron después que me quedé pálido y balbuciente.

¡Bondad! ¡Modestia!

Los sopapos que había prodigado á mis compañeros de clase y la insolencia de mis gestos y de mis palabras, cuando les hacía cocos porque yo sabía más que ellos, eran los únicos títulos de modestia y de bondad que yo podía invocar.

Para acabar de remachar el clavo, declaró el profesor que la medalla de oro se iba á adjudicar á votación de los mismos alumnos.

¡Aquí la mía! se dirían, sin duda, todos mis enemigos.

Las peleas con *el Mono*; los insultos á Guesalaga; los desprecios á otros; todos tuvieron allí su justa venganza.

Cuando se hizo el cómputo de los votos, resultó que eran todos por Echeveste, el muchacho más bueno del colegio.

¡Yo, en cambio, no había obtenido más que dos votos!

Uno era de Echeveste, que digna y bondadosamente, prescindió de mis injurias y dió su voto al que creyó que lo merecía.

El otro ¿lo diré, niños?

¡Veamos si adivinan!

¡El otro era ¡el mío!

Me quedé pálido, tembloroso y con los ojos cubiertos de lágrimas.

El esplendente sol fué á adornar el pecho de Echeveste; á mi me tocó una de las treinta medallas de plata.

Una señorita, de apellido Zapata, se acercó á mí, me colocó la medalla en el pecho, y pretendió reanimar mi abatido espíritu, con palabras de consuelo.

¡Dios se lo pague!

Me quedé, pues, sin la medalla de oro y sin el viaje!

Pasaron muchos años!

¡Lo supe un día!

La vanidad herida rebosa todavía en mi espíritu, y no me puedo acordar de ello sin rabia!

Yo había merecido la medalla de oro, por opinión unánime de la mesa examinadora; pero mi padre, de acuerdo con el profesor, que me conocían bien, resolvieron jugarme una treta para hacérmela perder.

Era yo tan orgulloso y vanidoso, que no me podían corregir.

¡Si le damos la medalla de oro, se habían dicho, este muchacho se va á poner insufrible!

Es necesario castigar esas malas pasiones y hacerle comprender que no basta el saber: se necesita la bondad para vivir dignamente en el mundo; demos el premio al virtuoso, para ejemplo de todos y para corrección de éste.

Así lo hicieron, y así fué castigada la vanidad y la soberbia.

Niños: retened ese ejemplo.

No basta estudiar y saber.

¡Es necesario ser buenos!

Otro día les contaré algún diverso episodio de mi vida de estudiante.

Ahora, para terminar, les diré que aquella bon-

dadosa niña que, al colocarme en el pecho la medalla de plata, intentó consolarme en mi desventura, ha seguido en el camino de la virtud más sublime.

Hace un mes, visitando el Hospital Militar de Buenos Aires, encontré una Hermana de Caridad, que me dijo ser del Rosario.

Hablamos; se le dijo mi apellido, y recordó la historia que les acabo de referir.

¡Era la señorita que me había colocado la medalla de plata y que había procurado enjugar mis lágrimas!

¡Está en el camino del cielo!

¡Pueda yo hacerme digno de él!

Santa-Fé, Diciembre de 1892.

III

EL LORO DE CLEMENTINA

HISTORIA QUE PARECE CUENTO

(Contribución al estudio sobre la inteligencia de los animales)

Á MI QUERIDO AMIGO EL SARGENTO MAYOR
DON ALBERTO MARTINEZ

QUE descendamos, ó no, de los monos, ya sean estos chimpancés ú orangutanes, poca amable teoría, según la cual al acercarnos á una de las jaulas del jardín zoológico de Palermo, ó al contemplar las gracias de algún tití que baila sobre el órgano de un músico ambulante, debemos descubrirnos con respeto, para saludar en ellos á nuestros abuelos; teoría según la cual, el dar mercedos azotes á un mono insolente, ó ladrón, se convierte, casi, en un parricidio espantoso; problema es, en cuyas profundidades no me meto, dejando al ilustrado lector que se quede con sus teorías, á las cuales presto todo el respeto que se establece por las leyes de la urbanidad.

Pero, entre la opinión del ilustre Darwin y la mía, claro es que no puede haber parangón: yo tan sólo trataría de introducir una modificación de detalle, que creo puede ser aceptada hasta por los darwinistas más *enragés*; y es que, según mi propia experiencia, y mis reminiscencias de los buenos tiempos en que fuí profesor, si, entre los humanos, algunos descienden de animales, no es entre los orangutanes donde deben buscar sus abuelos, sino entre los burros.

Personas he conocido, con la apariencia de tales (y este *tales* se refiere á *personas*, y no á *burros*) respecto á las cuales la más superficial investigación hubiera revelado en el acto, la presencia en las orejas, del famoso “ punto prominente ” de que tanto habla el ilustre naturalista en el capítulo primero de “ La descendencia del hombre ”, punto que, según él, es en los seres humanos, el *cachet* que revela su parentesco con sus antiguos progenitores, los habitantes de las selvas, cuyos bosques escalaban á favor de sus cuatro manos, y con el importante auxilio del rabo enroscado entre las ramas, ó ya fueran, simplemente, los sufridos cuadrúpedos á que, antes del descubrimiento del vapor, debían todos los pueblos el pan nuestro de cada día, porque, atados en las atahonas, transformaban el trigo en blanquísima harina.

Pero, si los hombres descienden de los monos (ó de otra clase de animales más ó menos inteligentes y bien parecidos) es claro, que, con arreglo á la eterna é incontrovertible ley física de que la reacción es igual y contraria á la acción, los monos, y los burros, deben, á su vez, descender de los hombres.

El principio de la igualdad de la acción y reacción, es tan incontrovertible como el de la gravitación universal: siendo exacto el principio, tienen, también, que serlo, sus consecuencias: si el mono ó el burro, dieron origen al hombre, el hombre, á su vez, debe dar origen al burro ó al mono.

Más de una vez, andando por la calle, ó entre las multitudes, dominado por estos pensamientos, he creído ver muchas personas más cercanas á sus abuelos de lo que á primera vista parecían: los almanaques del *Mosquito*, del *Quijote*, y otras obras igualmente importantes, me habían enseñado, ya, por medio de una serie de pequeñas transformaciones, cómo, por ejemplo, Adolfo Alsina, descendía del león, y el ilustre Sarmiento, del orangutan: pero en mis estudios é investigaciones, quedaba un gran vacío: ni había visto que nadie descendiera del burro, ni se sabía que, fuera de los loros ú otras aves, hubiera animales que hablaran!

¡Alto ahí! me dijo un ilustrado amigo con quien consultaba mis científicas dudas; hay ejemplos en favor de la teoría: se sabe de una manera auténtica y positiva, que en muchos congresos políticos, y aun academias literarias y científicas, se han oído rebuznos!

A más, queda la historia, y es sabido que la berra de Balaam, habló.

Tales eran mis pensamientos y tales ideas bullían en mi cerebro, cuando, para salir definitivamente de dudas, eché pecho al agua, y en vez de andarme por las ramas, me fuí al tronco; tomé la obra del maestro ya antes citada, y me enfrasqué en su lectura, más por curiosidad, indudablemen-

te, que porque ella me fuese de provecho, pues mis conocimientos en historia natural, me permiten, apenas, distinguir un congreso de una jaula de loros.

Dejo para más propicia ocasión, el revelar mis impresiones sobre el fondo de la teoría, pero uno de los detalles me ha llamado mucho la atención, y es con ese motivo que escribo estas líneas.

Hablando de la inteligencia de los animales, dice Darwin:

“ Tampoco es nuestro carácter distintivo (del hombre) la facultad de articular, porque los loros y otras aves la poseen; ni tampoco la mera capacidad de conexionar sonidos definidos, con ideas también definidas porque también es cierto que algunos papagayos á quienes se ha enseñado á hablar, juntan, sin equivocarse, palabras, con cosas y personas con acontecimientos”. Y en una nota, refiere que un loro de la familia del almirante Sir J. Sullivan, llamaba por su nombre á todas las personas de la casa, dando los buenos días ó buenas noches, sin confundirse en la hora, y que solía reñir á un perro y á otro papagayo, al cual una vez, clasificó de *grandísimo ladrón*, porque habiendo abandonado la jaula, estaba comiendo manzanas sobre una mesa de la cocina (Libro citado, traducción española de Perojo y Camps., pag. 102).

De estos datos resulta, que hacemos mucho favor á los charlatanes, cuando decimos de ellos que hablan como loros, queriendo significar que no saben lo que dicen, y, ¡siempre por la incontrastable ley de la igualdad entre la acción y reacción! que injuriamos, gravemente, á aquellos inte-

resantes volátiles, cuando, por ser muy locuaces decimos de ellos que hablan más que un diputado, pues suele acontecer y acontece indudablemente, que los diputados hablan sin saber lo que dicen (especialmente en asuntos financieros) mientras que los papagayos, como el de Sullivan, están muy penetrados de la idea que expresan, cuando desesperadamente gritan ¡pan para el loro!

Sintiendo, pues, que el ilustre naturalista se haya muerto (yendo, sin duda, en la otra vida, á renovar las relaciones de parentesco con sus simianos abuelos) porque esto me priva de dedicarle le presente verídica historia, paso á relatarla, justificando el título que la encabeza, y que, hasta el presente, habrán creído los amables lectores, que se me había quedado en el tintero.

Clementina, era una bonita niña, que vivía, con su familia, en la ciudad argentina de Gualaguaychú, (donde aun reside una parte de ella) y que se moría de ganas de tener un loro hablador.

Un amigo de la familia, oriundo del Paraguay, le prometió, un día, hacerle el regalo de un espléndido papagayo, cuyos antecesores habían surcado los aires entre las selvas de aquella mediterránea nación, y que menos feliz que sus padres, había abierto sus ojos á la luz del día, no en dorada jaula, que no se estilaban por aquellos tiempos en la patria de D. Carlos Antonio López (la buena alhaja de D. Solano, no se contaba, todavía, entre el número de los próceres, porque recién empezaba á sacar las uñas del cascarón) sino en una, mucho más sólida, si menos lucida, hecha artísticamente de cañas entrelazadas, como saben hacerlas en la tierra de la buena yerba-mate.

La promesa se hizo, pero el loro no llegaba, sumergiéndose en el más tremendo desconsuelo á la niña Clementina, que no soñaba, ya, con ovejitas y muñecas, sino con su anhelado loro.

Llegó, por fin, el día en que se cumpliera la promesa, porque en aquella época todavía se estimaba que las promesas de regalos — y otras — tuvieran cumplimiento; y Clementina recibió un lindísimo lorito, á cuya educación é instrucción (no descuidaba nada!) consagró, por completo, sus ratos de ocio, que solían ser tantos cuantas horas tiene el día.

El loro, resultó un talento!

Vinieron días y se fueron meses, y el loro hacía asombrosos progresos en la arte de la oratoria.

Pero, es lo particular (y en esto aventajaba á muchos oradores de oficio) que el tal volátil, no solamente pronunciaba las palabras con loril perfección, sino que aplicaba, perfectamente, los sonidos, á las ideas.

En la casa (y aquí la parte histórica llega á tan rigurosa verdad, que ¡ya la hubiera querido César Cantú para los primeros capítulos de su grande obra!) había muchas personas; la dueña y madre de la familia, era la señora Micaela; las niñas, se llamaban, por orden de fechas, Adela, Luisa, Clementina, Benjamina, Teresa é Isabel; á todas las cuales he conocido; y los muchachos, que también los había, y que eran más traviosos que el Diablo, se llamaban y se llaman todavía, porque ahí andan desparramados por toda la República, Teodoro, Carlos, Federico, Alberto y Regis.

Como se vé, y antes de relatar la verídica historia del loro, pongo bastantes testigos, para que

el curioso lector que dudase de mis palabras, vaya á preguntárselo á ellos, que no me dejarán mentir.

(Al efecto, carta por correo, á mi nombre, que indicaré los domicilios: pero cuento con que incluyan dentro la efigie de Rivadavia, en estampilla de correo, porque no es cosa de que, sobre gastar tiempo, papel y tinta, tenga todavía que pagar el porte).

El lorito, bajo la inteligente dirección de su ama, aprendió los nombres de todas las personas de la casa, á quienes nombraba distintamente, sin confundirlas: no es mucha hazaña, pues ya hemos visto que igual cosa hacía el loro de Sullivan, pero ahora veremos que aventajó á su congénere.

Aprendió, también, las diferentes maneras de llamar á los demás animales que había en la casa, que, por ser grande y con huerta, ofrecía abrigo, bajo el amparo de doña Micaela, á una buena parte de los animales que Noé tuvo la precaución de salvar en el arca.

Y así, cuando el señor loro se encontraba de buen humor, y quería pasar el rato á costa de sus compañeros de cautividad, se oía, de repente, el característico sonido con que se suele llamar á las gallinas para darles de comer — brrr... brrr...

Los gallos y gallinas; los gansos y patos; hasta las palomas, dejaban sus nidos ó los rincones en que picoteaban, para correr desafortunadamente hacia donde se oía el succulento llamado...

La familia, se hallaba, de súbito, rodeada por toda la plumívora grey, que se encontraba convocada por el llamado del loro! . . . que sin duda (y

estos son comentarios del historiador,) se reiría grandemente, *in pectore*, del chasco que había dado á sus compañeros.

Pero, el perro, Monchatir, permanecía, en tanto, indolentemente echado, ó mascando algún sabroso hueso, que había robado en la cocina.

¡Monchatir! ¡Monchatir! se oía de pronto, repetido con estentórea voz acompañada de silbidos.

El perro, aunque á disgusto, dejaba su hueso y volaba al llamado: llegaba, y. . . . ¡era el loro que se divertía en hacerlo venir!

No bastó, ya, al pícaro loro, burlarse de perros y gallinas: quizo elevarse á más alto rango, y se constituyó en vigilante de los niños de la casa.

Estos, traviosos, como todos, y un poco más que todos, se pasaban el día en sus jugarretas, y contra las prohibiciones maternas, se salían al sol en las horas de la siesta, ó se iban á la calle á poner clavos en las veredas para que las mujeres se rompieran los vestidos, ó á inventar otras mil perrerías con que tenían asolado á todo el barrio.

Clementina, un día, pone los niños bajo la vigilancia del loro, y le encarga que avise cuando estuviesen al sol ó saliesen á la calle.

¡Y no lo dijo á ciego ni mudo! (Ya que no podamos aplicar la frase: no lo dijo á cojo ni manco, porque el buen animalito no tenía brazos).

La familia se acuesta á dormir la siesta, y los niños, tomadas las debidas precauciones, empezaron, cautelosamente, á escaparse de la casa, cerciorándose primero de que no había ojos humanos que los hubiesen visto salir.

Empiezan sus juegos, y en lo mejor de ellos estaban cuando una voz estridente empieza á gritar:— ¡los muchachos en la calle! ¡los muchachos en la calle!

¡Era el loro que cumplía el encargo!

Los niños se encontraron denunciados, y mal de su grado tuvieron que renunciar á la escapatoria, no sin haber hecho mil sangrientas amenazas á su enemigo para el caso de otra igual denuncia.

No pudiendo irse á la calle, resolvieron, pues, jugar en la huerta, no obstante una temperatura de esas que hacen sudar hasta á los postes, con el auxilio de un solazo canicular.

Pero, ni allí, pudieron trasgredir á gusto las órdenes maternas, porque el entendido loro comenzó á gritar:— ¡los muchachos en el sol! ¡los muchachos en el sol!

El resultado fué que, desde entonces, los niños se encontraron con dos ojos más que los que vigilaban, y no pudiendo tomar sangrienta venganza, porque el loro estaba amparado por los cuidados de Clementina, tuvieron que esconderse de él para hacer sus fechorías, libres de la chillona voz que los denunciaba.

Pero, los muchachos son el diablo!

No pudiendo dominar al incorruptible loro, resolvieron hacerlo inconsciente cómplice de sus picardías.

Cerca de la casa, había un pulpero, víctima predestinada de los traviosos muchachos, que no le dejaban en reposo los cajones de pasas de higo, ni los zurroneos de arropo ó de orejones sanjuaninos, sin que, en cuanta ocasión se presentaba, no

metieran una mano avarienta, ó por lo menos un dedo, no muy católico, que salían á chuparse, llenándose de arroje la figura.

El bueno del pulpero, que no era ni prójimo de Job, apeló á los grandes medios, y cada vez que cogía en infraganti delito á alguno de los muchachos, les hacía ver las estrellas, aunque fuera á medio día, sin perjuicio de redoblar su vigilancia.

Los muchachos, no pudiendo ya desquitarse con la miel ni con las pasas, apelaron al loro, y le enseñaron que, cada vez que el almacenero pasase por la casa, le gritase: adios, verdugo!

No faltó ocasión: á la primera, el loro cumplió el encargo de aquellos diablitos, con la misma fidelidad con que había cumplido el de su ama Clementina, y en cuanto pasó el almacenero, lo saludó con una granizada de interjecciones ¡adios, verdugo! ¡adios, verdugo! ¡adios, verdugo!

La vez primera, el almacenero no se fijó; la segunda, comprendió la injuria; la tercera, el buen hombre pidió una conferencia á doña Micaela, é interpuso ante ella, formal demanda contra el calumniador! . . .

¡Santa señora! ¡En que apuros se vería para fallar aquella extraordinaria causa! . . .

No ha llegado á mis noticias, que el almacenero acusára al loro ante los tribunales, caso, que, por lo demás, no tendría nada de extraordinario, pues es sabido que en la culta Europa, aunque en pasados siglos, han sido encausados muchas veces animales diversos, como un chanco que se comió á una criatura; un lobo, que hizo no sé cual de las suyas; y las langostas y otros insectos dañinos,

que fueron condenados á emigrar al mar ó á tierra de moros. (Véase César Cantú).

Lo más extraño, en aquellas causas, es que no hay ejemplo de que los reos fueran absueltos, declarándolos inocentes, como no lo hay, tampoco (y esto es mucho más raro todavía) de que los acusados se defendieran, aunque más no fuera que negando, categóricamente, la verdad de las acusaciones, y esto, en aquellos bárbaros tiempos en que todavía don Alfonso el Sabio no había escrito su aforismo de que "*el que se calla, non se dice que otorga, si non que non dice nada,*" y por consecuencia, imperaba el principio de que el que se calla, otorga, en virtud de lo cual, los infelices acusados, sabían que con su silencio, autorizaban su condenación!

¡A buen seguro que al loro de Clementina, no lo hubieran condenado sin oírlo!

En fin, y volviendo á nuestra verídica historia, el resultado de la acusación fué que el loro se vió condenado á confinamiento, en el interior de la casa, donde no pudiera ver pasar al pulpero, que continuaba asándose de rabia cada vez que, á través de la calle, oía al loro que decía ¡adios, verdugo!

Pasaron los tiempos; Clementina se hizo moza, y siguiendo á su familia dejó á Guleaguaychú, trasladándose al Rosario, llevando consigo á su don Pedro (nombre del loro, con el cual tenemos el honor de presentarlo ante la historia) el cual, libre de los muchachos, que se habían hecho ya hombres, y de su pulpero, que murió olvidado, continuaba comiendo el pan mojado con vino, que le daba su ama.

Un día, el buen loro, se encontraba sobre los fierros del brocal de un aljibe, cuando por barajar en el aire un pedazo de nuez, perdió pié, y se cayó, no sé si de cabeza, ó de costado, porque esto no lo reza la historia.

Clementina trataba de salvarlo, pero no podía: lloraba como una Magdalena, aunque no tuviera de qué arrepentirse; y tanta fuerza tienen las lágrimas de una muchacha bonita, que uno de los dependientes de la casa arriesgó su vida (ó por lo menos una mojadura) para sacar del aljibe al mimado loro, que salió con una cuarta más de agua en la barriga que la que hubiese deseado tomar. (En aquella época no se usaba, todavía, el sistema métrico, y es por eso que la historia consigna en *cuartas* y no en *litros*, la cantidad de agua que el loro bebió: pido perdón á los sabios á quienes esta historia está destinada, por este defecto de exactitud).

El lorito quedó tan triste, que se le quitaron hasta las ganas de hablar (pero no las de comer) y Clementina, desconsolada, se sentó á llorar la próxima muerte de su loro.

¡Pero la ciencia hizo un milagro!

El doctor Riva (distinguido médico del Rosario, que legó su nombre á una plaza), se compadeció de la niña, y descendiendo un peldaño de su alto puesto, se prestó á curar al loro.

Le dió un purgante que le hizo buen efecto.

¡Otra prueba en favor de la teoría darwiniana!

Darwin sostiene, en efecto, (como lo saben todos los que han leído sus obras, y como lo sabrán los que quieran leerlas, especialmente la antes citada, página 4) que una de las pruebas de la semejanza

de los tegidos orgánicos del hombre y de los animales superiores, está en que los medicamentos hacen en todos ellos iguales efectos, como es notorio; ahora bien, el loro de Clementina se curó con el purgante, y continuó sus habladurías, aunque con menos viveza; sin duda, el tiempo empezaba, ya, á verdear su cabeza con el pasto de los inviernos, ya que no podemos aplicar á nuestro héroe la consagrada frase de blanquear su cabeza con la nieve de los años.

Así, una vez, se subió á un tejado, donde un gato se puso en acecho para hincarle el diente.

Clementina, desesperada, llamaba á su Don Pedro, porque ya le parecía que lo veía entre las fauces de la fiera, pero, Don Pedro, acordándose de sus buenos tiempos, se puso á desafiar al gato: lo miraba, y con toda sorna le decía: ¡á que te corto! ¡á que te corto!

El gato no se daba por entendido; continuó agazapado, hasta que, dando un salto, cayó sobre su víctima, que ni siquiera tuvo tiempo de gritar ¡socorro!

Así murió Don Pedro, uno de los más inteligentes loros que han existido, y fué llorado, con grandes plañidos, por toda la gente menuda que conoció su desdichado fin.

Y aquí termina la presente historia, que escribí para leerla á mis hijos en una larga noche de invierno, pero, no concluiré sin agregar que, sin salir garante (¡cómo para dar garantías están los tiempos!) de la rigurosa exactitud histórica de todos los detalles, aquí, para entre nosotros, el fondo de ella, y las habladurías del loro, son auténticas, con lo que se prueba una vez más, que los animales

son mucho más inteligentes de lo que ordinariamente cree quien no se ha detenido nunca, á contemplar la maravilla que representa la construcción y gobierno de una colmena.

Y entré por un caminito, y salí por otro, para que usted me cuente otro.

Rosario, Junio de 1890.

IV

GOLETA Y VAPOR — CARRETA Y WAGON

CON MOTIVO DE LA APERTURA AL TRÁFICO
DEL FERRO-CARRIL
DE BUENOS AIRES AL ROSARIO

SON las 5 de la tarde del 1º de Febrero de 1886.

Me encuentro en el Rosario de Santa Fé, y hace un instante que vuelvo del paseo que he efectuado á la estación del ferrocarril Central Argentino, con el objeto de presenciar la llegada del primer tren directo de servicio que hace su entrada triunfal siete horas después de haber partido de la gran capital argentina.

El primer silbido de la locomotora levantó una tempestad de aplausos, y sin duda, un mundo de recuerdos en todas las mentes, como aconteció en la mía.

Aquel monstruo de fierro y de fuego avanzó gimiendo bajo el peso de su carga, agitando sus piernas de acero, lanzando su aliento de vapor, y arrastrando veinte wagoes de pasajeros y mercancías.

La plataforma de la estación estaba llena de gente.

Cada uno de nosotros quería ser testigo de aquel hecho para conservarlo después entre los grandes recuerdos de su vida.

Buenos Aires y el Rosario están ya entre sí á siete horas de distancia.

¡Entre el intervalo del almuerzo y la cena, los habitantes de ambas ciudades, podrán mutuamente trasladarse á la vecina!

Mientras la multitud con rostro alegre aplaudía la llegada del primer tren, yo, perdido entre la turba, apoyado en un fardo de mercancías, dejaba vagar mi imaginación por el campo de los recuerdos.

Sañador ó visionario, evocaba en mi espíritu un mundo de recuerdos y me entregaba á ellos con la grata complacencia del que revive en las épocas que pasaron, siempre más gratas que las presentes, sin duda porque el humano espíritu se complace en el anhelo del imposible.

¡La Sin Par Juanita! decía; y aquel nombre, ligado á los recuerdos de mi más remota infancia, me traía á la mente no sé qué amarga dulzura.

Ese nombre es el de una goleta, de un barquito, pequeño, descuidado, sucio, en que por vez primera de mi vida hice un viaje fluvial.

Entonces era yo muy niño.

El Rosario era una mísera aldea; ranchos desvencijados con sus pajizos techos ennegrecidos por la tierra y el sol, y enormes huecos en que con los muchachos del barrio jugábamos á las escondidas, son mis recuerdos de aquel tiempo de mi infancia.

La plaza era apenas un descampado, cuyos arbolitos se inclinaban al peso de mi cuerpo; unos bancos de pino, otrora pintados de verde, pero ya desteñidos, enseñaban las roturas de sus tablas, amenazando á los imprudentes que en ellos se sentáran, y frente á mi casa, en el ángulo opuesto de la cuadra, se elevaba el sombrío edificio de la Policía, terror de los muchachos callejeros, que veíamos allí el infierno de los que andaban al sol en las horas de la siesta.

A dos cuadras de la plaza, empezaba la Pampa. Quintas, no había.

La sociedad estaba en pañales, y solo interrumpía el silencio de las empolvadas calles, el chirrido de una que otra carreta tucumana, que al perezoso paso de los bueyes conducía los productos de las remotas provincias del interior.

Tal era el Rosario de mis recuerdos, allá en 1858, cuando conducido por mi padre, hice el primer viaje á Buenos Aires.

La Sin Par Juanita, era verdaderamente una goleta sin segundo.

Ocho días fueron necesarios para efectuar el viaje á Buenos Aires.

El viento, que calmó poco después de la partida, nos hizo permanecer un día entero en medio de las islas.

Allí vi un cangrejo.

Aun conservo el recuerdo del horror con que contemplé á aquel animal, agitando sus patas, levantando las antenas en que tiene los ojos, y persiguiéndome hasta en sueños!

Este cangrejo y el muchacho Pepe, grumete que me tomó bajo su protección, han quedado como mis principales recuerdos de aquel viaje.

Al llegar á Buenos Aires, hubimos de naufragar.

Una colosal barca americana, que seguía nuestra estela, casi nos toma de través.

Pasó á pocas varas de nuestra proa, echó abajo el bauprés y despedazó algunos cordajes, lo que dió por resultado la caída de una verga, que casi nos aplastó.

Tales son los recuerdos de mi primera odisea.

Ocho días de mortal aburrimento, un cangrejo, y un cuasi naufragio, era lo que simbolizaba en aquella época un viaje en goleta del Rosario á Buenos Aires.

Cierto es que había vapores.

Teníamos el *Sicee*, que cobraba ¡veinte patacones oro! y hacía solo un viaje por semana.

Salía del Rosario los viernes, y de Buenos Aires los martes.

Mi padre erró la cuenta.

Salió un miércoles creyendo ahorrar tres días de espera hasta la salida del vapor siguiente.

Poco después, ya teníamos otro vapor en la carrera.

Se llamaba el *Primer Argentino*.

Nosotros, los muchachos, le habíamos puesto un sobre-nombre, le llamábamos el *patalán*.

Este buque, al marchar, producía con sus ruedas un ruido infernal: *patalán—patalán—patalán* se oía á tres leguas, y llegando al Rosario á la madrugada, no fondeaba muchas veces hasta la caída de la tarde. Aquel vaporcito empleaba tres días para ir y á veces hasta cuatro para volver.

Esto no le impedía y quizá, por el contrario, era

la causa de que cobrara sus veinte patacones por cada pasaje.

Hoy, vapores que son verdaderos palacios flotantes, comunican ambas ciudades en veinte horas, por un precio tres veces menor que el de 1858.

Viajar en ellos, es un verdadero placer.

Han desaparecido todos los peligros, y el viajero se encuentra á sus anchas gozando las comodidades que proporciona la civilización.

Así pensaba yo, apoyado en un fardo de mercancías; mientras que la locomotora "White", nombre de un distinguido ingeniero argentino, lanzaba torrentes de vapor, preparándose, no al descanso, de que es incapaz el coloso del siglo, sino á un nuevo viaje en que, empleando veinte horas, debia de continuar el camino que empezaba á recorrer, desde la ilustre Buenos Aires hasta Mendoza!

Cerraba los ojos, me aislaba en mis recuerdos, y la sombra de *La Sin Par Juanita*, renacía en mi imaginación. . . .

Poco á poco empecé á perder la conciencia de mí mismo: mis ojos miraban sin ver; mis oídos, atronados por los escapes del vapor, por los pasos de la multitud, por las cornetas de los tramways, y por las mil voces inarmónicas que se producen á un tiempo en el embarcadero de un ferro-carril, cesaron también de oír, y quedando en la situación del alucinado ó distraído, por una asociación de ideas que no me puedo explicar, me encontré de nuevo trasportado á los días de mi infancia y á los juegos de la niñez.

Entonces surgieron á mi mente los recuerdos de la Plaza de las Carretas del Rosario.

Me pareció, de nuevo, encontrarme en aquel vasto descampado que en las épocas de mi infancia recorrí tantas veces, dominado de la más extraña curiosidad.

¡No! Los que no alcanzaron aquellos tiempos, no se forman hoy idea de lo que era una gran plaza de carretas, cuando no había ferro-carriles.

Allí, quinientas, mil, ó mas carretas, ocupaban un espacio inmenso, formando una población *sui generis*. Sin duda, los campamentos de las hordas árabes, deben tener algo de semejante.

Cada carreta era ó podía ser un mundo aparte.

Dos ruedas inmensas, monumentales, formadas quizá de cuatro colosales pedazos de los más grandes árboles de los bosques, estaban sostenidas por un eje que terminaba en dos masas del tamaño de barriles.

Encima un castillo monumental, cubierto de madera, y más comunmente de cuero, daba salida á una larguísima pértiga ó picana, que servía para hincar á los bueyes de los primeros pares que se ataban en número de cinco ó seis, á cada carreta.

Una *tropa* de estos monumentos, era visible, en la Pampa, á muchas leguas de distancia. El chirrido que producía el frotamiento de la rueda contra el eje, era bastante para despertar á una ciudad dormida.

Cuarenta, cincuenta, cien carretas, formaban una tropa con su jefe, capataces de sección, dos peones por carreta, mujeres, bueyes, perros y chinitos que, en revuelta confusión, constituían un *pandemonium* inexplicable.

Aquellas carretas nos traían el poco vino que

entonces se fabricaba en Mendoza, las pasas y los higos de San Juan, los metales de La Rioja y los productos de las selvas tucumanas.

¡Qué ligera ha andado la tropa! se decían los capataces, cuando en tres meses había salvado la distancia entre Mendoza y el Rosario!

El sol abrasador; las arenas del desierto; los salitrales; la sed; la sed rabiosa en aquellos campos estériles tostados por los rayos de un calor implacable; las lluvias que desbordaban en tórrentes los arroyos y ríos del camino; y sobre todo esto, angustias de cada instante, despertando sobresaltado al peón que recién se entregaba al sueño reparador, llenando de temor y desconfianza cada momento de aquel peregrinaje, descollaba el temor á los malones de los indios!

¡Los indios!

Bestia negra de tres siglos de nuestra historia.

¡Los indios!

Es decir, el acecho, la sorpresa, el combate sin cuartel, el saqueo, la degollación y el lanceamiento para los hombres; el martirio, la vergüenza, el deshonor, el cautiverio, para las mujeres!

Y aquellos desgraciados, aquellos peones que ganaban ¡seis pesos bolivianos al mes! hacían de su vida un perpétuo martirologio para atravesar en sus carretas, las inmensas soledades de la Pampa!

Llegaban, por fin, al punto de destino: se desun- cían los bueyes, y por vez primera el peón podía dormir tranquilo!

El peón había ganado sus seis pesos, y acumulado doce en los tres meses del *rápido* viaje: se ponía sus mejores botas de potro, se aplastaba

sobre la frente el cono que le servía de sombrero, se ajustaba el chiripá y seguido de los compañeros y de las chinas, se dirigía á las tiendas del Rosario, á cambiar el fruto de sus tres meses de trabajo, por un poncho rayado y unas botas fuertes! . . .

¡Infelices!

Por las tardes, la plaza de las carretas se llenaba de fogones, como un campamento de ejército.

Se jugaba á la taba, se bebía caña ó ginebra, se hacían relucir los facones, y llegada la hora de queda, todo quedaba en el silencio, silencio extraño, en aquel campo cubierto con los fantasmas con que mi impresionable imaginación asemejaba aquellos castillos encubiertos por las sombras!

Un fuerte empellón y un silbido atronador, me hicieron volver á la vida real, abandonando aquel mundo de recuerdos á que se había abandonado mi memoria.

Era un viajero que, valija en mano, atropellaba á todos por subir al tren, vociferando contra la empresa, porque había mucho polvo en el camino, y porque el tren de Córdoba, que acababa de entrar, había llegado con diez minutos de retraso!

Aquel viajero que había salido dos días antes de San Juan, había atravesado de parte á parte la América del Sud, y se disponía á ir en siete horas á Buenos Aires.

Acercóseme, y dijo:

— ¿Qué le parece, doctor? ¡El tren ha llegado con diez minutos de atraso, y casi me hace perder el de combinación á Buenos Aires! Es un escándalo; sobre que le dan á uno asientos duros, le hacen tragar tierra todo el viaje, no hay ni siquiera

confitería en los wagones, y ¡todavía se atrasan sobre la hora anunciada!

— ¡Cierto, cierto, amigo, le contesté sonriendo!

Y al mismo tiempo recordaba entre mí, que hacen treinta años era necesario emplear medio año y arriesgar veinte veces la vida para hacer el viaje que aquel hombre iba á cumplir en cincuenta horas!

Entre tanto, silbó el tren y partió, y al verlo alejarse, envuelto en nubes de humo y de vapor, recordando los progresos de nuestro país, exclamé, despidiéndome de él:

¡Bendita sea la civilización!

Rosario, Febrero 1º de 1886.

EL SUBTERRÁNEO

TRADICIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

EN la Universidad de Córdoba, han quedado hasta hoy, curiosas tradiciones, respecto al doctor Francia, el sombrío tirano del Paraguay, de la época de sus estudios en ella, que hemos oído repetir á antiguos alumnos de aquel célebre establecimiento, y de las que vamos á referir una, que prueba el temple de su alma, y la energía de sus resoluciones.

En el interior de la Iglesia de la Compañía de Jesús, edificio monumental, que forma parte del de la Universidad, existe todavía un profundo subterráneo, que se interna bajo el suelo de una gran parte de la Ciudad y desemboca á cinco cuabras, en un antiguo edificio llamado *Noviciado Viejo*, que perteneció también á la poderosa Compañía, antes de su expulsión de los dominios españoles.

Aquel subterráneo, especie de catacumba, lleno de altares, conteniendo un templo soçavado en la

tierra, tenía también numerosos calabozos que parece servían para la aplicación de las penas que solía imponer á sus miembros la Compañía, y muchos sepulcros formando una especie de vasto osario, en que el tiempo, que todo lo destruye, no había respetado las losas del sepulcro, viéndose aquí y allá, esparcidos, algunos huesos humanos, por la incuria y abandono en que había quedado el subterráneo, desde la expulsión de sus constructores.

Entonces, como hoy, y como siempre, el estudiante era un ser *sui generis*, barullero, alegre, vividor, y que sometido á un régimen disciplinario y monástico procura, cuantas veces puede, liberarse de su yugo, para respirar, fuera del claustro, el aire puro de una libertad, de que casi nunca deja de abusar.

Los estudiantes, pues, y especialmente los de mayor edad, solían hacer sus nocturnas escapatorias, y subiendo y bajando, como ágiles acróbatas, y con peligro de sus vidas, las altísimas murallas de los claustros, pasaban la noche en los bailes y jaranas, para volver á los primeros albores de la mañana á descansar de las fatigas de la orgía.

Francia, que era de todos, el más osado, se convertía con frecuencia en el jefe de aquellas expediciones; pero en vez de tomar el camino, de las murallas, adoptaba otro medio, quizá más seguro, pero al que ninguno de sus compañeros se atrevía.

A media noche, provisto de una linterna, y armado de un puñal (que siempre usaba) se dirigía al solitario centro de la Iglesia, levantaba las puertas del subterráneo, y, resuelto y sin vacilar, prescindiendo de todos los supersticiosos temores

que parece arredrarián de cruzar, entre mal disipadas tinieblas, un larguísimo y frío subterráneo, lleno de tumbas y calabozos, se internaba en él, lo atravesaba con paso firme, llegaba al *Noviciado Viejo* y dejando allí su apagada linterna, iba á reunirse con sus medrosos compañeros, incapaces de seguirlo.

Una noche, usando del predominio que ejercía sobre sus condiscípulos, que lo apedillaban *el déspota*, decidió á uno de ellos á acompañarlo á través del subterráneo. El ascendiente que sobre él ejercía, y el amor propio herido de que le llamarán supersticioso y pusilánime, triunfó de sus preocupaciones, y decidido á seguirlo, cruzó con Francia el subterráneo, aterrorizándose del ruido de sus pasos, del eco de su voz, viendo fantasmas en cada piedra saliente, y presa de un indomable terror, de que su compañero se burlaba; salieron, por fin, y aunque la orgía estuvo espléndida, el compañero de Francia, preocupado, retraído, sombrío, veía desaparecer á cada instante, las damas, y sus compañeros, para creerse de nuevo, cruzando el tenebroso subterráneo.

Llegó la hora de la vuelta, y Francia, apenas pudo conseguir que lo siguiera; sin embargo, una vez entrados, el miedo mismo dió fuerzas á su compañero, que, rezando en voz baja, tembloroso, tropezando á cada paso, procurando cerrar los ojos para no ver las tinieblas, avanzaba lentamente; de súbito, se pára, palidece, y dominado por el más profundo terror, quiere huir, señalando en el centro de un altar un cráneo humano, una calavera, que bamboleando y girando sobre su extinguido cuello, dirigía hacia ellos las áridas cuencas de sus ojos.

Francia, incita á su compañero á seguir, llamán-

dole supersticioso y cobarde, lo empuja, pero éste, cual si hubiera echado raíces en el suelo, se queda clavado, y acaba por tropezar y caer.

Francia, entonces, lanza una blasfemia, desnuda su daga y precipitándose sobre el cráneo, lo clava y parte de una puñalada.

Una enorme rata, huyó despavorida por la abertura, encontrándose libre de la cárcel en que había entrado y de la que no podía salir, no obstante sus esfuerzos, ocasionando los movimientos que habían aterrorizado al compañero de Francia.

En efecto, era costumbre de los antiguos monjes y ermitaños, colocar una calavera sobre sus altares, como signo contemplativo del fin de todas las vanidades humanas.

Francia, en seguida, cargó á su compañero que se había dislocado una pierna en su caída, y con él á costas siguió su camino.

Esta tradición que se conservaba en la Universidad de Córdoba, y que nos ha referido uno de sus antiguos alumnos, prueba el temple de alma de Francia, del futuro tirano, que había de ser inaccesible á todo sentimiento de piedad ó de ternura y á toda idea religiosa ó de un destino futuro del espíritu humano.

Real, ó apócrifa, es la verdad que de tal manera se juzgaba á Francia; por lo demás, lo que sí podemos asegurar, por haberlo oído á muchos que lo han visto, es que Francia grabó su nombre en la piedra más alta de la torre de la Còmpaña, la que sustenta la cruz, sitio casi inaccesible y que solo se atrevían á escalar los más fuertes y osados.

VI

DÍGALE, QUE LE MANDO MEMORIAS!

EPISODIO HISTÓRICO DE LA VIDA DE ROSAS

I

EN 1850, Rosas, tenía en la célebre casa de Palermo de San Benito, á dos leguas de Buenos Aires, su principal residencia de trabajo.

En aquel grande y hermoso edificio, se encontraban las secretarías, vastos aposentos en que numerosos escribientes inteligentes y activos, bastaban apenas para el despacho diario.

Rosas, gobernante absoluto, y que reasumía en sí todos los poderes del Estado, hombre celoso de su autoridad y poder, exigía se le diera cuenta de toda clase de asuntos, reservándose el derecho exclusivo de fallar sin sujeción á otra cosa, que á su propia voluntad.

Por una de esas rarezas tan comunes en aquel hombre extraordinario, hacía de la noche día, obligando á sus escribientes á que trabajáran de noche, desde el toque de las ocho que se señalaba á tiro de cañón.

Concluído el trabajo, los escribientes se retiraban, y uno que otro, que tenía permiso, solía ausentarse á la ciudad, hasta que llegada la noche, concurría al despacho.

Los escribientes comían con Rosas y su hija Manuelita, en la misma mesa. Sucedió algunas veces, que un escribiente, por aprovechar las pocas horas que el servicio les dejaba libres, se detenía en la ciudad, y llegada la tarde, sin haber tenido tiempo de comer, tenía que ponerse en marcha y á gran galope, para llegar á la hora reglamentaria

Pronto, por cierto, se hacían sentir unas tremendas hambrunas; cerca de Palermo, no había donde proveerse de comestible alguno, y por fuerza, los escribientes tenían que solicitar de la mucama ó despensera un fiambre ó cualquier cosa con qué satisfacer tan imperiosa necesidad.

Ña Ángela, la despensera, mujer de uno de los soldados que acompañaron á Rosas á la expedición del Sud, era una china más mala que una hortiga, respondona, y que aprovechaba á sus anchas cuando los escribientes, que habían llegado después de la comida, le pedían algún alimento.

— ¿Por qué no vienen cuando comen todos?

Mire Vd., tener que estar sirviendo comida á cada rato, ya no hay nada, respondía agriamente, dejando á los pretendientes burlados.

— Pero, ña Ángela, cualquier cosa, no he comido nada!

— ¡No tengo! Vengan á la hora de comer.

Es el caso, que los escribientes no la podían ver ni pintada.

Además de la despensa, ña Ángela tenía á su cuidado el loro de Don Juan Manuel.

Rosas, solía pasearse con una gorrita de visera, pantalón azul con vivo, y un largo bastón en la mano, que llevaba tomado casi por el medio, á manera de los cayados con que se pinta á los pastores.

Solía entretenerse con el loro, á quien enseñaba á repetir algunos versos.

En un día de invierno, Rosas, que paseaba llevando al lado á uno de sus escribientes, se acerca á la jaula del loro y con la tonada del conocido versito,

Zapatero

Que estás trabajando
De noche y de día
A la luz de un candil,

se puso á recitar los siguientes versos, parodia de los anteriores, y que él mismo había compuesto --

Untarlo

Que estás conspirando
De noche y de día
A la luz de un candil,
Si te llaman
A hacer buenas obras
Hechás por excusa
Que vas á dormir.

Generalmente, el loro, con acompasados movimientos de cabeza, repetía los versos imitando su fúnebre tonada.

Aquella vez, no obstante, el loro permanecía callado. Rosas, repitió la canción, y viendo que seguía callado, se vuelve al escribiente, y le dice:

—Qué es esto, señor, ¿por qué está callado el loro?

El escribiente, hombre joven y de buena vista, se fijó desde el principio en que el loro, muerto sin duda de frío, estaba recostadito contra la jaula, y dijo:

— Como ha de hablar el loro, señor, si está muerto!

— ¡Cómo! ¡Muerto!

— Sí señor, muerto, véalo — y sacando de la jaula al lorito, lo mostró, helado y duro ya.

Rosas, se quedó desagradado; habiendo nacido en 1793, en aquella época tenía ya cincuenta y siete años, y aunque de una complexión robustísima, empezaba á flaquearle el sentido de la vista. Extremadamente vanidoso á ese respecto, no consentía se le creyera viejo, y su mayor placer era hacer notar su fortaleza, apellidándose por ello más joven que los de menos edad.

Al estar hablando á un loro que se encontraba muerto, sin apercibirse de ello, su amor propio se vió humillado, una ira violenta se reveló en su semblante, y la desahogó en la infeliz mucama ña Ángela, que la noche antes se había olvidado de guardar al loro bajo techo.

Estalló, por fin, y dijo al escribiente:

— Vaya, señor, y dígame á ña Ángela, “*que le mando memorias*”.

El escribiente cumplió la orden: buscó á la mucama, y le dijo:

— Me ha dicho Su Excelencia que le diga, que “*le manda memorias*”.

Al escuchar estas palabras, ña Ángela, descompuesta por el terror, cayó de rodillas. ¡Memorias! ¡Santo Dios! ¿y por qué?

-- Porque se ha muerto el loro.

— ¡Se ha muerto! ¡Por Dios! Dígale á S. E. que me perdone! y con las manos juntas, unas veces, y abrazando de las rodillas al escribiente, otras, lloraba á gritos.

II

En Palermo, existía una división, que era entonces mandada por un coronel Hernández, hombre malísimo, que se complacía en castigar á los soldados, y de quien todo el mundo temblaba.

Cuando Rosas mandaba azotar á alguien, se entregaba al castigado una especie de boleta, que se llamaba PASAVANTE, con el cual, el penado, debía inmediatamente presentarse al Jefe de la División Palermo, para que lo hiciera azotar.

El penado no tenía más remedio que presentarse: en aquella época la fuga era imposible, y solo hubiera servido para agravar el castigo, pues días más ó menos, nadie escapaba á la policía de Rosas.

El SISTEMA de los PASAVANTES, que se usó algún tiempo, cayó por fin, en desuso, y, en vez de gastar papel y tinta en escribir una orden para que se azotara á un individuo, Rosas introdujo el sistema de “ mandar memorias ”.

Decirle á una persona que S. E. le “ mandaba memorias ”, equivalía á ordenarle se presentara inmediatamente al Jefe de la División Palermo, para que le pegaran CINCUENTA AZOTES!

He ahí, porque lloraba ña Ángela.

Por la muerte del loro, Rosas le mandaba pegar cincuenta azotes!

III

El escribiente, conmovido, cuando pudo librarse de ña Ángela, que siguió tras él, se acercó á Rosas y le dijo:

— Señor, dice ña Ángela que la perdone, que...

— ¡Vaya dígale que si vuelve á hablar, le voy á mandar *memorias otra vez!*

La amenazaba con cien azotes!

La desgraciada que oyó estas palabras, se volvió llorosa, y tomando su rebozo, salió en dirección del cuartel de la División Palermo...

No volvió más...

VII

LOS VEINTICINCO MATES

DEL MAESTRO DE PIANO

ANÉCDOTA DE LA VIDA DE DON JUAN MANUEL ROSAS

TRATÁNDOSE de don Juan Manuel Rosas, no puede haber indiferentes en la República Argentina.

Personaje que ha llenado con su historia casi un cuarto de siglo de nuestra vida de nación, durante el cual se han producido los acontecimientos más notables que ha presenciado la América del Sud, lo que él dijo de sí mismo, en su prótesta contra su proceso político, es una verdad—"no podía ser juzgado sino por Dios y la Historia, porque no pueden constituirse en jueces, los enemigos, ni los amigos; las mismas víctimas, que se dicen, ni los que pueden ser tachados de complicidad en los delitos."

Y esa historia á que apelaba el general Rosas, todavía no está escrita, ni podrá escribirse hasta dentro de medió siglo.

Vivos, aún, muchos de los actores en aquellos grandes acontecimientos; enconados todavía los partidos, y quizá en vísperas de emprenderse nue-

vas y sangrientas luchas entre unitarios y federales, no ha llegado la hora de la justicia absoluta, de la imparcialidad histórica, y la figura de Rosas ofrece un problema cuya solución no alcanzaremos nosotros, que aún vivimos con los que lo execran como á su enemigo, y con los que votaron para él las facultades extraordinarias!

Concretémonos, pues, mientras llega aquel tiempo, á ir tallando piedras para su monumento histórico y á presentar aquel hombre, el más extraordinario que haya producido en Sud América la época contemporánea, tal como era, ya en sus grandes resoluciones, ya en las pequeñeces de la vida privada, que muchas veces sirven mejor para revelar el carácter, que los hechos históricos de mayor trascendencia.

En 1849, consolidado su poder por las convenciones con la Inglaterra y la Francia, y derrotados en Vences sus últimos enemigos armados, entró Rosas en un período de calma relativa, en que daba cierta expansión á su espíritu, fatigado por los enormes trabajos que había afrontado hasta entonces.

En Palermo se hacía una vida menos oficial y la sociedad porteña que se reunía en los salones de Manuela Rosas, parecía olvidar los acontecimientos del pasado.

Manuela, tenía un maestro de piano que concurría frecuentemente á Palermo, haciendo grandes galopadas á caballo, porque en aquellos tiempos no solamente no había tramways, sino que los carruajes no eran tan comunes y baratos, que pudiera permitirse tal lujo un simple pianista, aunque éste fuera el de la hija del Héroe del Desierto.

Concurría, pues el maestro, y ya puede comprenderse cuanto se esmeraría en hacer una buena discípula, de la hija del Gobernador, el cual, un día lo mandó llamar.

Entre inquieto y satisfecho, el maestro de piano se dirigió al despacho del Gobernador, al que encontró de muy buen humor, paseándose y tomando mate como de costumbre.

En efecto; Rosas tomaba mate durante casi todo el día, aunque muchas veces entre mate y mate, pasára largo intervalo.

Pero era la costumbre por él establecida, que constantemente hubiese un sirviente con un mate cebado al alcance de su mano.

Cuando quería, estiraba el brazo, tomaba el mate, le daba una ó dos chupadas y lo devolvía.

Con frecuencia, ó no quería el mate ó se olvidaba de él: en este caso, el sirviente permanecía algunos minutos de pie, con el mate en la mano, y cuando éste se enfriaba, se retiraba, volvía con él nuevamente cebado, y permanecía hasta que ó Rosas lo tomaba, ó el mate se enfriaba, en cuyo caso, el procedimiento se repetía, y así indefinidamente.

Presentóse, pues, el maestro de piano, sin saber si alegrarse ó inquietarse: Rosas, en aquella época era muy poco accesible, y dada su historia, no era cosa de acercarse así como quiera, al hombre de las facultades extraordinarias! . . .

Pero su inquietud se disipó de pronto, en vista del cordial recibimiento que le hizo el Gobernador.

Rosas, se puso á conversar amigablemente con el maestro de piano, y le hizo brindar con un mate que le fué presentado respetuosamente por el ordenanza de Su Excelencia.

Ambos siguieron conversando y tomando mate, hasta que el maestro, que indudablemente no era tan aficionado como Rosas al popular brevaje, manifestó al criado que era bastante para él.

El criado presentó entonces el mate á Rosas, dándole así dos mates seguidos, con violación de ese principio de compañerismo, que, entre los buenos tomadores, constituye una ley inviolable— que mientras haya varios presentes, nunca se debe ofrecer á una persona dos mates seguidos.

¿Cómo es eso, maestro?— dijo Rosas —¿ me deja tomanuo mate á mí solo?

Continuaré, señor, por complacer á V. E.— contestó el maestro— aunque, habiendo ya tomado dos ó tres mates, se encontraba satisfecho.

La conversación continuaba en gran pie de intimidad; Rosas se encontraba del mejor humor, y prodigaba cuentos y bromas, con gran contentamiento de los presentes.

El asistente continuaba trayendo mate . . .

Cuando el maestro de piano se hubo tomado dos ó tres mates más, llegó al colmo de la saciedad; ya se había bebido cinco ó seis, y era para él demasiado, pero, por no dejar solo á su Excelencia y en la esperanza de que Rosas, dejaría también, continuó tomando hasta ocho mates; llegado á este número, no pudo más y manifestó nuevamente al criado, que estaba satisfecho.

Este continuó con el mate; Rosas tomó el que le correspondía, y cuando el criado le presentó el siguiente, interrumpiendo la conversación en que estaba, se dirige al maestro y le dice: qué, ¿ ya me abandona?

¡ Señor, he tomado bastante, contestó el pianis-

ta, deshaciéndose en cortesías, y declarando, que, si cesaba, no era por dejar solo al señor Gobernador, sino porque estaba satisfecho.

¡No puede ser! Mire que el mate está muy bueno: ¡tome otro matecito!

Señor! estoy satisfecho; he tomado bastante; me haría daño si tomara más!

No tenga cuidado, maestro, no le ha de hacer daño alguno; el mate está riquísimo, siga, no más; y haciendo seña al ordenanza, éste, presentó nuevamente el mate al músico, que no tuvo más remedio que tomarlo...

Aquel pequeño incidente no distrajo á Rosas de la interesante conversación en que estaba sumergido, y siguió con ella, mientras que el asistente, con regularidad militar, seguía entregando mates alternativamente á Rosas, que los tomaba con gusto, y al maestro que hacía los más violentos esfuerzos por ocultar la repugnancia que aquello le causaba.

Así, llegaron hasta doce ó catorce mates; el maestro, opilado, no podía ya con su estómago; se le puso la cara roja, y creyó, sin duda, que iba á descomponerse.

Rosas, no parecía notarlo; seguía conversando, y el asistente continuaba con el mate...

Cuando llegaron á los quince mates, Rosas dijo que bastaba, para él, con imponderable satisfacción del maestro, que pudo, al fin, lisonjearse con la idea, de que podría dar descanso á su estómago.

¡Vana esperanza!

Cuando el maestro indicaba triunfalmente al criado, que él tampoco quería más mate, el Gobernador intervino, le repitió que estaba riquísimo

y le insinuó, de nuevo, que continuára tomándolo.

El maestro, quiso formalmente excusarse, pero Rosas insistió, de tal manera, que aquel declaró que, por complacer á Su Excelencia, tomaría otro mate...

La conversación continuó tan amigablemente como antes, y Rosas, como si no se apercibiese del lamentable rostro que ponía el maestro á cada nuevo mate que le presentaban, siguió la un momento interrumpida narración.

¡El maestro, no podía más!

Cuando llegó á los veinte mates, quiso plantarse, declarando que había tomado más de lo necesario, y que temía enfermarse.

Pero Rosas le quitó los escrúpulos, diciéndole que no tuviese cuidado alguno; que no se había de enfermar, y que por el contrario, *le podría pesar si no tomaba más mate!*...

Hay palabras que, pronunciadas por ciertos labios, son susceptibles de producir el terror en los ánimos más esforzados.

Un maestro de piano, no es, indudablemente, el tipo clásico del valor guerrero: y era á un maestro de piano, á quién ¡Rosas! aseguraba que le podría pesar el desobedecerle!...

Puede figurarse el lector como se pondría el pobre músico!

Hizo, pues, de tripas corazón, y continuó tomando mate, mientras que Rosas, olvidado, al parecer, de aquel pequeño incidente, seguía alimentando la conversación...

Cuando llegó el maestro á los veinte y cinco mates, Rosas, con mucha naturalidad, le preguntó si no quería más...

Ante la formal declaración del maestro, de que había tomado con exceso, Rosas ordenó que no le dieran más; continuó amablemente la conversación, y, poco después, despidió al maestro con las mayores demostraciones de aprecio. . .

Es más fácil imaginar que describir, cómo se retiraría el maestro, después de que le habían hecho tomar veinte y cinco mates, sin ganas!

Sin duda, que el pobre, renegaría de su suerte, y se estremecería al pensar que le hubieran hecho si se resiste á tomar mate, en virtud de la frase pronunciada por el Gobernador “¡mire que le ha de pesar, el no tomar más mate!”

No cuenta la historia si esa noche el buen músico estuvo ó no indispuesto, aunque es muy de suponer que en pocas horas se le pasaría la opilación, en virtud de las leyes naturales, y sin necesidad de recurrir á medicamentos.

Pero, lo que sí cuenta la crónica, y motiva esta anécdota, es que al día siguiente, el maestro de piano recibió de Palermo una carta y un grueso paquete.

La carta, era de Rosas, y en ella, al darle las gracias por la contracción con que enseñaba el piano á Manuelita, le mandaba veinte y cinco mil pesos moneda corriente de regalo: mil pesos por cada uno de los veinte y cinco mates, que, tan de mala gana, había tomado el día anterior. . .

Entonces comprendió el maestro lo que significaban las palabras del Gobernador: se había propuesto regalarle mil pesos por cada mate que tomara é hizo lo posible para que la suma fuera crecida!

¡Qué lástima! ¡No haberme tomado siquiera

cincuenta mates! decía después el maestro á sus amigos, cuando les contaba el episodio.

La verdad es que Rosas tenía grandes rarezas, las que han dado origen á que se escriba un libro —Las Neurosis— en que se le trata hasta de monomaniaco.

Verdad es que ese libro ha caído en el vacío. . .

Ahora, terminaré estas líneas, diciendo que, en el fondo, el hecho que acabo de referir, es rigurosamente histórico.

Rosario, Enero de 1891.

CONTROVERSIA HISTÓRICA

El anécdota que antecede, fué publicado por primera vez en la "Revista Nacional" de Buenos Aires, de Setiembre de 1892 (páginas 165 á 170 del tomo XVI).

En el número de la misma Revista, de Marzo de 1893 (tomo XVII pág. 177) se ha publicado la siguiente aclaración, en que se niega la verdad del anécdota: dice:

UNA ACLARACIÓN

Á UN RECUERDO DE ROSAS

Enemigo siempre de las falsas versiones que vienen corriendo con el título de "Recuerdos de Rosas", al ver publicado un artículo, encabezado así, por Junio ó Julio del 90 en un diario del Rosario de Santa Fé y cuyo artículo fué refutado con mucha cordura por el coronel don Prudencio Arnold, sin tener este señor más antecedentes que los que había adquirido en su juventud en el trato con estas personas, con quienes estaba ligado por la amistad y adhesión que le profesaba el general

Rosas, escribí entonces á la señora Manuela de Rosas de Terrero, pidiéndole me informase sobre este hecho que yo ni ninguno de los que estábamos en servicio entonces al lado del general Rosas habíamos oído referir; y esta señora tuvo á bien contestarnos lo que sigue, y que tomamos de una carta que está en nuestro poder con estas referencias:

“ Sólo una cosa observaré de ese artículo, y es que ignorante de que jamás mi maestro de piano fuese un francés, el señor coronel Arnold no lo ha desmentido. Mi maestro durante muchos años fué mi compatriota don Marcelino Camelino, quien ganaba *doscientos* pesos mensuales y se los pagaba yo misma puntualmente al fin de cada mes, sin tener que ir á pedirlos á mi finado padre, quien me tenía provista de dinero para todos los gastos que corrían por mi cuenta. Este buen hombre, Camelino, me fué fiel hasta que murió, escribiéndome con la frecuencia que le era permitido ”.

Ahora recientemente en el mes de Agosto próximo pasado, veo por una casualidad repetido el mismo episodio, no ya con los mismos detalles del anterior, sino con alguna variante, publicado otra vez en la REVISTA NACIONAL, y con tal razón me ha parecido justo hacer esta rectificación á invenciones que, á ser ciertas, acreditarían un espíritu atrabiliario en un gobernante de la talla del hombre que gobernó nuestro país en una época difícil y complicada, apoyado en el sólo elemento de la tierra.

Lo extraño es que el autor de ese artículo “ Recuerdos de Rosas ” no haga mención de que cuando hizo su anterior publicación en el Rosario hu-

biese sido refutado por el coronel don Prudencio Arnold y que con este motivo no agregase ó dijese algo en aclaración de la verdad.

A. R.

De esta aclaración, resulta que en Junio ó Julio de 1890, se publicó en un diario del Rosario un artículo sobre el mismo asunto, que fué refutado por el señor Coronel don Prudencio Arnold: declaramos que no conocíamos ni el artículo, (que por consecuencia no es nuestro) ni su refutación.

En cuanto al presente, ante la afirmación categórica de la señora doña Manuela Rosas de Terrero, respecto al nombre, sueldo y pago de su maestro de piano, rectificamos nuestro anécdota, quitándole la parte de él en que, por error ó por malos informes, dijimos que era ella quien había pedido á su padre, le diera alguna muestra de agradecimiento.

Pero, en cuanto al hecho, en el fondo, es perfectamente cierto: lo hemos oído referir muchas veces, á persona que, si no lo presencié, por lo menos estaba en Palermo, cuando tuvo lugar, y conocía lo que allí pasaba, como quien ha vivido cuatro años al lado de todos los personajes que allí moraban.

No queda, pues, más que una explicación: la señora no ha tenido conocimiento de ese detalle, y

puede, pues, con perfecta razón, creer apócrifo el hecho.

Por lo demás, no sostenemos la autenticidad de los detalles: pudieron ser diez mates, en vez de veinte y cinco, pero, en el fondo, el hecho es auténtico, aunque halla pasado desapercibido para el autor de la aclaración.

G. C.

VIII

¡QUÉ NO SE CORRAN LAS VELAS!

ANECDOTA HISTÓRICA DEL SITIO DE MONTEVIDEO

CONOCIDA es la historia de los sitios que ha sufrido la ciudad de Montevideo, que la han hecho llamar con verdadera justicia, la Troya Americana.

El último sitio, puesto por las fuerzas que obedecían al Dictador Rosas, y bajo las órdenes de Oribe, empezado en 1842, solo terminó en 1851, con la sumisión de los sitiadores, siendo el triunfo de aquel pueblo, el preludio de la caída del célebre y omnímodo gobernante argentino.

La dirección y defensa de la plaza, estuvo confiada en uno de los períodos de aquel largo sitio, al Brigadier General Argentino D. José María Paz, cuya fuga de Buenos Aires, en que estaba preso, es uno de los episodios más curiosos de la historia de aquel benemérito jefe.

Un día, durante el sitio, Paz tuvo ocasión de encontrarse con un antiguo conocido á quien no veía hacía muchos años, y cuyo estado de pobre-

za, más bien dicho, de miseria, se revelaba en su raído sombrero, saquito de color indefinible, viudo de botones, y calzones un poco cortitos, dejando ver, entre rasgo y rotura, la falta de esa pieza de ropa interior que el exquisito pudor inglés impide nombrar á los *gentlemen* insulares, y que se revelaba por la aparición de la carne viva.

Paz, miró á aquel hombre, cuya fisonomía revelaba cierta viveza natural, procurando en vano recordar donde lo había visto—llamó entonces al individuo, y se entabló el siguiente diálogo:

—Dime, yo creo que te conozco ¿dónde te he visto?

—Sí, mi General, como no me ha de conocer; yo soy Juan Lince, y era alférez de un batallón cuando Vd. estaba en Córdoba; me acuerdo de que varias veces estuve de guardia con mi Compañía en su casa cuando Vd. era Gobernador antes de la batalla de la Tablada.

¿Y qué haces aquí? ¿por qué andas tan derrotado?

—¡Qué quiere, mi General, estoy muy pobre! con este maldito sitio, no tiene uno en que trabajar, y gracias si puede conseguir un pedazo de carne para no morirse de hambre. ¡Si tuviera siquiera un empleo!

—¿Empleo? ¿Y qué empleo quieres que te den? En una plaza sitiada, no hay más empleo que pelear con el enemigo, ó atender al cuidado del ejército: en fin, anda por mi casa y veré de darte alguna ocupación.

Lince, no echó la advertencia en saco roto, y á la noche siguiente se presentó en casa de su antiguo Jefe.

Mira, le dijo Paz, en cuanto distinguió humildemente parado en un rincón al ex-alférez: he pensado en tí, pero no tengo empleo que darte; todas las oficinas están llenas; los cuadros de oficiales, completos; lo único que podría encargarte, es del servicio nocturno de alumbrado de la línea; es necesario que haya faroles encendidos á lo largo de las trincheras, y el actual encargado es un haragán que probablemente se pasa toda la noche durmiendo, pues casi siempre los faroles se apagan y no los vuelve á encender; conque, si quieres, puedo darte esa comisión, y te ganarás un sueldito de veinte patacones, en vez de andar vagando.

Acepto, mi General, con mucho gusto, exclamó Juan Lince, que desde ese momento se hizo cargo de su nuevo oficio.

Lince, recibía cada noche una cantidad de velas de sebo, igual al número de faroles que debía tener encendidos, y que le entregaban en la Mayoría. En aquel tiempo, como puede imaginarse, el sebo estaba caro en Montevideo, y muchas familias pobres lo empleaban en vez de grasa para las comidas—eran velas de baño, fabricadas sin el veneno que suele ponérseles para impedir que los ratones se las coman: peligro imaginario tratándose de una época en que solo se hacía cada día la cantidad de velas que había de consumirse al siguiente, y en que se guardaba el sebo con más cuidado que si fuera oro en polvo.

Lince, recibía diariamente las velas, y, llegada la hora, colocaba cada una en su farol, y las encendía, siendo de su deber vigilar para que no se apagáran, en cuyo caso debía encenderlas de nuevo.

Todo siguió bien por algún tiempo: Paz, de cuando en cuando, preguntaba que tal iba el servicio, ó se cercioraba personalmente, y como no hubiera falta alguna que reprochar á Lince, concluyó por olvidarse del asunto.

Pasaron algunos meses, y un día, Paz, al pasar cerca de un grupo de personas que conversaban en voz alta, vió que lo saludaba un caballero muy bien vestido y elegante, á quien al pronto no reconocía: se fijó un poco—¡era Lince!

Sí, Lince, que abandonando la casaquita raída, pantalones rotos y postura humilde, estaba transformado en un apuesto caballero!

Paz, quedó intrigado con aquella metamórfosis: sabía que Lince no tenía más entrada que los veinte pesos de su sueldo, que no jugaba, que no había heredado á ningún tío, ni casado con mujer rica, y no podía adivinar de donde sacaba para tantas misas.

Hizo algunas averiguaciones, pero nada pudo conseguir; se decidió por fin, á llamar á Lince, y le dijo:

Yo sé, que tú no tienes más entradas, que los veinte pesos de tu sueldo, pero es imposible que vivas y te vistas tan bien con tan poco dinero; tengo una curiosidad grandísima de saber como te manejas, y con tal de que me lo digas, te dispensaré aunque cometas alguna pequeña infracción; pero de lo contrario, como tu modo de vivir se hace sospechoso y no puedo andar con muchas contemplaciones en épocas de sitio, pensaré que andas en relaciones indebidas con los de afuera, y será peor para tí.

Lince, se encontraba entre la espada y la pared;

temía revelar sus manejos. pero temía también las consecuencias de un silencio ú obstinación que podría ser mal interpretada. Se decidió, pues, á cantar de plano, contando con la promesa y benevolencia de su jefe.

Está bien, mi General, contestó; voy á decirle como me arreglo, pero no se olvide de su promesa, porque al fin, soy un pobre desamparado, y mi pecado en estos tiempos, no pasa de venial: pues, como le iba diciendo, mi General, yo, ¡qué quiere señor! tengo que agenciarme de algún modo para poder vivir; así pues, cuando recibo las velas de la Mayoría, las pongo en los faroles, y en vez de cerrar por completo el vidrio que impide penetre el viento, lo dejo un poco abierto, y como el aire entra, las velas se corren, y en vez de durar cada una dos noches, no dura más que una; á la mañana siguiente, recojo el sebo con un cuchillo, lo mezclo con un poco de grasa, y lo vendo á la gente pobre, que, como no puede andar con muchos escrúpulos, se lo come como si fuera la mejor grasa del mundo.

¡Ola! exclamó Paz ¡con que se te corrían las velas! Ya decía yo que era imposible anduvieras tan paquete con solo tu sueldo! Pero dime, al que estaba antes que tú, no se le podían correr las velas, porque casi siempre se le apagaban?

Sí, señor, se le apagaban porque cuando recibía las velas, les hacía un agujerito con un fierrito caliente, hacia la mitad de su largo, y lo llenaba con un poquito de agua, tapando de nuevo el agujero con sebo, y cuando á media noche la vela se había consumido hasta donde estaba el agujero, como la mecha estaba mojada, se apagaba, y se

quedaba así, con la mitad de todas las que le daban.

¡ Ah pícaro! dijo Paz, ya comprendo ahora por qué, á media noche, se apagaban todas las velas, como por encanto!

Eso hacía mi antecesor, General, pero ya ve que yo cumplo teniendo las velas encendidas toda la noche, y únicamente me aprovecho del sebo que se corre.

Está bien, repuso el defensor de Montevideo, anda, te perdono la falta, pero en lo sucesivo ten cuidado de que no se corran tanto las velas!

Juan Lince, salió, como quien dice con la cola entre las piernas, y parece que desde entonces las velas se corrieron menos.

Muchos años después, el General Paz, pretendiendo justificar que no hay empleo, por humilde que sea, que no se preste á abusos, relataba en su apoyo, el cuento de las velas.

Rosario, Junio de 1882.

IX

DE COMO UN INMIGRANTE

SE GANÓ CIEN MIL DUROS

(HISTORIA DE UNO, QUE PUEDE SER LA DE MIL.)

Si cuando los griegos inventaron la fábula de Sisifo, hubiera existido el periodismo, no trepidaría en creer que aquella alegoría, representa, no los tormentos del espíritu, de la ambición insaciable, condenadas á ver derrumbarse los castillos de sus pensamientos, para tener que levantarlos, de nuevo, llevando cada piedra hasta la cima de la montaña; creerían, simplemente, que se refiere al periodismo, á ese moderno tormento, que condena al encausado á llenar cada día una ó dos columnas de ideas, aunque no brote ni una sola ni aún buscándola en la más remota circunvolución cerebral.

Los que no lo saben; los que no conocen ese tormento, no aplicado en ningún código, ni imaginado por los Procusto, por los Phalaris, por los Dionisios, ni aún siquiera por los chinos, indus-

trioso pueblo que ha roto los resortes de su imaginación para encontrar nuevos suplicios; al tomar las grandes hojas de nuestros periódicos, no puede ni remotamente imaginarse lo que ha tenido que padecer el cerebro de sus escritores, para darles, bien acomodada, arreglada y hasta engalanada, á veces, con las flores del lenguaje, la relación de sus ideas, la cosecha de sus pensamientos, ó la historia de los sucesos!

Escritor casi ignorado, de una de nuestras provincias de *tierra adentro*, me encuentro hoy en una de esas situaciones de espíritu, en que nada podría producir.

Mi termómetro, á la sombra, marca ¡35 grados! Es la hora de la siesta; el sol está nublado, y un aire caliente, como el que sale de una fragua, y espeso como el de una cocina de bodegón; casi me sofoca, y, si las tuviera, sería bastante para quitarme todas mis ideas.

Puesto que nada puedo pensar por mí mismo, me concretaré á relatar la historia de uno de mis conocidos: son hechos, de los que acuden á la mente de cada uno cien casos semejantes, pero que, no por eso, suelen dejar de darnos una fecunda enseñanza, cuando no sirvan de amena distracción.

Hace veinte años, en una tarde de verano, llegó al Rosario, á la casa de mi padre, un pobre hombre, un italiano inmigrante, que se presentó acompañado de su mujer, joven y robusta siciliana, que traía de la mano á un hijo de diez años, y al brazo una niñita de dos, y que era seguida de otras dos criaturas, todas rubias, de preciosos ojos azules, vestiditas con mucha pobreza y tan temerosas y

hurañas, que dieron gritos cuando quise aproximarme á ellas á hacerles cariños.

El hombre, que se llamaba José, presentó á mi padre una carta de recomendación.

Era agricultor, hombre de buenas disposiciones, inteligente, trabajador, y bueno como se dice, lo mismo para un fregado que para un barrido.

Mientras yo y mis hermanitas hacíamos sentar á la mujer y dábamos algunas golosinas á los chicos, José impuso á mi padre de su deseo.

Buscaba trabajo y le pedía recomendarlo á quien pudiera poner á su disposición un pedazo de tierra.

En aquella época, uno de nuestros vecinos tenía un terreno de chacra, que deseaba entregar á medias.

Mi padre recomendó á José, y éste, al poco tiempo, entró como medianero en una chacra de unas cuarenta cuerdas de tierra fértil, como toda la de Santa Fé, pero cuyo valor era muy escaso.

Un rancho de *quincho*, es decir, de cañas recubiertas de barro; un pozo que ostentaba á guisa de brocal tres palos enhorquetados, un mal corralito de medios postes, y tres ó cuatro paraísos *aperrreados*, formaban el total de la propiedad.

En cuanto á muebles, consistía el total en una olla de fierro, manca de una pata, una mesa inverosímil, y unas cuantas cabezas de vaca, con honores de sillas, porque era lo único en que podían sentarse.

José se acomodó como pudo con su mujer y sus cuatro hijos.

Había salvado de sus miserias unos cuarenta ó sesenta pesos bolivianos, y su patrón le hizo facilitar, á crédito, algunas semillas.

Nuestro hombre, empezó por comprar algunas herramientas de agricultura, sembró alfalfa y maíz, y se adquirió algunas gallinas.

En aquel humilde rancho, todos trabajaban.

Margarita, la mujer de José, á más de ayudarlo en las faenas agrícolas y hacer la comida, amasaba pan que se cocía en un hornito hecho por ellos y cuidaba las gallinas.

Los chicos ayudaban en esta tarea, el mayor tiraba agua, á caballo, y los otros hacían los mandados á la cercana pulpería, ó desgranaban el maíz para las aves del corral.

Mientras crecían los sembrados, José no lo pasaba en balde; se hizo de marchantes en algunos hoteles y casas de familias, y les proveía de gallinas, pollos y huevos, con lo cual, poco á poco, pudo mantenerse primero, economizar después, y por último emplear sus economías en mejorar sus productos.

Era la época en que la guerra del Paraguay estaba en su apogeo; forrajes y comestibles estaban carísimos; los huevos valían seis reales bolivianos la docena, y una gallina gorda, se pagaba en un peso.

José no se nos perdía de vista.

Una vez á la semana, se aparecía en el pueblo, caballero en un rocinante bichoco, pero seguro, llevando colgadas de las patas un regimiento de gallinas, que armaban un alboroto infernal, ahorrándole el trabajo de pregonar su mercancía.

¡María! ¡María! ¡Ahí está don Pepe el de las gallinas! solíamos gritar al apercibir la figura bonachona de José, que nunca se olvidaba de traernos algún huevo de tero, un nido de chingolos, ó cualquier otro rústico presente.

Un día, José se presentó transformado.

El caballo dejaba de soportar sobre sus lomos el peso de gallinas y vendedor, para presentarse tirando un carro, que traía cuatro veces más aves, y, colgadas y atadas con excelentes *guascas* de la mejor calidad unos cuantos valdes viejos, llenos de huevos.

¡Iba bien el negocio!

Poco á poco, las carradas menudeaban, hasta que, en vez de conducir las el mismo José, las mandaba con su hijo, que ya se había hecho conocedor de los marchantes y baqueano en el camino.

El primer corte de alfalfa, se vendió á buen precio, para forraje de los caballos del ejército: esto animó al agricultor, que tomó en arriendo unas cuatro cuadras de las tierras vecinas, que estaban yermas, sirviendo de plaza á las evoluciones de las viscachas.

José tomó peones, y transformó aquellos eriales en un gran sembrado.

Habían pasado cuatro años.

Un día, el día de mi santo, se proyectó un paseo á las quintas, y nos dirigimos á la quinta de José.

El cochero, que no conocía el camino, nos hacía vagar por medio del campo.

Yo, que conservaba el recuerdo del rancho de quincho, de los tres horcones del pozo, y de los cuatro paraísos, tampoco acertaba con la quinta.

Teníamos á la vista una alegre casita de material con techo de teja, una preciosa quinta en formación, llena de árboles de fruta y de sombra, un inmenso alfalfar fresco y verde, que daba gana de ser caballo para echarse á retozar en él, y un es-

pacioso gallinero, poblado de toda clase de aves de corral.

Frente á la casa, una mujer alta, robusta, tostada por el sol, ordeñaba una preciosa vaca, rodeada de media docena de chiquillos que brincaban y alborotaban esperando su ración, que la mujer distribuía en jarritos de lata.

Se resolvió que el cochero se acercase á aquella casa, para preguntar si conocían el camino para ir á la quinta de don Pepe.

La mujer, que estaba de espaldas al camino, al sentir los pasos, dió vuelta y pudimos entonces verle la cara.

Era Margarita!

La mismísima mujer de José.

Aquella era la quinta que buscábamos.

Cuatro años de trabajo y economía habían transformado aquel erial y asegurado el bienestar de una familia.

Margarita nos hizo entrar en su casa, y, en su mesa, limpia, rodeada de alegres banquetas de madera, nos sirvió leche en vasos de vidrio, y nos agasajó como pudo.

Después nos mostró la quinta.

Ya no estaba arrendada.

José, con sus economías, había comprado hacía poco, en mil quinientos pesos bolivianos, las diez cuadras de tierra que la formaban, y edificado los tres cuartos en que vivían, un galpón para el pasto, un gallinero y un corralito para las vacas.

José no estaba.

Había salido, llamado por personas del pueblo que querían proponerle el negocio de quema de ladrillos, porque en los alrededores de la quinta,

había campos de viznaga que suministraban el combustible. Se necesitaba un hombre trabajador y honrado que dirigiese el negocio, corriendo con los peones, capataces, etcétera.

La conducta intachable de José, y su laboriosidad, agregada á la circunstancia de vivir por aquellos parajes, lo habían señalado como administrador de la empresa.

Aceptó, y poco después, contiguo á su quinta, se levantaron numerosos hornos en que se quemaban ladrillos.

Sabido es cuanto se edifica en esta ciudad, que crece á ojos vistos cada día.

El negocio de los ladrillos prosperó, y poco á poco, José se fué haciendo dueño de otros terrenitos, que ó cultivaba por si mismo, ó hacía cultivar bajo su vigilancia.

Entre tanto, sus hijos crecían, y quería educarlos.

Compró en el pueblo un terreno, lejano del centro, pero bastante grande.

Le decían que era caro, porque pagó mil setecientos pesos, por una manzana de tierra situada á quince cuadras al Norte de la plaza 25 de Mayo; era una manzana por el lado del Ferro-carril Central.

José tenía confianza en el porvenir del Rosario; pagó ese precio, hizo una casa, se trasladó con su familia, y empezó á educar á sus hijos.

No por eso abandonó sus trabajos: dejó de hacerlo personalmente, pero tomó peones, que vigilaba con sus propios ojos, y entró en toda clase de especulaciones sobre tierras, pastos, frutos del país, y cuanto le era provechoso.

El Rosario ha crecido y hemos llegado al año de 1886.

La manzana de tierra por el ferro carril que José compró en mil setecientos pesos, ha quedado hoy en la parte central de la ciudad: tiene tramway por dos calles y está casi toda edificada. José vendió varias fracciones, en diez mil pesos, y lo que queda, vale más de treinta mil.

El terreno de las quintas, vale un dineral y hoy José no es ya el pobre inmigrante de hace veinte años: tiene cien mil pesos ganados honradamente, ha educado á sus hijos, y hace poco que partió para Europa, donde ha ido á dejar á uno de los menores en un colegio de Suiza, mientras que el mayor, casado y con hijos, queda al frente de los negocios de su padre, que desempeña á las mil maravillas.

Queda concluída esta verídica historia.

Como esta, hay mil en Santa Fé.

Mutatis mutandis puede decirse que es la historia de todos los hombres honrados y laboriosos que llegan á nuestro pueblo. Variará la cifra de sus riquezas, pero nunca el positivo bienestar que da el trabajo á los que vienen á nuestra América á contribuir por medio de él á su civilización.

Mis lectores de hoy, me perdonarán el cuento.

Si no les he dado fruta de mi propia cosecha, les he relatado un hecho que sin duda vale más.

Ojalá el buen ejemplo de José, proporcione á Santa Fé, cien mil inmigrantes que se le parezcan.

LA BELLA ROSA, Y EL IMBÉCIL DE SU MARIDO

HE leído varias veces, y acabé por comprenderlo, como si no lo hubiera leído, que se necesita una gran dosis de filosofía, muchos conocimientos, y profundas reflexiones, para sentir admiración por aquellos hechos de la naturaleza, que, aun siendo en sí mismos, de los más admirables, estamos acostumbrados á presenciar continuamente.

El sabio, se admira ante los tesoros de infinita sabiduría y poder, que revela la formación de los ojos de una mosca, para llegar á cuyo conocimiento ha sido necesario esperar la invención del microscópio; mientras que el ignorante, presencia la salida del sol, sin más emoción que la que puede sentir el buey que conduce uncido al arado.

Pero, un fenómeno existe en la naturaleza, respecto al cual, la humanidad entera, ha demostrado, siempre, el mayor interés y el más grande asombro, aun cuando sea de repetición incesante: ese fenómeno, es la muerte.

Casi todos, aunque pocas veces piensan en ella, cuando lo hacen, la temen; algunos, muy pocos, la desean: pero nadie hay indiferente ante ella, y menos, tampoco, que puedan constituirla en un objeto de burla, ó hacerla ridícula.

Nadie, he dicho; pero, entendámonos: ese *nadie*, no reviste los caracteres del absoluto: *nadie*, significa ninguna *persona*, ningún ser *humano*, pero, ¿existen, acaso, seres que, revistiendo, exteriormente, todos los signos de humanidad, no sean, en realidad seres humanos?

El código civil, dice que no: yo creo que sí ¡con perdón de su ilustre autor!

Lo que distingue al ser humano; lo que lo caracteriza entre los demás animales de la creación, no es, indudablemente, el tener solamente dos manos, en lugar de cuatro patas, puesto que, á este respecto, otros animales hay, que han sido mejor surtidos por la naturaleza: por ejemplo, el orangután, que nos lleva la ventaja de tener cuatro manos con las cuales podría hacer maravillas, si se dedicára, por ejemplo, á tocar el piano! . . .

Lo que distingue verdaderamente al hombre, no es, tampoco, la palabra: sin traer á colación el fonógrafo, (para evitar que se nos tache de recurrir, como una argucia, á los últimos adelantos de la ciencia) ahí está el loro, que no se hace de rogar, en las grandes ocasiones, para manifestar sus opiniones políticas, contrarias, en un todo, á nuestro feliz sistema republicano, exclamando:

¡Lorito real!

Para España, y no para Portugal!

Pero, aun sin recurrir á los loros, ejemplo quizá poco convincente por lo vulgar, ahí están las urracas, que también suelen hablar, y abundando en citas, hasta aplastar á nuestros posibles futuros contrincantes, podríamos citar al *pirincho*, que dice ¡Joaquín! ¡Joaquín! para llamar á su amo, aunque este, á veces, no tenga ese nombre.

Si no es el número de patas; si no es la palabra; ¿qué es, pues, lo que distingue, verdaderamente, al hombre, de los demás animales?

No es otra cosa, que el respeto á la muerte, derivado de la creencia en la existencia del alma. (No pido privilegio de invención por esta nueva definición del hombre: y, respetando la libertad de conciencia, tampoco obligo á mis lectores á adoptarla.)

De esto se desprende, como fruta madura que cae del árbol, una lógica consecuencia: tal es la de que, quien no tiene respeto á la muerte, podrá, exteriormente, revestir todas las apariencias de la humanidad, según el código: podrá tener solamente dos pies, y andar sobre ellos, verticalmente; podrá ser susceptible de adquirir deudas y contraer obligaciones; hasta podrá, si se quiere, y á fuerza de todo rigor, ser un buen ciudadano, y un excelente *estante* (sinónimo, en este caso, de habitante) del país, pero, de ninguna manera puede considerarse como un ser humano ¡le falta el carácter esencial: el alma!

Pero ¿existirán, realmente, ejemplares de esa especie, puramente animal?

¿Existe el *materialista*, en toda la extensión que esta palabra comporta?

Cuestión es esta, que yo no creo esté definitiva-

mente resuelta, á pesar de que sé que han existido un Büchner y un Littré, que afirman en sus obras, que el pensamiento es una secreción del cerebro, lo mismo que la orina, lo es de los riñones!

Todo lo que puedo afirmar, es que, en esta vida, he tropezado con tres personas, que me han afirmado, seriamente, que no creen en nada. (Salvo en la depreciación del papel moneda, en que les hacía creer, por fuerza, el almacenero, cuando les hacía pagar diez pesos por un queso de Holanda).

En fin; sea de esto lo que fuere, y haya ó no, materialistas y ateos, en absoluto, la verdad es que, durante la parte de vida que se les conoce, ha habido y hay algunos seres, que revisten los caracteres aparentes de la humanidad, que se comportan como si realmente fueran materialistas.

Pude convencerme de ello, en una visita que hice al cementerio de Milán.

En aquella vasta y bellísima necrópolis, como en todos los cementerios del mundo, se rinde una especie de culto á la muerte, procurando perpetuar en monumentos, estatuas, é inscripciones, el recuerdo de los que fueron.

Siendo tan corta la vida humana, los mortales sienten la imperiosa necesidad de prolongar, siquiera, la memoria de los hombres, y tributar respetuosos homenajes á sus despojos. Para todos, la muerte es sagrada, y se reservan para ella las más sinceras manifestaciones de veneración.

Para todos, dije, menos para los que no creen en nada!

Para estos, la muerte, no es más que la destrucción total, la vuelta á la nada — el vacío absoluto; y como la nada, no merece respeto alguno, re-

sulta que la muerte se presta á mil extravagancias que producirían risa, si no dieran lástima!

Uno de estos casos, es el que cae ahora bajo la acción de mi pluma, y voy á referirlo, bajo la fe de la palabra del sepulturero de Milán, que se entretuvo en contarme el cuento, mientras daba vuelta en sus manos á la moneda con que había recompensado la buena voluntad demostrada al recorrer el vasto enterratorio.

Milán es, según creo, la primera ciudad europea que ha introducido el sistema de la cremación de cadáveres; y en cierto espacio de su cementerio, se halla un sitio reservado en que se levanta una especie de templete, de estilo semejante al egipcio, destinado á crematorio, y construido gracias á munificas donaciones de algunos ciudadanos propagandistas de ese medio de matar de hambre á los gusanos, quitándoles la ordinaria pitanza con que se regalan en nuestros orgullosos cuerpos, cuando les llega la hora de dar, con toda su soberbia y vanidad, en el fondo de la fosa.

Pero como ese sistema no se ha perfeccionado todavía, y eso de la chamusquina, aun después de muerto, tiene cierto mal olor, que hace á casi todos los vivos poner los pelos de punta, resulta que la cremación está reservada para los mortales que, haciendo en vida gala de despreocupación y de materialismo, quieren dar á los que quedan después de su muerte, esa prueba de su fortaleza de espíritu. (Aunque yo no sé cómo un materialista, pueda llamarse *espíritu fuerte*, cuando no cree en la existencia de su espíritu).

Es así como en el crematorio de Milán se presencian á veces las más curiosas escenas.

A todo se presta la extravagancia humana, una vez que se ha perdido el sentimiento del respeto á la muerte.

El sepulturero, llevándome á cierto punto del crematorio, y señalando con el dedo una placa de mármol cubierta de inscripciones: aquí tiene usted, señor, me dijo, lo que queda de uno de los tipos más originales de que hemos tenido que ocuparnos en el crematorio.

Hizo en seguida la relación, que trasladada según mis recuerdos, es, más ó menos, como sigue:

—Este señor, (á quien llamaremos D. Trifón) siendo muy joven, emigró de su patria, en busca de fortuna, y se fué á América.

Hombre sin instrucción, completamente despreocupado, pero muy activo é inteligente, entró de dependiente en una casa de comercio, que se ocupaba de la venta de artículos de importación europea.

Muy campechano, de buen mostrador, honrado en sus tratos, y muy vivo para el comercio, no tardó en ser habilitado de la casa, y los negocios progresaron tanto y tan bien, que llegó á ser uno de los principales socios.

Aquel hombre, no conocía más vida, que el trabajo.

Metido detrás del mostrador, y vendiendo desde un cargamento de petróleo, hasta un carretel de hilo se pasó treinta años, sin conocer más goce de la vida, que el comer bien, beber buenos vinos, y echar, de cuando en cuando, su partida á los naipes, con otros comerciantes, sus amigos.

D. Trifón, era lo que puede llamarse un buen vecino, pero nunca pensó en otra cosa que en sus negocios.

Ni se le ocurrió que la vida, puede tener más objeto que ganar plata; ni pensó jamás, en que podía fundar una familia, tener quien lo amára, en una esposa, y en sus hijos, y contribuir á la felicidad de alguien por medio de sus riquezas.

Llegó, así, á los cincuenta años, se puso gordo, como un tonel, y con la piel lustrosa, como revelando la presencia de un colchón de grasa debajo de ella, hasta que, un día, se apercibió de que empezaba á aburrirse de la vida, y de que estaba sólo, pues no tenía más sér á quien querer y que lo quisiera, que un viejo y achacoso mastín, á quien designaba con el nombre de Napoleón.

Verdad es, que tenía algunos sobrinos, (por aquello de que á quien Dios no le da hijos.) pero, era también cierto que les tenía la tírria más profunda, fundándose, en que los sobrinos, no ansiaban otra cosa, que el que se muriese pronto, para heredarle, y disfrutar de su inmensa fortuna, pensamiento, en que no iba el buen hombre muy descaminado.

Hubiera podido casarse, pero no era él hombre para andar buscando novia: había adquirido el hábito de la independencía, y le parecía absurdo, sacrificar su libertad, sus comodidades y costumbres, á una mujer.

Tenía un amigo, despreocupado como él, pobre, que le estaba sometido por relaciones comerciales y casado con una compatriota, alta, carnuda, bizarra, coloradota, que lucía constantemente su cuello y sus brazos desnudos y que cubría su robusto tronco con batas siempre estrechas para contener las protuberancias de su busto, que pa-

recían querer constantemente escapar de su angustiosa prisión.

Rosa, la bella Rosa, que por tan bien aplicado apodo la conocían sus amigas, sabía preparar deliciosamente los raviolos, tallarines, y otros manjares de su país, á que era D. Trifón muy aficionado, de manera que, de cuando en cuando, se trasladaba á casa de su amigo, comía con él y se daba unos atracones pantagruélicos, miéntras deleitaba sus ojos con la contemplación de la succulenta hermosura de la bella Rosa, que, muy lisonjeada por la distinción de que era objeto, por parte del rico amigo de su marido, se dejaba, mansamente, admirar.

Y, como el hombre, aquel, era estopa, y la mujer, fuego, sucedió, lo que tenía lógicamente que suceder.

Menudearon, desde entonces, las visitas de don Trifón, que sintió crecer de punto, y desaforadamente, su afición por los tallarines y menestrones, de manera que, no ya, como antes, uno que otro Domingo se permitía aquellos gastronómicos excesos, sino que continuaron dos y tres veces por semana, hasta que llegaron á hacerse diarios.

¿Y el marido?

El marido, no tardó en apercibirse del incremento de las aficiones golosas de su amigo, pero como ambos se conocían bastante bien, y eran muy dignos el uno del otro, vió en el hecho, una mina inagotable, y aceptó la nueva situación, muy satisfecho

“Por comer de la cabeza,”

según dijo Quevedo en el célebre romance de sus desventuras.

Por último, entre D. Trifón, la bella Rosa, y su marido, resolvieron constituir un sólo menage, que evitaba, así, las incomodidades de andar yendo de una á otra casa, para almorzar y comer.

Desde aquel día reinó la más pura felicidad, en la nueva familia: vivían tranquilos, y satisfechos, como tres lechoncitos dentro de su establo, que no conocen lo bastante el almanaque, para saber que hay un San Martín.

D. Trifón, para hacer aún más absoluta su dicha, y gozar á sus anchas de los raviolos y tallarines de la bella Rosa, resolvió retirarse de los negocios; rodondeó una brillante suma y regresó á la patria, llevando en su compañía á su fiel amigo y á la Rosa de su amigo, y sin olvidar á su viejo perro, Napoleón, cuya suerte futura le preocupaba bastante, pues ¿qué sería del perro, si su amo se le muriera?

Llegado á Italia, se estableció en Milán, y se dedicó, allí, concienzudamente, á cultivar su estómago hasta realizar su sueño dorado; hacerle adquirir un metro cúbico de volumen, para ser digno de ingresar á la sociedad de Hombres Gordos de los Estados Unidos, á cuyo honor aspiraba con ansia.

A su afición de comer bien, agregó la de beber excelente cerveza.

Una *trattoria*, en que hubiera buena cerveza, ejercía para él más atractivo que todas las bellezas del universo.

Buen amigo y *bon vivan*, cuando caía por aquellos mundos alguno de sus conocidos de América, le agasajaba, le prodigaba sus alegres dichara-

chos, y lo llevaba á beber rica cerveza, y á comer tallarines en algún restaurant, porque se reservaba, para sí solo, los que tan bien aderezaba la bella Rosa.

Pero ¡es inútil!

¡No hay felicidad completa en la tierra!

La idea de que sus sobrinos á quienes continuaba odiando cordialmente, habían de disfrutar, algún día, de su fortuna, cuando él muriera, no le permitía gozar, á gusto, ninguno de sus placeres.

¿Deshéredarlos?

No quería; no tenía ninguna causa legal, y aquel paso le repugnaba profundamente.

Resolvió, pues, ya que no podía privarles completamente de su herencia, dejarles lo menos posible; y como siendo materialista por los cuatro costados, no creía en ninguna de esas ridiculeces sociales, que hacen á la muerte, solemne, y al sepulcro sagrado; resolvió echar un resto de buen humor, en la confección de su testamento, y dar un solemne chasco á muchos de los interesados.

Llegó, para él, por fin, un día, completamente feliz: aquel día, después de un estupendo atracón de tallarines con queso, se tomó las medidas de su cuerpo, en una cinta de metros, y encontró que según sus cálculos, medía justamente un metro cúbico!

Fué tal la satisfacción que aquello le ocasionó, (según él lo dijo) que cayó á la cama: el médico, llamado urgentemente, no fué de la opinión de su volumétrico enfermo, si no que dijo que aquello, no era satisfacción, sino una indigestión estupenda, de la que falleció el enfermo, con gran sentimiento de la bella Rosa, de su marido, y de sus sobrinos,

que hacía tiempo esperaban, también en Milán, el doloroso acontecimiento que había de ponerles en posesión de la suculenta fortuna de su tío.

Toda la casa, cambió de aspecto: la Rosa, sintió marchitarse sus bellos colores, y sus ojos, hinchados y vidriosos, demostraban, evidentemente, la profunda huella de las lágrimas, aunque no faltaron malas lenguas de comadres de barrio, que dijeran que aquello no eran señales de llanto, si no que, al preparar una menestra, se había refregado los ojos, por descuido, con una cabeza de cebolla.

Vistió de luto, y lo mismo hizo su marido, por la gran pérdida que acababan de experimentar.

Los sobrinos, pálidos, azorados, se presentaron, también, en cuanto recibieron la funesta noticia, y no acabaron de convencerse ¡tanto era su dolor! de que realmente D. Trifón, no comería más raviolos.

Hechas las declaraciones oficiales, y constatada la defunción, surgió, inmediatamente, una cuestión de etiqueta, entre los sobrinos y la bella Rosa, respecto á quien debería entrar, inmediatamente, en posesión de la casa, lo cual, como bien se puede comprender, no tenía más objeto que proporcionarse la dolorosa satisfacción de rendir los últimos y fúnebres homenajes al querido extinto.

Se trataba de contratar, con la empresa de pompas fúnebres, el entierro: la cuestión hubo de degenerar en pelotera: lástima que D. Trifón no pudiera oírlos, porque hubiera gozado en ver como se apresuraban, todos, hasta á pelearse, por tener el honor de rendirle los últimos homenajes!

Pero cuando ello iba á pasar de palabras, una observación sensata del desconsolado esposo de la

bella Rosa, puso todo en orden: como el difunto era muy modesto, dijo, hagamos el entierro lo más pobre posible, y así estaremos seguros de que hemos obedecido la voluntad del difunto!

Todos, aceptaron este parecer, aunque manifestaron su disgusto, porque habrían deseado un entierro pomposo como muestra de su gratitud al difunto, pero, puesto que éste, había sido tan modesto, se resignaron á ahorrar algunos miles de liras.... y así tanto más les quedaría de herencia....

La conferencia, fué súbitamente interrumpida por la presencia de un notario, que manifestó que, en cumplimiento de órdenes del finado, venía á poner en su conocimiento el contenido del testamento del difunto.

Todos palidieron de emoción, y se quedaron estáticos, olvidándose hasta de ofrecer una silla al notario, el cual, tomándola por sí mismo, sacó de un profundo bolsillo, un voluminoso sobre cerrado y lacrado.

Reparado el olvido, por medio de algunas tartamudeadas excusas, todos se sentaron, jadeantes de ansiedad.

El notario, leyó el sobre del pliego, que decía: "Testamento de D. Trifón; el cual debe leerse, el mismo día de su muerte, y antes de su entierro, en presencia de sus sobrinos, Juan, Antonio, Pedro y Diego, y de Rosa, y su marido."

A cada nombre que se leía, el aludido se enrojecía de satisfacción, y cambiaba miradas brillantes con los demás presentes.

Cuando se llegó al nombre de Rosa, ésta, ahogada de emoción, prorrumpió en dolorosos ayes, pero se le quitó la palidez del rostro.

En cuanto á su marido, al oír la alusión que á él contenía el sobre, casi se desmayó.

Restablecido el silencio, el notario, llenadas las formalidades legales, rompió gravemente el sobre. . .

El corazón de la bella Rosa, latía, conmovido, como podía fácilmente juzgarse por el movimiento de su robusto pecho, que subía y bajaba como el oleaje en día de tempestad.

Los sobrinos, se quedaron mudos como pescados.

El notario, roto el sobre, encontró, dentro de él, otros dos más, con iguales inscripciones, y con el siguiente añadido; el uno: "este sobre debe abrirse al día siguiente de mi entierro"; el otro: "este sobre, debe abrirse el día de mi muerte".

Abierto y leído este último, resultó que él contenía una minuciosa indicación respecto al entierro de D. Trifón, que al hacer el testamento, se había divertido en indicar con toda precisión, las ceremonias de que quería ser objeto: el pliego terminaba diciendo que quedaba desheredado, cualquiera de los indicados en el sobre, que no asistiere al entierro, ó no cumpliera la parte que le asignaba en la ceremonia, y que la parte que al desheredado le correspondiera, debería dividirse, por igual, entre los demás herederos y legatarios.

Con semejante cláusula, se comprende que todos trataron, á porfía, de rivalizar en celo, para cumplir estrictamente lo ordenado, aunque como veremos, algunas indicaciones eran de incómoda ejecución.

Al día siguiente, tuvo lugar el entierro, con todas las ceremonias indicadas.

El acompañamiento fué uno de los más lujosos que hasta entonces se hubieran visto en Milán.

Gran tren fúnebre; palafreneros, carros de coronas cubiertos de flores de las más escasas; centenares de carruajes de librea; caballos cubiertos con gualdrapas galoneadas; lacayos llevando velas encendidas; en fin, cuanto puede proporcionar la fantasía apoyada en bolsas llenas de oro, nada había omitido D. Trifón, para su entierro.

Aquello, costaba ¡la mar de plata!

Pero, lo que más llamaba la atención, es que todos los carruajes iban vacíos, y que el féretro, que pesaba una atrocidad, porque á más del cuerpo ¡el cuerpo de D. Trifón! había cajón de ébano con agarraderas de plata, etc., era conducido, á pulso, por la bella Rosa, su marido, y los cuatro sobrinos.

El trayecto, que era larguísimo, necesitó varias horas para ser recorrido: los conductores del féretro, no podían más!

Una banda de música escogida entre los mejores profesores de Milán, precedía el entierro, tocando los más alegres aires populares.

Se llegó, por fin, al crematorio, (pues el cadáver debía ser incinerado) y allí los conductores pudieron descansar, y hasta refocilarse cada uno con un chop, mientras el cadáver ardía. (El chop, estaba, como todo, rigurosamente determinado en el programa).

La vuelta, fué hecha, á pie, y en el mismo orden.

El pago de la música, costó otro dineral.

Llegó, por fin, el ansiado instante de abrir el testamento, y todos los nombrados en el sobre, se

presentaron, llevando documento debidamente legalizado por escribano y cuatro testigos (con arreglo á lo dispuesto en el primer pliego) en el que constaba habían cumplido, rigurosamente, con el ceremonial impuesto.

El notario, comenzó á dar lectura del documento, cuyas principales estipulaciones eran:

... “declaro que mi fortuna es de un millón de francos”...

Los ojos de los herederos brillaron de codicia!

... “que lego y distribuyo en la forma siguiente...”

¡Mortal ansiedad!

... “cien mil francos para”...

La ansiedad llega al paroxismo: ya no hay allí personas: no hay más que orejas:

... “cooperar al mejoramiento de las construcciones del crematorio del cementerio de Milán”...

Se oye un suspiro, capaz de conmover á un poste: ¡cien mil francos menos! piensan entre sí los herederos! ..

... “cien mil francos para”...

Nuevo momento de expectativa.

... “la sociedad de los Hombres Gordos, de los Estados Unidos, de que fuí nombrado socio honorario, en vista del retrato mío que le envié, con el justificativo, legalizado, de mi peso, que me permite figurar dignamente en ella, con arreglo á sus estatutos” ..

Los herederos, cambian, entre sí, miradas angustiosas.

... “cien mil francos”...

Una especie de escalofrío recorre el cuerpo de los herederos presuntivos: el temor de otro

desengaño, y la esperanza de una pingüe tajada, los hace poner, á cada instante, pálidos ó rojos.

... "para gastos de mi entierro, debiendo, si hubiera sobrante, agregarse éste, al legado para el crematorio"...

La ira empieza á traslucirse en el semblante de los presuntos herederos, que empiezan á temer, seriamente, que D. Trifón ha querido burlarse de todos ellos.

... "doscientos mil francos..."

¡Al fin! Esta es la nuestra, pensaron todos los herederos! El difunto ha terminado con los legados, y ahora hace el reparto entre nosotros!

Todos esperan oír su nombre, cuando el notario continúa gravemente:

... "para la sociedad protectora de los animales, á objeto de fundar un hospital para los perros viejos desvalidos, en el que entrará, inmediatamente, y como pensionista distinguido, mi perro Napoleón"...

Después de la ira, la consternación...

La bella Rosa, su marido, los sobrinos, están próximos á desmayarse.

El notario, empieza á sentir ganas de largar una descomunal carcajada, no obstante la gravedad del acto, al ver las caras lamentables que ponen los que ya empiezan á dudar si serán herederos.

... "doscientos cincuenta mil francos"...

La enormidad de la suma, introduce de nuevo, la ansiedad, en todos los corazones.

... "para la bella Rosa" ..

Se oye un grito, seguido de fuertes sollozos: la bella Rosa, que jamás creyó verse tan bien librada, no puede contener su emoción.

Los sobrinos, le lanzan miradas de tigre.

Van, ya, setecientos cincuenta mil francos, y nada para ellos, todavía.

... “y cincuenta mil para el imbécil de su marido.”

Una carcajada homérica, interrumpe la lectura del testamento.

A pesar de la gravedad del acto, y del despecho ocasionado por los legados, todos largan la risa, incluso el notario, que se aprieta las costillas para no reventar: verdad es que, para éste, la situación es verdaderamente cómica, porque desde el principio, las caras de los herederos le están tentando á reír.

El único que permanece serio, es el agraciado.

Aquello, es para él, un golpe inesperado: es una bolsa llena de oro, que se le presenta rodeada de espinas: para tomarla, hay que pincharse los dedos!

Ya veremos cómo procedió el afortunado marido de la bella Rosa.

Calmada la hilaridad; vueltos, todos, al sentimiento ¡y qué sentimiento! de la realidad, el notario, continuó así:

“Los doscientos mil francos restantes, serán divididos en cuatro partes, respectivamente, de ochenta, sesenta, cuarenta, y veinte mil francos cada una, entre mis cuatro sobrinos, Juan, Antonio, Pedro, y Diego, hijos de mi hermano Juan, y que llevan su apellido, á quienes declaro mis herederos, debiendo cada uno de ellos, tomar una de esas cuatro partes, mayor ó menor, según sean sus necesidades y el estado de sus fortunas.”

“Es mi voluntad, que se dé posesión inmediata-

mente de mi fortuna (que está en el Banco depositada en metálico) al señor Síndico de esta ciudad, para que él haga la distribución, de acuerdo, en un todo, con este testamento.

Con esto, terminó aquella notable pieza, dejando á los herederos sumidos en la mayor consternación, no exenta de rabia, con la sola excepción de la bella Rosa, y su marido, que se daban por muy bien librados.

Los sobrinos, se encontraron burlados, sangrientamente.

D. Trifón, les declaraba sus herederos, pero despilfarraba ochocientos mil francos, y sólo, como migajas, les dejaba doscientos mil, y esos, repartidos de tal manera, que, ya se consideraban, los unos, enemigos de los otros, porque cada cual encontraba muy buenas razones para apropiarse la cuota de ochenta mil francos, y no la de veinte mil.

Lo primero que se les ocurrió, fué, naturalmente, gestionar la nulidad del testamento, pues, siendo ellos los únicos parientes, declarado nulo, la fortuna les pertenecía íntegramente. . . . salvo los cien mil francos que se habían gastado en el entierro.

Consultaron á los mejores abogados de Milán, y ¡naturalmente! todos cuantos vieron, columbrando unos famosos honorarios, declararon que podía gestionarse, con éxito, aquella nulidad.

Por su parte, los representantes del Crematorio, de la Sociedad Protectora de los Animales, y de la Sociedad de Hombres Gordos, una vez que conocieron el testamento, y las intenciones de los sobrinos, consultaron, también, á sus respectivos abogados, los cuales, ¡naturalmente! declararon

que podía gestionarse, con éxito, la validez del testamento.

Se entabló, pues, un pleito formidable, entre los sobrinos, y los representantes de los tres citados legatarios.

La bella Rosa, y el imbécil de su marido, por su parte, resolvieron esperar, sin mezclarse en ella, el término de la contienda, con tanta más razón, cuanto que, la sentencia que declarára válido ó nulo el testamento, les aprovecharía á ellos, sin necesidad de incomodarse.

Lo único malo que hubo, por lo pronto, fué que, resultando que todo lo que había en la casa, era del difunto, á ellos los echaron á la calle... ¡hasta que cobráran sus trescientos mil francos!

La bella Rosa, pasando, súbitamente, de la holgura, á la miseria, resolvió sacar partido de su habilidad en preparar los tallarines, y mientras el pleito se decidía, no tuvo más remedio que alquilar un cuarto á la calle, y abrir un fondín, en que su marido desempeñaba humildemente el papel de friega- platos.

El pleito, duró un año, el testamento fué reconocido válido, y los sobrinos, condenados en costas, que ascendieron á cien mil francos, para pagar las cuales, tuvieron que entregar la mitad de lo que les correspondía por su herencia.

El Crematorio, la Sociedad Protectora de los Animales, y la de Hombres Gordos, recibieron, cada una, sus miles de francos, entrando, inmediatamente, el feliz Napoleón á gozar de las munificencias póstumas de su amo: en cuanto á los gastos de entierro, como sobre ellos no había

discusión, estaban pagados desde el primer día.

Cuando se supo el resultado de este pleito, en la *trattoria* de la bella Rosa, casi se murieron de gusto.

Tiraron todos los trastos de la cocina, y se encaminaron, jadeantes, al tribunal, para recibir, la una, sus doscientos cincuenta mil francos, y el otro sus cincuenta mil, sin pararse en pelillos respecto al calificativo con que se les acompañaban.

Pero, se encuentran con una dificultad inesperada: como el legado que se les hacía estaba concebido en los siguientes términos: “doscientos cincuenta mil francos para la bella Rosa, y cincuenta mil para el imbécil de su marido”, sin más palabras, y sin contener por consiguiente, ni el apellido de la primera, ni el nombre ni apellido del último, no podían acreditar su personería legal!

Los sobrinos, que, como se comprende, de todo tenían ganas, menos de dejarse arrebatar ¡trescientos mil francos! por aquella amorosa pareja, objetaron la personería que invocaban.

¡Yo soy la bella Rosa! gritaba, desaforadamente la aludida; no se me puede quitar lo que me dejó Don Trifón!

Es cierto, decían los sobrinos, es Vd. Rosa (aunque algo marchita) pero, hay muchas Rosas, y muchas bellas, y no estamos para dejarles llevar trescientos mil francos á cada bella Rosa que se nos presente!

¿Y yo? decía el marido.

¿Y yo? Bien claramente se alude á mí en el testamento “. . . doscientos mil francos para la bella Rosa y cincuenta mil para el imbécil de su ma-

rido . . . ” Rosa, no tiene más marido conocido que yo, luego, yo soy el legatario!

Está bien, le contestaban los sobrinos: no ponemos en duda, que es Vd. el marido de la bella Rosa, y, si se empeña, aceptaremos, también, que es Vd. . . . “el imbécil de su marido” . . . pero, hay muchas Rosas, con marido, y muchos maridos á quienes se puede llamar imbéciles, luego eso no prueba que sea Vd. el aludido por el difunto!

Como es fácil de colegir, ninguno de los contendientes quería ceder en su interpretación, de lo que resultó otro pleito, que duró otro año.

Aquel pleito, como otras causas trágicas, llegó á trascender y á apasionar á Milán, primero, á Italia, después, y por último, á toda Europa . . .

Los curiales, se dividían en dos bandos — *sobri-nistas* — é *imbecilistas*: los unos creían que la justicia, estaba de parte de los sobrinos: los otros, que el derecho, era claro, en favor de la bella Rosa y del imbécil de su marido, y, llegó la cosa á tal punto, que *Il Fanfulla*, de Roma; *Le Charivari*, de París; y hasta *The Punch*, de Londres; publicaron sendos artículos de fondo, y notables grabados alegóricos, exponiendo el asunto bajo y sobre todos los puntos de vista posibles . . .

La bella Rosa, se manejó tan bien, tales testigos presentó, tantas pruebas adujo, y tan convincentes razones expuso, que, al fin, y con gran despecho de los sobrinos, y de todos sus partidarios, se declaró por los jueces que “*la bella Rosa*” del testamento, y ella, eran la misma persona.

En cuanto al marido, la cosa fué más difícil . . .

¿Cómo probar, judicialmente, que él era . . . “*el imbécil de su marido*?”

¿Puede probarse, judicialmente, esa especie de imbecilidad?

¡Gravísimas cuestiones del más profundo interés jurídico, que dividieron el ánimo de cuantos estaban en conocimiento del asunto!

Arduos problemas sociales, en que, durante algunos meses, ejercitaron su locuacidad todos los gacetilleros de Europa. . .

“¡Ai posteri l'ardua sentenza! . . .”

se llegó á decir, por muchos, que no creían que las ciencias jurídicas estuvieran, en la actualidad, suficientemente adelantadas, para fallar la causa.

Pero, por fin, el pleito fué resuelto.

Tantas y tales pruebas fueron presentadas, que el tribunal, por unanimidad de votos, declaró que. . . “*el imbécil de su marido*” . . . era el mismísimo marido de la bella Rosa!

En la noche de aquel día, se dieron tallarines, gratis, á los parroquianos de la *trattoria*.

La bella Rosa, ya enriquecida, se despidió, así, con los últimos tallarines que pensaba hacer como medio de sustento, en agradecimiento á ellos, cuya buena confección, le habían valido la fortuna.

Ella, y su marido, después de dos años de pleitos y peripecias, habían triunfado, en toda la línea.

Dos pleitos ganados, y dos declaraciones judiciales, los hacían dueños de una respetable suma.

El marido, triunfante, llevando, de una mano, á su bella Rosa, y en la otra, la declaración judicial de que él era. . . “*el imbécil de su marido*”. . . se presentó, pues, á cobrar sus trescientos mil francos. . .

Los sobrinos, entre tanto, estaban desesperados. Habían sido condenados en costas, nuevamente, y, para pagarlas, tuvieron que entregar el último resto que les quedaba de la herencia. . .

Cada uno de ellos cuatro, no se pegó cuatro tiros (aunque poseían un excelente revólver) porque no tenían con que comprar las cápsulas. . .

No se echaron de cabeza al mar. . . ¡porque no hay mar en Milán!

En el colmo, estaban, de su desesperación, cuando se les presenta su abogado, y les dice: no todo está perdido: he encontrado un último recurso, que vamos á ensayar: lleven, inmediatamente, este escrito al tribunal.

Los sobrinos, salen como alma que lleva el diablo. . .

Cuando la bella Rosa, del brazo de su marido, entraba triunfalmente á cobrar sus francos; se encuentra con la odiosa estampa de los sobrinos, que por medio del escribano, le notifican un nuevo pleito.

No hay duda, les dicen éstos, de que Vds. sean “la bella Rosa, y el imbécil de su marido” á que se refiere en su testamento nuestro querido tío: así lo ha declarado el tribunal, y lo respetamos, pero.

¿Pero qué? . . .

Pero la donación de trescientos mil francos es inoficiosa, por lo enorme, y por lo tanto, legalmente nula.

Rosa, y su marido, se quedaron aterrados!

La suma de trescientos mil francos, era mucho mayor de aquella de que podía disponer, libremente, el testador, sin causa justificada.

Rosa, y mucho menos su marido, no podían alegar servicios que justificáran aquel enorme donativo, contra los sobrinos carnales del difunto.

Preparar, por muy bien que se haga, los raviolles y tallarines, no es una causa legal, bastante, para embolsarse trescientos mil francos, y si bien era cierto que la bella Rosa, hubiera podido alegar otros servicios más decisivos, no eran de aquellos que se pueden probar judicialmente.

A más, y cuando se les hizo aquella reflexión, abrieron mucho el ojo, pues podían, al tratar de la prueba, tropezar con algún artículo del Código Penal.

¡Y el Código Penal, no es cosa de juguete en la oprimida Europa, como en nuestras libres naciones americanas!

La bella Rosa, no tuvo más remedio que volver á su *trattoria*, y continuar haciendo tallarines, mientras seguía el tercer pleito.

Este, duró poco, porque la causa era ya muy conocida, y resultó, á la fin y postre, que se declaró inoficiosa la donación, y los trescientos mil francos pasaron, (indivisos) á poder de los sobrinos, que esta vez ganaron el pleito, con costas.

Lo malo que hubo, fué que, como Rosa y su marido estaban indigentes, ellos tuvieron que pagarlas.

Gozaron, pues, los sobrinos, de su victoria, y trataron, entonces, de repartirse los trescientos mil francos tan trabajosamente rescatados de las uñas de sus contrincantes.

Pero ¡oh desgracia!

El zorrónazo del tío, que los conocía muy bi

y que había querido burlarse de ellos, hasta después de la tumba, les había dejado en su testamento, la manzana de la discordia . . . en el fondo de la caja de Pándora!

¿Cómo se repartirían los trescientos mil francos?

Indudablemente en la misma proporción en que hubieran debido repartirse los primeros doscientos mil del testamento, si no hubieran tenido que entregarlos á abogados y procuradores.

La proporción, debía ser, pues, de ciento veinte mil francos, para uno: noventa mil, para el otro, sesenta mil para el tercero, y treinta mil para el último.

En esto, convinieron, todos.

Pero ¿á cuál de ellos, debería tocarle la mayor porción?

¿A quién la segunda?

¿Cuál sería el ménos favorecido?

No pudieron entenderse, y azuzados por los procuradores y abogados, que le habían tomado el gusto á aquella suculentísima herencia, se trabaron, entre sí, es un pleito, tanto más formidable y rabioso, cuanto que eran mutuamente estimulados por la bella Rosa y su marido, que se consolaban de su fracaso, viendo la discordia en el campo enemigo.

Pasó otro año, en el cuarto pleito, y los sobrinos, ya mortales enemigos entre sí, gastaron otros cien mil francos . . .

A poco andar, se iban á quedar como la bella Rosa . . .

El miedo, los hizo prudentes, y aunque de mala gana, convinieron en que se repartirían el último resto de la herencia, de acuerdo con el testamen-

to, tirado á la suerte, á quien le tocaría cada una de las mandas.

Se tiró á la suerte: el que sacó los ochenta mil francos, se quedó indiferente: después de haber perdido, entre todos trescientos mil, el sacar ochenta, no lo halagaba: el que recibió sesenta mil, miró con envidia á su más afortunado hermano; los otros dos, se quedaron furiosos.

Aquella escena, había tenido lugar en privado, y sin testigos: trataron, pues, de legalizar la partición, y de hacer la escritura definitiva.

La escritura, con los últimos gastos judiciales, costaba dos mil francos.

No se había hablado de quien la pagaría.

El que sacó los ochenta mil, fué de opinión de que se pagase por partes iguales: quinientos cada uno: el segundo, dijo que se debía pagar en igual proporción de lo que cada uno recibió: los otros dos, declararon que ellos no pagaban nada, porque eran los que más perdían.

Se siguió, con este motivo, una grave disputa: los dos menos favorecidos por la suerte, quisieron deshacer el trato, pues que, con cualquier otro arreglo ganarían más, y propusieron que el reparto de la herencia, se efectuase por partes iguales: cincuenta mil francos cada uno: los otros dos que habían sido más favorecidos por la suerte, insistieron en lo hecho: se levantaron las voces, y la discusión acabó á capazos.

Cada cual, juró que los demás eran unos pillos, y que preferían perderlo todo á dejarse explotar, y continuaron el pleito, con más rabia hasta que

¡Hasta que la herencia, se fundió en gastos!

Así acabó el reparto de la herencia de Don Trifón.

¡Ah! Señor! me dijo, entonces, el sepulturero, al terminar su relato:

¡Cómo se reiría, ahora, Don Trifón, si viera lo que ha pasado!

No amigo, le contesté, con sorna: no crea: Don Trifón, á despecho de todo su materialismo, no ha de estar, en estos momentos, como para reirse! . . .

Y así diciendo, salí, del cementerio de Milán.

Rosario, Enero de 1892.

XI

EL SOLTERO

SE nace soltero, y se suele morir lo mismo, pero lo más natural es nacer soltero para morir casado ó viudo.

La *raza* de los solteros tiene dos variedades— el soltero y el solterón; entre esos dos títulos suelen mediar algunos años, ó algunos desengaños; aquellos son generalmente la pesadilla de los primeros, los desengaños de los segundos.

Efectivamente; de los desengaños cura el hombre fácilmente; la mujer casi nunca; al hombre desengañado de *una* le queda el remedio de ir á engañar á otra; á la mujer, en el mismo caso, sólo le queda el consuelo del fingimiento; en familia, en sus relaciones, en la sociedad, aparenta que nada siente, hace creer que se ha burlado de sus burladores, y en el recogimiento de la alcoba vierte lágrimas de amargura y de despecho.

El hombre, en el primer momento sufre, después se subleva, quiere vengarse en otra del insulto recibido, y sucede casi siempre que por un segundo amor, olvida un primer fracaso.

Esta es la historia de esa guerra, de los combates que tienen por teatro desde la iglesia donde se va *por verla* hasta el baile donde se acude presuroso para *hablarla*; y cuyas armas son, miradas, suspiros, abanicos y guantes.

En el amor tonto, representan un gran papel el peluquero y la modista; en el discreto, la palabra y la poesía; pero, como es más fácil perfumarse que escribir églogas, y prenderse moños, que hacer idilios, los amores tontos se encuentran con la facilidad de los granos de arena en el Paraná, y los otros como diamantes en las minas brasileras.

El soltero, es, pues, un ser ambiguo, común de... ninguno y candidato á común de dos.

Los naturalistas nos enseñan á distinguir entre sí todos los seres de la creación, y algunos pares más de patas en un ciento-pié, y un pico más ó menos largo como en las aves, les sirven de pretesto para algún nuevo orden, género ó variedad.

¿Cómo se podrá pues conocer el género — soltero ?

Trataremos de definirlo.

Estamos en un baile; es el sitio más á propósito y lo hemos elegido para poder demostrar en él con mayor perfección, cada variedad, como elegiría un naturalista su gabinete ó un museo de historia natural,—para hacer una descripción.

El soltero, entra calzándose el guante; echa una mirada de satisfacción sobre su traje y su persona, se acerca con disimulo á un espejo y se acaricia la barba ó el bigote.

Después de este preliminar, pasea su vista por el salón, deteniéndola en las señoritas más hermo-

sas, saluda amablemente á algunas y se dirige á otra como quien no quiere la cosa.

A vuelta de algunos cumplidos en los que enmaraña hábilmente unas cuantas lisonjas, toma asiento á su lado, y empieza una conversación.

Al principio, critican á los demás; después solo hablan de sí mismos;—se hacen oír las notas de un wals enloquecedor, y un instante después siguen sus compases, como las agitadas olas del mar los embates del viento.

Dejémoslos; nos marearíamos siguiendo los rapidísimos giros en la danza, y entre tanto reflexionemos.

Esos dos ¿quienes son? Inútil es decirlo—dos solteros.

Dice la Biblia, que cuando crió Dios á Adan dijo—no es bueno que esté solo, hagámosle una compañera á su semejanza; y adormeciendo al futuro padre de los humanos, le sacó una costilla, de la cual hizo . . . á la soltera.

Despertó Adan, y la soltera . . . dejó de serlo.

Desde entonces, los solteros, pasan la primavera de la vida buscando esa costilla que tanto cuesta, y á veces tan poco vale, y que con raras excepciones vale tanto como cuesta!

Ya sabemos lo que es un soltero; lo conoceríamos pues, entre cien; á veces se podría encontrar uno que no lo sea, y presenta todos los caracteres del soltero; ese es una excepción que confirma la regla, excepción, entre paréntesis, que maldito el favor que goza entre el sexo del tul y de las flores.

Hemos visto al soltero en el baile; ahora veámoslo en la calle.

El soltero, casi nunca anda solo; sociable por

excelencia, busca la compañía de los suyos y se ocupa siempre del sexo opuesto; ya para alabarlo, que es la escepción, ya para burlarse de él y deprimirlo, que es lo general.

En los templos entra haciendo sonar los tacos, suele hacer señales (pero no la de la cruz) tose y entabla alguna correspondencia telegráfica, habla al oído á sus amigos, y se oyen algunas risitas— ¡es claro! la tijera produce su efecto á costa del sexo débil.

En los paseos, discute en voz alta para llamar la atención, y afecta que no lo nota; en el teatro entra á última hora y ve la comedia de la cazuela, en vez de la del proscenio.

La principal ocupación del soltero es hacer el amor... cuando no lo compra hecho.

Primero, adula; después, pretende; en seguida exige, y termina por olvidar, pasándose con armas y bagajes á otra banda.

Cuando llega este caso, es cuando la parte *agraciada* apela al fingimiento, disimulando el bolsazo como dijimos en la primera parte de este artículo, —las hostilidades se establecen y se principia, ó por no saludar al beligerante, ó por hacerlo con una risita forzadamente despreciativa.

Cuando el soltero recibe el desengaño, el asunto varía de aspecto; la primer impresión siempre es penosa, pero en seguida, su amor propio humillado se subleva, y cambia en odio la pasión que sentía por la ingrata, que no supo comprender su mérito.

Cierto ó fingido *se le declara* á otra, para hacer comprender á la primera, que para él ya nada vale; el que con brasas juega al fin se quema, y.... se repite la primera historia.

El prólogo de esa historia es mirar la candidata diciendo—me gusta aquella niña—se procura ir á los mismos paseos, y encontrarse en la calle ó en el teatro: eso es lo que se llama el soltero-fantasma, ó el soltero-sombra.

A las pocas de cambio, la candidata se aperci-be de los solícitos cuidados y atenciones de que es objeto.

El primer paso está dado.

Después se procura hablar con la *niña*, y en seguida *convencerla*; conseguido ésto, la ciudad sitiada tiene alojado el *enemigo* en su plaza de armas, es decir—en el corazón.

Cuando se llega á ese estado, la fortaleza, ó se rinde á discreción, que es lo más raro, ó capitula.

Cuando el soltero capitula ¡malo! esta próximo á dejar de serlo.

Hemos desarrollado á nuestra vista como un cuadro en boceto la vida del soltero en una de sus fases, desde la primera *bolsa* hasta la última conquista.

Hablamos del soltero que *hace el amor*, no está demás una ligera ojeada sobre el que lo *compra hecho*.

Este último, no frecuenta los clubs ni hace visitas que no sean de completa *sans façon*.

Apostado en una esquina, y apoyándose en el poste, hace el rol á que con tanta propiedad se ha puesto el nombre de pirata callejero.

Habla en alta voz de la hermosura de las señoritas que pasan, y en baja de las chinitas y cocineras.

Por la mañana su puesto esta en el mercado, se acerca á una, mira á otra, y se decide por seguir á una tercera.

Algunos hay que se recatan, y otros qué dejan el recato á la cabecera de la almohada,

De noche, en los paseos, busca los sitios más oscuritos, sin andar solo, y en los bailes de máscaras, en teatros ó cafés, es el primero que entra aunque no el último que sale—este género de soltero siempre anda apurado.

Quizá algunas veces la sociedad compadece la derrota de los primeros, pero nunca deja de silbar hasta los triunfos de los segundos.

Los solteros de la primera especie, reciben flores que aprecian más que á los diamantes; los de la segunda, dan algunos que valen menos que guijarros.

Los primeros huellan alfombras, respiran el suave ambiente de los salones, y se embriagan en el aliento perfumado de las bellas—los segundos pisan adobes, cuando no barro y procuran interceptar con el pañuelo el tufillo de los ajos y cebollas.

Y sin embargo, cuántos atractivos no debe tener esta clase de vida para ciertas constituciones, cuando son ¡tantos! los que se dedican á ella!

Por ciertos inconvenientes y multiplicaciones anexas á una vida de esta especie, el soltero, á los pocos años, degenera: la clase de solteros pirata callejeros es la que más abundantemente provée á la otra especie, digo, la de los *solterones*.

Dicen que los que se acostumbran á los manjares ó á las bebidas fuertes, no hallan gusto en las que no lo son;—el soltero que á los treinta años se ha acostumbrado á la cebolla, es ya difícil, casi imposible, que pueda apreciar el suave aroma de la violeta. El gusto se pervierte y cuando se quiere retroceder ¡ya es tarde!

Nota: de las doce de la noche, adelante, los dos géneros se confunden, hasta que viene á separarlos el nuevo sol.

El último período de la vida del soltero, es la primera del casado, y aquella bendición solemne que decide los destinos de los que la reciben, separan los dos estados, como la luz de la sombra.

XII

SOLTERO, SOLTERÓN Y CASADO

No es por los años, que debe generalmente medirse la vida de los hombres.

Un cuarentón del siglo XIX, ha visto, recorrido, aprendido, hecho y vivido, en fin, más que un centenario de la edad media, y mucho más que cuatro centenarios de los tiempos de Troya.

En efecto: aquellos primitivos habitantes de nuestro globo, casi nada conocían de él, llamaban viaje extraordinario á la cruzada del Mediterráneo y empleaban tres meses para recorrer la distancia que cualquiera de nosotros salva hoy en veinticuatro horas.

Si esto acontece respecto á la vida física, mucho mayor es la diferencia, si nos referimos á la del espíritu.

Un buen salvaje, que nacido en su terruño, pasa una vida sedentaria y monótona, que al cabo de setenta años concluye en el cementerio, podemos asegurar sin temor de errar, que ha vivido mucho menos que un estudiante de veinte años de cala-

veradas que dan más mundo que medio siglo de pacífica aldea.

Todo esto pretendo que me sirva de disculpa, para abordar un tema como el que hoy cae bajo mi pluma.

Yo soy de los que buenamente creen, que una vida de treinta años del almanaque, puede computarse como una de sesenta por la observación, las circunstancias especiales, los dolores sufridos y la enseñanza adquirida.

Hablemos, pues, de solteros, solterones, y casados, con la gravedad del predicador, que habla del cielo y del infierno, como si alguna vez hubiese estado en ellos.

¡El soltero!

¡Yo también lo he sido!

Yo conozco bien, aquella vida alegre, cielo coloreado siempre de rosa, que asemeja en la vida del hombre la aurora de un nuevo día.

Aquella, es la primavera de la vida, la estación de las flores, de las sonrisas, de las sorpresas, mezcladas á veces con pesares que llevarían á la desesperación. . . ¡Si pocos momentos después una nueva esperanza, no viniera á entibiar el desengaño!

No hablo, por cierto, del soltero vulgar, que pasa su vida en los cafés, jugando á la carambola ó consumiendo cerveza; me refiero al soltero espiritual, enamorado; al que busca la buena sociedad, las niñas bonitas, y que prefiere el perfume de una rosa regalada por mano alabastrina, al olor penetrante del ajo y la cebolla de la sirvienta manoseada al volver de una esquina.

El primero, es el que verdaderamente goza los

encantos sociales, el que se enamora de veras, y encuentra en los accidentes de una pasión, un encanto indefinible que le hace pasar la vida en un perpetuo anhelo, y al que los desengaños solo sirven para hacerle variar el objeto del culto, el nombre de la imagen, pero nunca la bella religión del amor.

El segundo, es el calavera deshilachado, de ojeras profundas, levita engrasada, repugnante tagarina en los labios, y olor pronunciado á trapo de cocina.

Media entre ambos la distancia que existe entre la aurora y la noche: entre la calma del lago, que refleja en sus cristales la belleza de los cielos, y el charco infecto en que cantan las ranas.

Pero los años pasan, y el soltero empieza á sentir un vacío, que no pueden ya llenar, ni los amores del uno, ni las engrasadas calaveradas del otro.

Llega, en fin, aquel instante, en que la naturaleza reclama sus derechos: no basta para las satisfacciones de la vida, ni la mujer que se avista á la distancia, ni la desgraciada cuyo cariño se compra por horas.

Una voz, que es la voz de la vida, se levanta desde el fondo del pensamiento, y empieza á hacer recordar al hombre que no es bueno que esté solo.

El soltero, que encontraba encantadora la vida de aislamiento, empieza á tomar odio á su cuarto de garzón.

¡El cuarto de soltero!

¡Cuántos volúmenes podrían escribirse, haciendo la relación de su estado, de lo que en él se encuentra, y hasta de lo que falta!

El cuarto del soltero, al menos del *pur sang*, del que vive solo, ó mal acompañado con otro de su clase, es una especie de caja de Pandora.

La escoba y el plumero son desconocidos.

El lecho revuelto, las ropas tiradas, los muebles cubiertos de polvo, el desorden, el caos, es el estado normal del soltero: llega, pues un momento, en que al fin aquella habitación pierde para él todos sus encantos.

Desde entonces, *su cuarto*, es una especie de destierro, un pequeño purgatorio, en que nunca querría encontrarse, y en el cual solo pisa á altas horas de la noche, para abandonarse á un sueño profundo... cuando no hay alguna grave causa que origine su desvelo.

Por fin, aquella vida llega á hacerse insoportable, y el soltero, capitula, entrega su porvenir á una mujer, y se casa.

No concibo al hombre, en todo el desarrollo de sus grandiosas facultades, fuera del estado del matrimonio.

Sé muy bien que Newton murió soltero y virgen, y como él han existido algunos hombres en la humanidad; pero tampoco se me esconde que en setenta siglos que cuenta la historia, solo ha existido un Newton.

No debe, pues, tomarse una extraordinaria excepción, sino como confirmatoria de la regla.

El hombre casado, el que contempla en torno suyo una mujer consagrada á su cariño, y tiernos retoños de su vida que le alegran con sus risas y hasta en sus infantiles lágrimas, no puede menos de alentar grandes pensamientos, de contemplar en ellos un pedazo de su propia vida, y de ver que su

existencia tiene un noble objeto, un hermoso fin, y que ya no es estéril como la del egoísta solterón, que solo vive para sí, y que creyendo ser más dichoso, es más infeliz, porque la dicha no compartida pierde la mitad de sus dulzuras.

Cierto es que nuevos y grandes deberes pesan, desde aquel día, sobre el hombre que lleva á su hogar á una mujer, de cuya dicha se ha encargado ante Dios, primero, ante la sociedad después; cierto es, también, que el matrimonio impone nuevos deberes y pesadas cargas, para el que, menos dichoso que otros, solo cuenta para afrontarlas, con su inteligencia y con sus brazos, pero ¿quién puede avaluar la dosis de energía, de trabajo, de anhelo, de placer, de fuerza, en fin, que inspira al hombre honrado la vista de su esposa, y los besos de sus hijos?

Dicen que las grandes pasiones reavivan los sentidos, y los hacen aptos para percibir hechos que fuera del estímulo de ellas, hubieran pasado desconocidos.

Si esto es así, es seguro que no existe pasión alguna que pueda transformar al hombre con la intensidad que lo hace el amor de la esposa y de los hijos.

Comparemos la vida del casado, con todos sus dolores, con sus necesidades, á la vida del hombre que habiendo dejado pasar la época propicia, ha desconocido las leyes de la naturaleza, y ha infringido el precepto social; comparemos la vida del casado con la del solterón.

El solterón vive solo, no tiene un ser que lo cuide ni que lo ame; marcado con una especie de estigma social, lleva á costas una cruz, mucho más

pesada que cualquiera otra, la cruz del egoísmo, del indiferentismo, del abandono.

Sólo, encerrado consigo mismo, con la mente nutrida de cavilaciones egoístas, no tiene amor á nada, ni espera que nadie lo tenga por él.

Ha desperdiciado los mejores años de su vida y cuando el corazón, el espíritu y el cuerpo, se encuentran más sedientos de cariño y de cuidados, nace en su torno el vacío, encuentra en el hogar cenizas apagadas, y mira con terror acercarse el invierno de su vida, en que no tendrá el fuego del cariño para reanimar sus ateridos miembros.

¿Para qué sirve su vida?

¿Qué satisfacción puede encontrar en ella, si sus pasiones, sus deseos, su corazón, en fin, se encuentran sin objeto?

Llevando sin alivio, el peso de su abandono, la vida es para él una carga tanto más pesada, cuanto que no encuentra con quien compartir sus dolores, ni quien se interese por sus pesares.

El solterón, es la verdadera ánima en pena de la sociedad.

Vagando sin destino y perdida la esperanza, feliz puede considerarse sí, como la ostra, encuentra una roca á que sujetarse, si tiene un hogar amigo, y si á falta del cariño de sus hijos, puede experimentar el que se tiene á los de otros.

Así llega la última hora, y en aquel trance espantable, cuando el hombre que cumplió sus deberes sociales se encuentra rodeado de su esposa y de sus hijos, que lo ayudan, el solterón, sólo, desamparado, solo puede ver en torno suyo figuras que engañosamente lloran, y que pesan quizá el valor de la herencia colateral!

Lectores, sed solteros, cuando más, hasta la mitad del camino de la vida, pero ¡ay de vosotros, si cuando *el cabello de la sien blanquea* aún no habéis pasado el Rubicón!

Marzo de 1886.

XIII

AMOR PATERNAL

VENID á mi lado, gratiosos hijos míos, á cuya vista se regocija mi corazón, y con vuestras infantiles caricias inspiradme, para que pueda expresar los sentimientos que despertáis en mi alma.

Vosotros los que no habéis estrechado en vuestros brazos á un hijo adorado, los que no conocéis la fruición infinita con que se le aprieta, se le acaricia, se le besa, y quisiera poderse refundirlo en uno mismo, en un abrazo supremo; no me escuchéis: yo os compadezco: no conocéis, aun, más que las amarguras de la vida, y os está vedado el más grande de los placeres, el que, acercando el hombre á Dios, le hace comprender la naturaleza sublime del amor, que con una palabra creó el Universo.

El hombre que abraza á su hijo, y lo contempla, con dulzura infinita, colocado sobre sus rodillas, como Dios, ha creado y mira en él un reflejo de su pasada existencia; se ve así mismo, confundido con la mujer amada de que es el fruto, producto misterioso del arcano sublime de la concepción.

Único entre todos los amores de la tierra, es inocente, puro, y sin deseos: como la flor del aire, que crece entre las brisas de la pampa, y los vientos perfumados por las flores del Paraná y del Uruguay, el amor paternal se alimenta á sí mismo; lámpara inextinguible, que arde en el corazón del hombre hasta el último instante de su vida.

No busca su alimento en la mirada de la mujer querida, como el amante que se estremece al contacto de su mano, al perfume de su aliento, ó al ténue roce de sus cabellos, cuando sus dorados rizos acarician su mejilla en el instante supremo del primer beso: no hay en él mezcla de egoismo ó de deseo: no se reclama, como al amante, ó á la esposa, el premio del cariño; no existe la sombra del respetuoso temor del hijo hacia su padre, ni aun espera el sentimiento de gratitud que da la reflexión en los corazones justos, hacia los seres que nos dieron vida, ó que procuran nuestra felicidad.

El amor paternal es un amor infinito, que se alimenta de sí mismo, sin esperanza de premio, sin deseo de recompensa: vive de sacrificios; se goza en los dolores que ese amor impone, y cuando el hijo, tierno infante, corre hacia su padre, estrecha sus rodillas, lo abraza cariñoso, ó juega con sus cabellos, no piensa el padre en el futuro, no mide el porvenir; no recuerda que ese hijo será mañana un hombre, y lo abandonará por la amada; ó una mujer, que llevará su amor á otro hogar, fundando una nueva familia.

Se goza en el presente, y si se piensa en el porvenir, no es pidiendo al hijo el pago del cariño, sino sólo deseando darle la felicidad, aun á costa de los mayores sacrificios.

El hombre fuerte soporta con entereza los dolores de la vida y lucha contra su destino, animado por una fuerza incontrastable: es que á través de las congojas que ocasiona una existencia, que hace llamar al mundo un valle de lágrimas, piensa en el nido de sus amores, en la santidad de su morada, porque sabe que al volver, cansado de la batalla de la vida, lo espera en sus umbrales el ángel del hogar, tras el cual, corriendo, batiendo sus manecitas, agitando sus rubios cabellos, y lanzando gritos de inusólita alegría, lo reclaman sus hijos que se precipitan festejando su venida, dispután.lose su posesión, arrebatándole el sombrero, colgándose de sus brazos, prendiéndose de sus rodillas é inundando su corazón del placer inefable que sólo comprenden los que lo han sentido.

Cuando Dios arrojó al hombre al mundo, como un condenado á su destierro, henchida el alma de esperanzas quiméricas y de sueños irrealizables, su perpetuo torcedor, creyó, sin duda, que su frágil barro no resistiría á tan dura prueba, y que los precipicios de las montañas, ó las despeñadas cataratas, lo tentarían fácilmente á sustraerse á su destino: quiso entonces ligarlo con cadenas tanto más poderosas cuanto menos visibles y colocó en su corazón el sentimiento sublime del amor paternal.

El marca las grandes fases de la vida del hombre, y la historia entera de la mujer, que se transforma en la hora misteriosa en que cubierta de célico rubor, confiesa al esposo que ha sentido en su seno las primeras palpitations de un nuevo ser!

Instante delicioso, de inefable dicha, cuando sola, concentrada en sí misma, espía ansiosa el pri-

mer signo de una nueva vida, que va á elevarla á la sublime dignidad de madre!

Tal fué, sin duda, el que reveló en la religión cristiana el episodio dulcísimo de la anunciación, en que, los pensamientos de María, suscitados por el ángel celestial le revelaron á sí misma que un Dios se abrigaba en sus entrañas: un Dios, porque sólo él crea. En la creación del hombre por el hombre, se manifiesta una chispa de la facultad divina!

Llega, por fin, el anhelado instante, y un dolor supremo, y ligero vagido, anuncian á la esposa que ya es madre; al hombre, que ha creado un nuevo ser á su imagen y semejanza, y mientras el padre contempla gozoso el nuevo retoño que hace florecer su vida, la madre duerme el primer sueño con la mente llena de purísimas imágenes, que se transparentan en la ligera sonrisa de sus labios, y en la dulcísima serenidad de su expresión.

Después, al volver á la vida, al tocar aquella realidad que le parece un sueño, da á su hijo el primer beso: aquel beso sublime, que es la recompensa de todos sus dolores, de todos sus desvelos, de todos sus cuidados, y que acompañará al nacido de la cuna hasta el sepulcro, renovado mil veces por el insaciable amor maternal.

Toda la hermosura, toda la dicha de que puede el ser humano gozar sobre la tierra, se sintetiza entera en el cuadro tiernísimo de la mujer que amamanta á su hijo.

¿Habéis visto á la esposa, cuando al grito del niño que gime en la cuna, acude presurosa, á tan dulce reclamo?

¿Habéis visto á la madre, que tomando en sus brazos á su hijo, lo estrecha contra su seno, lo

besa, lo acaricia, y poniendo en sus labios la fuente de la vida, lo alimenta con la sangre de sus entrañas?

Yo gocé muchas veces de ese cuadro inefable: miraba á hurtadillas para no ofender el pudoroso encanto de aquellos momentos, en que una mirada indiscreta hace al ángel recordar que pisa en la tierra!

Solamente la madre puede dar á sus ojos aquella purísima ternura, que no es dado al hombre contemplar sobre la tierra, sino cuando se mece en la cuna.

Sus brazos, convulsivos, estrechan al hijo contra su seno, sus ojos se humedecen, y lanzan rayos que pudieran reanimar sobre sus ramas á las flores marchitas, si ellas comprendieran su lenguaje.

Cuando Rafael quiso pintar á la mujer en el apotéosis del amor y de la dicha, su pincel no trazó el cuadro de las reinas que recibían en su trono los homenajes de las naciones, ni de las mujeres que mucho amaron, en brazos de sus amantes, ni siquiera á la reina de los cielos ascendiendo entre nubes al empíreo: pintó á María amamantando á su hijo, entre las ruinas del portal, transformando así en divina, la naturaleza humana, nunca más excelsa que cuando da la vida.

María, en aquel cuadro, reúne á la majestad divina, la más alta gloria humana: reina en los cielos, madre en la tierra, estrecha entre sus brazos á su hijo, la síntesis de su gloria, el único origen de su dicha.

¿Qué pide, qué espera, la madre de su hijo?

Nada pide, nada espera; su amor se alimenta solo de sacrificios, y más lo ama cuanto más le

cuesta: recuerda los dolores con que le dió la vida, le consagra su existencia, momento á momento, y aquel amor arraigado hasta el fondo de su alma, constituye el solo objeto de su paso en la tierra.

El niño crece, y el padre espía en su rostro con afán incansable, la primera manifestación de su inteligencia: el primer rayo con que demuestra que dentro de aquella cabecita rubia, y tras de aquellos ojos celestes, hay una chispa de la esencia de Dios, se convierte en un acontecimiento de familia, y el amor que los ciega, les hace repetir, donde quiera que se oyen sus palabras, las soñadas gracias de su hijo querido.

Después, aquellas piernecitas rollizas y blandas, se hacen bastante fuertes para soportar el peso de su cuerpo, y en medio de las más locas manifestaciones de alegría, el niño da los primeros pasos en el ingrato camino que se detiene á la orilla de la tumba.

Los brazos de la madre lo cercan por doquier, la mirada vigilante del padre lo acompaña en cada movimiento, y los gritos infantiles de placer ó temor que provoca la audaciosa idea de dar tres pasos seguidos para caer de nuevo en brazos de padre ó madre, lleva á sus corazones sentimientos de vívida dulzura, que no comprenden los que no la han sentido.

Explicad al labriego, que bajo el sol ardiente de los países tropicales, se encorva con el arado hacia la tierra, explicadle, digo, las grandezas de la creación, y pintadle los mundos circulando en el espacio infinito, y desplegando el lujo de vegetaciones desconocidas provocadas por la combi-

nación de numerosos soles derramando en múltiple armonía sus torrentes de luz multicolora; explicadle la sublime escena de los campos de Saturno, iluminados por gigantes anillos que cruzan el horizonte, derramando su indescriptible luz.

Tratad de hacer comprender al indio errante de la Pampa los sentimientos de Newton, cuando después de veinte años de trabajos, veía brotar de entre las cifras de su pluma la ley formidable que sujetó al imperio de su cálculo la marcha de los mundos en el espacio.

Pintad al ciego el estado del alma de Colón, cuando de pie en la proa de su gloriosa carabela, veía surgir

“Como. Venús del mar y las espumas”

el nuevo mundo que adivinó su genio, rodeado de verdes islas, con sus bosques impregnados del aroma de sus flores, sus ríos arrastrando arenas de oro, y sus montañas elevando al espacio su cabeza de sempiterna nieve coronada: comprended la emoción de Franklin, cuando con los ojos cubiertos de lágrimas y el corazón palpitante, veía á los rayos acudir á su voz para postrarse humildes á su genio; comprended eso, y cuando lo hayais comprendido, podreis saber lo que es el amor paternal, vosotros aquellos á quienes la naturaleza no ha decorado aun con la majestad sublime de la paternidad.

Hablo del hijo legítimo, del que se presenta con orgullo ante la sociedad y ante la conciencia, del heredero de nuestro nombre, de aquel que un día perpetuará nuestra familia, y honrará el recuerdo de sus progenitores.

El hijo espúreo, no proporciona esos goces, por que la sociedad, previsora, atacada por su base, castiga con el desprecio á los que transfieren sus leyes y á los que separan al hijo en su cuna del cariño de la madre y de la protección del padre.

El hijo espúreo es el remordimiento de sus autores, que aun en los deliquios del amor paterno, no pueden olvidar el legado de oprobio de que cargan á aquellas inocentes cabezas, y sin duda, en los más ardientes de sus besos, debe mezclarse un sentimiento de amargura, por haber dado la vida á un sér condenado á la desgracia, que llevará sobre su frente el estigma de una reprobación injusta, que solo debiera caer sobre sus padres.

Un sentimiento de tristura, debe dominar, entonces, su corazón, que al pensar en el porvenir cubierto de espinas, sembrado de zarzas, que correrá algún día, llorando lágrimas de sangre, el sér desgraciado á quien dieron vida, creerán oír su voz amarga y verlo doblegado bajo el peso de los dolores de la existencia, increpando acongojado la memoria de sus padres.

Horrible debe ser, sin duda, el castigo recibido por manos de nuestros hijos, cuando se piensa que es merecido!

El hijo natural es una prueba viva de un delito cometido, de un crimen que ha arrancado de su hogar á una mujer inmaculada é inocente, para arrojarla inerme á las tempestades de la vida, así como el viajero corta una rosa en los jardines, y después de aspirar por un instante su perfume, la arroja al suelo, deshojada y marchita, donde será pasto de los viles gusanos.

El hijo natural es el recuerdo de una existencia

mancillada, de un hogar cubierto de luto y de dolor, y de la más negra de las ingraticudes con que se ha premiado un amor capaz del sacrificio y del martirio: es por eso que á menudo repito con el acento de la más profunda convicción las palabras del poeta—

“ ¡ Ah! ¡ No Insultels á la mujer caída! ”

¡ Quién sabe cuantos dolores y amarguras han destrozado su alma, antes de caer desde la altura en que la colocó en el hogar el amor de sus padres que la lloran perdida!

Pero apartemos los ojos de tan tristes pensamientos, y volvamos la mirada hacia el hogar, el día dichoso del bautismo, la hermosa fiesta de familia, en que los padres conociendo las amarguras de la vida, ponen á su hijo bajo el amparo de la potestad divina, invocando sobre su cabeza, las bendiciones de un Dios.

Ved á la madre, cual se afana, con el vestido de su hijo: le parece que nada hay bastante para realzar su hermosura; reúne á sus amigas, las impone de sus deseos, y cuando concluída su labor ha vestido al infante, va á presentarlo, orgullosa, ante su esposo, roja de felicidad, esperando de sus labios una palabra que la compense de sus fatigas.

Y ambos, procurando esconder su dicha á extraños ojos, no pueden menos que exclamar: qué hermoso es nuestro hijo!— frase mil veces repetida, en todos los tiempos y por todos los hombres, por que es el natural desahogo del amor paternal que se desborda.

El tiempo pasa, y el hijo crece como la planta

lozana bajo los continuos cuidados del jardinero, y las primeras palabras que brotan de sus labios hacen vibrar en el corazón cuerdas sonoras que dormían, despertando en el alma un mundo entero de deliciosos acordes.

La encantadora media lengua de la infancia, es nuevo motivo de regocijo para los oídos del padre, cuya ciega pasión le hace amar á sus hijos hasta por sus mismos defectos!

¿Qué amor puede haber más grande, que aquel que se alimenta, lo mismo de las bellezas, que de los defectos del objeto amado?

¿Qué luz inextinguible no sería aquella, que alimentada por los combustibles de la tierra encontrara nuevo pábulo en el agua de los mares?

Así, en el amor paternal, todo concurre á un mismo objeto, y si se ama al hijo por bueno y por hermoso, se le ama también igualmente si la naturaleza se mostró con él avara.

Llega un día, en que el niño habla y piensa, y el padre se preocupa en cultivar su inteligencia, y, después de mil preparativos, un chiquillo, con una canastita en la mano, y acompañado de su hermano ó de su guardián, se dirige hacia la escuela, no sin volver los ojos muchas veces, hacia el sitio que por vez primera abandona.

Los ojos de la madre lo siguen con mirada dulcísima y un suspiro, mezcla indescriptible de placer y dolor, se escapa de sus labios, cuando al doblar la calle lo pierde de vista. . .

El niño empieza entonces á conocer los dolores de la vida, y á dar los primeros pasos en el mundo, dejando en sus espinas los girones de su dichosa inocencia.

Pero se acerca la hora de la vuelta; el niño corre desalado adonde lo esperan los brazos abiertos de la madre, y entra hablando, cantando, riendo, batiendo las palmitas de sus manos, y enseñando gozoso los confites que le han dado en premio de la primer letra aprendida.

El padre lo coloca sobre sus rodillas, toma gravemente el libro misterioso que contiene los gérmenes del saber humano, y señalando los extraños geroglíficos, pregunta al niño por su nombre, esperando en silencio la respuesta, mientras la madre, apoyada en su hombro, mira el rostro de su hijo.

La palabra esperada, brota de los tiernos labios impresionando dulcemente sus corazones.

El hombre se siente, entonces, renacer en sus hijos, cree mirarse á sí mismo en un remoto pasado, y piensa, no sin cierta tristura, en el porvenir que les aguarda, haciendo votos de allanarles el camino.

El hijo es el primer lazo que retiene al padre en el cumplimiento de sus deberes, y cuando los afañes de la vida, exacerbando su dolor, predisponen su razón á escapar, el grito del hijo que lo llama desde la cuna, lo detiene al borde del abismo; se apaga en su rostro el gesto iracundo; huye espantado de sus mismos pensamientos; resiste firme la tentación, y encorvándose al trabajo, halla la recompensa de su triunfo en las caricias de sus hijos, á quienes debe el conservar su conciencia sin mancha.

¡Bendito sea el sentimiento que en nombre del amor nos impele en el camino de la virtud!

Bendita sea la cadena de flores, que nos retiene

en el cumplimiento de los deberes, y dignifica al hombre ante sus propios ojos!

Aquí interrumpo mis pensamientos, para besar á mis hijos y leer en el fondo de sus celestes ojos el poema de ternura que sólo existe dentro de mi propio corazón!

Fuera la vida un vergel, un paraíso cubierto de perpetuas flores, si estas dulzuras no estuvieran seguidas de grandes pesares, y si los ojos mismos, cuya mirada nos inunda el alma de ternura, no le llevarán á veces la más honda zozobra.

Un día, aquellas mejillas sonrosadas y frescas que anuncian la potencia de una vida robusta, amanecen marchitas y cubiertas de pálidos colores: la mirada se enturbia y entristece, y aquellas manos antes agitadas por los continuos movimientos de la vida se esconden buscando en el abrigo el calor que les falta.

El niño está enfermo, lo cual puede conocerse en el rostro de la madre, como en un espejo que refleja las sensaciones del hijo.

Desde aquel instante acaba la tranquilidad del hogar; sólo el hijo ocupa los pensamientos de sus padres, que siguen con el alma dolorida los progresos del mal, y espían con una ansia que en vano tratan de disimularse á sí mismos, cada uno de los movimientos, de los accesos ó de las palabras de aquel pedazo de su corazón que ven postrado en el lecho del sufrimiento.

¿Podrá la vida abandonar súbitamente aquel cuerpo querido?

¡Imposible! ¡Si es tan bello! ¡Si es tan hermoso!
¡Si ayer mismo jugaba en las rodillas de su padre,
y se abrigaba en el seno de la madre. No! No

puede morir! Dios justo y piadoso, no puede quitarnos un ser adorado que nos diera él mismo, que alimentamos con la sangre, y que creció lozano á nuestro lado como el renacimiento de nuestra propia vida.

¿Por qué Dios habría de quitarnos á nuestro hijo?

Si lo hemos ofendido, aquí nos tiene: descargue sobre nuestra cabeza el peso de su cólera, pero no puede castigar á un inocente, que no ha cometido más culpa que recibir de nosotros la vida!

Así exclaman los padres, siguiendo paso á paso los progresos de la enfermedad, hasta que llega el instante doloroso y terrible; el hijo padece: un sudor helado cubre su frente; sus labios se aprietan, mira, por última vez, con la mirada vaga que ya no ve la luz del día; un ligero estremecimiento circula por su cuerpo, y revolviendo los ojos, da un ligero suspiro, clava la vista, y queda inmóvil! . . .

¡No! No hay en la vida momento de más hondo desconsuelo!

El padre sigue con ojos espantados los últimos momentos de su hijo: se arrodilla á su lado, aplica sus oídos al pecho del infante, y escucha con ansia desesperada los últimos latidos de aquel corazón que se apaga.

Los latidos son cada vez más débiles, y el último, más lento, apagado y profundo, es seguido por un silencio pavoroso! . . .

Un grito se escapa de sus labios: un torrente de lágrimas, que no encuentra bastante salida por los ojos, se desborda ahogándolo en desgarradores sollozos, mientras la madre, más afortunada, pierde el sentido, y pasa en un profundo desmayo los

momentos en que el alma de su hijo se eleva hacia el Creador.

.....

¿Qué música celestial inunda mis oídos?

¿Por qué con los ojos del alma, mientras que yazgo en un profundo sueño, veo entreabrirse la bóveda celeste, y aparecer entre blancas nubes una imagen adorada?

¡Sí! Es él! Es mi hijo! Voló al cielo, y desde allí, desde el trono de María, ruega á la reina de los ángeles por la dicha de sus padres! . . .

¡No! No ha muerto! Su espíritu se ha elevado sobre las miserias de la tierra, y ha subido en busca de la patria celestial!

Es la voz de la esperanza, que vibra en mis oídos; es la fé religiosa, que me muestra otra vida, vida celeste, libre de los dolores de la tierra, en la cual, pasada la tormenta, iré á juntarme con las almas de mis padres, que me amaron como yo amo á mis hijos; y con la de mi hijo á quien tanto amé sobre la tierra!

Mientras llega aquel instante, no ha muerto en el alma del padre el amor á su hijo perdido: lleva en su corazón la cicatriz de aquella herida incurable, porque el amor paternal sobrevive á la tumba!

XIV

EL PORVENIR DE LA POESIA EN AMÉRICA

FUÉ dada al hombre la palabra, para expresar su pensamiento, pero el pensamiento no fuera tan grandioso é infinito, si tuviera medida.

Cuando late apresurado el corazón del hombre al estrechar en sus brazos á la mujer amada; cuando la madre besa la frente purísima del niño; cuando el guerrero lanza el grito de ¡victoria!; cuando el sabio ve descorrerse ante sus ojos el velo misterioso que encubría un arcano, ó cuando el naufrago pisa la suspirada playa, las palabras mueren en los labios, y el hombre expresa su emoción profunda, por el silencio ó exhala su dicha en cánticos que no tienen palabras, porque son esas melodías dulcísimas que vibran al unsono del conmovido corazón.

Los poetas se inspiran en sus sentimientos, se ayudan del ritmo, del cántico y de la armonía y legan á las generaciones futuras esos poemas que solo son inmortales porque en ellos palpita el sentimiento, unido en lazo indisoluble con la verdad.

El amor fué sin duda la primera musa inspira-

dora, como fué también el primero de los sentimientos grandiosos que dominaron al ser humano desde la primera hora de la creación; de la tierra, el hombre elevó su mirada hacia los cielos; se encontró pequeño ante tanta grandeza, y comprendió la existencia de un ser poderoso é infinito que hacía brillar al sol en los espacios y daba su perfume á la flor de las praderas.

Al amor humano, satisfecho, sucedió el amor divino, tanto más infinito cuanto más insaciable, y la primer plegaria se dirigió á la bóveda celeste, en la forma de un cántico, sin palabras, que se unía al concierto armónico que la vida produce en toda la creación.

Mas tarde se sucedieron en el corazón del hombre otros amores; amó al sauce á cuya sombra se dormía, al arroyo en cuyas aguas se bañaba, y al horizonte tras el cual veía ponerse el sol. El sentimiento de la patria, había nacido, y con él los instintos guerreros que lo hacen luchar por conservarla.

Así, antes que Homero cantara los furores del invicto Aquiles, y las proezas de sus héroes, el Rey poeta, el divino David, en cantos inmortales había ensalzado las grandezas de Dios y de sus obras, la ternura de la esposa, y de las dulzuras del hogar; acompañando á las palabras de sus salmos las suaves melodías de su lira.

Después progresó el mundo, se dividieron las razas en pueblos y naciones, y cada una de ellas marchó á la conquista de sus propios ideales.

La poesía pudo ya independizarse de su hermana la música, de quien tomó el ritmo y la armonía, y los poetas como las aguas de los lagos,

que reflejan en sus cristales transparentes las estrellas del cielo, ó las nubes de la borrasca, fijaron la imagen de las ideas de su tiempo; batallaron en Troya con Aquiles; descubrieron los mares y fundaron las naciones con Ulises y Eneas; se embriagaron en el lascivo fuego de los báquicos festines, con Ovidio y Juvenal; sondearon los abismos del infierno y de los cielos con el sombrío Dante; cantaron las proezas de enamorados caballeros con el Tasso y con Ariosto; rindieron tributo al descubrimiento y la conquista de un nuevo é ignorado mundo, con Camoens y con Ercilla; y después, cuando el progreso de una civilización universal abrió nuevo rumbo á la idea, cuando la ciencia se mostró poderosa, armada de descubrimientos asombrosos, cuando una revolución inmortal elevó á los hombres al nivel de los reyes; cuando se ensanchó al infinito el horizonte de la vida, cesó de ser bastante un hombre ó un poema, para reflejar las ideas de un mundo, como se empequeñece un lago para servir de espejo á toda la creación.

Entonces, cual se entreabren las rosas al rocío de la aurora, como al fundirse la nieve á los rayos del sol aparecen los jardines resplandecientes de luz, de armonía y de colores así en todos los pueblos surgieron los trovadores y poetas que cantaron con acento inspirado las bellezas de su país, los esplendores de su cielo, la hermosura de sus mujeres, la grandeza de su industria, las victorias de su genio guerrero, las conquistas incruentas de la ciencia, y ese sentimiento siempre nuevo, siempre grandioso, y siempre puro, que se llama el amor de la patria!

La poesía que en la antigüedad había adquirido

un desarrollo universal y que sintetizaba en cada gran poema el conjunto de los conocimientos y de las aspiraciones de una época, se hizo menos vasta y más particular, ganó en profundidad y localismo, lo que había perdido en extensión, y entonces nacieron las literaturas de cada nación y de cada pueblo, que cantaba sus propios dolores y esperanzas, sus grandezas y sus miserias, sus victorias y sus infortunios.

Cada pueblo reflejó en sus cantos el estado de su espíritu, impresionado por el grandioso cuadro de la naturaleza que lo encerraba; la poesía del Norte, melancólica como las noches de su invierno, suave como la mirada de sus vírgenes, brumosa á veces y resplandeciente otras, como las tardes cuyas nieblas rompen los fuegos de la aurora polar; la poesía alemana, fantástica, como las brumas que al elevarse de las aguas del Rhin parecen formar colosales imágenes; soñadora como el genio de sus pueblos, filosófica, contempladora y metafísica, como engendada en la mente de sus poetas por el perpetuo ensueño de las contemplaciones de ultratumba; la meridional, por fin, chispeante como el néctar que fermenta al exprimirse los ópimos racimos de Chios ó de Chipre, ardiente como las llamas que lanzan el Etna y el Vesubio, viva y luminosa como el sol que brilla en los cielos de Granada y de Nápoles, alegre y expansiva, como el genio de la graciosa andaluza, con la belleza artística de la dama francesa, y con los encantos no aprendidos de la pastora romana ó la jardinera de Florencia.

Pero, la poesía, es el último y sazonado fruto del árbol de la vida, y para que este fruto llegue á

completa sazón, es necesario regar la planta con activa constancia.

Descubierta la América, ese mundo tan desconocido como hermoso, tan vasto como rico, tres siglos empleó la Europa en completar su obra, de conquista primero, y de civilización después.

Tres siglos durante los cuales el germen de civilización y de progreso que en él derramó la Europa por el descubrimiento y la conquista, en el Norte y el Sur, fué desarrollándose lentamente; surgió de la tierra el árbol de la ciencia, creció, extendió sus ramas, brotó las más fragrantés flores, y solamente en nuestro siglo pudieron ellas convertirse en deliciosos frutos.

La poesía americana solo tiene de existencia nuestro siglo.

La América, llegada á la pubertad, quiso gozar por sí misma las dichãs de la vida, y proclamó ante el mundo su existencia independiente y soberana.

Desde entonces, las liras de sus bardos resonaron en sus bosques, despertando sentimientos que dormían; una inmensa sed de vida, de gloria y de progreso, animó á cada uno de sus hijos, que para saciarla marcharon presurosos al combate.

Los poetas, inflamados de bélico entusiasmo, pulsaron la lira de Tirteo, empuñaron la guerrera trompa,

“El clarín de la guerra, cual trueno
En los campos del sud resonó”

y todos marcharon á la muerte al compás de sus canciones.

Fué aquella la primera etapa de la poesía americana. El sentimiento de la patria, se despertó el primero, y el primero también reclamó á su servicio el estro de los poetas y las cuerdas de la lira.

Sus primeras notas fueron cánticos á la libertad, nueva diosa que colocaba en los altares; y á esos cánticos, trasunto de su esperanza, siguió el de los deseos satisfechos; el árbol había dado su fruto y después de los peligros del combate, los guerreros anhelaron los laureles del triunfo.

Entonces, la poesía americana hizo vibrar, no ya la nota de la esperanza, sino las armonías de la victoria; López, anunciaba al mundo en versos inmortales la existencia de

“Una nueva y gloriosa nación;”

y hacía de sus cantos el himno de un pueblo redimido; Luca, Lafinur y Labarden, emulaban á los poetas griegos, elevando su entusiasmo hasta el lirismo, para cantar las glorias de la patria; Olmedo, lanzaba las sublimes notas del canto á Junín, y Varela rompía profético las barreras del tiempo, para legar á la inmortalidad el himno de Ituzaingó.

Terminó por fin, aquella horrenda lucha; la América fué libre; en los campos del estrago, hizo brotar la natura bosques rumorosos y flores perfumadas; á la ira del combate, siguió la plácida calma con que el tiempo endulza todos los dolores, y al que antes se llamaba fiero hispano, y orgulloso opresor, se le abrieron los brazos, se le introdujo en el hogar, y procuraron apagarse los recuerdos de un pasado de gloria, sí, pero también de sangre.

La poesía americana aún no había encontrado sus ideales. La voz que canta las victorias, es imposible que vibre profundamente en el espacio, porque la humanidad, que se engrandece, no puede eternamente celebrar esas carnicerías que se llaman batallas!

Las victorias que un pueblo canta, son lloradas por el vencido, y con el llanto de la desgracia no se riegan laureles inmortales.

A la era de la independencia, siguió la de reorganización; la América se dividió en cien provincias ó naciones, y una guerra fratricida tiñó en sangre los campos donde antes caían vencidas las legiones extranjeras.

La patria desgarrada y brotando la sangre que derramaban sus propios hijos, inspiró muchas veces el númen de los poetas;

“El canto silencioso
Que dormía en las cuerdas de la lira”

del vate de Junín, desperto del letargo; .

“Rey de los Andes, la árdua frente inclina
Que pasa el vencedor”

exclama ardiente, más el sonido espira, porque no se cantan las heridas que abre en la patria el puñal fratricida!

Ya no es la lira, es el cañón que truena, cuando Mármol lanza al tirano “eterna maldición”; más la poesía, aun cuando execre al crimen, no puede fundar en él imperecederos ideales!

Pasó, por fin, para la América, la dolorosa gestación de su independencia y libertad; después de

mil combates, y del amargo aprendizaje de la vida nacional, quedó constituida; grandes naciones se fundaron en su suelo, y pudieron ya sus hijos consagrarse al estudio de su patria.

¡Qué grandioso espectáculo!

Jamás habían soñado, cuando afilaban las espadas, cuando arrastraban los cañones y cuando entonaban los guerreros himnos de esterminio á los tiranos, que su patria fuera tan hermosa!

Tendida sobre la faz de las aguas, divide con su inmensa mole en dos partes al globo; su cabeza gigante se oculta entre la nieve del polo, coronado de formidables témpanos de hielo, sobre los cuales, como aureola radiosa, vierte sus tremulantes rayos la aurora boreal; su cintura estrechada por las olas de dos océanos, reverbera bajo los ardientes rayos del sol ecuatorial; parece que las aguas deseáran romper la poderosa barrera, para precipitarse hacia las desconocidas regiones de la aurora y del ocaso; así las vió un día Balboa, cuando desde la cima de las montañas, contemplaba á un tiempo el Atlántico al Oriente, ocultando la civilización europea y el Pacífico al Occidente infinito como los cielos, dando la más grandiosa imagen de la eternidad!

Al Sur, la América extendida, se dilata en fértiles praderas, en bosques seculares, se hincha con montañas de cuyo oscuro seno brota el oro, la plata y los diamantes, y allá al confín de la tierra, su última perdida roca, se baña entre las ondas, contemplando frente á frente las inmensas soledades do resplandecen brillantes las estrellas de la Cruz del Sur, vertiendo sus pálidos reflejos sobre los hielos sempiternos del otro polo!

La América es el nuevo edén de la humanidad, el mundo nuevo que encierra en sus entrañas vírgenes todos los tesoros de la tierra, que expande al sol las riquezas de sus bosques, sus selvas, sus praderas, por la cual circulan como las venas de un cuerpo gigantesco los ríos más caudalosos del mundo, que se baña en los dos grandes océanos, donde cada hombre puede elegir el clima de su anhelo, y cuyo cielo y cuyo sol siempre puros, vierten torrentes de luz y de calor que fecundan su seno y le dan eterna vida!

Solo entonces, solo después del combate, solo después de restañada la sangre de sus heridas, pudieron los hijos de la América contemplar las bellezas de su patria.

Entonces, un nuevo sentimiento brotando en su cerebro, hizo henchir su pecho de alegría, y exhalar su entusiasmo en inmortales cánticos.

Entonces comprendieron que el ideal de la América, no está en los sangrientos surcos que abre la metralla, ni en el laurel segado con la guadaña de la muerte; comprendieron que el númen de las victorias es un genio funesto, que empapa en lágrimas las tumbas de sus héroes, y comprendieron, por fin, que el ardiente sol americano, que sus grandiosos ríos, que sus montes auríferos y sus fértiles campos, son el marco grandioso del imponente cuadro que la civilización pinta, dedicado á la dicha de la humanidad!

Comprendieron que al darles el Creador un nuevo mundo, lo había entregado para la dicha de sus hijos, y para bien de todos los humanos.

Que esa América, la virgen del mundo, está destinada á ser la cuna de una nueva civilización,

y la madre cariñosa de la humanidad del porvenir.

Comprendieron que sus ideales no están en un pasado, durante el cual dormía arrullada por las olas de los dos gigantes mares; que no están, tampoco, en un presente risueño, si, pero aun estrecho; comprendieron que los ideales de la América se encuentran en su grandioso porvenir, cuando, cumplida la ley histórica de la humanidad, los esplendores de la moderna Europa se trasladen multiplicados al infinito, á la virgen América, como un día pasaron los Urales desde las esquilmadas comarcas del Asia!

Entonces brotó en la mente del hombre americano una idea grandiosa.

Había encontrado los ideales de su patria, y el grito de triunfo, conmoviendo todos los corazones, se abrió paso por medio de sus bardos, y se exhaló en los acentos resonantes de una nueva poesía.

Resonaron los cánticos de Bello, y aquella "divina poesía de la soledad habitadora" dejó á la voz del bardo las riquezas de la Europa, para dirigir el vuelo adonde le abre "el mundo de Colón su grande escena."

"Salve! fecunda zona
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso"

exclama, cantando entusiasmado los esplendores de la *Zona tórrida*, cuya agricultura da poder y riqueza.

En aquellos sublimes versos, do derramó la len-

gua hispana todos los tesoros de su armonía y de su gracia, despliega el poeta ante la vista asombrada, las riquezas de esa desconocida América y crea un nuevo porvenir á la poesía, mostrándole la ruta de su ideal.

Conozca el mundo á la América, para que dirigidas hacia ella, las corrientes fecundas de la vida, se derramen en sus vírgenes comarcas los industriales europeos, que la elevarán en el tiempo al más alto rango de la tierra.

Conozca el mundo antiguo, la belleza del nuevo, en cuyo seno fecundo se esconden imperecederos manantiales de vida que la harán crecer en civilización y poderío, pues conocida la ley de la natura que derrama las aguas del estuario sobre la sedienta tierra, hará que la civilización europea, desbordada de su ya estrecho recinto, se lance hacia la América para realizar su grandioso porvenir.

El ideal de la poesía americana es cantar á la América, mostrar al mundo sus riquezas, y hacerle conocer su grandioso porvenir, para que no tarde en llegar la hora de su esplendor.

Los cánticos de Bello, abrieron nueva ruta al estro americano.

Las bellezas de la patria, su grandioso porvenir, fueron y son el ideal de sus poetas, y lanzada la primera nota, siguió en grandiosa armonía, el concierto de sus cantores.

Mármol, apaga en las aguas del Atlántico la ensangrentada tea de la discordia; el poeta que lanzára salvaje maldición, se enternece á la vista de las olas y su lira resuena para cantar:

“ Los trópicos! radiante palacio del crucero
Foco de luz que viertes torrentes por doquier!”

Echeverría cierra entristecido las páginas en que la historia cuenta la revolución del Sud ó el martirio de Metan, para bañar su frente en las brisas de la Pampa, cuando —

“ Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes..... ”

para cantar al mundo las grandezas del desierto, y los dolores de *La Cautiva*.

La mano impía del dolor, pesaba sobre la frente de Heredia, más ¿por qué de súbito se animan sus facciones?

Escuchadle, que exclama:

“ ¡Templad mi lira y dádmela que stento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración! ”

Es que á sus ojos se despliega el cuadro inmenso de aquel

“ Asombroso torrente ”

cuyas ondas resuenan en los siglos.

¡Es el Niágara! y el poeta canta las bellezas de la América!

“ Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente ”

dice Domínguez, contemplando la Pampa grandiosa, y siéntese inspirado viendo que

" asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú, solemne, aislado
De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar. "

El tierno Plácido, olvida sus pesares, cantando *La flor de la caña*, mientras Abigail Lozano, Samper, Madiedo y Antonio Maitin, dejan correr sus versos con la plácida calma con que se deslizan las olas de los ríos que riegan las comarcas de su patria.

Ramallo, Cortés y Natalia Palacios, elevan robustas notas al pié del Illimani; Godoy, canta á los Andes, mientras repercuten en el mundo americano los sublimes delirios de Bolívar, cuando en la cumbre del Chimborazo lo desvanecía la grandeza del infinito.

La Avellaneda, la musa americana, más grande que Inés de la Cruz, arrancaba de su corazón los raudales de poesía que le inspiraba el cielo de su patria, y Encina, Oyuela, y Salaverry, aunando la industria y la poesía, cantaban al arte, ó hacían rugir la entraña hirviente del mónstruo del siglo, que al correr sobre los rieles, más rápido que

" el viento,

Lleva á la noche, el rayo de la aurora .

Y al hombre esclavizado, ¡el pensamiento!"

Apareció, por fin, aquel genio grandioso que recorrió los fúnebres crespones que orlaban la lira del cantor de Junín.

Vibró en los aires la robusta nota del canto á Promoteo ---

“ El titán inmortal del pensamiento! ”

y quedó proclamado por la musa americana, que

“ Vuestro heraldo triunfal, es el progreso! ”


y después, concentrando en un canto todos los ideales de la poesía, el poeta titán reveló el porvenir de la raza latina en aquel himno inmortal que llega hasta la última nota del lirismo.

Los ideales de la poesía americana, estaban revelados: el porvenir de América, es la esperanza de la humanidad, y su progreso será la corona esplendorosa que los siglos colocarán sobre la frente del mundo de Colón.

XV

GLORIAS NACIONALES

AL EJÉRCITO ARGENTINO

¡H Genio de la gloria! Musa altiva que inspiraste á Tirteo!

Inspiración sublime que animaste el pensamiento de Varela en Ituzaingó y de Olmedo en Junín, y que arrancaste armonías inmortales á la lira de López, yo os invoco!

Élevad mi mente á las alturas do resplandece el sol de las victorias y henchid mi corazón de bélico entusiasmo, para que pueda cantar la bandera de mi patria!

Ya á mi lado contemplo al genio de la gloria; en su diestra brilla la corona de laureles, que extiende para cubrir la enseña redentora que asombró á los cóndores en la cima de los Andes!

De su pecho se exhalan, cual la voz de clarines, los gritos de victoria, y el rayo de sus ojos, que penetra en mi alma, le suscita grandiosos pensamientos.

¡Ejército Argentino!

Ya veo desplegarse á la robusta voz de los tam-

bores y al poderoso estampido del cañón, tus múltiples falanjes: el Sol de Mayo brilla en tu bandera; el cielo de la Patria refleja en ella sus colores, y la nieve de los Andes se derrite al calor de tus victorias!

Suena el himno marcial, la Patria misma inspirará al gran López sus acentos; el soldado lo escucha, el fuego santo se enciende en su pecho, y dominado por la más noble de las pasiones, vuela ansioso al combate. . .

Tú naciste aquel día glorioso en que un pueblo quiso regir sus propios destinos; ya veo á los grandes capitanes, vencedores en la lid que el coloso de la historia promoviera á la altiva España, cruzar el Océano para formar en tus filas. . .

Ya veo tus hazañas; la libertad te alienta, la justicia te impele, el honor te guía, y doquiera que brille tu bandera, ven los pueblos la enseña de la redención.

El genio enciende su calurosa llama, sobre la altiva frente de los mártires; la Patria gime á los horrores de una guerra cruenta.

¡Por la cruz y por mi rey! exclama el guerrero español; ¡libertad! pregonan tus banderas.

Un mundo entero á tu valor se fía!

Trábase entonces la cruenta lucha que el honor anima en ambas partes.

La lealtad del hispano guerrero, lucha frente á frente del espíritu de libertad que anima al nuevo mundo, y en lucha sangrienta se derrama tu sangre generosa.

De súbito, en un dichoso día, el Genio de la Patria ilumina la frente del virtuoso Belgrano; necesita condensar en un solo centro todo el amor

de gloria, de libertad é independencia que fermenta en el corazón ardiente del soldado; eleva á los cielos su mirada y como el águila, contempla al sol que brilla entre nubes de plata, en cuyo derredor se extiende al infinito el purísimo azul del cielo.

Es esa! exclama, la bandera de mi Patria! solo el mismo cielo podría ser bastante hermoso para producirla, y bastante grande para contener los esplendores de la gloria á que desde ya en mi mente, la destino.

Dice, y arrebatada el sol al cielo, lo rodea con las nubes, extiende en torno las celestes fajas del em-píreo, y alza en alto el estandarte que había de ser el símbolo de la libertad de un mundo!

¡Bandera Argentina!

¡Estandarte de gloria! Cuando tú flameas, los argentinos te bendicen, elevan desde su alma la voz del amor patrio, y piden al excelso autor del Universo la gloria para tí! esa gloria immaculada que te acompañó doquiera que tu sombra protectora cubrió á tus hijos, que por defenderte desnudaron el flamígero acero, dieron independencia á Chile, libertad al Perú, gloria á Bolivia, y ante cuyos reflejos fué vencido un imperio.

¡Bandera Argentina! ¡Bandera de Belgrano! la nación que te adora, los guerreros que te guardan, doblan á tu vista, la rodilla!

Desde la elevada torre de un solitario convento, un guerrero dirige ansiosas miradas á las lejanas velas de una escuadra que asciende el Paraná.

El fuego del patriotismo, brilla en sus ojos, y el genio de la guerra hierve en su pecho.

Ya clarea la aurora; y al sonido marcial de los

tambores, ascienden los ordenados escuadrones del guerrero español.

Por primera vez, entonces, el guerrero argentino desnudó en América su espada vencedora; las ordenadas huestes del ejército patrio se precipitan ardientes al combate, cae su capitán regando con su sangre el campo de batalla, mas, al levantarse, herido, corona su bandera con la primera palma de victoria.

¡Es San Martín! Es San Lorenzo!

¡Y son los Granaderos á Caballo!

La fama enseña al mundo que en el seno de la América, empieza á brotar el germen de una nueva nación, que llevaría á su frente, como genio protector, á la santa libertad.

El pueblo argentino abandona las labores de la paz, é impelido por el grito de la patria en peligro, empuña los fusiles, afila las espadas, y se alinea en ordenados batallones.

Bajo el burdo paño del severo uniforme late hirviente el corazón del ciudadano transformado en soldado, y los rostros que endulzarían las ternezas del hogar, brillan ardientes inflamados por el fuego del patriotismo.

Por doquiera el peligro, por doquiera la muerte, bajo las más horribles formas, pero en todas partes, también, se oyen los clamores del pueblo que llama á los defensores de su libertad.

Empieza entonces aquella guerra colosal que tendrá por teatro un continente, por espectador al mundo, por objeto la independendia, y por premio la corona de laurel, ó la tumba del martirio.

¡Oh Genio de la Historia! ¡Quién pudiera inspirarse en vuestros grandiosos pensamientos! ¡Quien

podiera leer las inmortales páginas que escribisteis después de las jornadas de Salta y Tucumán ó cuando de pie sobre la cumbre de los Andes, veías deslizarse por las agrestes rocas, cual los múltiples anillos de una serpiente colosal, las móviles falanjes del ejército argentino!

Inútil es que la naturaleza le oponga sus horrores. . .

Inútil que las montañas colosales le cierren el camino y los peñascos suspendidos en la cima, amenacen desplomarse sobre las huestes; la piedra niega un estrecho paso, y alzando de un lado ciclópeas murallas que ocultan su cima en el espacio, del otro presentan abismos insondables de los que sale la voz atronadora del torrente despeñado, que llama al caminante con la pérfida atracción del abismo que se convierte en sepulcro.

La nieve corona las heladas cimas, el frío entumece los miembros del viajero, y un sol pálido y helado que se asoma de entre pardas nubes, quiebra sus rayos impotentes contra las heladas rocas!

¡Mas no importa!

El fuego que el sol le niega, lo lleva el soldado dentro de su pecho; el entusiasmo brilla en sus miradas, y sus miembros ateridos se confortan al contemplar el estandarte que los guía.

Y así pasaron aquellos largos días que aún prolonga la historia, y al llegar á la cúspide del coloso de la tierra, vieron á sus pies tendidos aquel ópimo Chile que á través de la muerte les llamaba!

Tronó, por fin, el cañón de Chacabuco!

Su primer estampido despertó los ecos seculares de un mundo que dormía: Chile se puso de pie

para escucharlo, y en su pecho combatían á un tiempo el horror y la esperanza!

¡Ejército Argentino!

¡Oh! Quién hubiera visto las tremendas falanjes descender impetuosas del monte á la llanura, resueltas á encontrar la muerte, ó adquirir la victoria!

Allí aquellos grandes capitanes, que se llamaron Soler, Las Heras, Necochea, adquirieron eterno renombre; y el brillo de sus espadas, se confundió con los rayos de su gloria.

Chile esperaba ansioso el resultado, así como en los antiguos tiempos la virgen calumniada, ya cercana á la hoguera, fiaba el triunfo de su inocencia y la vindicación de su nombre al robusto brazo de su caballero.

La América escuchaba; el clarín que anunciára la victoria, daría la señal ansiada de romper sus cadenas.

Larga y cruenta fué la lucha; heróico el valor de los combatientes, y en ambas filas el honor combatía.

Pero ¿quién puede resistir el brillo de tu sol, oh hermosa bandera?

¡Tú, que sirves de santa enseña á los que te adoran, debías ser para todos los pueblos la enseña de la libertad.

¡Chile está libre!

Honor al ejército argentino! ¡Veneración á sus soldados!

Inconmovible por el dolor ó la miseria, resiste á las fatigas de la marcha, ardiente en el combate, y radiante en la victoria, el ejército argentino aún no ha sufrido el horror de la derrota.

¡Oh númen de la guerra!

¡Tú, también, sometes á duras pruebas á tus más amados hijos!

Al esplendor del triunfo, á los cánticos de radiante alegría que inspirára el vencimiento, era necesario que siguiera las más amargas de las pruebas.

El bravo león hispano sangra por la herida, pero aún hay fuerza en sus robustas garras para destrozarse al cazador.

En las tinieblas de *aquella ingrata noche*, sediento de sangre y de venganza, el león, desesperado, se arroja á su enemigo, resuelto á despedazarlo entre sus garras, ó sucumbir en la lucha.

¡Horrible noche aquella! ¡Horrible prueba!...

El sol del otro día, alumbró, desierto, el campo fatal de la derrota...

Cancha Rayada...

¿Más qué?

¿Sucumbirán los argentinos á las más duras de las pruebas?

Los valientes soldados que escalaron los Andes, que ofrecieron su pecho á la metralla, huirán ahora como la corza herida al clarín del cazador?

¡Jamás! Hoy más que nunca se demuestra el valor que no cede ante el contraste!

Las Heras y Balcarce, salvarán sus escuadrones; la derrota inflamará de ira el pecho de los soldados, y San Martín, inspirado por su númen guerrero, exclamará tremendo: *El sol que asoma en la cumbre de los Andes, va á ser testigo del triunfo de nuestras armas!*

¡Proféticas palabras!

El ejército argentino, se reúne en torno de sus

pabellones, á la voz del honor con que lo llaman sus grandes capitanes.

Ya suena el clarín, redoblan los tambores, ondea al viento el pabellón glorioso de Belgrano, y del pecho marcial de los soldados se escapa el grito de ¡viva la patria!

A su esfuerzo se rompen los ordenados batallones enemigos, y el laurel del Maipú corona la bandera, aún enlutada con los crespones de aquella ingrata noche!

Chile, libertado, alza al cielo sus brazos, con exclamaciones de alegría y sus vírgenes coronan con rosas y mirtos á los bravos vencedores.

¡Gloria más no reposo! exclama entonces la voz del Inca, que más tarde evocará el genio de Olmedo.

Chile está libre, y su libertad se jura en torno de la bandera bicolor enarbolada por el ejército argentino!

Pero aún el Perú llora su libertad perdida!

¡Gloria más no reposo! repiten los guerreros y surgen los bajeles, y ruedan los cañones, y el ejército entregándose á las olas del mar, continúa su santa empresa, para llevar la libertad al imperio de los Incas!

La sultana de América, dormía maniatada en el harem de las vírgenes; la altiva, la opulenta, la bellísima Lima, con sus sienes coronadas de perlas y brillantes, ceñida la cintura con el oro de sus minas, y la planta sumergida en las ondas del océano, dejaba de su pecho escapar hondos suspiros, y una lágrima furtiva, como cuajada gota de rocío, pugnaba por abrirse paso en sus pestañas, para deslizarse y caer por sus mejillas.

¡Virgen enamorada que soñaba, y en sueños repetía la palabra ¡libertad!

Ave canora, de joyantes alas, que ansiaba remontarse hacia los cielos, y al desplegarlas chocaba con las áureas barras de su prisión!

Mas ¿qué célica armonía resuena en sus oídos? ¿Por qué el carmin brota á sus mejillas, y despierta imponente de hermosura y de dicha?

¡Oíd mortales el grito sagrado

Libertad, Libertad, Libertad!

repiten los ecos sonoros; los clarines lanzan al aire sus agudas notas, y asoma en el horizonte la bandera que conduce triunfante el ejército argentino!

Lima está libre y á esa bandera debe su libertad! Aún no es bastante!

Aún quedan en América pueblos hermanos que redimir; á ellos se lanza el ejército argentino, llevando á su frente el pabellón á que tantos deben su libertad—falta aún cegar los laureles de Junín y de Ayacucho, y solo volverá triunfante á la gran capital del Sur, para deponer la espada en el altar de la libertad, anunciando al mundo, que ya no quedan en América enemigos á quienes combatir!

II

El ejército argentino, había asegurado la independencia de su patria, libertado á Chile y al Perú, y contribuído á fundar las repúblicas del Paraguay, de Bolivia y de Colombia.

Su bandera había ondulado en la cima de los

Andes, y brillado bajo el fuego del sol del Ecuador, y los pueblos que al pasar la contemplaban veían en ella, no el lábaro de una conquista odiosa, sino el emblema de su libertad y redención.

Así se justifican los sublimes versos del cantor de Mayo:

Si la grandeza mllitar se estima
Por lo que de ella al universo toca,
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De algún cañón de Chacabuco á Lima.

Del humo de Austerlitz, solo queda una página en la historia, y una hoja de laurel sobre las sienas del gigante caído.

Suipacha, Chacabuco y Lima, son el punto de partida de tres naciones poderosas que perpetuarán en el mundo el recuerdo de sus fundadores, y la gloria inmortal del ejército argentino.

La epopeya de la Independencia, terminó con el himno de Ayacucho, y concluída aquella gran jornada, comenzó la segunda época del ejército argentino.

La era de la réconstrucción sucedió á la Independencia.

Catorce años de lucha nos habían libertado de la dominación extranjera, pero las consecuencias del combate debían trascender por muchos años.

El poderoso Imperio Americano, retenía cual espléndido florón de su corona la provincia Oriental, y mientras el argentino, arrastrado por su bélico entusiasmo, llevaba la libertad á sus hermanos, había descuidado su propio territorio.

El valor inflama los generosos pechos de treinta

y tres héroes, que juran sobre la cruz de sus espadas libertar á su país del extranjero ó hallar gloriosa tumba en la demanda.

El ejército argentino oye el clamor de sus hermanos, y se apresta á la lucha . . .

Ya no está San Martín: el gran guerrero, á la margen del Sena reposa cual Cincinato, después del consulado, y le basta á su gloria recostar la cabeza á la sombra del estandarte de Pizarro . . .

Ya no está San Martín, pero su espíritu anima á sus hermanos de armas.

“¿Cuál será el héroe que á los héroes mandé?”

Alvear fué designado: su cabeza aún coronada por los laureles de Montevideo, se eleva imponente, y en su mano brilla la espada vencedora.

En torno lo rodearon aquellos capitanes que ilustraron su nombre en las campañas, los que lucharon en Chile y en el Perú, los vencedores de Salta y Tucumán,

“ Y aquellos granaderos á caballo
Que mandó en Chacabuco Necochea ”

á cuyo rudo empuje no resistieron las barreras de los Andes.

La lucha fué cruenta, pero en ella se adquirieron los laureles de Ituzaingó, último resplandor de aquel grandioso incendio que iluminó los primeros años de la Independencia Americana.

Ituzaingó, cual Chacabuco y Lima, dió origen á una nación que debe su libertad al ejército, y que mira en su bandera á la gloriosa enseña de su redención.

Llegó, después, la larga noche de nuestro infortunio, y los héroes que humillaron las legiones de los reyes, convergieron contra sí las espadas homicidas! . . .

“ ¡Noche, lóbrega noche, cuánto pesaron tus tinieblas en la patria argentina! . . .

Martín García, Obligado y Tonelero, fueron relámpagos que rasgaron las tinieblas con su cárdena luz, iluminando un cuadro de horrores, más en medio al infortunio hay algo que consuela, y es contemplar al soldado argentino afrontando el peligro, la oscuridad y la muerte, por obedecer al imperioso grito del honor! . . .

Brilló, por fin, la aurora de Caseros; renació la esperanza, y cual del Sinaí las tablas de la ley, así surgió radiosa la Constitución Argentina.

El Paraguay, en tanto, gemía bajo el peso del más negro despotismo, y su bárbaro tirano, enceguecido, osó poner su planta en la tierra argentina.

Los hijos de Belgrano rodean su bandera, desnudan los aceros y marchan al combate, no á la conquista, sino á independizar á un nuevo pueblo.

Largos años duró la contienda; la tierra se empapaba con sangre generosa, pero llegado el día de la victoria, el argentino estrechaba entre sus brazos á sus hermanos, y les volvía en cambio de los ultrajes de su tirano, la libertad que habían perdido!

Chile, Perú, Colombia, Bolivia, el Uruguay debían su independencia al ejército argentino, que no satisfecho, agrega á sus laureles la redención de un pueblo hermano ¡El Paraguay!

La América, está libre; el argentino puede ya

volver los ojos á sí mismo, y conquistar para la civilización las inmensas llanuras de la Pampa.

Los vencedores de los reyes, se convierten en misioneros de la civilización, y afrontando los peligros de una naturaleza salvaje, abren al mundo las misteriosas puertas de una inmensa comarca en que brotarán mañana nuevos pueblos y ciudades que serán el orgullo de la patria argentina.

Su ejército, oprimido bajo el peso de los laureles de la guerra, aspira á las coronas de la oliva de la paz, y libre el continente de enemigos guerreros, consagra sus afanes á ese enemigo más poderoso, porque es impalpable, que se llama la barbarie.

¡Vence también! La oliva se entreteje á los laureles; ha vencido en la guerra, ha triunfado en la paz, y el ejército argentino, atento á la voz del honor y al servicio de la patria, cuelga en panoplias los gloriosos trofeos de la honra nacional, pronto á agregarle nuevas coronas, si alguien osara contemplar, frente á frente, el sol de su bandera!

Rosario, 25 de Mayo de 1884.

XVI

INTELIGENCIA Y MATERIA

MEMORIA SOBRE EL TRABAJO

¡El primer obrero Dios!

(Composición premiada con la lapicera de oro ofrecida á la mejor de su tema por el Gobierno de Entre-Ríos, en los Juegos Florales que tuvieron lugar en el Uruguay el 3 de Febrero de 1884.)

CUANDO los artistas griegos quisieron dar visible forma á sus dioses y á sus héroes, crearon los *genios*, colocando en sus frentes la llama inextinguible que representa el fuego del alma, alimentándose de la contemplación del universo infinito.

Aquella llama, es el símbolo del espíritu del hombre, que necesita continuo pábulo, y que busca en la naturaleza sus secretos, empeñado en descubrirlos; lucha con la materia, anheloso de vencerla; y ama el combate, tan solo por recoger el lauro de la victoria.

La vida, es el trabajo; sin él no se comprende la existencia humana, y el hombre, que elevado por su inteligencia, ha osado descubrir los atributos del Ser Supremo, no ha encontrado idea que mejor represente su grandeza que llamarle—Creador!

á cuya voz se rasgan las nieblas que cubren los abismos y se ven rodar los soles en confuso torbellino, alimentando la vida, es decir, el trabajo universal!

Todo es armónico en la naturaleza; desde la microscópica escama de oro y plata que brilla en las alas de la mariposa, hasta la insondable nebulosa que se cierne al confin de los espacios; todo obedece á leyes supremas que la ciencia entrevée, ó ante las cuales, confundido, se anonada el hombre, así como la antorcha palidece al clarear de la aurora.

Recibió el hombre, en don de la natura, suprema inteligencia, y vigorosos miembros para servirla; y colocó á sus órdenes los sentidos, para la satisfacción de sus deseos. Pusó en todo su cuerpo la sensación del tacto, y apreció, desde el primer instante, la dulce suavidez de las hojas de las rosas, para amarla, y de sus espinas recibió punzaduras, para huirlas: aspiró el perfume de las flores y cortó del árbol los sábreros frutos, y en cada una de esas acciones ejecutó un trabajo, venció la inercia de sus miembros, y encontró, con la satisfacción de sus deseos, su primera recompensa.

Escuchó el melancólico murmullo de las olas, cuando se estrellan entre las rocas de la playa, y se deleitó con el canto de las aves; quiso imitar sus sonidos, y perforando una caña le arrancó las primeras melodías, cuya grata impresión compensó con usura las fatigas que le había costado el obtenerlas; y cuando en medio de la noche, apartando el sueño de sus ojos, los elevó hacia el cielo estrellado, un grandioso sentimiento de admiración le hizo olvidar el reposo.

No fué una maldición, fué una promesa, la que el legislador hebreo leyó en la mente de la divinidad, cuando impuso á los humanos el trabajo, como ley de su existencia.

El reposo absoluto, el ocio inerte, no existe; cada ser, cada molécula, cumple la ley, sirviendo á los fines inescrutables que le marcó el Creador.

¿Veis esa roca colosal, que permanece inmóvil desde el principio de los tiempos?

Ella también trabaja; á sus pies revientan las olas del océano, que sin ella inundarían la llanura, anegando las frágiles moradas de los hombres.

Aquella errátil nube, que pasea al soplo de los vientos, lleva en sus entrañas el germen de la vida; derramará sobre los surcos los torrentes de sus aguas que harán germinar las doradas espigas.

Qué blanca y vagorosa la antorcha de la noche vierte su suave luz sobre la tierra! Joya de los cielos, luminoso brillante que cruza los espacios, ejerce también formidable trabajo; se hinchan los mares á su esfuerzo atractivo, y el navegante espera la marea para arribar al anhelado puerto.

¿Y sólo el hombre, sólo el señor del mundo, habría de mostrarse indiferente á la suprema ley?

¿Sólo su espíritu, dominado de un fuego inextinguible, habría de permanecer en la muerte del ocio, del reposo absoluto, que no existe ni aun para la piedra?

No fué una maldición; fué una promesa: comerás el pan con el sudor de tu frente, pero sólo á ese precio dominarás á la naturaleza para hacer tuyo el mundo!

La llama del genio, necesita pábulo; la fuerza

humana, puesta al servicio de su inteligencia, se empleó desde el primer instante en una lucha que había de colocar al vencedor, como rey en sus dominios.

Costosos fueron los primeros pasos; el hombre estaba solo; una naturaleza salvaje, oponía á sus designios sus fuerzas colosales, y el hombre, aislado y sin contar más que con sus solas fuerzas, iba, quizá, á sucumbir en la lucha.

Comienza la borrasca; brama el huracán, y con hórrido estampido el rayo de las nubes abate las encinas, y el incendio agita su penacho de llamas; el hombre se precipita, toma en sus manos la primera tea, y arroja el grito de triunfo! ¡Ha descubierto el fuego!

¡El fuego! Manantial poderoso de inextinguible fuerza: á su calor, se funden los metales, los combustibles arden, se disipan las tinieblas de la noche, y el ser que lo conquista se eleva desde aquel instante sobre los demás seres de la creación: solo el hombre domina al fuego!

El trabajo, ha tenido su recompensa; el fuego le da el dominio de los metales y con ellos el imperio del mundo!

II

¿Qué es el trabajo?

El dominio de la materia; la sujeción de la fuerza á la inteligencia; el atributo del poder supremo, que la crea y la dirige.

El primer obrero, es Dios, que al crear la materia la unió indisolublemente á la fuerza, y que, al

dar ambas al hombre, le impelió á dominarlas.

Así, los grandes genios de que la humanidad se honra, aquellos cuyos nombres se repite mirando en ello la encarnación de los más elevados espíritus, fueron también los grandes obreros del progreso humano.

Arquímedes moría abismado en sus cálculos, que habían llevado su espíritu fuera del mundo real: el soldado que traspasó su noble pecho, hirió solo, un cuerpo inerte; la grande alma del geómetra, absorta en su intenso trabajo mental estaba entonces en las regiones del infinito, desde donde, apoyando el brazo en su palanca, contemplaba, sin duda, la colosal potencia de que había dotado al mundo, cuya fuerza se multiplica á través de los tiempos, y que no tendrá más límite que el de la misma eternidad.

¡Silencio! ¡No turbeis su reposo! ¿No la veis? La diosa, inmóvil, fija sus vagas miradas en el em-píreo, mientras que en su diestro brazo sostiene á la Victoria.

Es Minerva: no salió más radiante del cerebro de Júpiter, que del cincel de Fidias: si sus labios no pronuncian las mágicas palabras del lenguaje de los cielos, es porque su augusta gravedad de diosa le impide comunicar con simples mortales: solamente el Partenon podía ser bastante hermoso para contener su gloria: Minerva, existe; cuando el trabajo se une al genio, el genio puebla de dioses, hasta el mismo cielo!

¿Qué horroroso estampido turba el tranquilo silencio de la noche?

¿Por qué ante mis ojos asombrados, se despedaza la montaña, proyectando al espacio sus rocas

de granito y lanzando de su seno como hirviente volcán, ardientes llamas?

Es la mina que estalla: el genio condensó en la pólvora la fuerza de su voluntad, y á su voz se rasgan las entrañas de la tierra, que se inunda, para dar ancho paso á los bajeles.

El hombre ha comprendido al fin, el objeto de su gran misión: multiplica sus esfuerzos, y el trabajo, guiado por la inteligencia, lo hace el dueño de su planeta.

Grandes obreros observan cuidadosos la fuerza expansiva del vapor; Newcomen inventa su primera máquina, y el agua surge á torrentes de las minas de Inglaterra; Wat la perfecciona; Papin y Fulton la aplican á la navegación, y tierras y mares se encuentran conmovidos por el poderoso estrépito que el coloso del siglo promueve á su paso. Las máquinas se multiplican; colosales martillos se elevan en los aires, se precipitan cual montañas desplomadas sobre los bloques de acero, que irán mañana á dominar el Océano, sirviendo de ejes á los poderosos propulsores de los trasatlánticos: los dioses marinos, absortos á su paso, se encuentran vencidos por la fuerza del vapor: las náyades y ondinas, se sumergen en las aguas; Anfítrite retiene sus escamosos bridones, y el buque de vapor avanza majestuoso dominando los mares y burlando los vientos!

Pero aun el potro domina en la llanura, y el hombre necesita de más incansable corcel: surge Stephenson; encierra el vapor en las calderas tubulares, cruza la tierra con dobles cintas de fierro, y lanza sobre ellas la veloz locomotora, que se precipita rugiendo, agitando sus nervios de acero, y

lanzando estridentes silbidos con su poderoso aliento de fuego.

La locomotora domina el desierto, las ciudades brotan á su paso como las flores al riego de las nubes y sobre la plataforma del tender, ceñido de una aureola gloriosa, el hombre deifica al trabajo en la persona del inventor!

Pero, ¿quién pone límites á la creación? ¿Cuál será la suma de saber y de dicha, que podrá colmar el humano anhelo?

La locomotora corre, pero el pensamiento vuela delante de ella.

Pues bien, llegará Franklin; arrebatará á los cielos el secreto del rayo; Volta, lo oprimirá en la pila, teniéndolo como sumiso esclavo pronto a lanzarse á la voz de su señor, y Morse, dándole escape á través del hilo eléctrico, lo hará servir para comunicar el pensamiento con la velocidad del pensamiento mismo!

Esas son las glorias de los grandes trabajadores, de los grandes obreros, de los que cumpliendo la ley que la naturaleza impone al hombre, han hecho del trabajo un culto, y de los trabajadores, héroes!

No crea el hombre las leyes, como no creó Colón la América, cuando surgió resplandeciente ante las evocaciones de su genio: sólo el Eterno crea: el hombre descubre lo creado, y lo aplica á la satisfacción de sus anhelos: inmutables son las leyes de la naturaleza física: á la luz del rayo, sucede el poderoso estampido del trueno; á las nieves del invierno, las doradas espigas del verano; á la ideal hermosura de la mujer enamorada, la majestad austera de la matrona, y á la risueña aurora, el triste ocaso: y así como no crea las

leyes de la naturaleza física, tampoco inventa las del mundo moral.

El hombre se extravía, y muchas veces los que usurpan sus derechos, se proclaman los árbitros del mundo, y pretenden imponer la exclusión ó el exclusivismo del trabajo en provecho propio y con violación de las leyes naturales.

¡Crueldad inútil! Quitad á la planta el sol que la vivifica, y pronto veréis que extiende sus ramas hacia un nuevo horizonte, buscando los rayos de la luz que ama; cortad en cien pedazos al annélido, y por destruir una vida, habréis multiplicado ciento!

Así, también, en épocas oscuras, necios reyes han querido monopolizar los frutos del trabajo, ó deprimir en el hombre, los derechos inalienables que le ha dado la naturaleza, para ejercitar sus fuerzas y su inteligencia, es decir, para cumplir la ley del trabajo, que es la del perfeccionamiento de su existencia: entonces, como los gases comprimidos en el interior de los volcanes, los pueblos no han tardado en vencer las resistencias y en estallar, grandiosos, inundando en rojos torrentes de lava y de llamas, á los que ¡necios! creyeron que á su voz habrían de paralizarse las fuerzas soberanas que gobiernan al mundo.

No! Las leyes humanas, no pueden deprimir los derechos que por la naturaleza tiene el hombre, así como los soles del espacio no dejaron de girar aunque antiguos filósofos quisieran enclavarlos á las diamantinas bóvedas de sus fingidos cielos.

El trabajo, es la ley de la existencia humana, y ella, como todas las leyes de la naturaleza, salió formada del abismo, cuando el caos se movió á la voz del Hacedor.

La ley del trabajo, no deprime—¡ennoblece!
así lo comprendieron los legisladores argentinos,
cuando en la ley fundamental declararon la liber-
tad de pensamiento, de conciencia y de trabajo,
que hará de esta nación uno de los grandes pueblos
de la tierra.

¡Gloria al trabajo!

¡Honor á sus héroes!

XVII

EL RENACIMIENTO

ESTADO POLÍTICO Y SOCIAL DE LA EUROPA AL FINALIZAR
EL SIGLO XV

¡ Al más grande de los siglos !

(Composición distinguida con el primer premio ofrecido á la mejor de su tema, en los Juegos Florales celebrados por el Centro Español del Rosario el 5 de Noviembre de 1883.)

LA humanidad, como los hombres, tienen momentos supremos. En el individuo sólo alcanzan una corta duración y sintetizan, sin embargo, toda su vida, y toda su gloria.

Duran lo que un relámpago, pero como él, alumbran la inmensidad.

Moisés traza diez líneas, y da en ellas la base de las leyes que han de regir á los futuros tiempos y naciones.

Sócrates, bebe el veneno y lega su doctrina á la humanidad.

Muere Cristo en la cruz, y á sus pies se desploma el inmenso edificio de la antigüedad pagana consumando la obra divina de la redención.

Isabel de Castilla, empeña las joyas de su coro-

na, y del fondo del mar brota la América á la voz de Colón.

Lincoln traza una firma, y hace hombres libres á cuatro millones de esclavos.

Lo que en la vida del hombre, es un instante, mide la humanidad por décadas, en el cuadrante de la historia.

El momento supremo de la humanidad histórica se sintetiza en una palabra — el Renacimiento!

¡El Renacimiento! primavera de la humanidad, cuya aurora lució al finalizar el siglo XV, que incubó los gérmenes cuyo fruto hoy recoge en el abundoso verano de la civilización universal!

Los primeros años de ese siglo, habían pasado entre oscuras sombras; pero así como en el silencio de la noche, y bajo la espesa capa de la dura tierra, se desarrolla el germen fecundo de la vida, que hará de la bellota, gigantesca encina, así también, entre las tinieblas de la ignorancia, se desarrollaba la crisálida colosal que cambiaría la faz entera de la humanidad.

Todo era oscuridad, todo silencio, en las comarcas europeas, interrumpido solamente por el ruido feroz de los combates: el gigante del norte, dormía bajo el espeso manto de hielos y de nieves de Laponia y de Siberia: el centro despedazado en mil diminutas naciones, se encarnizaba en lucha ardiente, y solo restañaba la sangre de sus heridas, para volver á nuevos combates.

Constantinopla, la hermosa sultana del Bósforo, la egregia emperatriz de Oriente, caía abatida bajo el feroz imperio de la ensangrentada media luna, que la tendía desnuda y maniatada en el lecho de su harem.

Francia é Inglaterra, presas en el interior por la guerra civil, librando eternos combates entre sus señores feudales y sus mal llamados reyes, se devoraban también en la guerra extranjera, que no había cesado un siglo hacía, y aun retumbaba, llevando el terror y la muerte, el primer cañonazo disparado en Crecy!

Castilla y León, España toda, hacían latir su suelo, bajo el peso de sus caballos de guerra, y cristianos y agarenos continuaban el combate siete siglos antes empeñado, mirando con ojos de amor ó de codicia, las floridas vegas de Granada.

Italia, solamente Italia, conservaba encendido el sacro fuego de la civilización, del arte y de la gloria.

No se habían aún apagado las últimas vibraciones de los tercetos de Dante, y todavía resonaban en las fuentes los nombres de Laura y de Petrarca.

Venecia, dominaba los mares y sus Dux se desposaban con las aguas del Adriático; Génova, se hacía el emporio del comercio del mundo, y Roma, la ciudad de los césares, la altiva capital del orbe cristiano, humillaba á los pies de sus pontífices las coronadas cabezas de los reyes.

Pero mientras la Europa desangrada yacía en la oscuridad, el Rhin incubaba en sus riberas el germen colosal que disiparía las tinieblas de la edad media.

Estrasburgo y Maguncia, sentían extraños latidos en su seno.

Un hombre venerable, de luenga barba y de mirada altiva, luchaba, solo, contra el monstruo de las tinieblas; unas letras de plomo, vaciadas en

pequeños moldes, y dos tablas comprimidas por un resorte, eran sus únicas armas.

De pronto, las letras y la prensa combinadas, dan una página impresa, que al salir de la máquina, brilla con luz tan inextinguible, que á sus pies se desploman setenta siglos de ignorancia!

¡Es Guttemberg! ¡Es la imprenta!

¡Aquella débil hoja, divide los tiempos, mejor que todos los acontecimientos, que las guerras y batallas, que la caída de los imperios: aquella hoja divide las edades, y su aparición señala, con luz inextinguible, la caída del pasado, el nacimiento de la nueva era, la regeneración, en fin, de la humanidad, por la libre comunicación del pensamiento!

El renacimiento empieza desde aquel instante.

La luz, rasga las tinieblas, se comunica á todos los espacios y el siglo XV se levanta en la historia como el faro gigantesco que ilumina hasta las más recónditas edades.

Se opera entonces la más formidable de las revoluciones que ha conocido la humanidad moderna; revolución social, y religiosa: renacimiento artístico y literario; progreso científico, que en pocos años destruye los errores acumulados en muchos siglos de oscuridad, y la revolución política, corona la obra, constituyendo en grandes naciones lo que antes eran dislocados restos del inmenso cuerpo social.

Luis XI, destruyendo el feudalismo, reconstruye á la Francia, que se liberta de la tiranía de sus señores, y puede unir sus fuerzas para librar su territorio de la dominación extranjera.

Inglaterra, reconcentrando en sí misma sus exu-

berantes fuerzas, y asentando bajo incommovibles bases las libertades consignadas en su Magna Carta, extiende su comercio y eleva su poder.

La orgullosa media luna, que al principio parecía destinada á reconstruir el imperio de Oriente y de Occidente, bajo el estandarte del Profeta empuñado por Mahomet II, empieza ya á sufrir los primeros contrastes, al esfuerzo de los Corvino, de los Scandenbergh, y de los caballeros de Rodas, y el período de su decadencia da principio con el sibarita Bayaceto, cuyas debilidades no alcanzará á reparar el feroz Selim, y las galeras venecianas y genovesas, obtienen los primeros triunfos marítimos, funesto augurio de la gran catástrofe que rendiría humillado al islamismo en el golfo ensangrentado de Lepanto!

Pero, el rumor de las armas, nos lleva á las comarcas Españolas.

El laurel de siete siglos, palidece; sus hojas, se secan, sus ramas se desgajan, y la altiva palmera que germinó lozana, en los nefastos tiempos de Rodrigo, regada con la sangre del Guadalete, solo conserva las últimas hojas, prontas á desprenderse, al soplo feroz de la tormenta.

Aragón y Castilla, uniendo sus coronas sobre las frentes de Isabel y de Fernando, marchan unidos á la conquista de la Vega: la tradición se cumple: la mano de piedra incrustada en los muros de la Alhambra, toma la llave de las puertas de Granada: en la torre del Jeneralife y en los minaretes de las mezquitas tremola el estandarte de la cruz, y ardientes lágrimas se escapan de los ojos de Boabdil, encendiendo las iras de la soberbia Aixa!

El poder agareno, concluyó en España!

Cuando en los siglos futuros, Murillo pinte la ascensión de María, unirá las profesías bíblicas á las tradiciones de la historia de su patria, y la pondrá pisando la humillada media luna!

Portugal, en tanto, bajo el gobierno de los más ilustres reyes de su historia, Juan II y Don Manuel el Grande, dilata sus dominios, y explorando el espantable océano envía sus marinos á las remotas Hespérides; pisan las playas de las afortunadas islas que la antigüedad soñó, y se preparan á arrebatarse al Africa sus secretos y sorprender al sol abordando su cuna.

Pero ha llegado la hora gigante de la historia.

Ha llegado el instante sublime que eterniza en los siglos la memoria de Isabel de Castilla y del marino ilustre que en Génova tuvo humilde cuna.

Platón, soñó la Atlántida, y el visionario Dante, al ascender al paraíso, arrojó sobre ella una mirada.

Colón, cerró los ojos, y en la visión profética del genio, vió disiparse las tinieblas de los siglos, para surgir radiante un nuevo mundo de entre las ondas del océano.

El problema de los tiempos, va á resolverse; Colón parte, el mar se encorva ante la proa de sus naves, y la voz de ¡tierra! lega á la humanidad un nuevo mundo!

Los campos infinitos de la América, se abren al comercio de la Europa; brota el oro de sus montañas, las perlas de sus mares, y sus bosques y llanuras ofrecen á los conquistadores los más preciosos dones de la naturaleza.

Una inmensa y nueva ruta se abre inexplorada ante la humanidad, que se precipita conquistando

reinos, dominando imperios, fundando ciudades, y echando los cimientos de una nueva organización social y política.

A Colón sigue Vasco de Gama.

El Africa, libra al fin su secreto; la línea de perenne fuego es atravesada por los marinos portugueses: el horrible cabo Tormentorio se estremece. Adamastor surge rabioso de los mares—

Nunca arados d' estranho ou proprio lenho

y maldice á los que, por vez primera, turban sus eternas soledades.

¡Es el genio del abismo que lucha contra el progreso!

Es la oscuridad, que ciega, ante la nueva luz que se enciende para la humanidad!

Pero, nada importa: *ex fumo dare lucem*: el Tormentorio se convierte en Cabo de la Buena Esperanza, y el Océano, humillado, entrega por fin el secreto de las Indias!

Vespucio, Cabral, Solis, Gaboto y Magallanes, seguirán más tarde las líquidas huellas de Colón y de Gama, y la tierra humillada plegará las aguas de sus mares antes las naves de Elcano, para que llegue al punto de partida navegando con él á sus espaldas!

Bramante y Miguel Angel elevan hasta el cielo la cúpula de San Pedro, expansión gloriosa de la sublime concepción de Brunelleschi, y eternizan en pinturas, en mármoles y en bronces, el recuerdo de su genio y la gloria del siglo en que nacieron.

El arte, en tanto, renacía de entre las aún tibias cenizas de la oscura edad media.

Donatello, decorando los palacios de Venecia y de Florencia, había inaugurado la gran cruzada de la restauración artística; Vinci lo seguía, y Tiziano, Rafael y Miguel Angel, presentan al mundo el inaudito ejemplo de tan grandes lumbreras brillando á un mismo tiempo, coincidencia gloriosa que no se repetirá en el futuro, porque parece que la naturaleza rompió el molde en que vació tan grandes hombres.

Para que nada faltára á la gloria de aquel siglo, en él nacieron y se desarrollaron los grandes genios de León X y Julio II; el Vaticano y San Pedro trazaron su planta mientras que los palacios y museos de Florencia surgen radiosos á la voz de los magníficos Médicis.

Todo, en la humanidad, es solidario.

A los progresos de las artes y de las ciencias, tenían que seguir los adelantos sociales. El hombre, elevado hacia los cielos por las creaciones de su genio, aspiró á romper las cadenas que el oscurantismo ponía á su conciencia y á su libertad.

En vano Maquiavelo enseña á los tiranos el arte de perpetuar su ominoso poder: á la concepción de "El Príncipe", responde el genio del siglo XV engendrando á los filósofos que por distintos caminos habían de concurrir al mismo grandioso fin — independizar al hombre de las tiranías, y restituir su unidad á las naciones — mientras que, en las nieblas del futuro se dibuja la revolución política, que dará glorioso fin á la ominosa tiranía de los reyes!

La obra de los Colón y de los Gama, suscita en la mente de los grandes pensadores extrañas dudas sobre la antigua fábrica del mundo: el Almagest-

tos, palidece; Ptolomeo empieza á eclipsarse, y en el fondo de la Polonia, en el cerebro de Copérnico empieza á brotar la aurora de una nueva y grandiosa concepción.

Su pensamiento, como Josué, detiene al Sol en el espacio, para hacerlo el centro del universo; la tierra, se estremece y arrancada de sus inmóviles cimientos mil veces seculares, se precipita en el vacío, cruzándolo con vertiginosa rapidez y como proyectil inmenso, lanzado contra la coraza del antiguo edificio científico, despedaza á su choque formidable el empíreo, los nueve cielos cristalinos, las mal entrelazadas órbitas de los epiciclos, para abrir ante su paso los insondables abismos del espacio infinito!

¡Ya clarea la aurora! Entre las brumas del futuro, empieza á dibujarse vagamente la silueta de Galileo, de Keplero y de Newton, que consolidando la obra de Copérnico, erigirían triunfante su sistema del mundo.

¿Qué le falta á la gloria de esa última época del siglo XV, que encierra el germen de los futuros progresos?

Le falta solo la voz de los vates que entonen el canto de ¡Victoria!

Mas no importa.

Tu Marcellus eris.....

Mateo Boyardo pulsa las cuerdas de su lira, y á su grato sonido ya veo levantarse las sombras gloriosas del Ariosto, del Tasso y de Camoens, que eternizarán en sus versos las conquistas de sus predecesores.

El renacimiento, es el momento supremo de la humanidad moderna y su aurora alumbró radiosa el final del siglo XV.

La invención de la imprenta y el descubrimiento de América, son los grandes TÉRMINOS que señalan ese tiempo á los futuros, que llamarán al siglo XV el más grande de los siglos!

XVIII

NACION Y MUNICIPIO

AL MUNICIPIO DEL ROSARIO

(Composición distinguida con el accessit en los Juegos Florales del Rosario, del 5 de Noviembre de 1883).

RACIÓ el hombre y nació libre, porque al dotarlo el Hacedor Supremo de elevado espíritu y de infinito anhelo, no colocó barreras á su albedrío, y mostrándole el mundo, poblado de innumerables seres, vestido del más hermoso manto de verdura, regado por caudalosos ríos, y alumbrado por los astros del día y de la noche, le dijo—todo eso es tuyo—domina al mundo por tu genio como él te domina hoy por su grandeza.

Empezó desde aquel instante la formidable lucha del hombre contra la naturaleza, del genio contra la fuerza, de la inteligencia pretendiendo dominar á la materia.

Volvió el hombre en su torno la mirada, y su primer esfuerzo sólo dió por resultado la derrota.

Disputando su vida á las fieras, sometido al poderoso imperio de las fuerzas grandiosas que en su derredor se disputan el imperio del mundo,

tuvo hambre y no encontró donde saciarlo; el frío entumeció sus miembros, y libró al combate la resolución del problema, para arrancar al animal vencido la piel con que abrigarse; la lluvia y el granizo lo azotaron, y se refugió en las cavernas, arrebatando á las fieras su guarida, y cuando el sol enardecido quemaba sus espaldas, arriesgó su vida introduciéndose en el agua de los ríos, dominados por los gigantescos saurios de las edades primitivas, que aún vemos, degenerados y empequeñecidos, en los cocodrilos del Nilo y del Amazonas.

La lucha del hombre, aislado, contra la naturaleza, era imposible; de allí nació en su mente la necesidad el primer gobierno, que agrupando varias familias bajo el mando del más robusto ó del más fuerte, prestó á la comunidad los elementos necesarios para luchar con éxito.

Tal es el origen del primer gobierno conocido, del gobierno patriarcal, en que, agrupadas las familias bajo el mando absoluto de un sólo hombre, subvenían á sus necesidades triunfando por la fuerza que presta la unión, de los grandes obstáculos que presentaba al hombre una naturaleza completamente salvaje, como que era sólo entonces que nacía una inteligencia que más tarde habría de dominar.

El germen del progreso, es la antorcha que vibra, como la llama del genio, en la frente de la humanidad.

El primer paso estaba dado.

Conoció el hombre las ventajas de la asociación: venció á las fieras, se resguardó contra las inclemencias del cielo, fabricando moradas, y consiguió

su subsistencia indefinida, dominando á los animales, que sujetó á su imperio, reuniéndolos y apacentándolos, y sirviéndose de ellos, para alimentarse con sus despojos ó para convertirlos en sus servidores.

Al hombre aislado y salvaje, sucedió el pastor unido en tribus.

A la libertad absoluta, qué significaba el desamparo, siguió la libertad consciente y una nueva idea brotó en su espíritu--la idea del bien-- aplicada, no solo á sí mismo, sino á todos sus hermanos reunidos en la misma tribu y sometidos al mismo voluntario imperio del jefe ó del patriarca.

La primera noción de gobierno, estaba concebida: la primera noción de *patria* y de *bien público* había echado las primeras raíces, que los siglos transformarían en la base inconvencible de todo el orden social.

La tribu, fué una expansión de la familia, y dado el primer impulso, germinada la primera idea, la humanidad no se detuvo: á la tribu semi-salvaje y nómada, siguió la unión de varias tribus para formar un pueblo, y el pueblo mismo, ensanchándose, llegó á constituir las más poderosas naciones!

Pero el uso trajo el abuso: se ensanchó la familia y la tribu, y al gobierno de elección, siguió el hereditario: el natural deseo del jefe ó del patriarca, le hizo volver los ojos hacia los miembros de su familia, y ambicionar el transmitirles como un legado lo que en los primeros tiempos se concedió en premio del valor ó de la fuerza.

A los intereses de la comunidad, se antepusieron los del jefe; se estrecharon vínculos, se crearon partidarios ó sectarios deseosos de conservar entre

los suyos la supremacía, y los primitivos gobiernos patriarcales se convirtieron en monarquías hereditarias, tanto más pesadas, cuanto que la ignorancia elevaba á los altares, adorados como dioses, las estátuas de los primeros tiranos.

El derecho divino echó las bases del nuevo orden social, y los monarcas se llamaron representantes de Dios sobre la tierra, cuando no se creyeron dioses á sí mismos, decretándose adoraciones.

El hombre, se convirtió en cosa: pueblos enteros sufrieron el yugo del esclavo y erigieron como eterno monumento de su martirio los templos de la India, donde tallaban montañas para hacer las estátuas de sus reyes, ó las colosales Pirámides para indestructible tumba de sus Faraones.

Tal fué la noche de setenta siglos que pesó sobre la humanidad, dividida en dos clases irreconciliables víctimas y verdugos—siervos y señores—pueblos y tiranos.

Pero no en vano el Hacedor Supremo encendió la antorcha del genio en la frente de la humanidad.

La historia elaboraba en silencio la suprema síntesis de la existencia, y escribía en inmortales páginas los nombres de los héroes de la idea, que, como el Fénix de la fábula, renacerían más brillantes de entre las cenizas de las mal apagadas hogueras.

El fanatismo y la libertad libraron encarnizado combate.

El fanatismo pretendía ahogar en Sócrates la idea, presentándole la copa de cicuta, y la idea, abandonando el cuerpo yerto del filósofo, se expandía en un pueblo entero por la propagación de su doctrina.

La obscuridad quería sepultar la doctrina del bien y del perdón, enclavando en la cruz al Salvador de los hombres, y la doctrina surgía aun más radiosa del sepulcro, expandiéndose en el mundo por los confesores y los mártires.

El fanatismo anhelaba destruir el progreso humano y matar las ideas abrasando en la hoguera á los grandes pensadores, y Guttemberg descubriendo la imprenta, hacía indestructibles las ideas, confiándolas á una débil hoja de papel deleznable, pero más imperecedera que las murallas de Babilonia y que los palacios de Menfis y Nínive.

Las reyes coaligados estrechaban sus filas y forjaban cadenas para oprimir á sus pueblos, ó levantaban fortalezas y prisiones para doblegarlos; y los pueblos trabajaban sordamente arrasando sus cadenas, que limaban á la voz de sus filósofos, y horadaban las piedras de sus cárceles con las continuas gotas de su llanto!

Llegó, por fin, la hora suprema, y alumbrados por la antorcha colosal de la filosofía, los pueblos proclamaron los derechos del hombre desde los derruidos muros de la Bastilla.

A la República Americana, siguió la República Francesa, y ambas, unidas por el pensamiento, proclamaron el nuevo régimen que elevó al hombre en todas las naciones, y que al elevarlo, lo hizo dueño de sus propios destinos.

Así como la humanidad, en su principio, había procedido á la síntesis, uniendo primero el hombre á la familia, la familia á la tribu, la tribu al pueblo, y el pueblo á la nación, así también, en la aurora de la nueva vida, aniquilada la falsa doctrina del derecho real, procedió de la síntesis, al

análisis, y los grandes pensadores fundaron la inmovible base del orden social, descendiendo de la nación á la provincia, de la provincia á la ciudad, de la ciudad á la familia, y en la familia encontraron al hombre dignificado y libre!

El hombre, cuyos derechos son iguales, ya se trate de uno sólo, ya de la humanidad entera. El hombre, libre, consciente de su propia libertad y de su fuerza, que dejando de ser el súbdito de otro hombre se eleva á la categoría de dueño de sí mismo, y apto para gobernarse sin someterse á más leyes que las eternas é inmutables de la naturaleza y de la moral.

Desde aquel instante nació el sistema federativo y el gobierno comunal.

El sistema federativo, que significa la libertad de todos, dentro de la órbita de los derechos de cada uno.

El sistema federativo, comparable en lo moral al sistema físico del Universo, en que cada bóido, cada satélite, cada planeta, cada sol, gira libre, dentro de su propia órbita, cumpliendo sus destinos, y constituyendo la armonía universal, el equilibrio estable é indestructible, no del reposo, sino del movimiento; no del atraso, sino del progreso!

La familia es una reunión de individuos, cada uno de los cuales tiene sus propios deseos, sus esperanzas, sus necesidades, sus pensamientos, sus dichas y dolores, sin que ese exclusivismo destruya la unidad común, el mismo anhelo de felicidad, y la sumisión espontánea que el cariño inspira y la naturaleza consagra, de cada uno de sus miembros hacia los demás.

La ciudad, no es más que una federación de familias, como la nación la síntesis de muchos pueblos, cuyo conjunto constituye la humanidad.

El gobierno comunal no es más que una expansión del gobierno de familia; expansión armónica, que lleva al ciudadano del hogar al municipio, así como el sistema federativo desciende de la nación á la ciudad.

Ambos forman el análisis y la síntesis suprema del gobierno humano.

De la nación á la familia, el análisis: de la familia á la nación, la síntesis. Ambos sistemas concurren al mismo fin, y prueban, por tan divesos medios, la unidad de las grandes verdades lo mismo en la naturaleza que en el orden moral.

Es, pues, de la naturaleza misma de donde arrancá el supremo derecho del gobierno comunal, que es una consecuencia lógica del sistema federativo, que, antes que descubierto por los hombres, estaba escrito en el código de las verdades eternas.

Rosario, Octubre de 1883.

XIX

La misión civilizadora de los españoles en la conquista de la América

¡Aquí llegó, donde otro no ha llegado!
(ÉRCILLA).

DENSA bruma cubría los espacios, y tinieblas profundas se elevaban sobre las olas del mar, y la tierra, en dos partes dividida, por el tiempo, el océano y las tinieblas, veía en una, reinar la luz del día, mientras que la otra se velaba en la sombra.

Europa, reina altiva, engarzaba en diamantes su corona; cual astros esplendentes, brillaban los nombres de sus filósofos; los Virgilio, los Dante y los Petrarca, se elevaban al ideal de la poesía; los mármoles de Paros palpitaban bajo el cincel de Fidias, y el *sol justitiae* reverberaba sus rayos luminosos sobre las brillantes páginas de los Justiniano y los Alfonso.

Todo en el viejo mundo recordaba la lengua historia de su civilización; esplendentes ciudades levantaban al aire las doradas cúpulas de sus basílicas; el precioso metal se transformaba al trabajo

de artífices que hacían despreciable su riqueza, comparada con las labores de su genio; el metal, dominado, se fundía en el crisol del alquimista y se plegaba á la voluntad del escultor, para convertirse en estátuas, ó para constituir las innumerables maravillas de la civilización.

La belleza reinaba en los torneos; los Sultanes bordaban por mano de las hadas los salones de la Alhambra; y el oro y el acero; la seda y los cristales; la pintura, la música, y esa otra música del sentimiento que se llamó poesía, proclamaban la grandeza de la civilización del mundo antiguo.

En tanto, allá, á través de los mares, la cabeza coronada por los hielos del polo, la cintura ceñida por los fuegos del ecuador, y con la planta bañándose en los mares australes, la Virgen del Mundo, se hallaba adormecida.

América ¡despierta!

Un lampo luminoso brilla en la frente del inmortal Colón!

Un rayo de la luz purísima, que hizo del caos brotar los mundos, va á abrasar el corazón de la generosa Isabel, y una antorcha gigantesca se enciende en el Oriente y avanza, engrandeciéndose, hacia las playas do se oculta el sol.

¡Ya se acerca! ¡Ya crece!

¡Ya alumbrá los espacios, como un nuevo sol á cuyos besos despierta la natura!

¡Desciñe, hermosa América, de la nívea frente, la corona de silvestres lianas; arranca las espinas que martirizan tus desnudos pies; arroja las agresivas pieles con que cubres tu fecundo seno, y entreaire tus brazos amorosos á la nueva raza que

cruza los mares, y que burla las tempestades, para regenerarte con la sangre de sus venas!

¡Es la conquista, es la civilización, que viene de Oriente á completar la obra del sol!

El altivo español, de blanco rostro, de rasgados ojos, de elevada inteligencia é indomable valor, solo se rinde á los pies del estandarte que tre-mola.

Ese estandarte, abre en su centro los brazos de una cruz, y esa cruz simboliza la nueva doctrina; la doctrina del perdón y del bien; la doctrina del amor, y sintetiza la civilización del siglo xv transportada á las remotas playas del Nuevo Mundo.

Ante esa cruz, va á desplomarse la ignorancia de tantos siglos cuantos permaneció la América escondida.

Ella simboliza siete mil años de existencia trasportados en un día, del Viejo al Nuevo Mundo; ante ella, los desiertos se convertirán en oasis; las llanuras estériles, en fecundos viñedos; y mil y mil pueblos brotarán, por encanto, en los mismos sitios en que antes sólo se oía el rugido de las fieras!

Sumergida en el fondo de los mares, la inerte pintadina oculta al sol su obra fecunda; el buzo avanza, hiende las olas, lucha por su vida contra los monstruos del abismo; y después, engarzada por el artífice, brilla la perla en la corona de la altiva soberana.

Así durmió la América, hasta la hora fecunda de la conquista, en que la raza española, la raza de aquellos hombres indomables cuya sangre circula en nuestras venas, hizo brillar el Nuevo Mundo á la luz de la civilización universal.

La salvaje belleza, de las fieras tan sólo contemplada, madre inculta de tribus miserables, esparcidas en inmensas soledades, fué, poco á poco, bajo el impulso de la civilización y de la conquista, convirtiéndose en la Virgen del Mundo, que cantan los poetas.

Cuba, la primera, recibió las caricias de la civilización, y donde existieron tristes salvajes, seres miserables y desnudos que pedían su calor al sol, y á las selvas su precario alimento, se levantó, después, la perla de las Antillas, la ciudad hermosa cuyo nombre resuena en el mundo, y se mezcla en la hora de los placeres y la dicha, á las indecisas espirales del humo perfumado que hace desvanecer, en gratas ilusiones, las amarguras de la vida.
¡Hermosa Habana!

Brilla en los tiempos la espada de Cortés, menos fulgurante que los rayos de su gloria.

La ciudad de las lagunas, la Venecia de Occidente, la gran capital de la civilización azteca, alimentaba los ensueños de su mente, en la hora de las grandes concepciones.

Cortés, hace un esfuerzo; los bravos castellanos trasponen mares y montañas; el genio de la conquista ilumina su camino, se revelan al mundo los misterios de la gran capital, y donde antes reinaron las semibárbaras tribus de los Guatimocsines, se eleva la grandiosa Méjico, cuajada de palacios, brillando al sol como el oro de sus minas, y constituyendo, por dos siglos, el gran emporio de la civilización europea en el mundo de Colón!

¡Las Indias! Nombre armónico y sonoro, que despierta en la mente los ensueños de la más ardorosa fantasía!

¡Las Indias! Palabras encantadas, en que la imaginación realiza las más grandes concepciones!

¡Nombre cuajado de perlas, tejido de piedras preciosas, bordado con el oro que arrastran las arenas de sus ríos y engarzado en la plata de sus montañas!

El mundo viejo se precipitó ansioso en su seno, y al utilizar sus infinitas riquezas, le dió esa riqueza que es aún más grandiosa, que se llama civilización!

Esa fué la obra de los conquistadores.

Arrancaron el oro de las montañas, y las perlas de los mares, riquezas estériles mientras permanecían en la oscuridad, y que sólo valieron porque ellos las revelaron.

Mundo dormido en las nieblas de la ignorancia, desconocía su propio valor; diamante escondido en las entrañas de la tierra, necesitaba el rayo luminoso de la civilización europea, para que heridas sus facetas arrojaran su luz multicolora!

Pizarro, deslumbrado ante el esplendor de la gloria de Cortés, sueña también con realizar grandes hazañas.

Tres hombres ¡que locura! se reparten un imperio y animados por la cruz y sostenidos por la espada, surcan las ignotas soledades de la mar del Sur.

La carabela lleva en el tope de sus mástiles, la veneranda enseña de Castilla, menos formidable por la espada de sus hijos que por la luz de la civilización que brotó de sus colores.

Allá, en las remotas noches de su insomnio, Huayna Capac, se había preguntado por qué su padre, el Sol, venía del Oriente, y al darse la res-

puesta, había dislumbrado que algún día los hijos del Sol visitarían su imperio!

¡Sí!

Los esplendores del Cuzco habían de apagarse ante los nuevos esplendores de los hijos del Sol; y á la capital del imperio de los Incas, sucedería la opulenta Lima!

¡Lima! ¡La ciudad de los reyes! ¡La capital del imperio del mundo, cuyas riquezas habían de deslumbrar á los mismos europeos y esparcir por la tierra la fama de sus fundadores!

Como de un robusto tronco sale el inmenso ramaje que al aire libre de la primavera se cubrirá de flores, y de sabrosos frutos el verano, así el descubrimiento dió origen á los innumerables hechos de la conquista, período el más grandioso que registran los anales de los tiempos modernos.

Valdivia, siguió las huellas de los Cortés y los Pizarro, y entregó á la civilización las inmensas comarcas que poblaban los indomables araucanos, cuyo valor eternizó en sus cantos el heróico Ercilla.

Santiago, brotó á la falda de los Andes, y en torno se esparcieron opulentas ciudades.

Solís y Mendoza, descubrieron el Plata y enarbolaron en sus playas el estandarte de la civilización, y Garay, Ayolas y Gaboto, echaron los cimientos de las grandes capitales que constituyen por sí solas su mayor título á la inmortalidad.

Sin el descubrimiento, la América aún estaría perdida como la perla en el fondo del mar; y sin la conquista, aún los salvajes lanzarían sus aterra-

dores alaridos donde hoy se despliega la pompa de la civilización moderna.

A la par del oro y los diamantes, la conquista dotó al mundo de otras riquezas aun más preciosas para la humanidad, que sin ella hubieran permanecido desconocidas.

Madura el maíz sus apretados granos y presta al hombre nutritivo alimento; el sabroso cacao, la vainilla aromática, el riquísimo banano, la patata suculenta, son dones de la naturaleza á la América y que debe el mundo á la conquista. Cuando el ilustre Bello, al saludar á la zona tórrida, exclama con suavísimos acentos;

Tú das la caña hermosa
De do la miel se atendra
Para tus hijos la procera palma
Su vano feudo cría,
Y el ananás sazona su ambrosía;
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomas la patata educa
Y el algodón despliega al aura leve,
Las rosas de oro y el vellón de nieve,

á la vez que cantaba la agricultura americana, rendía homenaje á los que entregaron tales tierras á la civilización universal.

La raza del indio vagabundo se ha perdido en el desierto; el aduar del salvaje, la toldería, asilo del hombre primitivo, fueron reemplazados por los palacios que levanta el trabajo dirigido por la inteligencia, y donde antes cavaban las fieras sus guaridas, elevó el conquistador la cúpula de los

templos, en cuya cúspide se extienden los brazos de la cruz, símbolo eterno de la civilización.

Donde en remotos tiempos se escuchaba el áspero chasquido de los idiomas primitivos, hoy resuenan las sonoras voces de la hermosa lengua castellana, y los poetas ensalzan en armoniosos versos las bellezas de ese mundo, cuya grandeza miraban indiferentes sus antiguos poseedores.

Todo en América nos habla de aquella raza altiva y valerosa que introdujo en los selvas del Nuevo Mundo, en las quebradas de sus montañas, en los desiertos de sus Pampas, y hasta en las mesetas de sus elevadas cordilleras, los esplendores de la civilización universal.

Cada nave que surcaba las olas del Océano con la proa dirigida hacia el ocaso, era un nuevo nuncio de esa luz inextinguible que eleva el espíritu porque hace conocer al hombre su propia grandeza.

Cada conquistador era un héroe armado, propagador de la civilización y de la fé, en cuyo torno se congregaban por ensalmo los salvajes habitantes de las nuevas regiones, para formar pueblos florecientes que habían de ser, más tarde, otras tantas colosales antorchas que expanden luz donde solo reinaban las tinieblas.

A la voz de la conquista, las fieras aterradas huyeron al desierto, abandonando al hombre el rico territorio de que antes hicieron su dominio; el salvaje, perdió sus hábitos feroces, aprendió á cultivar la tierra, á utilizar los hasta entonces inútiles tesoros que le brindaba una naturaleza exuberante; se abrieron á las comarcas europeas los

campos vírgenes; las minas de oro y plata descubrieron sus recónditos filones; los mares y los ríos abrieron su seno ante la proa de las naves, y los bosques resonaron con los cánticos del piadoso misionero, que como el encantador que fascina á la serpiente, adormecía con las notas de su arpa los instintos crueles de los indios.

Muchas veces la conquista necesitó trozar con el filo de la espada los duros eslabones de aquella pesada cadena que se llama barbarie; muchas veces, el sol de la civilización se vió nublado por el humo del incendio, pero inherente al ser humano es el estar sujeto á error, y si no hubiera de combatirse la barbarie hasta por el fuego y por la espada, aun la América sería el aduar inmenso y desierto de una raza salvaje.

Bajo el pendón de los reyes de Castilla, lució el gran siglo de los descubrimientos y conquistas; aquella edad de oro de la monarquía española produjo los hombres más eminentes en las ciencias, las armas y las letras; y todos ellos, cual los planetas alrededor del sol, giraban armónicamente en torno de aquellos grandes promotores del progreso universal.

La conquista de la América, se llevó á cabo por el pueblo más poderoso de aquella época; por el pueblo en el cual más ardientemente lucía la civilización sus esplendores; y al trasladarse al Nuevo Mundo sus principales guerreros, sus grandes capitanes, sus magistrados ilustres, sus primeros cosmógrafos y navegantes, llevaba cada uno consigo un rayo de aquel esplendente foco.

Donde el conquistador enarbolaba su bandera, brotaba hacia el espacio una nube de incienso—

homenaje primero del hombre á su Criador y en torno nacían las ciudades, como brotan las rosas al tibio aliento de la primavera.

Así se elevaron esas grandes ciudades, que hoy son el orgullo de la América y de que justamente se envanecen sus egregios fundadores.

Así brotaron del seno de la Pampa, Santa Fé y Buenos Aires; así, de las selvas del Chaco, se irguió ceñida de aromáticas flores la cálida Asunción; así las faldas de los Andes se cubrieron de pueblos florecientes, y se formaron Valdivia y Concepción.

El opulento Perú, la dorada región cuyo sólo nombre despierta los recuerdos, recibió, primero, el germen de la civilización europea; á las miserables aldeas de los adoradores del sol, sustituyeron las hermosas ciudades que hoy lo cubren; Méjico, y Colombia, Venezuela y Argentina, dejaron de ser desconocidos, para convertirse más tarde en poderosas naciones, que al esculpir estatuas á sus fundadores, no hacen más que ensalzar á los hijos de aquellos bizarros castellanos á quienes llaman sus antecesores!

Y hoy mismo, cuando el mundo americano, en solemne pompa, se apresta á celebrar el cuarto centenario del descubrimiento; cuando un pueblo agradecido victoree el nombre del gran genio que legó al viejo mundo un mundo nuevo; cuando arrastrado por las dulzuras de la armonía, por la suavidad del ritmo, por la grandiosidad de las imágenes, aplauda á los poetas que lo canten, victoreará también al conquistador, que prestó sonidos á su lira, vocablos á su lengua y palabras con que expresar robustamente sus altos pensamientos.

La conquista es el episodio más grandioso que pueblo alguno haya legado al mundo; por ella despertó de las tinieblas la raza que dormía, y por ella cien naciones hoy elevan al espacio el armonioso concierto de la civilización.

Así cumplieron su misión civilizadora los conquistadores españoles!

Rosario de Santa Fé (República Argentina) 1884.

XX

La subdivisión de la propiedad territorial considerada como base de la riqueza

Ubi bene, ubi patria.

CUANDO á la evocación sublime de aquel Ser que la ciencia no comprende, que á la razón ofusca, y que solo entreveen los ojos de la fé, sintió el caos el primer estremecimiento que la fuerza daba á la materia, los átomos convergieron hacia un centro, su enardecido choque se convirtió en calor, y el calor elevado al paroxismo, brilló en mil soles, que cruzando los abismos del espacio en ordenadas órbitas, formaron el conjunto de la creación.

Cada mundo, convertido en un centro inextinguible de fuerza y de materia, necesitaba una inteligencia que las comprendiera y dominára.

Surgió entonces el hombre, hijo de la fuerza creadora, y formado lo mismo de la luz del sol, que reververa en su frente, que del limo de la tierra en que apoya sus plantas; compendio de la creación, verdadero microcosmo, reasume en sí la materia de que salió, la vida que animó á la mate-

ria, y el alma, chispa de la sublime inteligencia que condensó en su ser todas las fuerzas que animan al universo.

¡La inteligencia! Don grandioso, á la vez que grave carga!

La inteligencia, división suprema entre el hombre y los diversos seres vivos que en los mundos pululan.

Menos inteligencia, y el hombre pasaría la inerte vida del bruto que pace satisfecho en las praderas, ignorando la grandeza de los cielos, indiferente al brillo de los celestes luminares, inerte ante los cambiantes fuegos de la aurora polar, sensible, solo á las necesidades de la materia; más inteligencia, y el hombre sería el genio, el ángel ó el semidios, que todas las teogonías han colocado en el empíreo, contemplando, frente á frente, los tremendos esplendores del Hacedor Supremo.

La inteligencia, que lo eleva sobre el suelo, no es bastante para alzarlo á los espacios; su espíritu, como la llama, tiende al infinito, pero su cuerpo como el carbón, lo sujeta á la tierra.

He ahí, pues, la perpetua lucha de esa misteriosa dualidad.

La materia que oprime; la inteligencia que enaltece. unidas en indisoluble lazo por la vida.

El hombre con el alma llena de infinito anhelo, deseando elevarse y apagar su sed de dicha, de saber y de gloria; y la naturaleza, hostil á sus deseos, rebelde á sus invocaciones, midiendo con mano avara sus escasos dones, y sometiendo al espíritu por la férrea cadena de las necesidades materiales.

La mente, lanzándose en alas de la más ardoro-

sa fantasía, forjando sueños de grandeza; y la realidad cubriendo esos ensueños bajo el frígido manto de la nieve, que hiela el corazón y brota á las sienas en rizados copos.

Independizar al hombre de las necesidades materiales, ó someter la materia al imperio del hombre.

Tal fué el problema puesto á la humanidad, desde el primer día de su historia.

Setenta siglos hace, á que busca su resolución, y solo á largos intervalos, cual relámpago que en noche sombría rasga los espacios, se ve á algún genio iluminar por un instante el arduo arcano.

Siendo imposible aniquilar en el hombre la materia, é imposible también independizar su espíritu, la humanidad procuró el medio de uniformar la misteriosa dualidad—someter la materia al imperio del hombre, para desarrollar al infinito los grandiosos anhelos de la inteligencia.

La propiedad, como medio de satisfacer las necesidades materiales, fué la primera ley que surgió en su mente, ley no escrita en los códigos, porque es superior á ellos; no explicada en palabras, sino revelada por los hechos, y que constituyó desde el génesis de la humanidad, la inmovible base de todo orden social.

Mas no siempre la fuerza estuvo al servicio del derecho.

El hombre débil, que necesitó el apoyo del poderoso, dió en cambio de su protección una parte de su libertad; se formaron los jefes, se sucedieron los reyes, y el lento abandono que hicieron los hombres de sus derechos, engendró el absolutismo y la tiranía, á cuyo favor las autocrata-

cias ó las castas, monopolizaron en su provecho propio el trabajo del hombre y las riquezas del mundo.

Pervertidos los sentimientos de justicia; aniquiladas las nociones de libertad—que significan el derecho de disponer de sí mismo en provecho propio—surgieron los tiranos, que se apropiaron la tierra, fuente perenne de los bienes materiales que el hombre necesita para la conservación de su cuerpo y progreso de su espíritu.

Se vieron entonces pueblos, en que solo había un hombre—y millones de esclavos—un poderoso, é infinitos proletarios; una tierra inmensa y exuberante, y tan solo un poseedor!

Un pueblo entero se encorvaba, bajo el látigo feroz de su verdugo, y sin duda, al verter sobre la tierra las gotas de su llanto se consolaba con el pensamiento de que construía la tumba que no tardarían en ocupar sus Faraones.

El hombre sometido á sus señores, destituido de toda propiedad, no contando siquiera con el derecho á su propia vida, se encorvó y envileció cual la bestia de carga y en su espíritu velado por las nieblas de la ignorancia se oscurecieron las nociones de libertad y de progreso.

Así pasó la oscura y larga noche que en la historia se llama edad antigua, hasta que empezó á clarear la aurora de los tiempos modernos.

El cristianismo elevó al hombre á la altura de los reyes, y al proclamar la fraternidad universal, echó los cimientos del derecho moderno, antorcha luminosa, cuyos rayos vibran sobre todas las frentes.

La evolución social y política, comenzada en

el siglo XV, y terminada con el triunfo de los derechos que proclamó la revolución francesa, pusieron el sello á la gran conquista, resolviendo el problema de la perfectibilidad humana.

La vida, tiene por complemento indispensable la propiedad, que facilita los medios de conservar el cuerpo, y de alimentar la inextinguible llama de la inteligencia.

La riqueza, no pudo ya considerarse como una enorme masa de inútiles tesoros, puestos á disposición de un sólo hombre, bajo el título de César ó de Tirano, sino como el medio de satisfacer las necesidades materiales, para elevar el espíritu á las sublimes concepciones del infinito, independiente ya de la dura tiranía de la miseria.

Nació la economía política, nueva ciencia que no vislumbraron los antiguos, y cuyo noble objeto es el estudio de la producción y de la riqueza, con el fin de distribuirla de una manera equitativa entre todos los hombres, que por el hecho de serlo, deben tener su asiento reservado en el banquete de la vida.

Los bienes materiales, no pueden ya considerarse como destinados á satisfacer innobles pasiones, desenfrenado lujo, ni como resorte de inmoralidad y corrupción; las riquezas que el Creador acumuló en la tierra, exigiendo del hombre activo trabajo para utilizarlas, fueron repartidas con armónica distinción según los climas, las posiciones geográficas, las divisiones naturales, y constituyen el medio de independizar el espíritu, facilitando el desarrollo de todas sus facultades.

El astrónomo que eleva hacia los cielos el ojo

colosal del telescopio, y sumerge en los abismos su profunda mirada, resolviendo las nebulosas ó investigando las causas de las bandas de Júpiter, remonta su pensamiento al infinito, porque dispone del producto del trabajo con que oscuros obreros arrancaron los metales á las entrañas de la tierra ó fundieron la sílice en los crisoles, para confeccionar los lentes con que suple las imperfecciones de su vista.

Cuando el gran navegante, de pie sobre la proa de su gloriosa carabela, contemplaba alborozado salir un nuevo mundo de entre las espumas de las olas, sintió en su espíritu aquella emoción inenarrable que forma la desesperación de los poetas — porque no puede describirse lo que no se comprende — y aquellos sentimientos para cuya grandeza eran cortos los espacios, tenían su raíz sobre la tierra — su pobreza le obligó ¡siete años! á pedir á los poderosos, aquellos imperfectos leños, que habían de servir, como medio material para la realización de sus sublimes concepciones.

¿Cuál, es, pues, la manera, cual el medio, de facilitar al hombre el desarrollo de su espíritu?

¿Cómo podrá resolverse el gran problema de sujetar la materia al espíritu, de hacer al hombre el dueño de la naturaleza que lo rodea, para llegar á ser el señor de sí mismo?

El descubrimiento de un mundo nuevo, fértil, inexplorado y virgen, facilitó su realización; las teorías de los filósofos modernos, vertió raudales de luz sobre el problema, y el sistema de subdivisión de la propiedad territorial vino á resolverlo, enseñando al mundo los progresos de la colonización en la República Argentina.

Dad á cada hombre la tierra que pisa, y extended su propiedad hasta donde se extiende su trabajo.

Hacedlo, por ser justo sistema económico, el dueño, de hecho, de la tierra que de derecho le pertenece por haber nacido en ella; facilidad al que abre el surco y pone la semilla, la propiedad de la tierra que hará fructificar y veréis levantarse sobre ella, no al vil esclavo de los Faraones ó Sesostris; no al temeroso siervo de los príncipes Rusos; no al humillado arrendatario de los grandes señores feudales, sino al hombre dignificado y libre de la fecunda América.

La subdivisión de la propiedad territorial, es la realización de las leyes naturales, que al dar á la humanidad, en su conjunto, el globo en que ha nacido, distribuyó las razas, con arreglo á los climas; dispersó los pueblos dándole á cada uno su comarca; agrupó las familias en torno de su jefe, é impelió á todos á buscar las satisfacciones de sus necesidades, arrancando á la tierra sus productos.

El hombre esclavo, mira en la tierra que cultiva, el instrumento de su martirio; el propietario que vierte la semilla, hace de ella el medio de su progreso intelectual, cuya base arranca á la satisfacción del conjunto de necesidades materiales é intelectuales, que se llenan por medio de la riqueza.

Riqueza es el saber, que solo se adquiere por medio del trabajo, y el trabajo es la modificación de la materia por la inteligencia.

Riqueza es la salud, que se conserva por medio de la higiene, que sería una palabra vana si no

existieran los medios materiales para su realización.

Riqueza es la virtud, la abnegación, la caridad, que no se ejecutan en las sublimidades de la abstracción, sino por la lucha contra los dolores de la vida.

Riqueza, en fin, es el conjunto de todo lo necesario para el desarrollo armónico de nuestras facultades, y esa riqueza, antes de acumularse para servir á nuestros deseos, debe ser arrancada por el trabajo, de las entrañas de la tierra.

Subdividir la propiedad territorial, facilitar su adquisición por medio del trabajo, es entregar á cada ser humano la base de riqueza que le es necesaria para la satisfacción de sus necesidades materiales primero, intelectuales después, y morales por último.

La libertad de la miseria, no es libertad—es despotismo.

No basta que gobiernos ilustrados, morales y cultos, sepan castigar el delito, hacer respetar la vida, y conservar la propiedad de cada cual por leyes justas y bien aplicadas—al proletario que muere de hambre bajo los pórticos de los grandes palacios, deben parecer una burla sangrienta los códigos que dicen —la nación garante al ciudadano el uso libre de sus riquezas!

¡Riquezas que solo mira como el náufrago contempla la costa lejana, á que no lo dejará llegar el furor de las olas!

Riquezas que solo sirven para irritar su miseria, hasta que un día, cansado de sufrir, desesperado de la vida, llevando á su boca la mano descarnada y mordiéndola rabioso como el Conde Ugoli-

no, lanza el grito de feroz demencia, empuña la pica, enciende la tea y prefiere morir aplastado por los palacios que se derrumban, ó abrasado en las llamas que avivó su furor, antes que continuar la eterna agonía de su existencia!

¡A esos me dirijo!

A esos pueblos que roe el pauperismo, á esas naciones, cuya tierra exhausta se divide entre grandes señores, dejando á la inmensa masa del pueblo, desheredada de lo principal de las riquezas—la tierra en que nació! y, con la mente henchida de risueña esperanza, con la voz tonante del que proclama una verdad salvadora, les grito entusiasmado:

¡Dirigid los ojos á los risueños campos de la América!

¡Mirad las fértiles praderas de la República Argentina!

En ella, regados por el ancho Paraná, fertilizados por el vapor de las nubes y por los fécondos rayos del sol, veréis inmensos campos de dorado trigo, cuyas cañas asemejan á las olas del mar cuando las inclina suavemente el aliento del Pampero.

¡Es Santa Fé! Son sus colonias!

Allí, cada hombre, es libre; no con la libertad de la miseria, sino con la libertad de la riqueza, que da en abundancia la tierra que pisa, cuya propiedad le pertenece.

Allí no hay grandes señores que monopolicen el uso de la tierra; allí el sudor fecundo del trabajo no fertiliza el campo del Señor Feudal, sino la propiedad de su cultivador.

Allí, subdividida la propiedad, facilitada su ad-

quisición, cada hombre es dueño de sí mismo, dueño de sus propias riquezas, señor de la tierra que pisa, del techo que lo cubre, del surco que abre, de la semilla á cuyo fruto confía su existencia, y allí el trabajo, convertido en riquezas, hace al hombre libre ante sus propios ojos.

La subdivisión de la propiedad es la solución del gran problema que la naturaleza puso al hombre desde el génesis de su existencia.

¡Honor á la Nación! ¡Honor al pueblo que realiza en la práctica tan sublimes concepciones!

Rosario, Julio de 1884.

ROSSI EN OTELO

¿POR qué todavía mi corazón late conmovido, y múltiples impresiones de dolor, de llanto y de angustia, pugnan á subir á mi rostro, y el alma apasionada se encuentra confusa para explicar tantas sensaciones?

¿Qué siento? ¿Es dolor? ¿Es admiración? ¿Por qué se comprime mi garganta, y cuando quiero llorar brotan en mis labios voces de aplauso?

Lo grande, lo desconocido, lo inexplicable, no puede expresarse; se siente, pero la elocuencia humana no tiene voces para hacer comprender lo que dentro de ella bulle, se agita y concluye por derramarse en lágrimas y aplausos.

Aún suenan en mi oído las palabras de Rossi.

Su voz, su acción, su gesto, impresionando el alma, se han grabado en ella, y en vez del recuerdo de lo pasado, hace presente cada uno de aquellos instantes sublimes, en que el sér humano, transformado por las más fuertes pasiones, se identifica

con las ideas del más grande de los trágicos que haya producido el mundo—Shakspeare.

Rossi, en Otelo, es la expresión más alta del lenguaje humano, que se traduce en palabras, en gestos, en miradas, en súbitos cambios de fisonomía, en que el rostro del actor expresa el amor, el odio, la ira, el deseo y cuantas grandes pasiones transforman el corazón.

Otelo, hombre de raza mora, de compleción sanguínea y ardiente, de edad madura, de grandes pensamientos é impetuoso valor, se hace amar por Desdémona, joven, pura, sencilla, deslumbrada por aquella alma fuerte y por la imponente grandeza del servidor de Venecia.

Después de un largo viaje de Venecia á Chipre, Otelo desembarca, ve á Desdémona, su esposa, y la conduce á su palacio.

¿Qué episodio más sencillo, más natural?

¡Sin embargo! Es preciso verlo en Rossi, para comprender cuanta expresión, cuanta ternura, qué inmenso misterio de amor y de dicha, puede encontrarse en aquella mirada y aquel abrazo con que conduce á su esposa á su hogar.

No es aquella la mirada del amor filial, ni del místico amor que se supone para con la divinidad; no es tampoco el cariño fraternal que se condensa en una mirada; no: Rossi hace más que todo eso; Rossi revela el amor ardiente del que va á satisfacer una gran pasión. Rossi en su mirada, en su ademán, en la fuerza y ternura de aquel abrazo, revela toda la intensidad, toda la dulzura, todo el ímpetu del amor no satisfecho que se desborda por todos los poros, que comprimido estalla, porque no es posible contenerlo por más tiempo, y que ha-

ce identificarse á dos seres que se aman, hasta que no son más que una sola alma en una sola carne, dos llamas que se confunden y forman una hoguera inextinguible.

¡Ay! cuán cortas son las horas de la dicha!

Una serpiente traidora se interpone entre aquellos corazones formados para comprenderse.

Yago, el traidor, sugiere á Otelo una horrible sospecha!

Otelo! le dice: Desdémona te es infiel!

¡Oh! Qué negras nubes cubren aquel rostro poco ha tan placentero!

¿Habéis visto en el Oriente, en un caluroso día de verano, surgir una nube tempestuosa, avanzar lenta y majestuosa, cubrir poco á poco la inmensidad de los cielos, tronar sordamente, y después desprender el rayo formando mil estampidos horribos?

Ese es Rossi en Otelo!

Su rostro se transforma; sus ojos se agrandan; su cuerpo tiembla; largos gemidos y profundos suspiros se escapan de su pecho poderoso, y en ciertos momentos, como la nube impelida por el huracán, se precipita y desploma al furor de encontradas pasiones.

¿Desdémona le engaña? ¡No!

¡Imposible!

En vano es que Yago le enseñe el fatal pañuelo que la traición puso en sus manos!

¡Aquel rostro no puede mentir!

Esas líneas purísimas, ese virginal candor con que la amada Desdémona escucha anhelante sus crueles palabras sin comprenderlas, no puede salir de un corazón corrompido por la deslealtad y la deshonra.

¡Yago! ¡Infame Yago! ¡Confiesa tu crimen: la calumnia! ¡Muere!

¡Espectáculo sublime! ¡No! Espectáculo aterrador y doloroso!

Rossi se precipita sobre el traidor, lo oprime; lanza contra él su masa poderosa; sus ojos lanzan rayos de furor, y su cuerpo entero tiembla y se estremece, como el robusto ombú sacudido por los rabiosos vientos de la Pampa.

Ni un aplauso, entre tanto.

El silencio es profundo; se temería perder una mirada ó un ademán, y un pueblo entero está pendiente de los labios de ese hombre.

¡Oh hermoso poder del arte! ¡Oh grandeza del genio que te impones á todas las conciencias, y apagas en los labios los gritos de admiración, próxima á abrirse paso y á estallar en poderosos bravos!

La escena pasa.

¡Al fin! ¡Respiro!

Pero no; los episodios se suceden; la traición se consuma; Otelo ve palpable lo que cree su deshonra, y llora la felicidad perdida.

¿Quien que haya oído á ese hombre lamentar su suerte, no ha sentido su alma conmovida, pronta á estallar en dolorosos ayes?

¡Adios, tiempos felices de paz y de amor dulcísimo! ¡Adios, recuerdos gloriosos de victorias y honores! De tanto fuego solo quedan las negras pavesas, y á su través pasa el humo repugnante é impuro de todos los dolores.

Desgraciada Desdémona!

¡Tanta crueldad, para tanto cariño!

¡Tan grande pena, por tan grande amor!

¿Visteis á Rossi, sombrío y taciturno, penetrar furtivamente á la cámara nupcial, descorrer las cortinas, y contemplar dormido al ángel de su amor?

¿Oisteis aquellas frases, cuyo ardiente cariño forma horrible contraste con la cruel sentencia que se prepara á ejecutar?

¡Un beso! ¡Un beso aún! ¡Otro más todavía, sobre las sienes de mi amor dormido!

¡Caro compras, Otelo el beso de la muerte!

Aquí Rossi se impone; abarca toda la escena, crece, se agiganta y parece ocupar él solo el espacio entero.

Desdémona despierta; ve aquellos candentes ojos que la abrasan; implora perdón; hay una escena horrible, quiero decir, sublime, y el crimen queda consumado.

¡Triste privilegio de la venganza satisfecha!

Aun no está cumplida, cuando ya se duda de ella!

Otelo, tarde ya, conoce su nefando error; se pinta en su rostro un dolor más que humano, y en un raptó de desesperación y remordimiento, se precipita sobre el hermoso cuerpo que ha convertido en cadáver, lo cubre de besos, lo quiere hacer revivir contra su pecho, y llora.

Esas lagrimas no han sido lloradas por Rossi; un pueblo entero las vertía con él.

La escena final, la muerte de Yago, la muerte de Otelo, no se describen: se ven y se aplauden.

Tales son nuestras impresiones, pálidamente relatadas una hora después de caído el telón en el teatro de la Opera del Rosario el jueves 18 de Diciembre, en que el gran trágico italiano, Ernesto Rossi, dió su primera función.

Rossi, por cierto, sin ser dignamente secundado, no podría lucir su talento en tal alto grado, y es por esto que debemos hacer una mención especial de los egregios artistas que lo acompañan.

Rosario, Diciembre 20 de 1879.

XXII

LOS REGALOS Á EMPLEADOS PÚBLICOS

(EDITORIAL DE «LA PRENSA» DEL 27 DE SETIEMBRE DE 1888
REPRODUCIDO EN «LA NACIÓN» DEL 28.

Ningún funcionario policial podrá aceptar regalos ú obsequios de nadie, por servicios prestados en el desempeño de sus funciones.

Los superiores no podrán tampoco aceptar ninguna clase de donativos de sus inferiores, cualquiera que sea el pretexto con que se trate de encubrirlos.

(Artículo 144 del Código de Policía de Santa Fé, redactado por Gabriel Carrasco).

DESDE hace mucho tiempo llama la atención del país el hecho de que, con pretextos de todo género, los empleados públicos de diversas categorías reciban frecuentemente toda clase de regalos tributados por sus amigos, por los empleados y hasta por sus propios subordinados.

No se nombra un nuevo empleado de cierta espectabilidad sin que sus futuros subordinados se apresuren á congratarse con él, haciéndole demostraciones positivas, que se traducen en regalos de medallas, albums, objetos de arte, y hasta pe-

dazos de metal macizo—oro ó plata—disfrazados con el título de tarjetas!

Aun más, eso no es bastante: ya no satisface una demostración pecuniaria—que eso significan los regalos—en la exaltación de cada empleado: se busca cualquier pretexto para hacer valiosos obsequios y así tenemos que se festeja el santo, el cumpleaños, el casamiento, el bautismo ó el aniversario del nombramiento!

Se ha llegado al caso de que, con motivo del nombramiento de un individuo para comisario de una sección, sus futuros empleados han tratado de provocar una manifestación pecuniaria del vecindario, nombrando comisiones encargadas de recolectar fondos para regalarle carruaje y reloj, y designando para tal objeto á personas distinguidas que se han negado á servir para tan servil destino.

Hemos tenido ocasión de examinar en una joyería, un rico cronómetro con el nombre del futuro agraciado á quien, en este caso, no se hizo la entrega porque fracasó el *pensamiento*!

La Prensa, haciéndose intérprete de la opinión que unánimemente reina á este respecto, levanta una vez más su voz condenando estos hechos y pidiendo el apoyo del periodismo argentino para provocar una saludable reacción.

Es necesario que una disposición legal, ó por lo menos, un decreto, prohíba á todo empleado público, bajo pena de destitución, el aceptar regalos de ningún género, durante el desempeño de sus funciones.

Nada más inmoral ni corruptor que ese vicioso sistema, que esa explotación indigna, porque, en efecto, lo que en su origen pudo ser una demos-

tración de merecido aprecio, es hoy ya una imposición del servilismo.

Estudiemos brevemente la filiación de uno de esos actos bochornosos que se llaman ¡obsequios al jefe!

Casi nunca falta, en una repartición pública cualquiera, un empleado que, ya sea por verdadero afecto al jefe, ó, lo que es más general, por adulonería ó por quedar bien con él para medrar á su sombra, promueve con cualquier pretexto, una suscripción entre los demás empleados para hacerle ¡una demostración de aprecio el día de su santo!—El pretexto es lo de menos,—se inventa.

El empleado iniciador comunica su luminosa idea á dos ó tres más de confianza, é igualmente deseosos de quedar bien con su jefe. La comisión queda formada: la idea empieza á entrar en práctica.

Ahora bien. ¿Cuál es el empleado que se niega á contribuir para el regalo á su jefe?

¡Ninguno!

La inmensa mayoría, la casi totalidad, tendrán que privar á sus hijos de un pan, ó ahorrar el importe de un pantalón ó de un traje para cooperar al regalo!

No es posible que un empleado se esponga á ser tildado de tacaño, ó, lo que es peor, de enemigo de su jefe, por no contribuir al regalo.

Ya no es regalo: es una imposición moral.

El regalo se hace: se tiene buen cuidado de acompañar junto con él la lista de los obsequiantes, y á veces, para que el obsequiado no se olvide de quienes son los que le regalan, se suele enviar hasta los retratos con la firma de todos los donantes!

¿Cuáles son los resultados de tan vicioso sistema?

No pueden ser peores.

La corrupción administrativa.

La relajación de los vínculos que la moral y el deber imponen.

El que da, obliga.

Así lo dice el refrán, condensación de la experiencia, y en este caso hasta de la sabiduría humana.

El obsequiado no puede menos que pagar en una moneda tan especial como nociva á los intereses públicos, el obsequio que se le hace.

Ante todo, los obsequiantes tienen que ser considerados y contemplados por el jefe, quizá y sin quizá, con menoscabo del servicio público.

Entran las preferencias con los *iniciadores* que, por regla general, no son los mejores. ¿Cómo va el jefe á exigir un riguroso cumplimiento de su deber al empleado de quien ha aceptado obsequios?

La disciplina, el orden, el respeto que debe imponer un jefe delicado, falsean por su base: sus empleados, puede decirse que le han comprado condescendencias que no pueden menos que redundar en perjuicio público.

Reclamamos una disposición legal contra estos hechos, que envuelven en su fondo una gran falta de moralidad.

Al frente de este artículo copiamos una disposición del Código de Policía de Santa Fé, que debiera servir de ejemplo en toda la república.

Aquella provincia, que á su labor agrícola y administrativa, reúne una regularidad de que en otras partes se carece, ha iniciado en el país el desarraigo del abuso que denunciamos.

Por lo demás, Santa Fé no ha hecho más que adoptar las disposiciones legales que están en práctica hace muchos años, en Estados Unidos, y hacían cumplir hasta el gobierno ducal de Venecia á sus embajadores. La prohibición de aceptar regalos.

La ley, en Estados Unidos, prohibió al presidente de la república, aceptar para sí ninguna clase de regalos durante el ejercicio de sus funciones.

No hace mucho tiempo, toda la prensa del mundo dió cuenta de que en las cajas, del tesoro nacional de Estados Unidos, se habían encontrado en un paquete cierta cantidad de barras de oro, algunos objetos de marfil y varios frascos de perfumes que estaban allí depositados desde hacía medio siglo, por haber sido regalos que el emperador del Japon, mandó á uno de los presidentes, y que éste, en cumplimiento de la ley, hizo ingresar en el tesoro nacional.

Recientemente, Cleveland, habiendo recibido millares de regalos con motivo de su exaltación á la presidencia, los devolvió todos, con una carta en que decía:

“Esos regalos son tan numerosos y tan ricos, que mi fortuna no me permite retribuirlos con otros iguales: no puedo, pues, recibir como presidente, lo que no puedo devolver como ciudadano.”

Entre los regalos iba un hermoso perro que le mandaba uno de sus amigos personales; ¡como todos los demás obsequios, hasta el perro fué devuelto!

Un antiguo monarca, al despedir á su hijo, que iba á ceñir la corona de un reino vecino, le daba este consejo: “Jamás aceptes obsequios de tus súbditos, que no puedas corresponder.”

En uno de los últimos paquetes, han llegado diarios en que se da cuenta de los cumplimientos de que fué objeto el presidente Carnot en su cumpleaños: refieren que de todos los puntos de Francia recibió millares de tarjetas de felicitación.

La prensa chilena, con igual motivo, refería no hace mucho, que el presidente Balmaceda recibió más de 700 tarjetas y telegramas de congratulación en el aniversario de su natalicio.

A nadie se le ocurre siquiera por allá indagar si los magistrados son obsequiados con objetos de arte ó de valor.

En este país hace urgente falta un precepto legal, severo, que corte radicalmente el desmoralizador abuso que se comete con la prodigalidad de regalar al funcionario público, que es, ó la fórmula externa de la relajación del carácter, ó la moneda corriente en el mercado de la compra-venta de la conciencia de los que ejercen la autoridad.

Corresponde á Santa Fé el grande honor de haber iniciado en el país la legislación que pedimos para toda la república.

(Nota de LA NACIÓN):—La Plata, Mayo 24 de 1888.—Contéstese al Jefe de Policía, que el P. E. no encuentra conveniente la admisión por los agentes de la administración policial de obsequios acordados por los particulares, pretextando el cumplimiento de su deber como tales agentes.

Aparte de que el cumplimiento del deber entiéndese norma ordinaria y obligación estricta del funcionario, que si no se llena merece castigo, debe considerarse también, para repugnar esa mala práctica, la situación que se crea al obsequiado, en su carácter de encargado de la fuerza, para mantener la seguridad, con perjuicio del servicio que se le tiene encomendado.—PAZ.—*Francisco Seguí.*

SEGUNDA PARTE

LOS REGALOS Á LOS EMPLEADOS PÚBLICOS

NECESIDAD DE UNA LEY REPRESIVA

ARTÍCULO DEDICADO AL SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DR. D. LUIS SAENZ PEÑA

HACEN poco más de cuatro años. Estábamos á 27 de Setiembre de 1888, y el país se encontraba en pleno reinado de aquel sistema administrativo que nos condujo á la corrupción política y á la bancarrota oficial.

Se acercaba un día, de los que entonces se llamaban solemnes: el día del cumple-años ó del santo, de un grande personaje oficial, con cuyo motivo el mundo palaciego se encontraba en grande movimiento, no hablándose de otra cosa que de la profusión y magnificencia de los obsequios que se preparaban para demostrarle su más fino aprecio.

Era la época, en que, no obstante la importación á Buenos Aires de los más ricos y costosos trabajos de arte, no había cosa bastante espléndida para contentar á los aduladores, que deseaban demostrar su incondicionalismo, haciendo ho

menaje material, de cuanto más soberbio y caro podía imaginarse.

No eran, ya, solamente, los altos personajes, los capitalistas, quienes se ocupaban en buscar objetos preciosos para esos regalos, sino que las reparticiones públicas, cotizaban á sus empleados, desde el jefe al portero, para presentar en nombre de ellos, las ofrendas propiciatorias.

La corrupción, por lo general, desciende.

Dado el ejemplo, en las altas regiones oficiales, empezó á descender hasta las últimas capas.

No eran ya solamente los grandes personajes oficiales, los obsequiados servilmente, por sus aduladores: siguieron los de menos categoría, y por último, no se hacía un nombramiento de jefe de oficina, de comisario, siquiera sin que los interesados en congraciarse su buena voluntad, no se creyeran obligados á hacerles demostraciones materiales de aprecio, por medio de regalos, más ó menos valiosos, segun la importancia y catadura del nombrado!

El mal, tocaba á su colmo: todos lo conocían: nadie se había atrevido todavía, á señalarlo con el dedo, para que cayese el cauterio sobre aquella llaga asquerosa de la administración.

En aquel día, por fin, apareció en *La Prensa* de Buenos Aires, y en su primera columna editorial, un artículo nuestro (que va más arriba), aunque sin firma (teníamos el honor de formar parte entonces, de la redacción de aquel diario), con el mismo título del presente, revelando aquellos hechos, censurándolos cáusticamente, y pidiendo la sanción de una ley que cortase el mal, de raíz, prohibiendo á todo empleado público, bajo pena

de destitución, el recibir regalos de nadie, cualquiera que fuera el pretexto que tratara de invocarse.

El artículo cayó en Buenos Aires como una bomba en medio de un festín.

Era tan oportuno, y estaba tan en la conciencia pública la necesidad de condenar aquellos excesos de servilismo que según las noticias que nos llegaron, el personaje para el cual estaba principalmente escrito, se quedó aquel año solamente con una ínfima cantidad de los regalos que le estaban preparando.

Cada uno de los que se aprontaba para hacerle regalos, se veía retratado en las frases del artículo; se avergonzaba de su servilismo, y dejaba el regalo sin hacer!

Aconteció con ese artículo, algo que creemos no se ha vuelto á repetir jamás.

Publicado como editorial de *La Prensa*, el 27 fué reproducido íntegramente, en *La Nación*, del día siguiente, honor que no teníamos ni tenemos conocimiento que se haya concedido, nunca, entre esos dos grandes diarios, que se disputaban y disputan siempre la preponderancia en el público.

Reproducido, comentado, y anotado por la prensa independiente, la prensa oficial de entonces, no dijo de él ni una palabra: no podía condenarlo, porque la justicia de su doctrina saltaba á los ojos: no se atrevían á reproducirlo, porque hubiese originado la descarga de los furios oficiales.

En la misma provincia de Santa Fé, cuya legislación al respecto, ponía de modelo, no hubo ni siquiera un periódico, que se atreviera á reprodu-

cir ó mencionar ese artículo. En aquel año, toda la prensa en Santa Fé prestaba pleno acatamiento, á las prácticas de la casa rosada, y el artículo era tan claro, y la alusión tan transparente, que aplaudirlo, equivalía á censurar el régimen administrativo de aquellos tiempos.

Han pasado cuatro años.

Aquel régimen, cayó en Julio de 1890.

El que le siguió, terminó el 12 de Octubre de 1892.

Un tercer nombre se lee en la presidencia, y otros hombres, sin acordarse de los hechos del pasado, y sin duda con la mayor inocencia y buena buena voluntad, enviaron sus regalos al Presidente de la República.

¡El Presidente, rehusa!

En una nota, muy cortés declara que “había hecho conocer, de antemano, su decisión irrevocable de no aceptar obsequio alguno, de ninguna clase, mientras esté en ejercicio de la presidencia de la República, porque llego á estas funciones con los hábitos y severidad del juez, á quien la ley le prohíbe aceptar esta clase de demostraciones”.

¡Por fin! . . .

¡Al cabo de cuatro años, veo triunfar, en la Presidencia de la República, las ideas que sostuve en la prensa, cuando me avergonzaba del sistema, con que los aduladores del pasado, compraban la buena voluntad de los altos funcionarios del estado!

¡Por fin!

Aquella idea, aquella perla del idealismo, que recogí de la constitución americana y de las leyes

eternas de la moral, para exhibirla desde las columnas de la prensa en 1888, y que entonces quedó sumergida entre el lodo de un nefasto régimen, ha sido, hoy, desenterrada por una mano augusta, y colocada entre los bordados de palma del escudo nacional que se ostenta, como símbolo de la autoidad y de la ley, en la banda presidencial.

¿Qué falta, ahora?

Falta que el Presidente de la República que tales palabras ha escrito, las consagre por medio de una ley, como la de los Estados Unidos, que diga:

1° NINGÚN EMPLEADO PÚBLICO PODRÁ RECIBIR OBSEQUIOS, BAJO PENA DE DESTITUCIÓN.

2° EL OFRECIMIENTO DE REGALOS Á LOS EMPLEADOS PÚBLICOS SERÁ CONSIDERADO COMO UN DESACATO, Y CASTIGADO CON ARRESTO.

Entre tanto, séanos lícito manifestar nuestra satisfacción, por el hermoso triunfo que, al cabo de cuatro años, han obtenido nuestras ideas publicadas por la prensa.

Rosario, Octubre 31 de 1892.

XXIII

LAS CARTAS DE RECOMENDACIÓN

Á LOS EMPLEADOS PÚBLICOS

Santa Fé, Enero 16 de 1893.

Sr. D. N. N.—Rosario.

Mi joven amigo:

Recibí su carta pidiéndome una recomendación para el nuevo Intendente Municipal del Rosario Sr. Petrina, á objeto de qué le dé á Vd. un empleo en la Municipalidad.

Cuando fuí Intendente del Rosario, nunca tuve tarea más angustiosa y que me exaltara la bilis y revolviera los nervios que recibir y leer las cartas de cuanto tipo se consideraba con derecho para escribirme recomendándome individuos para empleos, ó el despacho de asuntos en tramitación.

Los buenos empleados y los hombres verdaderamente competentes para los puestos públicos son tan escasos, que hay que buscarlos con linterna y cuando se encuentra alguno, es como una libra esterlina de nuevo cuño, que el que la tiene se la guarda para sí.

De esto resulta que de cada mil recomendaciones, por lo menos novecientos noventa y nueve se dan á individuos que no merecen los puestos que pretenden, y de los cuales se libra uno endosándoselos al amigo intendente ó ministro ó gobernador ó lo que sea, para sacarse el clavo.

Esto es en el mejor caso, que es el menos frecuente.

El otro, es el de individuos con más tachas que caballo patria, pero que por ser pariente ó tipete electoral ó socio en algún negocio turbio, le quieren endosar á uno para recompensar servicios que muchas veces merecerían una soba.

Si no se trata de empleos, sino de asuntos en tramitación, como yo en mis puestos oficiales he despachado siempre con rapidez y justicia todos los que me han correspondido, miraba las recomendaciones como aviso para abrir el ojo, porque suponía *á priori* que algo malo debía de haber en la cosa cuando se buscaban para ello recomendaciones ó empeños.

Pensaba á ese respecto lo que no pude menos que pensar siempre, cuando encontraba en la calle alguna mujer muy pintada y con mucho olor á pachulí ú otras drogas de peluquería: esa mujer debe tener mal olor, cuando á tantos perfumes apela, por aquello de que: *huele bien el que á nada huele.*

A las pocas cartas, tomé, pues, una determinación heroica: echar al canasto de los papeles sucios, todas las recomendaciones y decir á los solicitantes: probablemente Vd. no ha de servir para nada cuando á tantas recomendaciones apela para tener un puesto, siendo así que los buenos em-

pleados son como el elefante blanco, que donde hay uno todo el mundo lo conoce; sin embargo me informaré de sus cualidades.

En efecto, me informé de muchos y resultó que de unos cuantos centenares de recomendados no había ni siquiera uno sólo que fuera digno del empleo.

Así, no atendí ni uno sólo siquiera de los cientos de recomendaciones que recibí, y cuando necesitaba un empleado lo buscaba yo mismo y nombraba á quien me daba la olímpica gana. El resultado es conocido: hice administración, y levanté aquella municipalidad que estaba hundida.

Lo mismo hice con los asuntos en tramitación: no hubo recomendación que recibiera, que no fuera para pedirme alguna cosa injusta cuando no algo peor.

Aunque hay que hacer justicia á mi carácter: nadie se atrevió nunca á proponerme una porquería.

Fallé como creí justo y al dejar la Intendencia nadie pudo imputarme un hecho injusto ni revocar ninguna de mis disposiciones.

Por todas estas razones que he querido darle en atención á nuestra amistad y á sus propios méritos, que en este caso especial me complazco en reconocer, le ruego me disculpe si no le doy la recomendación que me pide para el señor Intendente, como no la daré por nada ni para nadie, pues por el principio evangélico de no hacer á los demás lo que no queremos para nosotros mismos, quiero evitar á aquellos amigos míos que están ó que puedan estar en el poder, la patada en la boca del estómago, que para mí representa una carta ó visita de recomendación.

Ojalá los que se llaman mis amigos (la casi totalidad sin derecho alguno para ello, porque este sacratísimo título no es para prodigado, como no sea por mera fórmula en el encabezamiento de las cartas como aquella otra de *beso á Vd. los pies*,) ojalá los que se llaman mis amigos, digo, procedieran de igual modo conmigo, porque me librarían de una indigestión ó de un ataque de nervios, completamente inútil, porque de esas cartas he hecho, hago y protesto que haré siempre, el mismo caso que si no las recibiera.

Es necesario que los hombres públicos, puedan proceder con la libertad que necesitan para la buena marcha de la administración, y es coartarles esa libertad ingertarles esos diviesos que se llaman recomendados.

Vd. que tanto conoce mi carácter, disculpará la vehemencia de este mi lenguaje, que está, por otra parte, completamente justificado por el sagrado de las confidencias íntimas, que pueden tenerse en correspondencia de carácter esencialmente privado y que nadie más que el destinatario debe conocer.

Salude á su apreciable señora y á los niños muchos besos de mi parte, su amigo (y esta vez sabe Vd. que no es mera fórmula) que desea verle pronto.

GABRIEL CARRASCO,

Ministro de Justicia y Hacienda de la Provincia
de Santa Fé.

XXIV

Impresiones de un conjuetz en un dia de lluvia y de elecciones ;

(ARTÍCULO DE SPLEEN)

RESPETABLE público: muchas veces he escrito para tí, con todos los adminículos que se usan en tales casos: pero hoy, te pido perdón: voy á escribir como si este artículo estuviera condenado á las llamas, y, por consiguiente diré lo que pienso, sin peros ni berengenas.

Quien no esté dispuesto á tolerar este desaguisado, que no lea: pero, quien quiera perdonármelo, siga.

Estoy de mal humor, ó como diría un inglés, con el spleen: seis días hace que, olvidado de la vida del pueblero, que viste, calza, echa su cuarto á espadas en la política local, y consume habanos ó hamburgueses, que cubre con chops en lo de Es-

tévan ó el Club, me he ido á pasar un tiempo en mi quinta, entre los árboles, donde no leo, no escribo, pero en cambio corro como un potro, grito como un tenor resfriado, y duermo unas siestas como la de los *gobiernos* de mi pueblo.

Allí, ni envidioso, ni envidiado, oyendo el viento cuando

los árboles menea
con un manso rüldo
que del oro y del cetro pone olvido

me encontraba gozando de la paz del justo, ó del reposo de un empleado provincial en el ejercicio de sus funciones, cuando ¡horror!! . . .

Hé aquí que un chasque me presenta, no una espada desenvainada, no un trabuco montado, sino una nota oficial, con el sello tremebundo de “Municipalidad del Rosario”. . .

Pobre de mí! Creía que me dejáran en el descanso, aunque más no fuera que porque se sabe que tengo el pellejo muy delicado, y cuando me pinchan. . .

Abramos el pliego. . . leamos. . .

Señor don Fulano:

Tengo el honor de comunicarle etc., etc. que ha resultado Vd. electo, *por la suerte*, para ser conjuetz en la elección de Municipales y Jueces de Paz, que tendrá lugar, espontáneamente, el día domingo próximo.

Esta comisión, no es renunciable. . .

Su atento servidor, etc.

El Secretario.

¡Válgame Dios!
¡Con qué Conjuez, eh!
¡Electo por la *suerte!*

Pues, no han estado con mucha suerte los que tuvieron el mal gusto de hacer que la suerte me favoreciera!

Una elección de Municipales y Jueces de Paz!

¿Y para qué?

¿Qué necesidad hay de que el pueblo soberano elija á nadie?

Si el pueblo soberano pudiera elegir, seguramente que no elegiría comprar unos carros atmosféricos, que no valen un pito, en ocho mil patacones, para que un perillán se los aproveche.

Si pudiera elegir, no hubiera elegido que las calles de la ciudad sean cavadas hasta la profundidad de los abismos, para que fulano tenga su casa á buen nivel, ó para que zutano tenga empedrada su cuadra.

Si pudiera elegir, no elegiría un empréstito de 400,000 pesos, *que se va á hacer humo*, dando en cambio ciento cincuenta mil patacones de ganancia al empresario. . . ; es decir, á los muchos empresarios. . . !

Si pudiera elegir, no estarían las calles desempedradas, porque la empresa del adoquinado no tiene adoquines, que es como si dijéramos la carabina de Ambrosio. . .

Però, en fin, vamos á la elección, con toda la conciencia, patriotismo, y espontaneidad que puede sugerir la multa en perspectiva, de doscientos patacones, si tiene uno la audacia de no prestar su nombre y los cuatro garabatos de su firma, para que don Fulano sea municipal, ó para que don

Juan Lanzas ó don Zorro, ó don Lobo, ó don Cualquier Cosa, sea lo que espontáneamente elija don Simón, señor y dueño de nuestra tierra. (1)

Después de este monólogo, y de pensar muchas otras cosas peores, como ya podrá imaginarlo el que esté al cabo de la política santafesina, me levanté del suelo alfombrado de verde gramilla, en que estaba recostado, leyendo el Cielo de Flammation (el cielo, sí, porque ya no le queda á uno cosa de la tierra en que pensar sin espeluznarse), y después de dos ó tres maldiciones á la *suerte* que me había elegido popularmente para tan honroso puesto, y una ristra de gordas cebollas y otras legumbres más picantes, me resolví (por patriotismo, se entiende) á concurrir á la elección, y guardar para mejor empleo los doscientos patacones de la multa.

Llegó el domingo: el día amaneció nublado, como el astro que hoy alumbra los destinos de Santa Fé, lluvioso y lacrimoso, como los empleados y maestros de escuela.

Bajo tan buenos auspicios, ensillo una especie de armazón ó esqueleto amarillo que con el nombre pomposo de caballo, me sirve para mis escursiones campestres, y bajo una lluvia más grande que los clamores de mi pobre provincia, emprendo la marcha, hacia el sagrado recinto del Juzgado de Paz de la 1^a Sección, donde debía el pueblo ejercer su sublime derecho.

La lluvia caía á torrentes, pero yo, dominado del indiferentismo del cobrador de contribuciones

(1) Alude al caudillo santafesino Dr. D. Simón de Iriondo, que era el árbitro de Santa Fé, cuando se publicó este artículo.

que sabe que con resongo ó sin el, se le tiene que pagar, sufría la lluvia, que me calaba, pero á la que hacía el mismo caso que nuestro progresista gobierno á los gritos de la prensa. . .

Bajo tan buena impresión, llegué al sagrado recinto. . .

Mi amigo Jacinto Correa, se paseaba á grandes pasos, sonriendo, ante la idea de su nueva reelección de Juez de Paz, decretada por el pueblo soberano.

D. Juan Antonio Rosas, otro de los conjueces, (es decir, de las víctimas) hombre de años y de reposo, había tomado la cosa lo más filosóficamente posible, y trataba de sacar el mejor partido de su situación, cómodamente sentado, y leyendo concienzudamente *La Capital*, entre bostezo y bostezo, arrancados, sin duda, por la amenidad de su situación.

Moré, con un chambergo de color chocolate, de los que llaman de panza de burro, metido hasta las orejas, miraba entre rabioso y resignado un pliego de papel de oficio, en el cual, de cuando en cuando, escribía el nombre de algunos de los electos por el pueblo (que todavía no se había presentado) y que le dictaba Correa, con la calma del justo.

El doctor Zeballos, despeinado, con los bigotes erizados, como un gato que se encuentra con un perro en medio de un corral, escribía los mismos nombres, dejaba el papel, y de cuando en cuando, estirando los brazos, casi hasta desarticularse, lanzaba un suspiro capaz de asustar á un buey.

Tal era la situación de aquel sagrado recinto: dos escritorios, viudos de plumero, cubiertos de

papeles más sucios que un pleito largo, y tres ó cuatro librotos, descuajeringados, item, más, un tintero de vidrio y otro de estaño, representando una concha, y un pato con el pico roto, y, por último, tirado en el suelo, cubierto de tierra y de mugre, el escudo simbólico (de lata) que representa ó sirve de advertencia, sobre que allí está la justicia, completaban el menaje de la pieza en que debía tener lugar la elección.

Se me olvidaba: un perro, color ceniza, aprovechando la ausencia del pueblo soberano, se había instalado, cómodamente, en una de las sillas destinadas á los conjueces, y en verdad, que, francamente, no se cual de todos los presentes, representaba más concienzudamente su rol: yo creo, que por lo menos, el perro nos ganaba en cuanto á buena voluntad.

La lluvia continuaba. . .

Me siento ante uno de los escritorios, y escribo estas líneas, para matar el tiempo. . .

Han pasado dos horas: de repente ¡gran novedad!

Entra Barceló, nos ofrece unos billetes de lotería, y se instala en otra silla, diciendo que esperaba pasára la lluvia.

Se presenta un jastial, de chiripá y pata en el suelo, acompañado de otro tan bien pelechado como él, y *bota* (es decir que dá su *voto*.)

Me levanto, y veo cuantos votos están inscriptos.

No han venido más que dos, pero ¡oh poder de la fantasía! Ya hay dos pliegos llenos de nombres de sufragantes!!

Pasa un cuarto de hora de silencio: Rosas, lee,

Correa se sienta, Moré se divierte en leer y releer la lista de los municipales y jueces mandados elegir por el pueblo, y Zeballos lanza en torno de sí miradas foscas y aterradoras...

Probablemente no ha almorzado!

La única novedad, ha sido que el perro lanudo abandona su asiento, y, meneando la cola se dirige á un prójimo (de él) que, por ciertos ademanes que ambos repiten, me hace creer que es prójima.

¡Gran novedad!

Son las diez y media: el comandante Vazquez, vestido con uniforme de batalla, paragua en mano, y el cigarrillo en la boca, se presenta inusitadamente... se dirige á Jacinto Correa, y hablan algo en voz baja.

Me estremezco!...

Sin duda viene, horrorizado, á contarle las muertes y balazos que lo reñido de la elección ha ocasionado en algunas de las otras secciones...

¡Al fin respiro! No venía á eso, sino á invitarlo á una carne con cuero... ¡Más vale así!

Mas ¿qué rumor lejos suena
Que el silencio en la serena
Negra noche interrumpió?
¿Es del caballo, la veloz carrera,
Tendido en el escape volador?
¿O el hórrido rugir de hambrienta fiera?

¡Nada de eso! Es el pueblo soberano, representando por ocho ó nueve tostados hijos de la inmensa pampa, que, boleta en mano, vienen á dar padres á la patria, es decir, al municipio..

Empieza el sufragio. . . .

— ¿Cómo se llama usted? pregunta Correa.

— Señor, yo soy Choto. . . . ⁽¹⁾

— ¿Qué dice, hombre?

— Chotejo. . . .

Yo interrumpo mi escritura, para largar una carcajada. . . .

Es un buen vecino que se llama Ochotejo. . . !

¡Cómo no han de salir así, buenos padres del Municipio, engendrados por Ochotejos!. . .

Especialmente la justicia de paz, engendrada por Chotejo, ha de ser excelente. . . .

Los demás sufragantes, son por el estilo.

EPÍLOGO

Son las dos de la tarde: ni una alma más se ha presentado á la elección (y cuando digo que ni una *alma*, con mayor razón debe entenderse que ni un *cuerpo*) los conjueces nos aburrimos á bostezos, y, por unanimidad de votos resolvemos declarar que son las cuatro de la tarde, y que se cierra el acto con 67 sufragantes. . . .

Así lo hacemos, siguiendo lógicamente el orden de la elección, echamos nuestra firma y rúbrica sobre las actas, con el estoicismo de un espartano, y mientras el amigo Valentín Carnicero se comide á escribir la nota que se ha de pasar á la H. C. Municipal, dando cuenta de la espontánea

(1) Vea el diccionario, quien no sepa el significado castellano de esa palabra.

elección verificada, yo tomo una copa de agua del pozo, para pasar el mal trago. . . .

Correa nos convida con una copa de oporto de á real, y, cerrando políticamente la puerta, nos envía á paseo.

¡Ya hemos hecho padres para el Municipio y jueces para administrar justicia. . . .!

Bendita sea la administración política de la provincia!

Así, pues, nos retiramos muy satisfechos.

¡El pueblo ha ejercido sus supremos derechos. . . .!

¡Gloria en las alturas! . . .

Hemos cumplido nuestro deber de ciudadanos, y, mañana, nuestra honrada firma se ostentará al pie de una sangrienta farsa electoral, y cuando sea publicada, no faltarán zonzos que, al ver un nombre honrado, se hagan eco de los aplausos más merecidos á la libertad que reina en la provincia de Santa Fé.

XXV

EN EL PUEBLO ALBERDI

DESDE MI BALCÓN

DENTRO de pocas horas dejaré este pueblo, donde he pasado cuarenta días: un naufragio me arrojó á su costa— ¡el naufragio de una esperanza! —y de él, me llevo encendida, pequeña, casi invisible, pero arraigada en el fondo del alma, una chispa de ese fuego que arde sin llama; que alumbra, pero no calienta; que, como el sueño, olvido de la vida, es el lenitivo de los que no encuentran en la tierra el consuelo á sus sufrimientos ¡la resignación!

Pero, antes de dejarlo, antes de que el recuerdo de mi permanencia en él se convierta en un remoto pasado, y se confunda como una de tantas impresiones fugaces, que después se anegan en el océano de la vida, quiero asomarme á mi balcón y echar una ojeada más, al hermoso panorama en que tantas veces he recreado mis ojos cuando estos no creían ver al ángel que me falta.

El pueblo Alberdi, situado á una legua del Ro-

sario, en un terreno elevado, sobre la margen derecha de nuestro grandioso Paraná, nació en hora feliz — allá en 1876, — bajo el patrocinio del nombre ilustre de aquel hombre que, desde el destierro ó en el olvido, dictó á la Argentina su más hermosa ley, y dió á la América el secreto de su prosperidad.

Un hijo del Rosario, D. José Puccio, fué su fundador, y el patrono de la recién fundada población, el gran constitucionalista, aceptó, desde Europa, el homenaje que se le tributaba, y en una hermosa carta auguró dichoso porvenir para el nuevo centro que llevaba su nombre.

Dos templos se contaron entre sus primeros edificios: el de Dios y el de los hombres: la iglesia y la escuela: desde entonces, lentamente al principio y con más rapidez en seguida, el pueblo fué prosperando gracias á su hermosa situación y á su cercanía á la ciudad, de la que no tardó en convertirse en el paseo de moda.

El río que forma una gran curva entrante entre el Rosario y Alberdi, tiene á las dos poblaciones en los extremos de ella; como quien dice, en las dos puntas de una media luna, de manera que desde este último, y á favor de su grande altura, se contempla á la ciudad cercana, muellemente extendida á la orilla de las aguas, y elevando al cielo las torres de sus edificios, la cúpula de su templo en que la cruz abre sus brazos y las numerosas chimeneas de sus fábricas, que dejan siempre en el aire, el negro surco del humo que se escapa de las entrañas de la caldera de vapor.

Al este, el Paraná, desata su grandiosa corriente, surcada por numerosos vapores que llevan al interior del continente, al Chaco, al Paraguay, á

las remotas provincias del Brasil, los productos de la civilización europea, ó del intercambio universal, ó que descienden trayendo al litoral los ópimos frutos de la zona cálida, las naranjas, las bananas, la sabrosa yerba-mate y las riquísimas maderas de sus inmensos bosques.

Los buques de vela, de la navegación de cabotaje, pasan continuamente ante mi vista, extendiendo sus velas, surcando gallardamente las aguas y dando un risueño aspecto al paisaje, cuyo fondo está cubierto por las islas, coloreadas de un verde profundo, que se confunde á la distancia, con la línea azulada del horizonte.

Más cerca, enormes bancos de arena se extienden en el centro del río, reverberando la luz del sol con matices dorados; varios lanchones se encuentran á sus costados y se ven á los trabajadores haciendo montones y cargando la materia, que mezclada con la cal, ha de servir para asentar los ladrillos y contribuir á la edificación de las casas que nos darán abrigo y hermostrarán á la ciudad!

Al Oeste se extiende la infinita Pampa, verde y lozana; no ya desierta como en pasadas épocas, sino cubierta de bellos edificios, de pequeños bosquecillos que sombrean las quintas y poblaciones, y surcada por los rieles de varios ferrocarriles, como el de Sunchales, el de Córdoba y el de Santa Fé, cuyos trenes pasan á corta distancia de la casa que me hospeda, haciendo retemblar el piso, y señalando su paso durante el día con su penacho de humo blanco, y en la noche con las múltiples y fugaces luces que se escapan por las ventanillas de los wagones.

· Por último, al Norte, hacia mi espalda, continúa la faja plateada del río, la Pampa, en que se destacan numerosas quintas y casas; á lo lejos se alza el grandioso edificio de la fábrica de alcoholes, y allá en el fondo al límite del horizonte, surge una elevada torre, y á su lado su cúpula, rodeada de casas empequeñecidas por la distancia, ¡es San Lorenzo y el convento, teatro glorioso de la primera victoria de San Martín y sus granaderos á caballo!

· Tal es el marco dentro del cual se desarrolla el hermoso cuadro que presenta ante mis ojos el pueblo Alberdi, cuando lo miro, como ahora, asomado á mi balcón.

Me encuentro casi en el centro del pueblo, aunque algo hacia el Este, es decir, cercano al río, del que me separa un camino que recorro ordinariamente en tres ó cuatro minutos. Habito el chalet propiedad de don Jacinto Coryalán, bello edificio de dos pisos, dominado por un alto mirador y con frente de columnas de orden corintio que sostienen balcones con vista hacia el Rosario y hacia el río.

Desde el mirador, en las noches frescas, pero no frías de Mayo, me he recreado con el grandioso espectáculo de nuestro cielo austral, mucho más rico en estrellas y constelaciones, del que pueden estudiar los astrónomos de la Europa: así he podido ver, en una sola noche, al planeta Venus, brillando con su purísima luz blanca en Occidente: á Saturno, amarillento y sombrío, ocupando casi el zenit cerca del Régulo, el corazón del León; á Marte, rojo y ardiente, atravesando en movimiento retrógrado la constelación del Escorpión, y algo

más tarde al inmenso Júpiter, levantándose como un topacio blanco al Oriente, saliendo, al parecer de las aguas del Paraná: Sirio, entre tanto, se acercaba al horizonte, en Occidente, mientras la Cruz del Sur abría sus brazos á mi frente, señalando con ellos los cuatro puntos cardinales.

¿Qué astrónomo europeo no hubiera envidiado, para sitio de sus observaciones, el mirador de Alberdi?

No era solamente la contemplación del cielo, la que ofrecía grato empleo á mis ojos durante la noche; tenía también á la ciudad del Rosario, iluminada en parte á luz eléctrica, cuyos resplandores vistos á la distancia, indicaban las principales posiciones: una larga fila de luces, señalaba la estación del ferrocarril Central Argentino; otra aún más brillante, señalaba la estación de la línea á Sunchales; la fábrica de azúcar iluminada *a giorno*, dejaba escapar por sus ventanas torrentes de luz que á la distancia hacían el efecto más pintoresco: por último, los buques fondeados en el puerto, reflejaban en las aguas sus luces multicolores, á veces aumentadas por el paso de algún buque que, al acercarse, parecía crecer, semejando un edificio puesto á flote.

Otras luces más débiles y aisladas, señalaban á la distancia los lejanos edificios, y á veces numerosas luces atravesando rápidamente el horizonte, indicaban el paso de algún ferrocarril que cruzaba la pampa, llevando á otras ciudades el impulso de la vida.

Alberdi se desarrolla especialmente á lo largo de un gran boulevard que tiene cien varas de anchura y más de veinte cuadras de largo; en él se

han acumulado la mayor parte de los edificios, que tienen todos á su frente un amplio enverjado con columnas que le dan un agradable aspecto.

Su plaza principal, de dos manzanas, rodeadas de arboleda, tiene á su frente el hermoso jardín del fundador del pueblo, en el que no tardarán en elevarse preciosos edificios.

Muchos chalets ó casas-quintas, se extienden alrededor, dando acogida en el verano, á una numerosa población del Rosario, que sale á tomar los aires puros, y á recrear su vista, en la contemplación de su pintoresco panorama.

El comercio ha seguido á la población, y como ella es esencialmente ambulante, se han establecido muchos y buenos hoteles y fondas, que son muy concurridos durante todo el año, en los días hermosos, por los paseantes del Rosario, que se trasladan en cincuenta minutos de tramway, por la línea que existe establecida, desde hace tres años, ó en solamente ocho minutos, por la vía férrea que ha abierto estación hace pocos meses.

Veloces tálburis, tripulados por los jóvenes elegantes del Rosario, recorren el boulevard, luciendo su habilidad en dirigir los caballos, sin que por eso dejen de verse elegantes landaux llenos de damas; breacks conduciendo familias enteras, que vienen á pasar unas horas de campo, y numerosos jinetes, entre los que descuellan esbeltas amazonas, que hacen crugir sus látigos, incitando á sus corceles.

Demos ahora una ojeada al pueblo mismo.

Frente á la plaza, se levanta una modesta capilla, muy concurrida los días festivos y á su lado se ven los sólidos cimientos sobre los cuales se le-

vantará la futura iglesia, en cuya prosecución, se ocupan activamente el Juez da Paz y los vecinos más conspicuos.

En la parte opuesta, se ve el mercado modelo, pequeño, bonito, limpio, con sus mesas de mármol blanco brillando al sol y bien provisto de los artículos necesarios; varios puestos tienen verduras y frutas, sobre las cuales caen siempre las miradas glotonas de media docena de chicuelos.

Cerca del río, sobre la barranca y ocupando un punto pintoresco, está la quinta del señor D. Elías Alvarado, copartícipe en la fundación del pueblo, con un edificio sencillo pero cómodo, desde el cual se disfruta del más delicioso paisaje.

Una cómoda bajada, conduce á la orilla del río, cercado la quinta y edificio del señor Clerice, coronada de almenas á estilo de castillo medioeval.

Un angosto brazo del Paraná, muy poco profundo, separa de la tierra firme una pequeña isla, sobre la cual se vé una casilla, punto de paseo para los ribereños, que se trasladan á ella en bote, dándose así el placer de la navegación.

Subo al mirador de mi casa, y desde él tiendo la vista.

Hacia el lado del Rosario se prolongan los edificios de Alberdi, hasta confundirse con otro barrio á que se ha dado el simpático nombre de Sorrento, la deliciosa villa partenopea donde nació el Tasso.

En Sorrento, recientemente fundado, se han levantado muchísimos y preciosos chalets y casas de campo, de propiedad de ricos vecinos del Rosario.

Veo, así, á mi frente, hacia la derecha, la her-

mosa casa del señor Brandt, de dos pisos, con sus techos cubiertos de teja roja; y siguiéndose hacia la izquierda el chateau de Pita, con sus corredores adornados de estatuas, y una elegante torrecilla redonda coronada por una flecha en forma de cono; el palacete de Muzzio, todo pintado del color del ladrillo con una torre de tres pisos, parecida á la de los molinos holandeses que tantas veces vi en aquella nación; solo le faltan los brazos, para que la ilusión sea completa.

Sobre la orilla del río, y destacándose majestuosamente, se levanta el palacio construido hace algunos años por el señor Sotomayor, refaccionado últimamente, con sus dos pisos rodeados de columnas, su ancha bóveda aplastada de estilo oriental, y dos altos minaretes, que le dan el aspecto de uno de esos edificios que bordan las orillas del Bósforo, imitados también en algunos palacios de Venecia.

Siempre á mi frente, pero mucho más á mi derecha, veo claramente, el grandioso edificio del Hipódromo Rosarino, con sus inmensas alas cubiertas de graderías de madera en que reposan los espectadores, y su torre cuadrada que lo señala á la distancia.

Con un antejojo de marina la distancia se acorta tanto, que el 25 de Mayo pude desde el mirador, asistir á las carreras, distinguir los caballos y aplaudir al vencedor.

Por último, á mi alrededor, y en primer término, se elevan todos los edificios del pueblo, dando ya, la impresión de lo que será en el futuro una ciudad.

Un mes y medio llevo pasados teniendo este

horizonte ante mi vista, y mañana debo abandonarlo.

Lo dejo con pena: aquí encontré un reposo que buscaba, y aquí medité profundamente sobre acontecimientos de mi vida, guardando en mi espíritu una enseñanza que espero no olvidaré jamás. .

¡Adios, Alberdi! Puedas prosperar tanto cuanto yo lo anhelo, y encontrar tus habitantes la calma que en tí he encontrado!

Alberdi, Junio 15 de 1890.

XXVI

CARTAS MONTEVIDEANAS

I

En el Río — Montevideo á la distancia — Guerreros y pintores — Blanes —
El Museo Nacional — Muerte de Flores — La fiebre amarilla — Susana
en el baño — El salón presidencial — El desembarque de los Treinta
y Tres — Los nuevos cuadros — Lucía Miranda.

Todo el que pisa las playas orientales con la mente henchida de los recuerdos de su historia; todo el que, al columbrar, por vez primera, desde la cubierta del vapor, y perdido entre la bruma de la mañana el histórico Cerro, y alcanza á divisar como una faja blanca, á la bella ciudad que se recuesta á su falda, no puede menos de, entre los grandiosos nombres del pasado; entre los que hoy vemos en el presente aun cubiertos por el velo que solo despejará la historia, no puede menos, digo, de evocar en su memoria un nombre simpático que ha oído pronunciar muchas veces entre las nubes del incienso, ó á través de las

dudas de la crítica — el nombre de Blanes, el pintor oriental.

Yo, lo confieso: hombre de libros y de números, nunca mi corazón ha latido de entusiasmo al nombre de un héroe de la espada, ó al leer la relación de combates homéricos.

De las más gloriosas victorias, solo me impresionaba el número de cadáveres, para lamentar que aun sea necesario derramar sangre humana; en cambio, cuando me imagino á Newton temblando de emoción, cuando de su pluma brotaban los números que iban á revelar al mundo la ley de la gravitación; cuando recuerdo las lágrimas de Franklin al sentir brotar la chispa eléctrica de la cuerda de su cometa, ó cuando recuerdo á Carlos V levantando el pincel caído de las manos de Ticiano, mi imaginación se exalta; me siento poseído de entusiasmo y me parece que acompaño á esos grandes hombres en sus momentos supremos.

Algo así, que yo no puedo explicar, había sentido hace cinco años en Buenos Aires, cuando de pie en el centro de la galería de pinturas, en la Exposición Continental, contemplaba la tela de Blanes que ya ha pasado á la historia con el nombre de “El Cuadro de la Fiebre Amarilla”.

Algo así, sentí después, cuando en el gran salón del Colegio Militar de Palermo, examiné la “Revista de San Martín en Rancagua”, del mismo pincel.

Y no es que pudiera examinar esos cuadros con el conocimiento del analista ó del crítico del arte: nacido en una oscura ciudad de provincia y criado trás el mostrador de una librería, jamás tuve otros

maestros que mis libros, ni más fuente de estudio artístico que los grabados de los comedores ó las modernas oleografías, pálidos reflejos de inspiraciones que las prensas ni la mecánica alcanzarán nunca á reproducir.

Pero, si me falta el arte, la sensibilidad me sobra: al contemplar esos cuadros, empapado de su historia, me pareció trasladarme á la época y situación que representan, y los juzgaba cual si estuviera presenciando una realidad.

Llegado á esta ciudad, el nombre de Blanes acudió á mi imaginación, y resonaba en mi oído.

El Museo Nacional me abrió sus puertas, y pude allí, de nuevo, contemplar el cuadro de la “Fiebre Amarilla”, que me causó aun más profunda impresión que la vez primera.

Durante el intervalo entre estas dos visitas, yo había visto al Rosario estremecerse en las angustias del cólera, y presenciado, junto con mis compañeros de la “Comisión Popular”, escenas aun más terribles, porque eran la realidad: podía, ya, ser mejor juez.

Vi, después, en el mismo Museo, el cuadro que representa la muerte de Flores.

Aunque muy niño en aquella época, aun recuerdo la impresión profunda que me hizo el conocimiento de aquel horrendo drama: nada conocía entonces de Montevideo, pero quedó impreso en mi mente el nombre de la calle del “Rincón” en que se cometió el crimen, nombre que, entonces, resonaba fatídico en mi oído, como un sitio de horror. Ayer he pasado por ella: es una calle como cualquiera otra, y no he podido menos de sonreirme de mis espantos, fruto de la imaginación

exaltada de un niño que escucha temeroso, el relato de un crimen, y puebla de horrores todos los objetos que lo circundan.

Por último, en la misma casa, y ocupando un sitio distinguido, contemplé el otro cuadro de Blanes que se conserva en el Museo, una “Susana en el baño” de robusta encarnación y modeladas formas, cuyo rostro, vuelto hacia el palacio, expresa á la vez el pudor ofendido, y la ira de la mujer á quien mancha una mirada codiciosa.

Nada diré de esos cuadros, ya conocidos y juzgados: no es ese mi objeto, pero debo demostrar, cómo antes de penetrar á la galería del pintor, mi espíritu estaba ya predispuesto, y mi imaginación tendía sus cuerdas, prontas á vibrar, por simpatía, ante la inspiración del pintor.

Aquel día (Diciembre 26) fué, para mí, completo.

Salido del Museo, solo, y desconocido en esta capital, me dirigí hacia el palacio de Gobierno; encontré á un galante jefe—el coronel Rivera—me presenté á mí mismo, pronunciando un nombre, que es aquí solamente un sonido, y pude entrar al despacho en que se encuentra la última grande obra de arte que el público conoce, debida al pincel del pintor oriental—“El desembarco de los 33”.

Admiré aquel cuadro, que evoca los recuerdos de uno de los más bellos episodios de nuestra rica historia, y pude ya encaminarme al taller de su autor.

Aunque joven, he tenido ya ocasión de conocer á cinco presidentes argentinos, de hablar con ellos, y con muchos de los que en política se llaman personajes, sin que jamás, ni aun siendo niño, haya

sentido ante ellos otra cosa que curiosidad—á veces—la primera: en cambio, recuerdo haber hablado con cierta emoción ante dos ó tres hombres; uno de ellos era Gould, el astrónomo—cuando, al conocerlos, recordaba la veneración con que yo leía ó estudiaba sus obras.

Aunque parezca ridículo en estos tiempos en que las emociones se guardan para recursos de melodrama, al saludar á Blanes, un hombre de mediana estatura, de rostro severo, de vista fatigada, y con cabello y larga barba cana, no pude menos de mirarlo como deben mirarse aquellos cuyos nombres, salvados del inmenso naufragio de la vida, pasarán á la posteridad envueltos entre relámpagos de gloria, de gloria verdadera; de aquella que no se ha encharcado en sangre, ni ha costado una lágrima amarga; de aquella que no ha brotado entre lamentos; de aquella que, única, sobrevivirá en el porvenir, cuando no existan los cañones; cuando la humanidad regenerada por el derecho y por la paz, reserve solamente los laureles, para los Pasteur, los Stephenson, los Hugo y los Edison, y relegue al olvido, de que no debieron salir nunca, á los grandes carniceros.

Después de hablar á Blanes, y de ser presentado á su hijo Nicanor, recorrí las modestas habitaciones que ha engrandecido con sus cuadros.

El Gobierno Oriental, que tan brillantemente trata á sus soldados; que ha edificado para ellos hermosos monumentos con el nombre de cuarteles; este pueblo, que tiene bellos teatros, que ha derramado su oro á manos llenas para hacer jardines y colocar en ellos villas romanas, chalets suizos, casas góticas y chinas, se ha olvidado de erigir,

en el más pintoresco de sus sitios, con vista al mar y al cerro, un grandioso MUSEO NACIONAL DE PINTURAS con salones espaciosos y grandes talleres para ofrecer á Blanes su dirección. . .

Mientras esto hace, pues lo hará el pueblo Oriental, con uno de sus hijos más esclarecidos, fundador de una escuela, y de una dinastía de pintores que eternizará en el lienzo sus hazañas, Blanes vive modestamente en una casita apartada, y ha necesitado pedir al pino y al hierro acanalado, los materiales para construir los talleres en que, más que ninguno, contribuye á las glorias de su patria.

Allí, rodeado de sus cuadros, y de los que ya han producido sus dos hijos, Juan y Nicanor, pude, de una ojeada, conocer el patriotismo del artista.

Aquí, un paisaje, representa á una ciudad, recostada á la falda de una colina — ¡es Montevideo!

Allí, una marina, con olas que palpitan, es alumbrada por los reflejos de un faro — es la playa oriental.

Más allá, un grupo de bañistas, se divierten contemplando como las olas baten las rocas — es una escena inspirada por las costumbres del país.

Aquí, una estatua, de tamaño natural, representa al charrúa, en traje de guerra, pronto á arrojar las dos piedras unidas por las correas, arma terrible en sus manos — es una escultura, debida á uno de sus hijos, á quienes ha inspirado sus mismos sentimientos.

LUCÍA MIRANDA

Uno de los cuadros de más tierna inspiración que ha producido el pincel oriental, es, á mis profanos ojos, el episodio de Lucía Miranda, trasladado con sentimental inspiración en uno de sus cuadros.

Al mirarlo, recordé el sitio de aquellos sucesos, que hace poco he recorrido, y vino á mi memoria el poema de mi compatriota y amiga Celestina Funes, en que con tan dulces sentimientos procuraba relatar aquel tiernísimo episodio.

Blanes ha elegido el momento que más se presta para la idealización poética del asunto, sin menoscabo de la verdad histórica.

El cuadro representa las selvas de mi tierra—el rincón de Gaboto, sitio del episodio y de la catástrofe—y el momento en que Hurtado, el amante esposo de Lucía, después de haberla encontrado, y de haberla visto *con la libertad de esposos* empleando las palabras del Dean Funes, es sorprendido por el celoso Siripo y por las indias, presuntas rivales de Lucía, y obligadas esposas del guerrero español.

Lucía, cándida figura, colocada en el centro del cuadro, de pie, y mal cubierta por el lienzo de su ligera vestidura, dirige hacia su esposo una tiernísima mirada, mientras que éste, separado por la impresión que le causa el ser descubierto, tiende hacia ella sus amantes brazos con la expresión del sentimiento de quien conoce la suerte que le espera.

Las figuras son patéticas; la mirada de Lucía, cuyo fuego se adivina, está velada por el dolor de una partida que se conoce será eterna, pero hay

al mismo tiempo tal abandono en la expresión, tal ternura revelada en su ademán, que se comprende la existencia de un dolor inmenso, entremezclado con un placer indefinible—porque, á veces, el dolor y el placer se entremezclan de tal manera, que el espíritu que los siente, no puede comprender su propia existencia.

Estos dos personajes forman el grupo principal y atrayente.

Á la izquierda, se ven las tolderías, las indias, engañadas esposas del español, poseídas de ira ante su infidelidad, gritan tumultuosamente, mientras que á la derecha, los salvajes corren á empuñar sus armas, en actitud que deja entrever un pronto y sangriento desenlace.

Al fondo, los árboles del Chaco crecen lozanos, cerrando un cuadro que está á un tiempo lleno de luz y de sombra; de dicha y de tormento.

Cuando yo leía el poema de Celestina Funes, relatando este episodio, recuerdo que no lo encontraba descrito con bastante fuego, y que en versos que, por broma le remití bajo el anónimo, le criticaba que no hubiera sabido explicar un sentimiento de que no tenía bastante firme idea.

Hoy, al contemplar el cuadro de Blanes, he comprendido por qué mi comprovinciana no había podido explicar aquel hecho con más fuego: es, porque las palabras no bastan, y allí donde las letras han llegado á su límite, surge la pintura que, dando expresión á una mirada, y vida al héroe, hace entrever en un instante un mundo de sentimientos que sin ella permanecerían adormecidos.

Ahora, si fuera permitido buscarle al sol las manchas, si no se clasificase de petulante audacia la palabra del que juzga solamente por las impresiones del sentimiento; si fuese posible buscar en un armonioso conjunto un pequeño é insignificante detalle que disuene, yo, para mí mismo, diría que la figura de Hurtado en ese cuadro es demasiado bella.

Su traje, hermoso, me parece demasiado ordenado y pulcro: no concibo, en momento semejante, una corrección que quizá disuena en aquellas circunstancias: un poco menos de orden; algo más de desaliño, hubiera sido, quizá, menos bello, pero más real.

En cambio, la figura de Lucía, mal envuelta en una camisa que deja adivinar la pureza de su seno; su ademán apasionado; su mirada dulce é impregnada de ternurá; su carne que palpita á través de la débil vestidura, producen un efecto que encanta, y que entristece.

Tal creo que debe ser el efecto que produzca el arte al tratar ese episodio.

Pero, dejo á los críticos concienzudos que aprecien la obra desde el punto de vista que mi ignorancia del arte no me permite afrontar.

Por mi parte, al mirar aquel cuadro, gozo y admiro.

No me pidan más.

II

Los nuevos cuadros de Blanes — Pintura histórica — Roca en el Congreso —
Apreciaciones — Roca herido — Los Ministros — Senadores y Diputa-
dos — El Cardenal en el Infierno — Seres anónimos — El error de
Blanes — Galantería y verdad histórica — Olmedo — Juicio póstumo.

Soy de los que creen, que no debe escribirse la historia contemporánea.

La historia es el juicio de la posteridad sobre los hombres y los sucesos.

No puede, pues, existir la historia, cuando ella no es el fallo de los que pueden apreciar los sucesos sin pasión.

Pero la historia no solamente se escribe: también se pinta.

Los cuadros y mosaicos de Pompeya, nos han hecho grandes revelaciones sobre las campañas de Alejandro, y, seguramente, nunca Thiers describió mejor los esplendores de la coronación de Bonaparte, que el pincel de David.

Blanes acaba de terminar un gran lienzo que no tardará en ser expuesto en Buenos Aires, y que provocará seguramente fuertísima crítica, en la cual alzará su voz, más que la crítica del arte, el rugido de los partidos y los odios ó animadversiones personales.

Por su asunto, es un cuadro histórico, pero de tan reciente fecha, de un suceso tan diversamente interpretado y, sobre todo, respecto á personajes con los cuales nos chocamos cada día al volver una esquina, que el cuadro tendrá que esperar medio siglo y la muerte de todos los que en él figuran, para ser juzgado con la imparcialidad completa que reclama, no ya su ejecución, sino también su asunto.

Ese cuadro representa la aperturá de las sesiones del Congreso Argentino, el día en que el Presidente Roca fué agredido por Monjes.

El lienzo, con todas las figuras en tamaño casi natural, representa el salón de sesiones del Congreso.

Al centro, sobre la mesa presidencial, cubierta de terciopelo azul, el general Roca, de pie, con uniforme militar, y con la frente vendada, lee su mensaje.

Á la derecha del espectador se encuentra el cuerpo diplomático y la plana mayor.

Á la izquierda, hacia el fondo, varios personajes oficiales, ciudadanos y militares.

En primer término, á la derecha, el ministerio y los diputados, y hacia la izquierda varios senadores.

La primera impresión que hace este gran cuadro, es el de la realidad: el espectador se encuentra dominado por cierto recogimiento, y teme interrumpir la grandeza de aquella ceremonia: es necesario que pase cierto tiempo, y que siga la inmovilidad y el silencio, para comprender que aquella es una tela, y que allí no existe más vida que la comunicada por el genio del pintor.

He visto á Roca muchas veces, y algunas en momentos de zozobra y desaliento; lo he visto después, con la calma del anhelo satisfecho, con semblante benévolo y grave, ó entregado á las expansiones de la amistad personal ó política, pero nunca lo vi como debía estar en aquel momento y como Blanes lo ha representado en su obra.

Roca de pie, tiene en la mano izquierda las hojas de su mensaje, pero no lo mira.

Sus ojos se dirigen al auditorio, animados por un fuego indefinible, en que se trasluce, á un tiempo el dolor físico y la fortaleza moral.

Su rostro de ordinario pálido y sereno está profundamente coloreado por la sangre que la emoción hace circular bajo la piel; la venda impotente para contener la hemorragia, ha dejado escapar unas gotas de sangre que manchan los colores nacionales de la banda presidencial, y sus labios entreabiertos, parecen pronunciar algunas palabras, que el auditorio recibe con silencioso recogimiento.

Nada he preguntado á Blanes, pero me parece que el momento elegido es aquel en que Roca, como respuesta al atentado, declara que en su pecho no hay odios para nadie "*ni aun siquiera para el desgraciado que me ha herido.*"

Este es el fondo y la parte dominante de la obra.

A la derecha, y al pie de la tribuna se destacan los ministros.

Ortiz, sobresaliendo por su elevada estatura, con el rostro vuelto hacia la presidencia, se destaca de una manera resaltante: escucha en silencio, pero parece que fuera á dar un paso.

Wilde, sereno, frío, distraído, mira sin ver: quizá en su mente se presentan imágenes que llevan su pensamiento á la distancia, y seguramente que otras palabras resuenan en su oído.

El rostro pálido, y la figura enjuta de Chavarría, mirando hacia el espectador, tiene admirablemente dada su natural encarnación,

En frente, en el banco de los senadores, Juárez colocado en primer término y casi de frente, cruza su mirada hacia el espectador, destacándose vigorosamente sobre el fondo. Su actitud natural, serena, revela cierto estudio, y su colocación prominente, hace adivinar que el pintor ha querido darle un puesto culminante.

Hacia el fondo se ve á Calvo, Mendoza, Fernández, Cárcano y muchos otros Senadores y Diputados.

Benegas, elevando su cabeza por sobre todas las otras, escucha atentamente, y parece reflexionar; esta, también, es la actitud de Cárcano, algo pretenciosa, algo soñolienta, cruzando su mirada con la del espectador, pareciendo alejado de tal sitio en aquel instante.

La artística figura del General Frías, con su larga barba blanca, su lujoso uniforme, colocado de perfil y escuchando la lectura, es una de las más notables del cuadro.

Mucho tiempo, y mejores estudios que los míos, serían necesarios para analizar cada una de las numerosas figuras del cuadro: cuando sea conocido en Buenos Aires, seguramente se harán notar interesantes detalles que escapan á mi pluma.

Pero lo que indudablemente llamará la atención,

es la realidad de la escena, la exactitud en los detalles, no solamente del fondo, sino aún en cada personaje.

Por ejemplo, el terciopelo del tapiz, que cubre la tribuna, está tan admirablemente imitado, que parece sentirse el peso con que cae cada uno de sus pliegues.

Las medallas del uniforme de Roca tienen un relieve resaltante que incita á reconocer su espesor.

Cada una de las figuras puede ser analizada en sus detalles y los que conocen á todos los personajes, no dejarán seguramente de admirar, no ya la exactitud del parecido sino la expresión peculiar á cada una de ellas, inclusive el desgarmo con que Pellegrini, de pie, parecería, más una percha con ropa, que un hombre político, si no brillara en su mirada la luz de una enérgica inteligencia.

Pero, ya lo he dicho: ese cuadro tendrá que esperar cincuenta años, antes de que pueda ser juzgado concienzudamente; entonces, se lamentará que Blanes haya tenido que eternizar con su pincel tantas figuras anónimas como las que para entonces habrá en él; tantos rostros cuyos nombres serán un misterio para la posteridad; tantos seres cuyo hecho culminante será, en el siglo próximo, haberse encontrado, accidentalmente, bajo el pincel del artista oriental, como la de aquel cardenal de las crónicas de Miguel Angel, que debió su inmortalidad á la venganza del pintor, que, en un rato de buen humor, lo colocó en el infierno de su Juicio Final.

Esta es, para mí, la parte débil del cuadro—

Olmedo, que cantó á Bolívar en Junín, no debió hacer inclinar la frente del *Rey de los Andes* ante la figura pequeña de un tal Flores, que en breve no conocerá la América sino por el canto al vencedor de Miñarica, así como la posteridad lamenta que el insigne Tasso tuviera que alabar la castidad de Lucrecia Borgia.

Algo más existe en ese cuadro, que provocará una crítica dulce ó amarga.

Blanes, quizá se ha olvidado, por un instante, de que su nombre pertenece á la historia, con más justicia que muchos de aquellos á quienes retrata.

Así, más artista que historiador, ha procurado, á veces, enmendar la plana á la naturaleza, como cuando, al poner un personaje, cuyo hermoso talento contrasta con la obscura irregularidad de sus facciones, ha empapado su pincel en luz, cuando debiera hundirlo en las tinieblas.

Yo comprendería eso, fácilmente, en un pintor de retratos que trabaja para un cliente, pero no lo comprendo en Blanes, cuyos cuadros serán una gloria para su patria, en los cuales los futuros historiadores irán á buscar los rostros de los pocos cuyos nombres salvan los límites de la obscuridad.

Déjense esas vanidades de belleza para las niñas casaderas de poco seso: el hombre que brilla por su inteligencia, es bello por sí mismo; es *bonito por dentro*, parodiando la frase de Gutiérrez, sin que sea necesario á un Blanes pagarle ese tributo, corrigiendo, aunque sea en un ápice, la verdad histórica.

En fin: pronto ese gran cuadro estará en Buenos Aires: entonces un pueblo entero juzgará

de su mérito, pero cualesquiera que sean las apreciaciones de los detalles, es una verdad que el nuevo cuadro pasará á la historia como una de las más robustas inspiraciones de un artista que se encuentra recién en la primavera de su genio.

Montevideo, Diciembre 28 de 1887.

XXVII

LA ANTIGUA CRUZ ALTA

(HOY COLONIA JUÁREZ CELMÁN)

I

HACE poco más de un año, en Enero de 1887, visitamos el antiguo é histórico pueblo llamado La Cruz Alta, en la provincia de Córdoba, fronterizo con la de Santa Fé.

Al llegar á aquellos parajes, perdidos entre las soledades de la Pampa y llenos aún de las tremendas tradiciones de los indios que hacían de aquellas lomas, el abrigo para sus invasiones, recordábamos la tragedia de que fué teatro en la aurora de nuestra revolución.

La Cruz Alta, en efecto, es un nombre que resuena despertando antiguos ecos que duermen en el corazón de todo argentino.

Fué aquel el sitio de la primer hecatombe tan duramente juzgada por los historiadores, que sirvió para arrojar el guante al antiguo régimen y

comprometer la naciente revolución á vencer ó morir.

Es, pues, un sentimiento de veneración histórica, el que nos movió á hacer un paréntesis á trabajos de otro orden, para ir á aquel olvidado pueblo y contemplar el sitio del fusilamiento de Liniers, el reconquistador y defensor de Buenos Aires.

La Cruz Alta era hace un año un conjunto de ranchos de paja y barro, entre los que se destacaban tres ó cuatro humildes habitaciones de ladrillo, revelando en todo la más profunda miseria.

Un edificio algo más alto, parecía tener algunas derruidas almenas ¡último vestigio de las fortificaciones en que se encerraban los vecinos para escapar al vandalismo de los indios!

A un lado del pueblito y sumergida en la mayor miseria, pronta á desplomarse, existía una capillita, de la cual dos pequeños pilares se elevaban huérfanos de la campana que en otra época con sus alegres tañidos, había convocado á los vecinos á refugiar en Dios sus esperanzas, ellos que á cada instante podían ser víctimas de la barbarie.

Arrojando una mirada de conmiseración á toda aquella pobreza, nos dirigimos guiados por un vecino de buena voluntad, hacia el sitio donde fué la antigua capilla, en la cual había sido enterrado Liniers, fusilado el 26 de Agosto de 1810, y de la que se exhumaron sus restos y los de sus desgraciados compañeros el 31 de Agosto de 1862, para ser entregados al Gobierno Español que los solicitó de la Confederación.

La capilla no existe ya.

La Cruz Alta, sitio combatido continuamente por los indios, siguió en decadencia; las paredes

de aquel humilde santuario se derrumbaron y hoy no queda de todo ello, más que el sitio en que estuvo.

Situada como á dos cuabras del río Carcarañá, y á cinco de lo que es el pueblito, solo quedan de aquella capilla las señales de su existencia; albar-dones que marcan el sitio de las antiguas paredes y una hondonada en el punto de donde fueron ex-humados los restos.

Contemplamos con religioso respeto lo que fué la tumba del héroe de 1806 y de la víctima de 1810, víctima necesaria, inmolada á la causa de la revolución, pero víctima al fin,

Nuestra visita á la Cruz Alta, estaba terminada. Nada había allí que ver.

Sus pocos vecinos, encerrados dentro de sus ranchos, asomaban la cabeza para mirar á un desconocido que se recreaba en visitar taperas; después, la curiosidad satisfecha, aquellas cabezas se retiraban, y de la Cruz Alta solo podía verse el barro de las chozas.

Verdad es que, en aquel año y mes, el cólera, huésped terrible visitaba los alrededores, y el pánico se había extendido por todas partes.

II

LA COLONIA JUÁREZ CELMAN

Hoy hemos regresado de una segunda visita al pueblo que habíamos conocido un año antes.

Nosotros para quienes el estudio y descripción

de los progresos de la República, son nuestra tarea diaria, pues hemos dedicado á ello todas nuestras facultades; nosotros que hemos presenciado llenos de asombro el nacimiento de los numerosos pueblos en la provincia de Santa Fé, no podemos menos de manifestar que lo que acontece en la Cruz Alta, hoy centro de la colonia Juárez Celman, es verdaderamente maravilloso.

Allí ha brotado al golpe de la mágica vara del progreso, un pueblo entero, con sus calles tiradas á cordel, con sus casas de ladrillo llenas de gente, con establecimientos comerciales diversos, y con una hermosa iglesia que, desde lo alto de su graciosa torre, domina las antiguas soledades que sólo hollaban los cascos de los caballos en las invasiones de los indios!

La locomotora llegada allí hace pocos meses, y la colonización agrícola á que se han entregado los campos antes yermos, han operado ese prodigio.

La edificación se opera con tal rapidez, que han bastado unos cuantos meses para hacer brotar un pueblo entero.

La antigua Cruz Alta, villorrio de ranchos, situado en el bajo de una loma, ha quedado desconocida.

En el conjunto de nuevas casas construídas con febril rapidez, apenas si se nota un antiguo rancho cubierto de paja y con sus paredes embarradas, mudo testimonio de un pasado de pobreza y miseria, que ha huído deslumbrado ante los fanales de la locomotora.

Aquellas tierras en que hace pocos años pululaban los avestruces salvajes, y que sólo daban ali-

mento á unas pocas vacas amenazadas cada día con ser presa de los indios, hoy han sido fraccionadas en lotes de veinticinco cuadras cuadradas y entregadas á la agricultura.

Aquellas tierras que hace cuatro años no tenían comprador á cuatro mil pesos legua, hoy son colocadas á mil pesos la concesión, es decir ¡ochenta mil pesos legua!

El arado ha trazado los surcos sobre la tierra que tantas veces hollaron los salvajes, y que muchas fué también regada por la sangre de las víctimas de aquellas incursiones.

Aquellos campos yermos empiezan ya á cubrirse con las casitas de los colonos, y no tardarán en ser un activo foco de producción que dará alimento al ferrocarril del que recibirán á su vez el beneficio de un transporte rápido y barato.

Las casas de comercio son numerosas en el nuevo pueblo, como que tienen que abastecer á una importante zona colonizada, y como que hay allí la cabecera de una línea férrea que une la antigua pampa con el mejor puerto que existe sobre el Paraná.

Pero, no es solamente la Cruz Alta, quien ha recibido los beneficios del ferrocarril. Las colonias Iriondo, Arteaga, antes languidecientes; el pueblo de San José de la Esquina, antigua guardia avanzada de la civilización contra el salvaje, se han transformado á vista de ojo.

En Arteaga, se ha formado un pequeño pueblo en las cercanías de la estación, rodeando á un establecimiento comercial que abastece los alrededores, y en San José, un nuevo pueblo empieza á diseñarse al lado de la estación, donde numerosos

vecinos han adquirido tierras que empiezan á poblarse.

Santa Fé, después de haber colonizado una gran parte de su centro, empieza á hacer rebalsar su colonización hacia las provincias vecinas: Córdoba ha sido la primera en recibir este impulso, y el gran ensayo que acabamos de señalar, ha resultado con tan buen éxito, que no es ya dudoso que se fundarán muchas otras colonias animadas por iguales móviles.

Nos complacemos en ofrecer el conocimiento de estos hechos, porque ellos son una prueba más de que los progresos del país son positivos y sólidos, puesto que tienen por base la explotación de la principal de nuestras riquezas naturales—la fertilidad de la tierra, y porque se demuestra así que el gran impulso agrícola dado por Santa Fé, no puede ser ya contrarrestado en parte alguna del territorio.

Rosario, Mayo 17 de 1888.

XXVIII

UNA PEREGRINACIÓN AL SANTUARIO DE LUJÁN

¿CÓMO?

¿Es posible?

En 1891, cuando entre resplandores de poderosa luz, y á las vibraciones de la fuerza eléctrica, avasallada hasta servir de humilde conductora del pensamiento y de la voz humana, va á terminar el más grandioso de los siglos, y se divisa la aurora colosal del siglo XX, ¿hay, todavía, inteligencia humana, que se atreva á predicar la peregrinación, á un santuario rural, para pedir el remedio de los males de la patria, que no han podido encontrar, ni aislados, ni reunidos, todos los políticos y hombres de estado?

Pero, si hay mente, bastante ilusa, que se atreva á predicarla, creamos, por honor á la razón humana, que esa voz clamará en el desierto, y se perderá en el vacío, como la estrella errante, que cruza el cielo, en noche oscura, por sobre la soledad del mar, sin que una sola pupila pueda recibir la débil impresión de su luz!

¡Pues no!

La voz se ha levantado, y ha sido oída.

El jefe de la Iglesia Argentina, dijo: no sólo en las asambleas de notables, y por medio de convenciones ó revoluciones, puede procurarse el bien de la patria: que la voz de la fé se eleve en el santuario consagrado por dos y medio siglos de piadosa tradición: que allí donde los patriotas de 1810, y los guerreros de la epopeya de la Independencia elevaron sus plegarias, ó depositaron los trofeos de sus victorias, se eleven, también, los pensamientos de los creyentes, que pidan al Supremo Hacedor misericordia para nuestra patria!

Y, aquella voz, obedecida por la fé, reunía, en un solo día, y á una misma hora, en torno del santuario de la villa de Luján, á un pueblo inmenso, compuesto de seres de todas las edades y de todas las condiciones sociales, desde el mendigo hasta el poderoso; desde el artesano humilde, hasta los más altos personajes del estado; desde el hijo del mismo pueblo, hasta los que llegaban de centenares de kilómetros de distancia: pueblo consciente é inmenso, animado de un mismo pensamiento, y movido por una misma virtud ¡la fé!

Sí. ¡La fé! Palabra extraña en las columnas de nuestra prensa periódica, entregada, casi por completo, al fomento de una sola de las dos grandes clases de intereses que atañen á ese ser tan complejo é incomprensible que se llama *ser humano*—al de los intereses materiales, y que olvida, quizá en absoluto, que no solamente de pan vive el hombre.

¡Sí!

Todavía hay fé en la República Argentina, pudimos decirnos á nosotros mismos, cuando, el

domingo 13 de diciembre de 1891, colocados frente al santuario de la Villa de Luján, vimos, desde las cinco de la mañana, hasta las seis de la tarde, sucederse interminables columnas de fieles, que, marchando en orden, muchas de ellas precedidas de banderas de sociedades diversas, se dirigían al santuario, cantando en alta voz las oraciones de la Iglesia Católica, y haciendo ostentación de sus sentimientos religiosos.

Cuatro largos trenes especiales, cargados de peregrinos, llegaron en pocas horas; sin contar los trenes ordinarios que hacen el servicio de comunicaciones entre aquella villa y todos los pueblos del país; pero, á más de los llegados por los trenes, una multitud inmensa acudía de los alrededores en toda clase de vehículos, y hubo muchas personas que se impusieron y cumplieron el voto de trasladarse á pie, desde muchas leguas de distancia.

¡Hipocresía! ¡Hipocresía! Siento que murmuran con sarcástica sonrisa, algunos de esos desgraciados, que, más infelices que los ciegos, tienen ojos, y no ven.

Hipocresía, ¿por qué?

¿Qué otros intereses, que los de la más pura fé, pudieron tener los millares de peregrinos, que se congregaron en Luján el 13 de Diciembre?

En estos tiempos de positivismo, todos ellos perdían un día.

En estos días de tirantez económica, todos tenían que gastar en pasajes de ferrocarriles, en hotel y manutención.

En nuestra época, en que tanto se busca el *comfort* y el sibaritismo, tenían que abandonar sus

comodidades, y pasar un día al sol, á la lluvia, ó entre el polvo, bajo una temperatura tropical.

Y principalmente en la hora de descreimiento á que hemos llegado, todos se exponían á esas sangrientas burlas, con que en nombre de la libertad, el materialismo ultraja al sentimiento religioso, sentimiento de que tiene tanta idea como el ciego de los esplendores de la aurora.

Sí, pues: sólo la fé había reunido en Luján á un pueblo inmenso, y el convencimiento de ello, era lo que más profundamente impresionaba nuestro espíritu, cuando veíamos á millares de seres humanos, vibrar con sentimientos unísonos, y abandonar por algunas horas el aplastante peso de la vida material, para elevarse en espíritu hasta las regiones inmensas en que flota el que á una voz encendió el sol en los espacios.

He recorrido una buena parte del mundo, y he tenido oportunidad de asistir á muchas y espléndidas fiestas populares; desde la inauguración de los trabajos del ferrocarril del Rosario á Córdoba en 1863, en la aurora de mi vida, hasta la celebración del primer centenario del juramento del juego de pelota en Versalles y hasta la recepción de los peregrinos franceses en el gran salón de las canonizaciones por León XIII en Roma: pues bien, declaro que jamás he sentido mi espíritu agitado por más dulces emociones, jamás me he encontrado en espectáculo más imponente que el que presentaba el pueblo de Luján, cuando desfilaban por sus calles largas columnas de peregrinos, entonando salmos, dirigiéndose hacia el santuario para pedir en él á Dios, remedio para los males que afligen á nuestra patria.

¡Tierno espectáculo! Aquel grande ejemplo, imponía, y hubiese hecho renacer la fé, aún en los espíritus en que apenas puede distinguirse una llama agonizante.

También el alma, necesita su pan.

Palpo mi cuerpo, y conozco las principales leyes que rigen su materia: la atracción, me une al planeta, y la vida me impone la necesidad de arrojar agua y carbono al organismo, como se echa al hogar y á la caldera de la locomotora, para darle movimiento; pero, llenadas las necesidades físicas, noto en mí ser un inmenso vacío: mis pensamientos, no comen pan de trigo: mis anhelos, no se satisfacen con las cosas de la tierra, y el sepulcro me parece muy estrecho y muy frío, para dar alojamiento eterno, á esto que siento que dentro de mí se agita, y que no es carne!

¡Hay más allá!

Y es algo de ese más allá, el que yo entreveía vagamente, como á través de la densa bruma de la mañana aciertan á divisarse los primeros resplandores de la aurora: es algo de ese más allá, el que me hacían columbrar los millares de seres humanos que se congregaban á la voz de sus pastores, para elevar, á un tiempo, sus plegarias, en el santuario de Luján.

¿No os impone, no os conmueve, el espectáculo de esas niñas de los colegios, de esos seres que forman la dicha de tantos hogares, cuando entonan, al unísono, las alabanzas de una mujer que fué madre, y que fué virgen, símbolo eterno de la celestial pureza?

¿No os conmueve ese incomprensible nombre de Dios pronunciado por la inocencia, que solo

exhala en sus cánticos la voz de la fé purísima de los ángeles de la tierra?

Pues, entonces; si no os dejais conmover por el sentimiento, si os llamis espíritus fuertes; volved la vista: no hay allí niñas, son las madres, ellas conocen ya los dolores de la vida, ellas han sufrido todas las amarguras que la existencia impone, y sus corazones quizá se han sentido alguna vez destrozados en presencia de la muerte: ellas también oran.

De rodillas en el santuario, y en el momento en que un armonioso coro repite por tres veces, santo! santo! han elevado á Dios su espíritu, porque han creído, y muchas lágrimas se han agolpado á sus ojos, porque se han conmovido.

¿Esto no os basta aún?

Mujeres: al fin mujeres! decis, sin duda, recordando que en esa hermosa mitad del ser humano, colocó la naturaleza las más tiernas fibras del sentimiento, y que sus lágrimas, pueden ser la expresión de pensamientos fugaces, y no de fé profunda.

Entonces, dirigid los ojos á otro lado: fijadlos en los altares.

Allí, se encuentran hombres que han renunciado á cuanto de agradable tiene la vida del mundo, y que han pasado su existencia en la meditación y en el estudio, animados sólo de la idea de Dios: algunos son jóvenes, pero, la mayor parte, con sus frentes coronadas de canas, han pasado largos años de aislamiento, de pobreza; sin más misión que consagrarse al servicio de los demás y suscitar en las almas generosos pensamientos, arrojando, con frente serena, el odio de los espíritus

estrechos, y la befa y el escarnio de los necios.

¡Frailes! ¡Quién hace caso de frailes!

Pues, si ni las niñas, ni las mujeres, ni los frailes bastan para conmover vuestro espíritu, y haceros respetar la fé de los que la tienen, ved el ejemplo que os da un inmenso pueblo que está á vuestro frente.

Hay en él, seres de todas las condiciones sociales, el menestral se encuentra al lado del rico propietario: altos personajes cuyos nombres son glorias nacionales, se hallan confundidos con la multitud; militares de graduación, hombres de estado, magistrados de las más elevadas categorías; hombres de letras cuyas obras ha recibido el mundo con aplauso, todos, en fin, doblan la rodilla en el mismo instante, y confunden sus oraciones en un sólo y mutuo anhelo por el bien de la patria.

Pero, no son solo ellos, los que presentan, en aquel instante, el homenaje de su fé.

Detrás de ellos está la historia.

Detrás de ellos, está Belgrano, consagrando á la Virgen de Luján, una de las banderas, trofeo de sus victorias; está French, el patriota de 1810, declarándose protector del santuario, y, recorriendo las páginas de la historia universal, están todos los grandes genios que ha producido la humanidad en diecinueve siglos, que fueron creyentes, muchos de ellos hasta el martirio, en cuya comparación, nuestras virtudes son debilidades, y nuestras inteligencias, oscuridad.

Si esto no os convence, ¡oh espíritus soberbios! esperad la hora tremenda en que vence el plazo de la vida, y en que todos nuestros anhelos, todas

nuestras esperanzas, todas nuestras miserias y lo mismo los crímenes que las virtudes, terminan en una fosa . . .

¡Solamente el espíritu no puede encerrarse en la losa del sepulcro, y, abandonando la materia á que estuvo unido, irá á comprender las verdades á que cerró los ojos, y recibir el premio, según sus obras!

Tales eran mis pensamientos, en Luján, el día de la peregrinación, mientras que, formando una caravana de vecinos del Rosario, cumplíamos como los demás peregrinos, el objeto de aquella gran congregación.

En medio de los quehaceres de la vida diaria, entre las preocupaciones de la lucha por la existencia, cuando parece que no puede quedar ni un instante para dedicar á la expansión del espíritu; cuando la mente se encuentra contristada por los males que afligen á la patria, y por lo sombrío del porvenir, mientras que el descreimiento y el materialismo nos rodea por todos lados, y nos estrecha propagando máximas desesperantes, es un grande consuelo para el espíritu, presenciar manifestaciones de fé tan espontáneas y espléndidas como la peregrinación á Luján.

Ellas retemplan el espíritu; ellas confortan, ellas son la demostración auténtica de que la llama sagrada arde aún en el fondo de muchos corazones y de que no estamos solos en la arena del combate

Demos al César lo que es del César, pero demos también á Dios lo que es de Dios.

Luchemos valientemente por la vida, pero no olvidemos que ella no es un fin, sino un medio!

Luchemos por la existencia, pero no dudemos que lo más noble de nuestro sér, no es la materia que se corrompe, sino el espíritu que se engrandece: y después de haber cumplido con los deberes de la vida del cuerpo, demos también expansión al espíritu en la más hermosa de todas sus manifestaciones: la demostración de su fé.

Las cuerdas tirantes, próximas á estallar, por las inmensas tracciones de la lucha, se aflojan; los músculos, contraídos por los esfuerzos del trabajo, se distienden; las arrugas de la frente, comprimida por la intensidad del pensamiento, que se sumerge en abismos de amargura, desaparecen; el corazón se eleva *¡sursum corda!* y, por un instante, al menos, domina el espíritu, y vivimos la vida del infinito!

¿Cómo puede ponerse en duda, la benéfica influencia que estos hechos producen sobre la vida.

El alma, tiene también su higiene: el espíritu, también necesita su alimento!

Sin esos instantes sublimes, la vida fuera insoportable para el hombre pensador.

Volvamos nuestros ojos, á nuestro alrededor.

¿Qué vemos?

¡Dolores! ¡Miserias! ¡Crimen!

El calumniador, que la justicia debiera tener en un presidio, con la cadena al pie y el garrote en la espalda, se erije en juez: juzga á la virtud, y la condena!

El escándalo, brota, insolente, desvergonzado, á la luz del medio día: toma pedazos de su cuerpo putrefacto, y los arroja al rostro de la sociedad: la sociedad, los recoge y los devora.

La palabra obscena, mancha los oídos castos, y

en nombre de la libertad del pensamiento escrito, se lleva la inmundicia al seno de los hogares.

En la lucha contra el mal, el cuerpo se cansa, y el espíritu desfallece...

¡Sólo la idea religiosa, puede llevar el consuelo á los corazones heridos!

Condensando todos los pensamientos, se elevó allí, frente al santuario, la voz robusta é inspirada del orador sagrado, Pera.

Con acento conmovido, volviendo los ojos á las últimas páginas de nuestra historia, reconoció que el pueblo argentino, sufre las consecuencias de sus propios errores, y paga, en lágrimas amargas, los despilfarros de la pasada orgía, en que todos fuimos cómplices, sino por habernos embriagado en el banquete, á lo menos por haber tolerado el pisoteamiento de nuestras leyes, y olvidado á Dios en medio de una mentida prosperidad.

¡Pueblo de Israel! Rasga tus vestiduras, y cubre de cenizas tu cabeza!

Puesto que, ni tus gobernantes, ni tus estadistas, ni tus sabios, ni las asambleas populares, ni las revoluciones armadas, te dan la paz, que habéis perdido, y la prosperidad que habéis arrojado al precipicio de vuestras vanidades, volved á Dios los ojos, ¡esa es la única esperanza!

Pedidle, á él, que nos mande pronto el Moisés que ha de conducir su pueblo á la tierra prometida y, entre tanto, humíllate, y acepta resignado, la expiación de vuestras faltas.

Así habló Pera, condensando nosotros, en estas breves palabras, sus inspiradas frases.

Un pueblo inmenso lo escuchó, conmovido, y comprendimos entonces que las lágrimas de un

pueblo pueden aplacar la justa cólera de un Dios ofendido.

Una enseñanza hermosísima, podemos sacar del espectáculo de la peregrinación á Luján.

A pesar del descreimiento; no obstante el materialismo; contrariando el indiferentismo de la ignorancia, ó la negación estulta de la vanidad:

¡Aún hay fé en la República Argentina!

¡Aún hay fé en Israel!

La peregrinación á Luján, así lo prueba.

Ha bastado la palabra de un hombre, para reunir allí, en un solo día, á una gran parte del pueblo argentino, y para retemplar por el análisis de sus propias fuerzas, los espíritus contristados.

¡Aún hay fé!

Por ella, el pueblo argentino se salvará.

Rosario, Diciembre 14 de 1891.

XXIX

ENTRE LAS VIÑAS

UNA EXCURSIÓN Á LA REGIÓN VITÍCOLA DE ENTRE RÍOS

I

Concordia, Octubre de 1891.

CUATRO años de continuos viajes, primero recorriendo en todos sentidos á mi querida provincia de Santa Fé, después la República Argentina, luego Chile, y por fin, casi todo el continente europeo, me habían ya habituado de tal manera al cambio de horizontes, á la sucesión de impresiones rápidas, pero profundas, y al estudio de las diversas condiciones de vida que tiene el hombre sobre la tierra, que un año de inmovilidad relativa, entregado á tareas oficiales de administración, antes extrañas para mí, me habían hecho ya sentir la nostalgia de la libertad.

No diré que, como el águila enjaulada, encontraba estrechos los barrotes de mi jaula para extender mis alas, porque ni tengo la nariz encor-

vada, ni me adornan las largas y encorvadas uñas que caracterizan á la reina de las aves, para compararme á ella en lo físico, ni estoy, tampoco, tan liviano de bolsillos (á pesar de la crisis y gracias á que he tenido la prudencia de no meterme en camisa de once varas), que pueda aplicárseme con justicia la frase que hace llamar “águilas” á los que de livianos, vuelan.

Pero, dejando poéticas comparaciones y volviendo al llano y pedestre estilo, diré, sí, que los límites del municipio del Rosario cien y mil veces recorrido por mí en todos sentidos, eran ya estrechos para mis largas piernas, acostumbradas á atravesarle dos ó tres veces cada día, y de parte á parte, con un paso que, por lo largo, si no por lo majestuoso, bien pudiera otro Córdoba (el héroe de Ayacucho) llamar *paso de vencedores*.

Aproveché, pues, tomándola por el cabello, una buena ocasión para volver á mis antiguas y queridas costumbres de viajero.

Desenterré la antigua y veterana maleta, inseparable compañera de mis viajes, que subió á los Andes, que navegó en el Pacífico, que cruzó el Atlántico; que descendió á la Holanda, que se heló en el Monte Blanco y se abrasó en las lavas del Vesubio, y quitándole, piadosamente, la espesa capa de venerable polvo, acumulado en dos años de reclusión en un desván, hice mis preparativos de viaje para el litoral de Entre Ríos; entre el temor, inspirado por noticias de familia, que motivaban mi viaje, y la esperanza de ver, en buena salud, á seres queridos.

Mis esperanzas se han realizado; los míos están

bien, y puedo, pues, dedicarme, alegremente, á revelar á mis antiguos y queridos lectores, los que me han acompañado, hace algunos años, leyendo en *La Prensa* mis aventuras de viaje, algo de lo mucho y bueno que he visto en esta región llamada la Mesopotamia argentina.

¡Maravillas de la civilización moderna!

Cuarenta ó cuarenta y dos horas de viaje, bastan para llegar á Concordia, partiendo del Rosario.

Una noche en ferrocarril, que se pasa durmiendo: una mañana empleada en admirar, desde la cubierta del vapor, el espléndido panorama que presenta Buenos Aires extendiéndose ante la vista del pasajero que se aleja, y dejándose ver en toda la extensión de la gran capital del presente, de la inmensa metrópoli del futuro; una tarde, empleada en recrearse en el pasaje de Martín García, siempre lleno de buques, esperando agua ó buen viento, y en examinar las pintorescas costas argentinas y uruguayas; una noche de alegres conversaciones con los pasajeros del vapor, y una segunda mañana dedicada al examen de las numerosas poblaciones que se extienden á las dos márgenes del río Uruguay, bastan para terminar un viaje tan alegre como agradable, y para colocar en el centro de la región de las viñas entrerrianas al curioso viajero que desea examinarlas.

Salido de la dorada región en que madura el trigo, me encontraba en Concordia, centro de la producción vinícola del litoral entrerriano.

Cada comarca en la tierra

Tiene un rasgo prominente...

La inmigración extranjera y la colonización agrícola bien entendida, han hecho de la antes desierta y estéril Santa Fé, la region de Ceres; el granero argentino; la tierra del trigo.

En Concordia, el trabajo de algunos de sus más útiles habitantes y la perseverancia en sus patrióticos propósitos, han convertido sus arenosos collados y risueñas praderas, en el centro más próspero del cultivo de la vid en el litoral argentino, transformando en verdes planicies cubiertas de pámpanos y cargadas de sabrosas uvas, los antes estériles arenales.

Salido de Santa Fé, cuyas inmensas y monótonas sábanas de verdura se extienden por todo el horizonte; donde el lenguaje está impregnado de palabras que significan, bajo todas sus acepciones, el producto del trigo; donde las ideas vuelan por los aires, como polvo de harina; cuyo comercio tiene el timbre metálico del choque entre sí de los engranajes de las máquinas agrícolas; y en que hasta las más humildes poblaciones cuentan con esos edificios de muchas ventanas, numerosos pisos y altas chimenas, en que se transforma el grano en el sabroso polvo que ha de darnos el pan nuestro de cada día; salido de Santa Fé, digo, mi espíritu reposaba gratamente impresionado por un cambio total del medio ambiente.

A las monótonas llanuras de la región de las colonias, reemplazaban las pintorescas cuchillas entrerrianas; á los filiformes tallos del cereal del pan, las frondosas hojas que cobijan las uvas; al humus compacto de nuestro suelo, las amarillentas arenas sembradas de esas lindísimas piedrecitas que hacen las delicias de los niños juguetones, y

que constituye serio tema de estudio para los hombres de ciencia.

Esto, en lo físico.

No era tampoco menor la diferencia en lo intelectual.

Las ideas siguen aquí muy diversas corrientes, de aquellas que durante tantos años me han llevado consigo.

En vez de molinos, se habla, aquí, de bodegas.

Ya no es la marca *cero* ó el *barleta*, ni el maíz blanco ó colorado, lo que da motivo á las conversaciones de comerciantes ó industriales: aquí se habla de cubas, de fermentaciones, de tipos francés ó amontillado, y de fuerza alcohólica, mostos, caldos, y otras voces, tan exóticas, como esas, para mis inacostumbrados oídos.

No se habla, ya, de bolsas y fanegas sino de bordalesas y litros; y en vez de vaciar en nuestras manos puñados de blanco y finísimo polvo, son copas chispeantes las que se presentan á nuestros ojos, desbordando de rojos ó dorados líquidos, que se acercan solemnemente á nuestros órganos olfatorios, para apreciar su aroma, se embocan y pasean amorosamente por el paladar, haciendo producir á la lengua deliciosos chasquidos, y se tragan suavemente, llevando al estómago un calor agradable, y al espíritu una fruición infinita, que lo reanima y alegra.

¡Bien haya Noé, el inventor del sabroso líquido, al día siguiente de la gran catástrofe del agua!

¡Era necesario!

La naturaleza, después de ahogar á los huma-

nos, hizo brillar el iris, como signo de alianza, y el primer hombre que salió del diluvio, escapado del agua, quiso compensar al mundo con la invención del vino.

Encontraba, pues, en Concordia, lo que iba buscando.

Un reposo para la mente fatigada por el excesivo uso de la inteligencia en un sólo orden de ideas.

Cambio de panorama; cambio de ideas; otros horizontes; reposo por la variedad de estudio.

Me dediqué, pues, con fruición, durante algunos días, á pasearme por las viñas, á conversar con los viticultores, á visitar bodegas, á probar caldos, mostos, vinos. . . ¡y hasta vinagres! y á acumular, en fin, en mi espíritu, datos nuevos ó para mí desconocidos, que me hacían confirmar, una vez más, en la idea que tengo del grandioso porvenir reservado á nuestra patria, una vez que sus hombres se convenzan de que no es la política, sino el trabajo, quien hará desaparecer la crisis y nos llevará por el camino de la prosperidad.

La relación de lo que he visto, y el estudio de lo que se refiere al presente y porvenir de la industria vitícola de Entre Ríos, formará, pues, el tema de algunas cartas, con que reanudaré mis interrumpidas conversaciones con mis antiguos lectores de *La Prensa*.

II

Concordia, Noviembre de 1891.

Hace poco más de tres años (en Julio de 1888) tuve la oportunidad de pasar un día en Concordia, recorriendo sus viñedos y visitando sus principales establecimientos industriales, de manera que al ver de nuevo hoy aquellos mismos viñedos, he podido darme rápida cuenta de los adelantos efectuados durante ese intervalo.

Consigné en aquella época mis impresiones en una carta que publicó *La Prensa* y que ocupa algunas páginas de mi libro “*Cartas de Viaje*”.

Releo aquellas páginas y encuentro que el tiempo ha confirmado con los hechos lo que entonces revelaba como esperanzas.

Pero hagamos una breve historia de la introducción de la viticultura en Concordia.

Ante todo, bueno es recordar que la vid, como los demás vegetales, necesita ciertas condiciones especiales de suelo y de clima para prosperar con éxito.

Desde hace muchos años, algunos antiguos viticultores europeos habían notado que el suelo arenoso y cubierto de piedrecillas de Concordia, parecía eminentemente apto para el cultivo de la viña.

A la cabeza de ellos, y como el introductor de la viña más adaptable para el suelo y clima de Concordia, debe citarse á un anciano agricultor, vasco francés, llamado Juan Jáuregui, más comunemente conocido por el nombre de Lorda, que hace

veinte y siete años, introdujo y aclimató en aquella ciudad las cepas de que provienen la casi totalidad de las viñas que se cultivan actualmente en Entre Ríos.

Esa viña, que es ya conocida por el nombre de su introductor, Lorda, fué plantada en mayor proporciones por el señor don Pascual Harriague, frènte á Concordia (en el Salto) en competencia con más de veinte clases de vides diversas, habiendo resultado la mejor de todas para el clima de Entre Ríos. Se cree que ella es el famoso Cabernet del Medoc.

Los buenos resultados obtenidos por el señor Harriague, animaron á los vecinos de Concordia para desarrollar entre ellos el cultivo de la vid, y varios progresistas vecinos, como los señores Oriol, Libarona, Paiz, Jurado y otros, empezaron á preocuparse seriamente de aquella nueva industria.

La viña Lorda había obtenido el triunfo, encontrándose en ella un tipo especialmente apto para el clima y suelo de Entre Ríos, que da un vino francés del género Medoc, que empieza á competir dignamente con los que produce la Francia.

Ya con anterioridad al año 1883, el señor don Anselmo Moulins poseía 25,000 pies de viñas; y en los años siguientes, hasta 1886, se hicieron grandes plantíos por Oriol y Soler (135,000 pies) Paiz, Libarona y Jurado (96,000) y por Bailina, San Román, Zorraquín y otros, llegándose en ese año á contar con 329,000 plantas en el sólo departamento de Concordia.

Llegado el año 1886, las pruebas quedaban hechas: se había adquirido la seguridad absoluta

de que el cultivo de la vid era un manantial de riquezas para Concordia, y que podría desde luego entrar en el período de la fabricación del vino.

Empezó el período industrial por la formación de la “Sociedad anónima de viticultura y fabricación de vinos y alcoholes” de Concordia, cuya gerencia se confió á la reconocida laboriosidad de don Mariano Jurado, y cuya inauguración, el 12 de Setiembre de 1886, dió origen á la publicación de un importantísimo informe de 162 páginas impresas, debido al distinguido y malogrado agrónomo Manuel Vazquez de la Morena, del cual tomamos algunos de los datos retrospectivos que figuran en estas cartas.

Hé aquí ahora, traducida en cifras, la escala del progreso que ha seguido en el cultivo de la vid el departamento de Concordia.

Los datos de 1883 y 1886 están tomados de informes antes citados; los de 1887 del Censo de agricultura y ganadería que se levantó en aquel año y en el que colaboramos; las del año presente son tomadas de varios informes recogidos por nosotros en Concordia mismo.

Desarrollo del cultivo de la vid en el departamento de Concordia (Entre Ríos):

Año 1883, 30 hectáreas cultivadas; 1886, 71; 1887, 132; 1891, 477.

Calculando, prudencialmente, que cada hectárea de viñedo tiene 4.500 plantas (cálculo de Vazquez de la Morena) resultaría que el número de viñas plantadas alcanzó á las siguientes:

Año 1883, 135.000 parras; 1886, 319.500 parras; 1887, 604.000 parras; 1891, 2.146.500 parras.

Se vé que los últimos años han sido de un progreso extraordinario, y que, en la actualidad, con 477 hectáreas cultivadas y con un número aproximativo de dos millones de parras, el problema de la producción de la uva está completamente resuelto, entrándose ahora al de la elaboración del vino.

Los principales propietarios que actualmente tienen viñedos en Concordia, y la extensión aproximativa de ellos son los siguientes:

Sociedad vitícola "La Industrial" 35 hectáreas; Paz, Libarona y Jurado, 50; Oriol, 45; Soler, 180; García, 8; Irigoyen, 50; Bailina, 18; Zorraquín, 8; Moulins, 5; Correa, 8; varios, 70. Total: 477.

La hectárea de viñas bien cultivadas y en plena producción da ó debe dar por término medio 30 bordalesas de 220 litros de vino cada una.

Los viñedos actuales de Concordia están todavía muy lejos de producir tan elevada cantidad, pues en la enumeración anterior están comprendidas muchas hectáreas de viñas recién plantadas, de uno y de dos años, cuya producción es muy corta todavía, pero, puede desde ya calcularse que, dentro de un par de años, los actuales viñedos de Concordia llegarán á aquella cifra, de manera que producirán:

Bordalesas de vino, 14,310; á 220 litros por bordalesa, litros 3.548,200.

El vino que actualmente se produce puede venderse á cuarenta pesos oro la bordalesa como un término medio prudencial, de manera que los viñedos de Concordia deben producir dentro de poco \$572,400 oro por año, ó sea mucho más de dos millones de pesos nacionales, al cambio actual.

Como se comprende dados los antecedentes expuestos, la producción de hoy es todavía muy inferior á esas cifras, pero ello basta para fomentar la industria vitícola, ya arraigada, prometiéndole un inmenso desarrollo para el porvenir.

XXX

LAS TRANSFORMACIONES DEL PROGRESO

UNA EXCURSIÓN Á LAS COLONIAS DEL OESTE

CINCO mil kilómetros de viajes bien aprovechados por entre el territorio de Santa Fé realizados de tres años á esta parte, y con objeto de estudio y propaganda, parece que debieran haberme curado de espanto, y agotado en mi espíritu, por excesivo derroche, el sentimiento de la admiración por los progresos realizados en nuestro suelo.

Pues nada menos cierto!

Cada nueva visita que hago á un territorio ya antes por mí conocido, es un manantial más de inagotable admiración, porque, no obstante conocer lo rápidamente que en materia de colonización y agricultura se marcha entre nosotros, los hechos superan siempre, aun á las más exageradas esperanzas!

Al campo! á las colonias!

Esa debe ser entre nosotros la voz de orden

para poner inmediato y eficaz remedio á la crisis económica.

A las colonias! repito; allí no hay crisis; allí se pagan ciento cincuenta pesos mensuales á un peón, para cortar trigo, y las espigadoras que el año pasado se vendían á mil doscientos pesos papel, son arrebatadas pagando por ellas hasta tres mil quinientos pesos.

¡Qué atmósfera de paz y bienestar, la que allí se respira!

Dichosos colonos; durante cinco días, no he oído hablar de política, ni de crisis, y sólo sí, he escuchado de centenares de colonos, palabras impregnadas de esperanzas, mientras que, unciendo dos ó tres pares de bueyes al arado de dos rejas, roturaban los vírgenes campos, para derramar en ellos abundante semilla.

No; no es posible que nuestros hombres de ciudad, dedicados á la lectura de periódicos ardientes; escuchando á cada instante los lamentos de especuladores arruinados y politiqueros sin rumbo, puedan formar una cabal idea del estado actual de las colonias de Santa Fé, con sus inmensos campos perdiéndose de vista en el infinito sembrado de trigo y lino, cubiertos de parvas ó de los frutos ya recolectados.

Colonos de tez tostada, de pesadas abarcas y robustos brazos, exponen sus ideas con palabras que demuestran una satisfacción legítima, porque la naturaleza ha recompensado espléndidamente sus trabajos.

Pero no anticipemos nuestras impresiones.

En 1887, para preparar los trabajos del censo de la provincia, la recorrí en toda su extensión y

estuve en la parte Oeste del departamento San Gerónimo, donde empezaban á fundarse las colonias Ortiz, Sastre, San Jorge, Josefina y muchas otras.

De la Ortiz y San Jorge, sólo existía el nombre, puesto por vez primera en el plano de Santa Fé publicado el año anterior.

En Sastre, había un rancho y unas dos docenas de gallinas, de las cuales me fué necesario matar una á revolver y pagarla en 3 pesos para tener que comer, porque su selvático propietario no quería venderla á ningún precio!

¡Ah! Se me olvidaba: había también unas cuántas planchas de fierro galvanizado y varios tirantillos de pino, con los cuales se trataba de levantar un galpón, centro y fundamento de la colonia en ciernes.

En torno se desarrollaba el espacio en toda su extensión, sin que la vista pudiera reposar, ni siquiera en un tallo de maíz.

Aunque con posterioridad á aquella fecha, he hecho muchos viajes por la provincia, no había tenido ocasión de volver por aquellos territorios.

Aproveché, pues, con agradecimiento, la oportunidad que me ofreció D. Emilio D. Ortiz, uno de los fundadores de aquellas colonias, para visitarlas, recorriendo, de nuevo, y en plena civilización, los campos que antes encontré desiertos.

Y para empezar con las asombrosas transformaciones que ha producido el progreso en sólo cuatro años, diré que el viaje hecho en 1887 por mí, se efectuó, en un breck tirado por dos caballos, y empleando varios días para llegar desde el Rosario hasta el centro de las colonias nombra-

das, mientras que en el que acabo de hacer fué necesario un estudio sobre el mapa, para decidir *por cual de las tres líneas férreas que allí convergen, efectuaríamos el viaje!!*

Ya vamos pareciéndonos á yankees injertados en Andaluces!

Hace cuatro años, casi teníamos que hacer el viaje al tranco!

Hoy, hay *tres ferrocarriles*, que desde la ciudad del Rosario, pueden llevar al centro de las colonias antes dichas.

En efecto: la línea de Buenos Aires á Sunchales, nos deja en Rafaela, donde hay un ramal á Josefina y San Francisco.

El ferrocarril de Córdoba á Rosario toca en Sastre.

El ferrocarril Central Argentino, tiene un ramal de Cañada de Gómez á las Yervas con estación en San Jorge.

Cómo se vé, la dificultad sólo está en la elección.

Para no equivocarnos, se resolvió por unanimidad de votos, que viajaríamos en las tres líneas: así conoceríamos todas.

El domingo 22 de Noviembre emprendimos, pues, la marcha: era de la partida el señor don José Dam, de manera que formábamos un terceto de gente joven y alegre, dispuestos á recibir las mejores impresiones.

Se decidió que tomaríamos, para empezar, el ferrocarril Central, y el ramal que va á las Yervas.

Este último que está recién en su tercer año de servicio, ha desarrollado prodigiosamente la colonización á su paso.

Las Rosas, que era apenas una estancia, cuando por allí pasé en 1887, es ya un pueblo con numerosos edificios, casas de comercio importantes, y centro de una gran zona de producción.

Carlos Pellegrini, es otra estación y pueblo, brotado, no al sonido del arpa de Orfeo, sino al silbato de la locomotora, deidad menos poética, pero más práctica que la mitológica.

A medio día llegábamos á la estación San Jorge, habiendo hecho en cinco horas, cómodamente, y atravesando una zona en que el trigo crece tan naturalmente como si fuese pasto, el trayecto que, en anteriores épocas, requería tres días . . . ¡y una escolta de caballería armada á remington . . . !

Habíamos cruzado una región, que tres años antes era de las más despobladas y yermas de la provincia, como consecuencia de la falta de medios de comunicación.

Hoy el ferrocarril atraviesa, puede decirse, una faja de tierra cultivada á ambos lados, hasta perderse de vista en el infinito.

San Jorge, es ya una colonia completamente formada, que tiene en su centro un importante núcleo de población.

Varias casas de comercio, surten al vecindario de todo cuanto se necesita para la vida del colono y algunos grandes depósitos, hacen comprender que se ha llegado á un centro notable de producción agrícola.

De allí y tomando un breck, nos trasladamos al establecimiento Las Yervas, que linda con la colonia y que se encuentra á su vez colonizado.

Las Yervas, tiene su historia.

Por aquellos alrededores se encuentra el Que-

bracho Herrado, célebre en los fastos de nuestras guerras civiles, por la sangrienta batalla en que las fuerzas de Oribe derrotaron por completo los últimos restos del ejército libertador que mandaba Lavalle; en Las Yervas, hay varias lagunas, que eran en los pasados tiempos el centro de convergencia de las invasiones de los indios, que acudían á su derredor para dar agua á sus caballos y preparar sus malones. La tradición refiere que hay por allí grandes entierros de huesos humanos, resultado de encarnizados combates que la civilización libraba con la barbarie.

Hace solamente doce ó quince años que se estableció por allí la primera población.

Aquellos fueron campos de don José María Cullen y otros, que hicieron una pieza de altos en cuyo derredor se levantaron algunos ranchos de paja.

Ultima población avanzada en el desierto, la vida era allí un continuo peligro.

Hoy, de todo aquello, solo quedan los recuerdos.

La pieza de altos ha sido conservada por su actual propietario, señor Ortiz, pero grandes edificios construidos en su derredor, hacen de aquel establecimiento una agradable y cómoda mansión.

El progreso, como una mágica varita de virtud, todo lo transforma.

Aquellos campos que hace cuatro años eran todavía yermos desiertos, forman ya un centro agrícola importante, en que hay cultivadas 570 cuadras de trigo, 600 de maíz, 400 de alfalfa, 40 de cebada y en que se hacen sólidos ensayos de tártago y viñas, de que hay plantadas cinco cuadras

Aquel campo que háce cuatro años, no tenía

más que cinco ó seis habitantes, posee ya más de cien, y están en función diez máquinas espigadoras, sesenta y siete arados de una y dos rejas, y más de quinientos bueyes sirven para labrar la tierra.

Pero, lo que hay de más notable, lo que llama verdaderamente la atención de los que visitan estas colonias, es el convencimiento del bienestar de que disfrutan sus habitantes.

·En ellas no hay crisis.

En ellas, sobra el trabajo para todos los hombres de buena voluntad, para las mujeres y aun para los niños.

Una familia compuesta de uno á dos hombres de trabajo, mujeres y niños, obtienen sin más que pedirla, una concesión ó dos de tierra para trabajarla, á medias de utilidades; á más una yunta de bueyes y un arado á préstamo.

Para las primeras necesidades de la vida, se les vende al fiado, á pagar con la cosecha, carne, galleta, etc.

Esa familia, sembrando una ó dos concesiones (veinte ó cuarenta cuabras), ya sea de trigo ó de lino, obtiene en el primer año una ganancia suficiente para servirle de poderoso estímulo, y en tres ó cuatro años puede hacerse propietaria de sus concesiones, de los bueyes, del arado, y establecerse definitivamente.

En esas condiciones se encuentran en todas estas colonias millares de familias, arrancadas de la miseria y de la vagancia de las ciudades y convertidas en otros tantos elementos de progreso y de producción.

Conocidos estos hechos, no parecerá ya tan asombroso que haya trigo bastante para costear

el movimiento de las numerosas líneas férreas que se entrecruzan actualmente por las colonias del Oeste, produciendo una red difícil de conocer.

Pero que mi entusiasmo no sea á costa de la paciencia de mis lectores. Basta por hoy. Ya tendré ocasión de continuar explicando la transformación que ha operado el progreso en los territorios de Santa Fé.

Rosario, Noviembre 27 de 1891.

XXXI

IMPRUDENCIAS LEGISLATIVAS

LAMENTACIONES DE UN MINISTRO DE HACIENDA

Es sabido que todas las desgracias políticas ocurridas en nuestro país tienen como base infalible, desórdenes en la administración de sus rentas.

No hay acontecimiento luctuoso que, en su origen, por lo menos, ya que no en todo su proceso, no tenga por causa un error económico, cuando no son verdaderos errores cometidos á sabiendas, y contra el tesoro público, por los encargados de administrarlo, ó por los que lo rodean.

Si alguna duda se presentase al espíritu, no tenemos más que abrir las páginas de nuestra historia, y allí, en cada una de ellas, encontraremos, desgraciadamente, la confirmación de esta dolorosa verdad.

Sea que no estemos bastante preparados para la vida ordenada de la administración, sea falta de unidad de acción en los hombres que forman los gobiernos; sea poca práctica en el manejo de la cosa pública, ó sea por último el natural desorden

que causa la vertiginosa rapidez de los cambios ministeriales y políticos, que hacen imposible la formación y continuación de un plan económico cualquiera, es una verdad, pero verdad dolorosa, que el desorden es el estado normal de las administraciones rentísticas de la Nación, provincias, bancos oficiales, semi-oficiales, municipalidades, y en fin, de toda cuanta institución no es administrada directamente por sus propios dueños.

Sirva este largo introito de preparación necesaria para excusar las reflexiones que nos ha sugerido, hace media hora, la lectura de un proyecto de ley presentado ante una legislatura de provincia, por uno de sus miembros.

¿Cuál es esa legislatura?

¿Cuál es ese proyecto?

¡No importa conocer esos detalles!

El caso es igualmente aplicable á Buenos Aires que á Salta; á la Nación, que á la Municipalidad de Chascomús.

Se trata de un vicio orgánico en la administración de los intereses económicos de la República Argentina, y tan aplicables son estas ideas á una provincia, como á la Nación, como á todas ó casi todas las municipalidades existentes.

Me refiero al desorden con que entre nosotros, se dan las autorizaciones, y aun órdenes, para efectuar toda clase de gastos, sin tener nunca en cuenta cuáles son las entradas.

Me refiero al desorden con que ministros, diputados, senadores, concejales, proponen nuevos gastos, después de que, sancionados los presupuestos de sus respectivas administraciones, no hay ya un centavo disponible para nada!

Se reúnen, en efecto, los legisladores ó administradores de una colectividad cualquiera, y, después de unos cuantos meses de *madrados* ó *verdes* estudios, sancionan una ley ú ordenanza, fijando el presupuesto de gastos y cálculo de recursos de sus respectivas administraciones.

Preñando, ahora, de los errores estupendos de apreciación que se suelen hacer, (de buena ó mala fe) para presentar presupuestos balanceados, ó con halagüenos superavit!

Eso, es lo de menos.

Se calculan los gastos, en lo que se cree necesario, procurando cada cual, sacar la mayor tajada posible, para su respectiva administración: por lo general, mientras se discute el presupuesto, los legisladores ó municipales, andan continuamente rodeados de una banda de cuervos, cada uno de los cuales (todos con muy buenas razones) pretenden que se les aumente el sueldo, que se les den pensiones, que se les acuerden subvenciones, etc., etc., etc.

¡Ya está hecha la gran obra!

¡Ya hay presupuesto de gastos!

¿A cuánto asciende?

¡Eso es lo de menos!

Diez mil pesos.

Cien mil pesos.

Un millón, tres millones, etc., etc., según la administración de que se trata.

Pero ¿de dónde salen esos gastos?

¡Aquí empiezan los dolores!

¡Aquí empiezan, también, los errores económicos!

Se calcula, más ó menos, para balancear las cifras, y si hay errores, todo se remedia con agregarle un cero al presupuesto de entradas!

Los gastos, por ejemplo, son tres millones, y las entradas dos y medio millones.

Pues bien: con aumentar, á ojo, y descomunadamente, todas las partidas, hasta hacer tres millones, de dos y medio, queda resuelto el gran problema económico.

El que venga atrás, que arrée.

¡Por fin, la grande obra está concluída!

Ya tenemos presupuesto de gastos.

Ya hay, también, cálculo de recursos.

Cero más ó menos; superavit que al fin del año se convierten en déficit, pero sea como fuere, ya hay presupuesto.

Parece que, desde aquel día, se empezára á descansar; y que, un ministro de hacienda, cualquiera, un administrador regular, como hay un regular sastre y un regular zapatero, que, clavo más, clavo menos, á riesgo de callo más ó menos, nos da un par de zapatos; un ministro cualquiera, digo, se ajuste á la ley, y marche pasablemente, cubriendo con las entradas presupuestadas los gastos idem.

Y, esto, así mismo, de ese mismo modo, es lo que debiera suceder, so pena de que, escaseando tanto en la tierra, las grandes lumbreras financieras, como en los cielos las estrellas de primera magnitud, no fuera posible ninguna administración rentística ordenada, porque no es de suponer que esas lumbreras, estén repartidas de á una ó dos en cada pueblo, para emplearlas en cuantas presidencias de Municipalidad, intendencias, ministerios

de provincia y de nación, etc., etc., hay en la República—¡de á lumbrera por puesto!

El día en que se ha sancionado el presupuesto de la municipalidad, provincia, Nación, banco, ó lo que sea, ese día principian las enmendaturas, que consisten—¡todas!—en agregados de gastos.

Ese día, la Municipalidad se convence de que su secretario tiene poco sueldo, y se lo aumenta.

De que los empleados, no bastan para llenar el enorme trabajo que tienen que desempeñar, y se crean nuevos empleos.

De que la ciudad está á oscuras, y hay que aumentar los faroles.

De que... ¡la mar!

Si se trata de una provincia, la cosa pasa por igual, pero en mayor escala.

Si de la Nación, ya sabemos que, un ministro, con las más santas intenciones, se gastó toda la plata de un empréstito recién contraído, para obras públicas, en comprar acorazados y cañones!

Pero....

(¡Hay un *pero* como un ombú!)

Pero... ¿Con qué plata se pagan todos esos gastos extraordinarios?

.....
¡Nadie piensa en ello!

.....

No conozco en mi larga vida de periodista, ni en mi corta vida de funcionario, ni siquiera un solo caso en que uno solo de esos legisladores que, por quedar bien con su amigo, ó con la esposa de su amigo, ó con su pueblo, ó con un caudillejo de aldea, ó con el marido de su cocinera, ó con su tía, ó con su abuela, proponen una pensión más,

un aumento de sueldo más, ó un gasto cualquiera, diga, al mismo tiempo: para pagar este exceso de gastos, se crea este exceso de recursos!

Eso ¡cuando!

Todos están muy prontos para conceder!

Todos, muy caritativos para dar la pensión á la pobre viuda de su particular amigo; para aumentar el sueldo del portero, que ceba muy bien el mate; ó del comandante, que lo obsequió perfectamente cuando fué á pasear á su estancia; ó para mostrar su cariño á su ciudad natal, con la realización de una obra pública, muy importante y reclamada por el servicio, pero

¿Con qué se paga?

¡Nadie piensa en tal cosa!

¡Ah!

¡Me equivoco!

¡Sí!

¡Sí; dan una renta, y arbitran un importante recurso para ello.

¡ De rentas generales, dicen!

¿Y cuáles son esas rentas generales?

¡Las mismas que, desde hace un día, ó un mes, están ya afectadas á los gastos generales de la administración, con arreglo á la ley especial del presupuesto!

¡Y el que venga atrás que arrée!!

Yo sabía, hace tiempo, que las vacas, parían.

Ahora, es forzoso convencerse, de que los presupuestos, deben encontrarse en igualdad de superreproducción!

Ellos, están obligados, por orden de los legisladores, á multiplicarse á medida que los gastos se multiplican.

Traducimos estos datos, á lenguaje aritmético:

Presupuesto de <i>entradas</i>	\$ 3.000,000
Presupuesto de <i>gastos</i>	„ 3.500,000
Superavit (no es error).....	\$ 500,000

Es decir, que, al desgraciado Ministro de Hacienda, le ordenan gastar tres millones y medio, le dan para esos gastos tres millones, y le agregan: ¡hay medio millón de superavit!

Pero, no hemos concluido.

Ese es el presupuesto *sancionado*.

Al poco tiempo empiezan las leyes especiales:
Creación de nuevos empleos..... \$ 100.000

¿Con qué se pagan?

La ley lo dice: de rentas generales.

Aumentos de sueldos..... \$ 100.000

¿De dónde sale la cera para esas velas?

¡De rentas generales!

Obras públicas (todas muy necesarias).

Se votan para ellas..... \$ 200.000

¿Con qué se pagan?

¡De rentas generales!

Y las rentas generales, elásticas al infinito, deben estar como los conejos en Australia, multiplicándose continuamente para dar abasto á todos esos gastos fuera de presupuesto, y fuera de toda entrada racionalmente calculada.

Ahora me explico, por qué es que en nuestra larga vida de nación independiente, hemos tenido grandes hombres, en todo, menos en finanzas....

Como guerreros, el mundo nos envidia á San Martín y á Paz.

Como jurisconsultos, á Velez y á García.

Como grandes políticos, á Moreno y Rivadavia.

Hemos tenido poetas como Mármol y Andrade, historiadores como Funes y Mitre; literatos como Lopez y Juan María Gutiérrez; oradores como Rawson, Avellaneda y Zuviría; caudillos como Lopez y Urquiza; gobernantes como Pueyrredón y Sarmiento; lo único que no hemos tenido nunca, es ministros de hacienda.

.....
¿Será que la naturaleza ha negado á la República Argentina, lo que concedió á la Francia, con Sully, Richelieu, Mazzarino, Colbert, Turgot, etc. Lo que concedió á Inglaterra, con los Pitt, los Palmerston, etc. etc.?

Lo que ha dado á toda Europa, con centenares de hombres prudentes, que han equilibrado y mantenido los presupuestos con toda regularidad en muchas naciones?

¡No!

¡De ningún modo!

Es que somos nosotros mismos, los que con nuestras locuras hacemos imposible toda administración ordenada.

Es que cada uno de nosotros, los argentinos, nos constituimos en los enemigos, á muerte, de todo hombre honrado y de orden, que, por una equivocación de la fortuna, llega á escalar un puesto que merece: no hay ejemplo de que la prensa, ni las legislaturas, ni los pueblos, hayan ayudado jamas, á un ministro de hacienda de la nación ó de las provincias.

Todos les han exigido lo imposible: les han exigido, que con entradas de un millón, paguen dos millones, y que satisfagan las aspiraciones de todos los buitres y rasgas que rodean la hacienda

pública, considerada como bienes de difunto, como *res nullius*, en que se puede honradamente meter la mano vacía, y sacarla llena!

Es que no es posible la existencia de un ministro de hacienda, que cumpla un plan financiero cualquiera, porque antes de cumplirlo lo cargan con el peso de gastos imposibles, y le exigen que pague á todos, y que no cobre á nadie!

Es que los ministros de hacienda, son las cabezas de turco, destinadas á sufrir los puñetazos de todo el mundo, y se encuentran, como los mártires en el circo, abandonados á todas las fieras, porque no hay proyecto, ni ley, ni idea en la administración, que no tengan por fin, mediato ó inmediato, un zarpazo á la hacienda pública.

Si el ministro concede, se le llama inepto ó ladrón, ó protector de ladrones, y acaba por caer en medio de la rechifla de todos, porque las arcas del estado terminan por quedar vacías, y no puede cumplir los compromisos contraídos.

Si niega, se hace odioso, tiene en contra á toda la prensa, manejada ó instigada por los heridos ó por las manos de aquellos cuyas uñas ha cortado, y tiene en contra á las cámaras, á cuyos proyectos tiene que oponerse; á los empleados, cuyos sueldos no puede aumentar; á los contratistas, cuyas proveedurías rabonea, y á aquellos á quienes devuelve los zapatos contratados, porque tienen suelas de cartón, en vez de cuero, ó porque entregan harina mohosa, en vez de galleta fresca.

Tiene en contra al poder judicial, á cuyas regulaciones enormes, en favor de abogados y procuradores, tiene que oponerse; tiene en contra, en fin, á todo el mundo, hasta que acaba por caer . . . para

que venga otro que, en cuatro días derroche las economías que haya podido efectuar y pague su popularidad, con el dinero del pueblo, hasta que se le agote, y salte del puesto, dejando un presente griego á su sucesor y ¡se repite indefinidamente el mismo espectáculo!

Solo uno, entre los hombres, pudiera ser buen ministro de hacienda, siguiendo este sistema:

¡Moisés!

¡Moisés, que con su vara, hiciera brotar oro de las peñas, ó que hiciera llover maná de libras esterlinas! . . .

Como todo hace suponer que el gran legislador no dejará la eternidad para venir á manejar nuestras finanzas, tendremos que resignarnos á verlas marchar mal, porque, en cuanto á que nuestro pueblo, y nuestros legisladores, cambien de su sistema . . . ¡no hay que esperar! . . .

¡Y si no hay que esperar! ¿para qué escribe Vd.? podrían preguntar mis lectores.

Hombre, escribo por la misma razón porque lanza un grito aquel á quien le pegan un fuerte pisotón.

¡Porque me duele!

PARTE SEGUNDA

VERSOS

DISCULPA

Publico estos versos, entresacados de los muchos que he escrito, y no obstante su poco valor, porque, habiéndome permitido hacer un libro de MIS COSAS, él quedaría incompleto si faltára este reverso, de mi medalla de pro-sista y estadígrafo.

Son tan pocos los santafesinos que han hecho versos, que han cantado á su ciudad natal, y que han procurado traducir ó imitar á los clásicos antiguos, que me parece no daña que á su número, se agregue uno más.

Por último, después de haber publicado doce ó quince volúmenes, y más de mil artículos sobre estadística, comercio, agricultura, geografía, etc., creo que he conquistado, bien, el derecho de solazarme recogiendo flores de las laderas del Parnaso, aunque resulte, que á veces, me espine con abrojos.

I

CANTO

AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Leído en la Conferencia Literaria del Ateneo del Rosario,
de Octubre de 1882.

Sobre el peñasco rudo
Que de Hércules partir la fuerza pudo
Y el Océano y el Mar con furia baten,
Vela un hombre de pie: los aquilones
Las blancas hebras de su sien combaten,
Mas su frente serena y su mirada
Perforando del mar el Infinito,
Contempla, cual fantásticas visiones
Surgir un mundo en la extensión salada.

Brilla el astro del día
Acercando su disco al Occidente,
Y al apagar su fuego en el Océano
Lanzó sus rayos, que en la augusta frente
Tocaron, del anciano.

¿Do vas? ¡Oh Sol! Tu luz tus esplendores
La llama intensa que tu dardo vibra,
La potencia creadora que se esconde
De tu rayo sutil en cada fibra,
Y que ahoga la mar, se van, ¿á dónde?

Así, por vez primera
A la mente acudió del gran marino
La idea lisonjera
De arrebatarse secretos al destino;
Mas el fuego del sol, hirvió los mares,
Y elevando montañas de vapores
Apagó los celestes luminares,
A los vientos llamó, con sus horrores,
Tejió las trombas, fulguró los rayos,
Y los lanzó al peñasco carcomido,
Que cayó derrumbado
Con siniestro gemido
Del genio ahogando el pensamiento osado.

El hermoso jardín de la esperanza
Siete veces brotó la siempre-viva
Mostrando, de la bruma en lontananza
Surgir resplandeciente
Cubierta de oro y nácares y perlas
La Ninfa de Occidente,
La palma de victoria
Ofreciendo riente
Del gran marino á la inmortal memoria,
Mas el horror profundo
De amargo desengaño
Derramando la nieve año tras año
Secó la flor de la esperanza: un mundo
A los pies de los Césares ponía
Y el que un mundo soñaba
Amargo el pan, de caridad, comía!

Rota en pedazos la morisca luna
Del Alcázar soberbio entre la losa,
De la grande Isabel, al pie yacía,
Y el estandarte de la cruz gloriosa
Tremolaba en las torres de Granada.

La Ninfa misteriosa
Contempló el estandarte enajenada,
Y mientras en dulcísimo beleño
La Católica Reina se dormía
Arrullada por cantos de victoria,

Infundióle, radiosa, en un ensueño
La visión inmortal de su alta gloria.
Despierta, y á las sienes
Llevando altiva la potente mano,
Desciñe, firme, la real corona
Que arroja á la balanza del destino.
Ella un mundo pesaba!
Y ruta inmensa al pensamiento humano
A través de los mares señalaba.

Partió Colón, y en pie, sobre la prora
De veloz carabela que mecía
Del hondo mar la tremulante espalda,
El país de la aurora
Dejando entre la bruma
Hacia el lecho del sol se dirgía,
Dividiendo las olas de esmeralda
Surcos dejando de revuelta espuma.

Las deldades del mar se estremecleron
En sus cavernas hondas,
Y á su llamado, rápido acudieron
Tornados y ciclones
Revueltos en confuso torbellino,
Para hundir al audaz, que denodado
El grande arcano á debelar les vino.

El Titan encerrado
De la profunda tierra en las entrañas,
De su bajel sintió la pesadumbre,
Que contempló asombrado
Romplendo las montañas
Y elevando á la cumbre
Del árduo Tenerife
La monstruosa cabeza, coronada
De penachos de llamas y de hoguera,
Menos ardientes que el rabloso encono
Que su alma desespera
La paz del reino, secular, turbada
Al ver, desde su trono.

¡No llegarás! dijeron
Las deidades del mar, y los arcanos
Que alumbró el sol, cuando la Europa, muda
Se sumerge en el manto de la noche,
Eternos quedarán á los humanos!

Teíde sacude su feroz melena,
Lava á torrentes de su cuerpo suda,
Y el resplandor rojizo
Iluminando, inmenso, el horizonte
De un sangriento claror los alres llena.

Los bajeles temblaron
Al impulso del mar, y estremecidos
Al horrible presagio, levantaron
Hasta el cielo confusa gritería
Los míseros marinos

La soledad ignota se extendía
De la prora tajante
Mostrando el infinito hacia adelante,
Y el corazón medroso
Contemplando el abismo pavoroso
Muertes y horrores por doquier veía.

De la tierra, del mar, y de los cielos
Los genios y deidades acordaron
En un remoto día,
Infundir al ímán chispa sublime
De aquella celestial sabiduría
Que al universo su derrota imprime.

Sintió la aguja su virtud divina,
Y hacia el Norte, anhelante
Recorriendo los grados
Del celeste cuadrante
El austro polo hacia la estrella inclina,
Mas los dioses del mar, tejen del odio
Y de la envidia que Colón provoca,

Atmósfera letal que la rodea,
Trémula gira, vacilante ondea
Y la aguja, vencida, queda loca!

Desde el remoto polo
La misteriosa estrella la llamaba,
Mas, respirando solo
El veneno del odio, no escuchaba.
Convierte el rumbo luego
Hacia el peñasco que el Titan levanta,
Para ahogar en abismos de agua y fuego
Al genio colosal que lo humillaba.

El equipaje, atónito
Contempla la asombrosa maravilla,
El desquiclo del mundo, las estrellas
Indicando otro Norte, los imanes
Trastornando las huellas
Que en las ondas marcáran los bajeles,
Y dominado de terror inmenso,
El hacha de abordaje y el cuchillo
De Colón en la frente
Hicieron centellear con torvo brillo.

El marino se lanza
Y con robusta mano el gobernalle
Asiendo con pujanza
La nave impele donde
Entre nubes de gualda el sol poniente
Su disco rojo entre la mar esconde.

Sucede al claro día, noche oscura,
Mas se enciende del mar hacia lo lejos
Una antorcha fugaz, cuyos reflejos
Su mente llenan de sin par ventura.
Esa antorcha los siglos ilumina
Divide las edades,
Y de Colón en el gigante genio
Derrama inextinguibles claridades.
Esa antorcha, es América, naciente,
Como Vénus, del mar y las espumas.

Una chispa de púrpura y nacar
De oro y záfir brotaba en Oriente,
Y tocando radiante su frente
El espacio ilumina en redor.
Las tinieblas se ahuyentan, renace
A su tibio calor, claro el día
Y se cubre de luz y armonía
La natura, al nacer de aquel sol.

¡Es el doce de Octubre! Las naves
Desplegando las velas, ligeras
Toman puerto, llevando altaneras
El sublime pendón de la cruz.
Las bombardas saludan al mundo
Que le entrega Colón á Castilla,
Y el marino, al doblar la rodilla
Se corona de fúlgida luz.

Las palmeras, sus copas bajaron,
Los laureles, sus ramas tejieron,
Y las nubes en torno cñieron
A Colón una aureola inmortal,
Y de América el genio fecundo
Empuñando el cincel de la gloria
En las hojas grabó de la historia
Su Gran Nombre con luz celestial.

La Europa, en tanto, que turbada, mira
La horrible soledad del mar Atlante,
Ansiosa, y anhelante
Rebusca en sus orillas
De sus náufragos buques las astillas.

Colón despliega el anchuroso lino
Y su leño dirije
Hacia el país de la rosada aurora,
Mas el buque, cargado
Del misterio á los mares arrancado,
Del arcano profundo,
Cruje y vacila, porque lleva un mundo.
¡Un mundo en una astilla!

¡No gozarás! Le dicen
Las deldades del mar, de tu victoria,
Y pues tu genlo te arrancó al abismo,
Aquí perecerán, con tu memoria
Hasta el recuerdo de tu nombre mismo!
Y pues que debes el alto arcano
Junto con él, te tragará el Oceano!

Los contrapuestos vientos desataron ;
Las trombas y tifones
Hasta el cielo las olas levantaron,
Y de fuego en cascadas
Las sulfurosas llamas despeñadas,
Iluminaban el horrendo cuadro
Del trueno al son violento
Mientras rugía embravecido el viento.

La nao se estremecía,
Y cargada del peso de su gloria
Con su arcano, en la mar, lenta se hundía.
Envuelto en sierpes de su ardiente lava,
Del huracan inmenso de su odio
Teíde, hacia Colón, baja llevado,
Y gozando del genlo en la agonía,
Así le dice, con el rostro airado:

Mil siglos, al confin de las naciones,
Guardando estuve los ignotos mares
Que á las selvas umbrías y jardines
Perfumados de aromas y de azahares
De la virgen del mundo conducían.

Los marinos de Tiro y de Cartago
Y cien generaciones
De nautas atrevidos,
Quedaron á mis plantas confundidos,
Y pues, tu solo, osado
Arrancarme pudiste
El secreto de siglos ignorado,
Contempla, ahora, el tenebroso y triste
De tu menguada gloria, resultado:

Mira á la Guerra : su sangrienta tea
Esparce de la América en los campos
Su rencorosa luz : al alre ondea
El pendón de la lucha fratricida,
Y la mísera espalda del esclavo
Al crujido del látigo verdugo

Roja sangre gotea.

Mira los pueblos, bajo el duro yugo
Los carros arrastrar de sus tiranos,
Y verter, en sacrílega pelea

Noble sangre de hermanos.

—
Mira el hambre, la peste, los volcanes,
Y hasta la misma tierra estremecida,
Destruir del hombre la fugaz morada.
Para hundirlo al abismo de la nada.

—
Esa es tu obra, ¿y sabes
Que recompensa te prepara el hombre?
Mira la envidia oscurecer tu nombre
Y AMÉRICA llamar al mundo tuyo;

Mírate empobrecido

Mendigando una chispa de justicia
Desde el oscuro seno del olvido
A los que diste imperio dilatado

Do el sol jamás se pone,

Y en consuelo á tus penas

El mar de que triunfastes atrevido

Mañana cruzarás aprisionado

De bárbaras cadenas !

—
Mientras así, Teíde, rencoroso,
En medio á la tormenta
Horrible un porvenir le presagiaba,
El cálz doloroso
Colón, hasta las heces, apuraba,
Y una lágrima ardiente
Cayendo entre las olas
Aumentó de las aguas la amargura.

De los vientos romplendo la espesura
Surge un ampo de luz esplendoso
De las remotas playas de Occidente,
Y la Ninfa de América, tiernísima
Un beso imprime en la angustiada frente
Del Inmortal Colón; á su dulzura
El fuego renació de la esperanza,
E interrogando con mirada hondísima
A la Ninfa, esperó: con voz sonora
Que los vientos acalla, así á Tefde
La Virgen se dirige:

Huye, le dice, tenebroso mónstruo,
Tu secular Imperio, derrumbado
A los pies de Colón, está postrado.

Tornados y ciclones
Huracanes y trombas bravecidas,
Para siempre volved á las guaridas.

Y tú, Zéfiro alado
Con las ligeras brisas de concierto
Lleva la nave al anhelado puerto.

Torna luego á Colón: contempla: dice:
Y del cielo en la bóveda estrellada,
Vé del futuro en letra diamantina
La historia por los ángeles grabada:
Como un gigante que en el mar se tiende,
La cabeza de hielos coronada,
La cintura, del fuego
Del Ecuador ceñida
Y la planta en el polo sumergida,
Así, Inmensa la América se extiende.

El anchuroso mar se cubre luego
De infinitos bajeles,
Y de Cabral, Solís y Magallanes
A la vista, entre sábanas de espuma
Velando el sol con sus risueñas frondas,
Nuevos países surgen de las ondas,
Y pedestal haciendo de su gloria

Digno, tan solo, de las almas grandes
Vé desde el Istmo de Darien, Balboa
Dos mares á sus pies, besar los Andes.

Libra el mundo, vencido,
De su esférica forma los secretos,
Se encorva, ante su nave, el Oceano
Y, rumbo al Occidente, llega Elcano
Hasta el remoto punto de partida.

El imperio grandioso Mejicano
Domeña de Cortés el alto esfuerzo,
Y el país de los Incas
Que el sol veneran bajo templo de oro,
Por Pizarros y Almagros conquistado;
Y el rocalloso Chile, al Sur dilata
De los hispanos reyes el tesoro.

Corta Mendoza, el anchuroso Plata,
Y á la voz prepotente
De Garay, que los siglos aún domina,
Se levanta esplendente
La risueña metrópoli Argentina.

Surgen naciones que la gloria cantan
Del genio á quien le deben la existencia;
E infinitas ciudades se levantan
Llenando la pradera
Que ignota soledad poco antes fuera.
El genio de los hijos
De la virgen América, arrebatada
El rayo de los cielos
Que á su capricho en las cavernas ata,
Y en las férreas calderas
El agua evaporada condensando
A las naves impele, que ligeras,
Van de los vientos el furor burlando.

¡Esas tus glorias son! replite entonces
La Ninfa Americana al gran marino,
Tú, con tu historia, los espacios llenas,
Mira: la mano de la ciencia, vino,

Descolgó de tu lecho las cadenas,
Las sumergió en el piélago profundo,
E infundiéndoles chispa de tu gloria,
Eléctrica voló de mundo á mundo.

Esas tus glorias son: calló la virgen,
Sopló benigno el bonancible viento,
Y muy luego, Colón, alborozado
Cuando al puerto llegó, subió radioso
De la inmortalidad al alto asiento.

NOTAS

1. Sobre el peñasco rudo
Que de Hércules partir la fuerza pudo
Y el Océano y el Mar con furia baten.

Se refiere á Gibráitar, etc., antiguamente conocido con el nombre de las Columnas de Hércules, y que era el término del mundo conocido por los antiguos; por consecuencia, el océano y el mar, son el Atlántico y el Mediterráneo, en cuyos límites se supone á Colón contemplando el sol poniente.

2. Y el que un mundo soñaba
Amargo el pan, de caridad, comía,

Es conocido el hecho de que Colón, recién llegado á España, se acercó á pedir pan al convento de la Rábida.

3. Desciñe, firme, la real corona
Que arroja á la balanza del destino

Siendo histórico el sublime rasgo de Isabel, que ofreció empeñar sus joyas para adquirir los buques que Colón pedía, el autor ha procurado recordar el hecho, evitando la palabra *joyas*, que está repetida en cuantas composiciones análogas existen.

4. Teíde sacude su feroz melena
Lava á torrentes de su cuerpo suda

La erupción del volcán de Tenerife, cuando Colón iba al descubrimiento, causó grande terror á los marineros. La personificación del pico de Teíde, en un Titan que se opone al viaje, idea bellísima de Comoens, se presen-

taba aquí de una manera natural. Adamastor, es una ficción poética; Teide y la erupción del volcán, son realidades históricas.

5. El austro polo hacia la estrella inclina

En el pasaje que se refiere á la observación de la declinación de la aguja magnética que fué Colón el primero en conocer, las necesidades del ritmo, nos han obligado á usar el término científico *austro polo* ó *polo austral*, aplicado á la parte de la aguja que se dirige al Norte. Son conocidas las razones científicas de este aparente error de vocablo.

6. Esa antorcha, los siglos ilumina
Divide las edades

El grito de ¡TIERRA! que anunció el descubrimiento, está tan repetido en toda clase de trabajos literarios, que hemos preferido referirnos á la antorcha ó luz, que vió Colón en la noche del 11 al 12, y como la fecha del descubrimiento creó una nueva era en la historia del mundo, mucho más importante que la de la toma de Constantinopla para la división de la edad media de la moderna, hemos podido decir con rigurosa verdad histórica, que esa luz **DIVIDE LAS EDADES**.

7. Aquí perecerán, con tu memoria
Hasta el recuerdo de tu nombre mismo

En las horribles tempestades que sufrió Colón á su vuelta, después del descubrimiento, su mayor temor era un naufragio que ahogara en el misterio su grande hazaña, y fué para evitarlo que discurrió el arrojar al mar, dentro de un tonel, y empaquetada convenientemente, una carta-noticia dando cuenta de su viaje.

8. Descolgó de tu lecho las cadenas

Al suponer que el genio de los hijos de América (que con Franklin descubrió el para-rayo, y con Morse el telégrafo) descuelga del lecho de Colón las cadenas, para cruzar con ellas el Atlántico tendiendo el cable eléctrico, el autor se refiere á las cadenas con que Colón fué aprisionado, y que, según la historia, conservó colgadas á los pies de su lecho hasta el día de su muerte.

9. Y en las férreas calderas
El agua evaporada condensado
A las naves impele...

Al recordarse los grandes descubrimientos de los americanos, que la Ninfa de América hace ver á Colón como resultados de su descubrimiento, debe tenerse presente que el americano Fulton es generalmente considerado como el inventor de los buques á vapor.

II

AL ROSARIO

(MI CIUDAD NATAL)

Del Nuevo Mundo en la mitad que dora
Desde más alto con su luz el sol,
Hay una tierra que natura adora,
Do con mano fecunda y seductora
Sus galas todas con amor vertió.

Un mar inmenso ante su orilla late
Que en las rocas hirviente va á estrellar,
Y en sus riberas murmurando bate
En gigantesco y eternal combate
Do vencido, revienta en duro afán.

Grandiosos ríos de argentinas ondas
Que al mar arrojan su caudal sin fin,
Regando besan sus eternas frondas,
Y entre sus bosques y sus selvas hondas
Ve el sol sus rayos con rubor morir.

Altivas se alzan escalando el cielo
Coronadas de níveo resplandor
Sus excelsas montañas, que del suelo
Los picachos oculta el denso velo
De parda nube que sus pies ciñó.

De sus faldas arranca la llanura
Mayor, tan solo comparable al mar,
Y su infinita solitaria anchura
Matizada de flores y verdura
Dulce alimento á sus ganados dá.

Y en su confín lejano se levanta
Seren y majestuoso el alto ombú,
Mudo testigo que miró á su planta
Tantos siglos nacer, morir, y tanta
Generación pasar cual flébil luz.

Es esa tierra del creador amada
La patria de Dorrego y San Martín,
La Argentina República afamada,
Donde esgrimieron la fulgente espada
Que el astro de los Incas vió lucir.

Y de sus ríos á la fresca orilla
Se alzan henchidos de vital ardor
Cien lindos pueblos, do argentada brilla
En la noche, la luna sin manchilla,
Sus claros rayos de mañana el sol.

Y entre todos, sereno y altanero
A la margen del hondo Paraná,
Desafiando las iras del Pampero,
Como brilla en los cielos el lucero
El ROSARIO se ostenta sin rival.

En sus altas barrancas reclinado
Que parece abrazára con amor,
De frescas Islas su confín rodeado,
Y sus plantas bañando alborozado
En la corriente límpida y veloz.

De su ancho puerto en el seguro seno,
Como nadan gozosas en el mar
Las gaviotas en banda, el día sereno,
Cuando no hiere con su voz el trueno,
Cuando no silba el hórrido huracán;

Así extendiendo las hinchadas velas,
Así arrojando el humo en profusión,
Cruzan veloces barcas, carabelas,
Y tremantes vapores, centinelas
Que parece guardáran su señor.

Y todos, cual amantes cariñosos
Que solo aspiran á agradar su bien,
Los productos del orbe más hermosos,
Los tesoros más ricos y preciosos
Deponen con sonrisas á sus pies.

Brota para ella la feraz pradera
Oplmos fruto que natura dá,
Las doradas espigas aglomera,
Y le brinda amorosa y lisonjera
Sus flores y sus granos sin igual.

Su suave y dulce miel, la lechiguana
Que en las Islas trabaja con ardor
La selvática abeja Americana,
Le da en ricos panales, de que mana
Cual se derrite nieve á que da el sol.

Y á la vista del río y de sus naves
Del sauce entre las ramas, el turplal,
Y mil pintadas y canoras aves,
Torrentes de armonía en notas suaves
Dan á la aurora que naciendo va.

Y en las barrancas crece cobijada
Del aroma y el tala al derredor
La blanca FLOR DEL AIRE celebrada,
Flor misteriosa, acaso alimentada
Por la luz que del alba recogió;

Flor misteriosa que no toca al suelo,
Que encuentra en sí, la fuerza de vivir,
Y de un árbol pendiente, solo anhelo
Se le creería, fuera siempre al cielo
Su perfume y su aroma dar sin fin;

Emblema hermoso y fiel de la pureza
Que el polvo de la tierra á marchitar
Jamás alcanza, cándida belleza
Que entre sus níveas hojas lleva impresa
La marca de celeste castidad.

Así al ROSARIO la Inmortal natura
Sus joyas todas, sus encantos dió,
Cual madre cariñosa con ternura
Besa á sus hijos en la frente pura
Y les dá su amorosa bendición.

Y valientes sus hijos levantaron
Con su labor, y con su afán viril
En los fértiles campos que pisaron,
Do su sed los ganados mitigaron,
La coqueta ciudad en que nació.

En ella un día, contra el cruel tirano
Que á la patria quería esclavizar,
Un prócer de la América — BELGRANO —
Elevó con robusta y firme mano
La enseña del derecho y libertad; (1)

El lábaro invencible, la bandera
Que el Pichincha y el Andes escaló,
La que cruzára invicta y altanera
Cinco naciones, á las que ella diera
Gloriosa independencia y patrio honor;

Que tremoló fulgente en Chacabuco,
En Ituzalngo, en Maipu, en Tucumán,
Y á sus pies derribára ya caduco
Cual vierte sus escorias el Antuco, (2)
De esclavitud el áspero dogal.

(1) Alude á que fué en el Rosario, donde se enarboló por vez primera la que es hoy nuestra bandera Nacional, por el General D. Manuel Belgrano, el 27 de Febrero de 1812.

(2) El Antuco, volcán de los Andes Chileno-Argentinos, que está en erupción intermitente cada cuarto de hora, arrojando vapores sulfurosos, ceniza y piedra pomez.

El emblema del siglo, el gran portento
Que salva la distancia sin cesar,
El que lleva veloz el pensamiento
Como rasga con ímpetu violento
Relámpago fugaz, la oscuridad.

El fluido que los mundos comunica
Del ondulante pléyago á través
El Telégrafo, en él, se multiplica
Y sus cien hilos á servir aplica
A la perla del rico Santa Fé.

Sus campos fertilísimos cortando
Con dos cintas de hierro, va el vapor
En hirvientes calderas, empujando
Las ruedas, que veloces deslizando
Devoran el espacio y la extensión.

Y naciendo á su paso la riqueza
Cual encanto de fada ó serafín,
De la asombrada Pampa en la grandeza
El dulce fruto á germinar empleza
Que le dan lindos pueblos al vivir.

Y llevando colmada la medida
A la reina del ancho Paraná,
En tributo le ofrecen la escogida
Cosecha, que natura agradecida
Dió en generoso múltiple raudal.

¡ Oh hermoso pueblo de tus hijos gloria!
No está lejos el día en que serás
La Nueva York del Sur, y en que tu historia
De trabajo y labor, en la memoria
Tus hijos con orgullo guardarán!

III

DOLORES Y ESPERANZAS

(CERVANTINAS)

¿Quién me dá dolor crüel?
Isabel.
¿Quién la dicha y la alegría?
Tú, alma mía
¿Quién es mi bien, mi tesoro?
La que adoro.

Al cielo por tí le imploro
Y es implorar para mí
Pues de la hora en que te ví
Isabel, alma mía, yo te adoro.

¿Qué es dos almas sin concierto?
Un desierto.
¿Y nave en el mar perdida?
Es mi vida.
¿Cuál es la dicha mayor?
Es tu amor.

Espero un tiempo mejor
Angel de paz y dulzura,
Teniendo en tí mi ventura;
Un desierto es mi vida sin tu amor.

¿Qué hace el buque de ancha vela?

Siempre vuela.

¿Do vá el suspiro que dí?

Hacla tí!

¿Quién remonta al firmamento?

Pensamlento.

Pues más rápido y violento,

Cual de la luz los reflejos,

Ya de cerca ya de lejos

Siempre vuela hacla tí mi pensamlento.

¿Quién nos promete bonanza?

La esperanza.

¿Consuelo habrá quén nos dé?

Sí, la fé.

¿Y ella salvarnos podrá?

Nos salvará.

Henchido mi pecho está

De un puro y celeste anhelo

Pues benigno dice el cielo,

La Esperanza y la Fé, nos salvará.

IV

A D. TOMAS DE ROCAMORA

FUNDADOR DE LOS PUEBLOS DE ENTRE-RIOS, EN EL PRIMER
CENTENARIO DE LA FUNDACION DEL URUGUAY

SONETO

Distinguido con el honor de la lectura en los juegos florales celebrados el 3 de Febrero de 1884 en la ciudad del Uruguay.

Del fuego de su amor, mundos brotaron
Que en estrellada noche diamantina
A los hombres revelan la divina
Esencia del Creador, y lo admiraron.

Ráfaga ardiente de su luz, hallaron
Que penetrando en su alma los domina,
Y con secreta influencia los inclina
A crear, como Dios y cual Dios, ¡ crearon!

Así pensó hace un siglo Rocamora
Del Uruguay, desierta, en la ribera
Al fulgor de celestes luminares;

Y desplegando facultad creadora
Brotó pueblos, cual flores, la pradera,
En que hoy, de gratitud, le alzan altares!

V

SONÉ QUE ERA REAL

Mi cabeza en su pecho reclinada,
Del corazón oyéndole el latido,
Quedéme dulcemente adormecido
Su cintura en mis brazos estrechada.

MI frente, en las mejillas de mi amada
Del color de las guindas encendido
Se abrasaba al tocar, y enardecido,
Sentíme con el alma enajenada.

En mis labios sentí un calor de fuego
Que ardiente y amoroso á mí se unía;
¡Sus dulces besos eran! luego... luego...

¡A fuerza de sentir, ya no sentía!
Y suspirando, dije, al ver mi suerte:
Si este es un sueño ¡oh Dios! que no despierte!

VI

SONETOS DE PETRARCA

SONETTO III

*Giudica vile Amore che lo ferì in un giorno da non
doverne sospettare*

Fra 'l giorno ch'al Sol si scoloraro
Per la pietà del suo Fattore i rai:
Quand' l' ful preso, e non me ne guardai,
Che i be' vostr'occhi, Donna, mi legaro.

Tempo non mi pareo da far riparo
Contro colpi d' Amor: però n'andai
Secur, senza sospetto: onde i miel guai
Nel comune dolor s'Incominciaro.

Trovommi Amor del tutto disarmato,
Ed aperta la via per gli occhi al core,
Che di lagrime son fatti uscio e varco.

Però, al mio parer, non gli fu onore
Ferir me di saetta in quello stato,
E a voi armata non mostrar pur l'arco.

EN VIDA DE LAURA

PETRARCA SONETO III

*Juzga aleve al amor, por haberlo herido un día en que
no debía sospecharse*

¶ Era el día en que el Sol, sus esplendores
Velaba, dolorido por su dueño, (1)
Cuando halléme prendido en dulce sueño
De tus ojos ardiendo en los amores.

No creí que era tiempo, á los ardores
De los golpes de amor, mostrar el ceño,
Mas tal seguridad, letal beleño
Me introdujo en el alma, y sus dolores.

Hallóme amor del todo desarmado
Y el corazón mostrando por los ojos
Que las fuentes se han hecho de mi llanto;

Pero no gentilmente se ha mostrado
Flechando al indefenso á sus antojos
Su arco escondiendo de la armada en tanto.

IN VITA DI MADONNA LAURA

SONETTO CCIII

*Le donne che vogliono imparar le virtù, mirino fisse
negli occhi di Laura*

¶ Qual donna attende a gloriosa fama
Di senno, di valor, di cortesia,
Mirí fisso negli occhi a quella mia
Nemica, che mia donna il mondo chiama

(1) El poeta alude al Viernes Santo del año 1327, día en que vió á Laura en la iglesia de Santa Clara, en Aviñón.

Come s' acquista onor, come Dio s' ama,
Come è giunta onestà con leggladria,
Ivi s' impara, e qual è dritta via
Di gir al Ciel, che lei aspetta e brama.

Ivi 'l parlar che nullo stile agguaglia,
E 'l bel tacere, e quei santi costumi
Che ingegno uman non può spiegar in carte.

L' infinita bellezza, ch' altrui abbaglia,
Non vi s' impara; che quei dolci lumi
S' acqulstan per ventura e non per arte.

EN VIDA DE LAURA

SONETO CCIII

*La dama que quiera estudiar la virtud, mírela fijada
en los ojos de Laura*

La señora que espere gloria y fama
De prudencia, valor y cortesía
Los ojos mire á la enemiga mía
Que también mi señora el mundo llama.

Como se adquiere honor, como á Dios se ama
Cual se aunan virtud y gallardía,
Allí se aprende, y la directa vía
De al cielo complacer, que la reclama.

Su estilo sobre el cual nadie se encumbra,
Y aquel dulce silencio, y santa vida
Que no hay ingenio que á explicar sea parte;

Su belleza que á toda otra deslumbra,
Son cosa, ni enseñada ni aprendida:
Dones son de natura y no del arte.

IN MORTE DI LAURA

SONETTO XIV

Ringrazia Laura che gli apparisca

Alma felice, che sovente torni
A consolar le mie notti dolenti
Con gli occhi tuoi, che Morte non ha spenti,
Ma sovra 'l mortal modo fatti adorni;

Quanto grandisco ch' e' miei tristi giorni
A rallegrar di tua vista consenti!
Così incomincio a ritrovar presenti
Le tue bellezze a' suoi usati sogglorni.

La 've cantando andai di te molt' anni,
Or, come vedi, vo di te piangendo;
Di te, piangendo no, ma de' miei danni.

Sol un riposo trovo in molti affanni;
Che, quando torni, ti conosco e' ntendo
All' andar, alla voce, al volto, a' panni.

EN LA MUERTE DE LAURA

SONETO XIV

Da gracias á Laura, porque se le aparece

Alma dichosa que la noche oscura
De mi vida, tu vuelta ha consolado
Con ojos que la muerte no ha apagado
Sino realzando su inmortal dulzura.

Mis días, agradezco, de amargura
Que á alegrar con tu vista hayas bajado;
Presente así de nuevo te he encontrado
Do contemplar solía tu hermosura.

De tí cantando anduve largos años
Hoy, voy de tí, como lo ves, llorando ;
De tí llorando, no, más de mis daños.

Solo un consuelo á mí dolor hallando,
Que cuanto vuelves, te conozco y slento
En el traje, y andar, y faz, y acento.

IN MORTE DI LAURA

SONETTO LXXX

Non può far morte il dolce viso amaro ;
Ma 'l dolce viso, dolce può far Morte.
Che bisogna a morir ben altre scorte ?
Quella mi scorge ond' ogni ben imparo.

È quel che del suo sangue non fu avaro,
Che col piè ruppe le tartaree porte
Col suo morir par che mi riconforte.
Dunque vien, Morte: il tua venir m'è caro.

È non tardar, ch' egli è ben tempo omai,
È se non fosse, e' fu 'l tempo in quel punto
Che Madonna passò di questa vita.

D'allor innanzi un dì non vissi mai:
Seco fu' in via, e seco al fin son giunto ;
È mia giornata oh co' suol piè fornita.

EN LA MUERTE DE LAURA

SONETO LXXX

*Desde que ella muere, él ya no vive y desprecia y afronta
la muerte con los ejemplos de Laura y de Cristo*

¿Su dulce rostro, no amargó la muerte
Y á la Muerte endulzar su rostro pudo.
¿Por qué su hermoso fin en seguir dudo?
Ella me guía á su dichosa suerte.

Y al que su sangre derramára fuerte
Y abrió las puertas del infierno rudo,
En busca de consuelo, humilde acudo.
¡Ven pues! Muerte querida! anhelo el verte.

No tardes en venir, es tiempo ahora
Y si no fuese, fuélo en aquel punto
En que dejára Laura aquesta vida.

¡Desde aquel tiempo, no he vivido una hora!
Junto anduve con ella, y llegué junto,
Mi jornada en la suya está concluída.

Rosario, 1878.

VII

AL LUCERO MATUTINO

¿Quién eres tú lucero misterioso?

(ESPRONCEDA).

¡Oh estrella que luz serena
Derramando en la alborada
Asemejas la mirada
De una cénica creación!
Dime quién eres ¿ acaso
Tu luz que blanda titíla
Se escapa de la pupila
De un espíritu de amor ?

¿ Será cierto que esos astros
Que allá en los cielos profundos
Circulan, son otros mundos
De dicha eterna mansión,
Do los espíritus justos
De los seres terrenales
Hallan el premio á los males
De esta vida de dolor ?

¿ Y en esos mundos habita
La perpétua paz del alma,
Como se sigue la calma
Después de la tempestad,

Y halla el bajel combatido
Seguro puerto y bonanza,
Que hasta sus playas no alcanza
La furla del hondo mar?

—

Y esas luces vagorosas
Que desprenden centelleantes
Cual de infinitos diamantes
El reflejo brillador,
¿Qué dicen? ¿son las palabras
Del idioma de los cielos?
¿Comunican sus anhelos
De ese modo á la creación?

—

Y del fondo del espacio
Al infinito perdido
¿Son el pulso ó el latido
De una existencia eternal?
Y se envuelven mutuamente
En confuso torbellino
A la existencia que vino
Otra existencia que vá?

—

Son acaso mensajeras
Que la excelsa orden que emana
De voluntad soberana,
Trasmiten siempre sin fin,
En los orbes manteniendo
Aquel concierto admirable
Que en igualdad perdurable
La creación hace existir?

—

¿Qué mantiene esas hogueras?
De qué se forma su llama?
Cual es el fuego que inflama
Aquel incendio voraz,
Que en el plélago infinito
Perforando sus reflejos
Raudamente vá tan lejos
Otros mundos á alumbrar?

—

Cuál es la causa fecunda
Qué esos incendios atiza,
Do en vez de quedar ceniza
Nuevo pábulo les dá,
Y, que, como alumbra hoy día
A los hombres dulcemente
A la humanidad naciente,
Alumbrára al despertar?

—

Y esos múltiples colores
Que en temblorosos cambiantes
Jugu-tones y ondulantes
No se pueden definir,
Y se mezclan, se confunden
Y se acercan, y retiran.
Y en su propio torno giran
¿Qué se dicen entre sí?

—

Son acaso de los seres
De esos mundos moradores
Los efluvios seductores
De celeste inspiración,
O la chispa sobrehumana
De inteligencia divina,
Y esos colores combina
Un dulce idioma de amor?

—

Acaso en su seno moran
Aquellos seres amados
Que en la tierra venerados
Vivieron ¡ay! para mí,
Y al cruzar por los espacios
Su luz que suave fulgura
De su inefable ventura
Me dán una parte así!

VIII

AL GALOPE

La escena pasa en la Redacción de «Nueva Epoca» diario de Santa Fé. Un grupo de amigos comenta el soneto que el doctor Carrasco improvisó con consonantes forzados y en diez minutos en el Bazar de Beneficencia, poniendo en duda que el Ministro del prosáico Departamento de Agricultura, tuviera una musa tan ágil que salvára catorce escollos en diez minutos, cuando éste se presenta...

Es recibido con una exclamación, se le invita á repetir la hazaña y,—manos á la obra—David Peña, apunta los consonantes del nuevo soneto, eligiendo los más estrafalarios.

El doctor Carrasco pide diez minutos otra vez, y estos no habían transcurrido, cuando el autor exclama:


Mientras Peña me sirve de	<i>consueta,</i>
Porque no es un Tomás ni un	<i>Atanasio,</i>
Yo declamo los versos que en el	<i>Lacio</i>
A horcajadas compuse de un	<i>solreta.</i>
Porque, yo lo declaro ¡soy	<i>poeta!</i>
Me inspiro en la cabaña ó el	<i>palacio,</i>
Y encuentro que es pequeño todo	<i>espacio</i>
Mi fantasía á contener	<i>coqueta.</i>
Por apuesta me siento yo á una	<i>mesa;</i>
Dejo correr mi pluma como un	<i>coche,</i>
Y compongo un soneto de una	<i>pieza;</i>
Lo cierro, cual la flor cierra su	<i>broche;</i>
Y así, ya demostrada mi	<i>agudeza</i>
Al terminar, les digo ¡buena	<i>noche!</i>

El original no presenta ni una sola enmendatura.

Junio 9 de 1892.

IX

EL QUIJOTE

 concurso universal
Las naciones convocaron
Y en fiel balanza pesaron
Obras del genio Inmortal.
Homero, no tuvo igual.
Veinte siglos aplaudieron,
Mas los modernos pusieron
El Quijote en la balanza,
Y colmada su esperanza
Equilibrada la vieron.

X

EN EL ESPACIO

I

En una noche tranquilla
Llena de suave dulzura,
Cuando el ambiente destila
Y nuestra alma se asimila
No sé que vaga ternura:

Cuando está sereno el cielo,
Cuando está natura en calma,
Mi pensamiento, del suelo
Alcé con celeste anhelo
A las regiones del alma.

Los suaves rayos de la clara luna,
Me iluminaban con fulgor sereno,
Y mil pintadas flores una á una
Abrían su cáliz de perfume lleno.

II

Me pareció que mi alma abandonaba
La terrena mansión, mi cuerpo, el mundo
Y en alas del relámpago volaba
Del infinito cielo á lo profundo.

En vértigo veloz arrebatado
Sentí cruzaba la extensión vacía,
Cual rápido cometa acelerado
Que atravesando el firmamento ardía.

El plélagó corté de los espacios,
Y vi lucir mil soles que brillaban,
Colorando de nácar y topacios
Doquiera que sus rayos reflejában.

Vi cada estrella en mundo convertida
Pero no de dolores y amargura,
Sino mundo de dicha no mentida,
De gozo, de placer y de ventura.

Y brillaban magníficos fulgentes
Y á todos superando en su belleza
Tres luceros iguales y esplendentes
Que irradiaban con limpia pureza.

Son esos tres que lucen en el cielo
Como ilusiones de mejores días
Llevando al alma con su luz consuelo
Los que admirando vi, *Las Tres Marías*.

Cuando escuché una voz que me decía:
“Haz de una de ellas, tu eternal mansión
“Elige — Dios, de plazo te confía
“Cuanto dura del Iris el fulgor”.

“Mas cuenta que si el plazo se termina
“Sin que con él termine tu elección
“Dios en justo castigo te destina
“Eternamente á errar de sol en sol”.

La voz, turbado de placer oyendo
Me preparé á quedarme en la mejor
¿Más cual? las tres en mi ambición queriendo
Nunca quise por una, perder dos.

Hermoso el Arco Iris desplegaba
Su inmensa curva con vivaz color,
Mas poco á poco, con su luz, menguaba
El tiempo de elegir que se me dió.

¡Qué bellas las tres eran! ¡cual sería
La que debiera para mí guardar?
No lo sé, no lo sé, las tres quería
¡Y el Irls se empezaba á marchitar!

A igual distancia de las tres me hallaba...
Y se extinguía el tiempo de elegir...
Volé... yo no sé á cual... ya la tocaba...
Cuando cesó el cruel Irls de lucir!

¡Horrible desengaño! horrible pena!
Por mi loca ambición no hallé ventura,
Yo mismo me forjé dura cadena
Yo mismo me labré mi desventura!

III


Sentí que el corazón se desgarraba
Y hasta el alma sentí se me partía...
Y después solo vi... que despertaba...
Y que soñaba en tanto que dormía.

¡Oh dolor! sueño fué, solo he soñado!
Nada de cierto entre mi sueño ha habido
Y esto siquiera al menos, me ha probado
Que la ambición no es buena ni aun dormido!
Mucho tiempo pasó, la primavera
Llegó cubierta de fragantes flores,
Y en la mañana de la edad primera
A tres mujeres vi, cual tres amores.

Entonces recordé mi antiguo sueño
Y mi fatal augurio vi cumplido.
Tan solo era un emblema aquel ensueño
Y en realidad se hallaba convertido!

XI

AYER Y HOY

y cuan ligera la vida
Como las olas del mar
Que al impulso se deshacen
De las que vienen detrás,
Ay cual ligera la vida
Rauda vuela sin cesar
Y se esconde de los tiempos
En la inmensa eternidad.

Como un suspiro del aura
Mis años pasaron ya,
Años ¡ay! que si se pierden
Se recuperan jamás;
Y un amargo desconsuelo
Me hace el alma desgarrar
Al ver cuan pronta la vida
Rota en girones se va
Dejando sólo á su paso
Fría experiencia y no más.

Las risueñas ilusiones
Que hizo en mi alma despertar,
Cuando en un tiempo de dicha
Florido pisé el umbral
Que separa dos edades
La niñez — la pubertad,
Con el alma ardiente, henchida
De un anhelo sin igual,
Que hacía lo desconocido

Hace la vista fijar
A nuestra mente diciéndole:
Adelante — más allá
Un algo hay que no conoces
Y ni en sueños figurar
En las más dulces visiones
El alma tuya podrá.

Hay un mundo de ventura
Y de dichas, en el cual
Si ahora no puedes, un día
Ansioso penetrarás,
Y de todas sus dulzuras
De que tu alma se henchirá
Como señor, como dueño
Sin temores gozarás.

Hay un mundo en que no puedes
Por ahora penetrar,
Mas el porvenir risueño
Esas puertas te abrirá,
Y los cármes floridos
De la vida pisarás.

Como nítido arroyuelo
Que se desliza fugaz
Y en lecho de arenas de oro
Abre su manso canal,
Muellemente así tu vida
Entre dichas correrá.

Tales dulces ilusiones
Una á una disipar
En los tiempos que venían
Veía siempre por mí mal,
Como rosa que impelida
Del horrísono huracán
En la arena del desierto
Va su cáliz á agostar.

Las ilusiones de entonces
Marchitadas están ya,
¿Las ilusiones de ahora
Cuándo se marchitarán?

XII

SUEÑO

Un instante de dicha
Recompensa una vida de amargura,
Y una sola ventura
Paga con creces la mayor desdicha ;
Y pues tú lo has querido
Oye un relato: la mayor dulzura
Que en mi ser ha cabido,
Y después, si te place, dalo á olvido.

Junto á tí me encontraba
En una noche pura — desprendía
Dulces rayos la luna — centelleaba
En el cielo el lucero, y claro día
Aquella hermosa noche parecía.
Yo me hallaba á tu lado y te miraba
Del solo modo que mirar podía
Tu belleza — extasiado.

Dos pequeños corales
Tus entreabiertos labios semejaban,
Y ardientes se escapaban
Hacia el cielo subiendo, tus suspiros,
Y tu derecha mano, abandonada
Entre las mías, gozoso
Estrechaba en mi pecho venturoso :

Nuestros ojos ardientes se encontraron,
Y algún rayo magnético sin duda
Tus labios á mis labios acercaron...
Un instante pasó... solo un momento...
Nuestras almas en una se fundieron
Y envueltas juntas hacia el cielo fueron.

Raudo en mi pecho el corazón latía,
De dichosa emoción, y conmovido
Dulce fuego al sentir que me abrasaba,
Sentí que en mí volvía...
Y al cabo comprendí, *que yo soñaba...*
Todo un sueño había sido
¡Y por mi mal del sueño despertaba!

XIII

LA MARIPOSA Y LA NIÑA

(APÓLOGO)

¶ Junto á una hermosa joven
En un tiempo de dicha
Alegre me encontraba,
Mirándola tendida
Por sobre el verde césped
De la feraz campiña.

¡Qué gracioso abandono,
Qué postura sencilla,
Qué noble galanura
En todo revestía!
Y los floridos campos
Al recorrer su vista,
Expresaba en su rostro
La más pura alegría.

Ya las nubes miraba
Que en el cielo corrían,
Sus formas caprichosas,
Variantes, infinitas,
Interpretando al gusto
De su ancha fantasía;

Ya de la mariposa
Que en leve vuelo gira
Seguía embelesada

La ruta fugitiva,
Y queriendo poseerla
Detrás de ella corría
Siguiendo su sinuosa
Incomprensible línea ;
Y cuando de ella cerca
Acaso se ponía,
Sutil y silenciosa
Acercándosele iba,
Y su brazo alargando
Tenerla ya creía,
Mas el alado insecto
Sus alas que matizan
Del iris los colores,
Veloz las extendía ;
De flor en flor volaba,
Y en la hoja estremecida
De algún fragante nardo
O alguna clavelina
Asentaba su vuelo,
Mas de la niña huía
Cuando contó gozosa
Tenerla ya prendida.

En una de las veces
Que en una rosa altiva
La leve mariposa
Su vuelo recogía,
El brazo incautamente
La niña alargó á prisa,
Y se punzó en un dedo
Con una cruel espina.

Un ¡ay! soltó quejosa,
Mas luego se refa
Mostrándome en su dedo
La gota enrojecida
Que por la punzadura
De su dedo salía.

Acerqueme y le dije,
No temas, bella niña,
Que ese dolor que sufres

No durará ni un día,
Y pronto ni el recuerdo
Empañará tu dicha ;
Mas esa mariposa
Que en leve vuelo gira,
Y en las rosas posada
Se encuentra defendida
Contra manos Incautas
Por las duras espinas,
Es sólo un fiel emblema
De la amorosa liza,
Do el alma enajenada
Veloz se precipita,
Creyendo realidades
Cuanto los ojos miran,
Mintiendo siempre goces
Un engañoso prisma,
Mas al tocar, se encuentra
Que todo se disipa,
Y queda de esos sueños
Tan sólo una honda herida,
Causando mil dolores
Que el alma martirizan,
Cuyo recuerdo, nunca
Por tiempo que haya olvida,
Cuyo recuerdo siempre
El alma nos marchita,
Herida que en los tiempos
Jamás se cicatriza !

XIV

DICHA

¶ Cada ser sobre la tierra
Trae escrito su destino,
Unos nacen en camino
De amargura y de dolor,
Y otros ven desde la cuna
Desplegarse en lontananza
De ventura y de bonanza
Un brillante resplandor.

Unos llevan la amargura
Al nacer dentro de su alma .
Y á otros dulce paz y calma
Por su dicha les tocó :
Y es la vida una cadena
En la que se encuentra unido
Al llanto del que ha nacido
El que la tumba regó.

Otros canten sus pesares,
Dichosa de mi, que ahora
Miro bella y seductora
Mi existencia despertar.
El jardín me da sus flores
Las flores me dan su aroma
Y á cada aurora que asoma
Es una más que gozar.

Y escucho voz argentina
Que me repite al oído
Tú con estrella has nacido
Dichosa, dichosa tú,
Y cada vez que sonora
Oigo la grata armonía
Me parece el alma mía
Elevada al cielo azul.

Y escuchando enajenada
Aquel célico sonido
“Yo con estrella he nacido”
Me replto con afán
¿Por qué ha de mentir mi suerte?
¿Por qué ha de mentir mi anhelo?
Y si la dicha es del cielo
¿Por qué no habrá de bajar?

Así una niña decía
En una noche estrellada
Contemplando enamorada
De su estrella el resplandor.
Y yo escuchando sus votos
En la mente he repetido:
“Con estrella habéis nacido
Porque la estrella soís vos”.

XV

Una carta de Juan María Gutiérrez

Años atrás, animados de esa audacia propia de la juventud, nos atrevimos á dirigirnos al noble anciano Dr. D. Juan María Gutiérrez, rogándole quisiera leer un cuaderno de versos que le remitimos.

Algunas cartas que habíamos cambiado anteriormente con él, y la inalterable bondad de aquel hombre, cuya muerte hoy deploran las letras argentinas, nos movieron á pedirle tal cosa.

Poco tiempo después recibimos la siguiente carta:

Buenos Aires, Domingo 29 de Agosto, 1875.

Señor D. Gabriel Carrasco.

He leído su cuaderno de versos con el criterio que Vd. mismo me recomienda

A la edad de 21 años no hay quien no cometa el pecado de hacer versos, porque esta es la forma natural con que pueden expresarse esas vagas aspiraciones y sentimientos vagos también del hombre que comienza á vivir.

Está Vd., completamente absuelto por mi parte, mucho más

cuando le sirve de descargo su pasión por las letras, y sus propios versos, que no me parecen malos y que no veo inconveniente para que los imprima Vd., formando un elegante y pequeño volumen.

Siga Vd. leyendo y estudiando y aprendiendo idiomas extranjeros: sin la adquisición de estos no se puede ir muy lejos ni en ciencias ni en letras.

No le devuelvo el cuaderno por el correo, temeroso de que se extravíe. Dígame Vd., á quien puedo entregarlo. He puesto algunas rayitas azules que pueden serle útiles.

Las que van al pie de la numeración, indican que la composición, en general, me ha parecido buena.

Disponga Vd., de su

affmo. S. S.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

No creímos deber seguir entonces el consejo, demasiado bondadoso quiza, de publicar nuestros versos en un libro.

Han pasado los años, y publicamos hoy algunos, como un recuerdo á la memoria de aquel ilustre argentino.

He aqui esos versos:—

XVI

¡UN AÑO DESPUÉS!

¡Salve! Ser Inmortal, Dios generoso!
¡Bendito sea tu eternal poder!
Pues me diste benigno y generoso
El alma y el amor de una mujer.

Yo vagaba sufriendo mi destino
Como el tormento cruel de la expiación,
Sin haber encontrado en mi camino
El Angel que endulzara mi dolor.

Cuando en la noche triste y solitaria
Se oye á lo lejos funeral clamor,
Elevando hacia lo alto mi plegaria
De mí decho un suspiro se exhaló.

A mí pena pedíale un consuelo
Que me quitára el ansia de morir,
Y elevando mis ojos hacia el cielo
Amada mía, yo pensaba en tí!

El Dios piadoso que el clamor escucha
Del que lo invoca con ardiente fé,
Borrando en mi alma tan amarga lucha
Me dió por compañera á mí Isabel.

Desde entonces, ¡oh Dios! mi alma rebosa
La dicha inextinguible de un amor,
Como el suave perfume de la rosa
Que á la aurora su cállz entreabrió.

Consérvame, Señor, tan dulce calma
Y que un querido ser nos venga á unir,
Cual se funden dos almas en un alma,
Con un cariño que no tiene fin.

XVII

LUZ Y SOMBRA

SONETO

Nace á la vida entre dolor y llanto
El tierno infante, y su primer gemido
A través de los tiempos conducido
Lo acompaña á la tumba en triste canto.

El niño, se hace un hombre; el tiempo en tanto
Vuela; el recuerdo del deber cumplido
Lo allenta, como al náufrago perdido,
Faro que corta el neblinoso manto :

Mas un destello de la luz divina
Le rasga del futuro el denso velo
Y el fondo del sepulcro le ilumina :

Vé en la muerte la vida, y deja al suelo
El barro que le dió, pues le destina
A la gloria inmortal, el justo cielo!

XVIII

AMOR FRATERNAL

Y pues que mi suerte fatal me condena
Tan solo tu afecto fraterno á esperar,
Ahogando en mi pecho doliente mi pena
Te ofrezco sincero mi amor fraternal.

Reciba piadosa, benigna, tu mano
En fé de cariño y en fé de amistad
La carta á la hermana, que escribe el hermano;
Su pena y dolores tan solo olvidad.

Mas siempre el recuerdo tened en la mente
Que yo soy tu hermano, tu amigo el más fiel,
Y en tanto respíre, ya cerca, ya ausente,
La hermana adorada, la amiga sos de él.

Si acaso algún día severo el destino
Los lazos tronchára que él mismo formó,
Si aleve te impele por otro camino
¿Darás un recuerdo á quien siempre te amó?

Recuerda aquel tiempo feliz en que niño
Alegre y dichoso, contigo jugaba,
No entonces oprímía en mi pecho el cariño
Que acaso más tarde en la mente ocultaba.

Recuerda las horas felices que en calma
Ya joven, contigo, tranquilas corrían,
Mostrábate entonces abierta mi alma
Y en ella tus ojos, serenos leían.

¡Momentos felices de paz y dulzura
Que tú no quisiste duráran ya más!
Instantes de gozo, de dicha y ventura
Que si huyen fugaces, no tornan jamás!

Recuerda ¡oh hermana! que juntos lloramos
Delante de un lecho mortuorio postrados:
Recuerda que juntos el sueño velamos
En noches fatales de pena y cuidados.

Y acaso otras veces al sueño rendida
Que ya no alcanzaba tu esfuerzo á batir,
Tus ojos velando, quedabas dormida,
Y yo embelesado te veía dormir.

Si el frío en la noche violento arreciaba
Y yo traslucía en tu rostro el dolor,
Tus pies, suavemente, quedito tapaba,
Por no despertarte con duda y temor.

Y al verte dormida, serena y tan pura
Vagando en tus labios celeste sonrisa,
Un mundo soñaba de dicha y ternura
¡Ay! sueños que huyeron cual huye la brisa.

¿Te acuerdas hermana? al doliente murmullo
Que el aire en las ramas de un sauce movía
Pladosa grabaste una cruz, y yo el tuyo,
Tu nombre, en el sauce grabado ya había.

Oh cuantos recuerdos conservo yo ahora
Que nunca en mi vida podré ya olvidar!
Tan grandes y tantos mi pecho atesora
Que el tiempo no alcanza su sello á borrar.

XIX

PLEGARIA

¡Oh madre! se tú el lucero
Que marque á tu hija el camino,
Y desde el trono divino
En que se sienta el creador,
Vierte una dulce mirada
A esta tu hija desolada.
¡Da consuelo á mi dolor!

Benigno que me acompañe
Tu recuerdo tiernamente,
Brille serena en mi frente
De tu gloria el resplandor.
Sé mi guía desde el cielo
Que tan solo madre anhelo
Ser yo digna de tu amor.

Resignación fervorosa
Infunde en mí con ternura,
En alas del aura pura
Suba hasta tí mi clamor;
Y descienda cual rocío
Consolando el pecho mío
Tu celeste bendición.

En mi alma tu luz derrame
Aquella dicha inefable
De ver al ser adorable
Que en su seno nos llevó,
Y en el abismo profundo
De la perfidia y del mundo
¡Madre sé mi salvación!



INDICE

	PÁGINAS
Una explicación.....	3
I—De como hice mi primera rabona—(Recuerdos de la infancia)	5
II—La medalla de oro—(Recuerdos de estudiante).....	21
III—El loro de Clementina—Historia que parece cuento.....	29
IV—Goleta y vapor — Carreta y Wagón.....	43
V—El subterráneo — Tradición de la Universidad de Córdoba.	53
VI—Dígale, que le mando memorias!—(Episodio histórico de la vida de Rosas)	57
VII—Los veinte y cinco mates del maestro de piano—(Anécdota de la vida de D. Juan Manuel Rosas).....	63
VIII—¡Que no se corran las velas!—(Anécdota histórica del sitio de Montevideo).....	75
IX—De cómo un inmigrante se ganó cien mil duros.....	81
X—La bella Rosa y el imbécil de su marido.....	89
XI—El soltero.....	117
XII—Soltero, solterón y casado	125
XIII—Amor paternal.....	133
XIV—El porvenir de la poesía en América.....	147
XV—Glorias nacionales — Al ejército argentino	161
XVI—Inteligencia y materia — Memoria sobre el trabajo.....	175
XVII—El renacimiento — Estado político y social de la Europa al finalizar el siglo XV.....	185
XVIII—Nación y Municipio.....	195
XIX—La misión civilizadora de los españoles, en la conquista de la América	203
XX—La subdivisión de la propiedad territorial, considerada como base de la riqueza.....	215
XXI—Rossi en Otelo.....	225
XXII—Los regalos á los empleados públicos	231
XXIII—Las cartas de recomendación.....	243

XXIV—Impresiones de un conjuer en un día de lluvia y de elecciones.....	247
XXV—En el pueblo Alberdi — Desde mi balcón.....	257
XXVI—Cartas Montevideanas.....	267
XXVII—La antigua Cruz Alta.....	283
XXVIII—Una peregrinación al santuario de Luján.....	289
XXIX—Entre las viñas — Una excursión á la región vitícola de Entre Ríos.....	301
XXX—Las transformaciones del progreso — Una excursión á las colonias del Oeste.....	313
XXXI—Imprudencias legislativas — Lamentaciones de un ministro de hacienda.....	321

PARTE SEGUNDA

Versos

I—Canto al descubrimiento de América.....	333
II—A la ciudad del Rosario.....	345
III—Dolores y esperanzas.....	350
IV—A P. Zúñiga de Rocamora, fundador de los pueblos de Entre Ríos.....	352
V—Soñé que era real.....	353
VI—Sonetos de Petrarca.....	354
VII—Al lucero matutino.....	360
VIII—Al galope.....	363
IX—El Quijote.....	364
X—En el espacio.....	365
XI—Ayer y hoy.....	368
XII—Sueño.....	370
XIII—La mariposa y la niña.....	372
XIV—Dicha.....	375
XV—Una carta de Juan María Gutiérrez.....	377
XVI—Un año después.....	379
XVII—Luz y sombra.....	380
XVIII—Amor fraternal.....	381
XIX—Plegaria.....	383

E. C. NOÉ

2104

